

LA GÉNESIS



LA GÉNESIS

LOS MILAGROS Y LAS PREDICCIONES
SEGÚN EL ESPIRITISMO

Por
Allan Kardec



La doctrina espírita es el resultado de la enseñanza colectiva y concordante de los Espíritus.

La ciencia está llamada a constituir la génesis de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

Dios prueba su grandeza y su poder a través de la inmutabilidad de sus leyes,
y no mediante su derogación.

Para Dios, el pasado y el futuro son el presente.

Traducción de Gustavo N. Martínez y Marta H. Gazzaniga



Copyright © 2010 by
CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL (CEI)
SGAN Q. 909 – Conjunto F
70790-090 – Brasília (DF) – Brasil

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, total o parcialmente, por cualquier método o proceso, sin autorización del detentor del copyright.

ISBN edición impresa: 978-85-7945-007-5

Título del original francés:
LA GENÈSE, LES MIRACLES ET LES PRÉDICTIONS SELON LE SPIRITISME
(Allan Kardec; 1872 - 5 edition)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez y Marta Haydee Gazzaniga
Portada: Luciano Carneiro Holanda
Proyecto gráfico: Rones Lima

Edición del
CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL
SGAN Q. 909 – Conjunto F
70790-090 – Brasília (DF) – Brasil
edicei@edicei.com
www.edicei.com

Segunda edición - 11/2011

DATOS INTERNACIONALES PARA CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN (CIP)

K27 Kardec, Allan, 1804-1869.

La Génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo / por Allan Kardec ; [traducción de Gustavo N. Martínez y Marta H. Gazzaniga]. – Brasília (DF), Brasil : Consejo Espírita Internacional, 2011.
452 p. ; 21 cm

La doctrina espírita es el resultado de la enseñanza colectiva y concordante de los Espíritus. La ciencia está llamada a constituir la génesis de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Dios prueba su grandeza y su poder a través de la inmutabilidad de sus leyes, y no mediante su derogación. Para Dios, el pasado y el futuro son el presente.

Título del original: La Genèse, les Miracles et les Prédications selon le Spiritisme

ISBN 978-85-7945-007-5

1. Espiritismo. 2. Consejo Espírita Internacional. II. Título.

CDD: 133.9
CDU: 133.7

Índice

<i>Consideraciones generales sobre la traducción</i>	9
<i>Introducción.....</i>	11

LA GÉNESIS SEGÚN EL ESPIRITISMO

Capítulo I. – Caracteres de la revelación espírita	17
Capítulo II. – Dios.....	59
Existencia de Dios. Acerca de la naturaleza divina. La Providencia. La visión de Dios.	
Capítulo III. – El bien y el mal.....	75
Origen del bien y del mal. El instinto y la inteligencia. Destrucción mutua de los seres vivos.	
Capítulo IV. – El rol de la ciencia en la génesis.....	91
Capítulo V. – Antiguos y modernos sistemas del mundo ..	101
Capítulo VI. – Uranografía general	111
El espacio y el tiempo. La materia. Las leyes y las fuerzas. La creación primera. La creación universal. Los soles y los planetas. Los satélites. Los cometas. La Vía Láctea. Las estrellas fijas. Los desiertos del espacio. Sucesión eterna de los mundos. La vida universal. Diversidad de los mundos.	
Capítulo VII. – Esbozo geológico de la Tierra	147
Períodos geológicos. Estado primitivo del globo. Período primario. Período de transición. Período secundario. Pe-	

ríodo terciario. Período diluviano. Período posdiluviano o actual; Aparición del hombre.

Capítulo VIII. – Teorías sobre el origen de la Tierra 175

Teoría de la proyección. Teoría de la condensación. Teoría de la incrustación. El alma de la Tierra.

Capítulo IX. – Revoluciones del globo 185

Revoluciones generales o parciales. Edad de las montañas. El diluvio bíblico. Revoluciones periódicas. Cataclismos futuros. Aumento o disminución del volumen de la Tierra.

Capítulo X. – Génesis orgánica 199

Formación inicial de los seres vivos. El principio vital. Generación espontánea. Escala de los seres orgánicos. El hombre corporal.

Capítulo XI. – Génesis espiritual..... 217

El principio espiritual. Unión del principio espiritual con la materia. Hipótesis sobre el origen del cuerpo humano. Encarnación de los Espíritus. Reencarnaciones. Emigraciones e inmigraciones de los Espíritus. Raza adámica. Doctrina de los ángeles caídos y del paraíso perdido.

Capítulo XII. – Génesis mosaica 249

Los seis días. El paraíso perdido.

LOS MILAGROS SEGÚN EL ESPIRITISMO

Capítulo XIII. ,– Características de los milagros..... 275

Los milagros en el sentido teológico. El espiritismo no hace milagros. Dios, ¿hace milagros? Lo sobrenatural y las religiones.

Capítulo XIV. – Los fluidos 289

I. Naturaleza y propiedades de los fluidos.

Elementos fluídicos. Formación y propiedades del periespíritu. Acción de los Espíritus sobre los flui-

dos. Creaciones fluídicas. Fotografía del pensamiento.
Cualidades de los fluidos.

II. Explicación de algunos fenómenos considerados sobrenaturales.

Vista espiritual o psíquica. Doble vista. Sonambulismo. Sueños. Catalepsia. Resurrecciones. Curaciones. Apariciones. Transfiguraciones. Manifestaciones físicas. Mediumnidad. Obsesiones y posesiones.

Capítulo XV. – Los milagros en el Evangelio 327

Superioridad de la naturaleza de Jesús. Sueños. La estrella de los magos. Doble vista. Curaciones. Poseídos. Resurrecciones. Jesús camina sobre las aguas. Transfiguración. La tempestad apaciguada. Las bodas de Caná. La multiplicación de los panes. La tentación de Jesús. Prodigios en ocasión de la muerte de Jesús. Aparición de Jesús después de su muerte. Desaparición del cuerpo de Jesús.

LAS PREDICCIONES SEGÚN EL ESPIRITISMO

Capítulo XVI. – Teoría de la presciencia 381

Capítulo XVII. – Predicciones del Evangelio 393

Nadie es profeta en su tierra. Muerte y pasión de Jesús. Persecución a los apóstoles. Ciudades impenitentes. Ruina del Templo y de Jerusalén. Maldición contra los fariseos. Mis palabras no pasarán. La piedra angular. Parábola de los viñadores homicidas. Un solo rebaño y un solo pastor. Advenimiento de Elías. Anuncio del Consolador. Segundo advenimiento de Cristo. Señales precursoras. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán. El juicio final.

Capítulo XVIII. – Los tiempos han llegado 427

Señales de los tiempos. La nueva generación.



CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la quinta edición del original francés *La genèse, les miracles et les prédictions selon le spiritisme*, publicado en París, Francia, en 1872. La “Librería Espírita” (7, rue de Lille) distribuyó esta obra, y la impresión se realizó en la *Typographie Rouge frères et Cie.* (rue du Four-Saint-Germain, 43). Nos valimos de un ejemplar que pertenece a la mencionada cuarta edición, archivado en la Biblioteca Nacional de Francia, cuya reproducción integral fue realizada por el *Consejo Espírita Internacional*, en junio de 2009.

La génesis salió a la luz por primera vez el 6 de enero de 1868, editado por la *Librairie Internationale* de A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie, Éditeurs à Bruxelles, Leipzig et Livourne (15, Boulevard Montmartre), y la oficina de la *Revue Spirite* (59, rue et passage Sainte-Anne). Los ejemplares fueron impresos por *Rouge, Dunon et Fresné*.

La quinta edición se considera definitiva, pues ha sido revisada, corregida y aumentada por el propio Allan Kardec, poco antes de su muerte.

En lo que respecta a las citas bíblicas transcritas en esta obra, dado que el autor empleó la versión francesa de Isaac Lemaître de Sasy (*La Bible de Sacy-Port Royal*), hemos optado por traducirlas tal como se las ha fijado, sin perjuicio de que el lector pueda consultar las versiones españolas ya existentes, y hacer los estudios comparativos que considere adecuados.

Consideraciones generales sobre la traducción

En suma, el criterio que seguimos en el presente trabajo no ha sido otro que mantener una absoluta fidelidad al contenido del texto original.

LOS TRADUCTORES

Buenos Aires, 3 de octubre de 2010.

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN, PUBLICADA EN ENERO DE 1868.

Esta nueva obra constituye un paso adelante en el terreno de las consecuencias y las aplicaciones del espiritismo. Conforme lo indica su título, tiene como objetivo el estudio de tres puntos hasta ahora diversamente interpretados y comentados: *la génesis, los milagros y las predicciones*, en sus relaciones con las nuevas leyes que se deducen de la observación de los fenómenos espíritas.

Dos elementos, o si se quiere, dos fuerzas rigen el universo: el elemento espiritual y el elemento material. De la acción simultánea de esos dos principios resultan fenómenos especiales, que se tornan naturalmente inexplicables si se prescinde de uno de ellos, del mismo modo que la formación del agua sería inexplicable si no se tomara en cuenta uno de sus elementos constituyentes: el oxígeno o el hidrógeno.

Al demostrar la existencia del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo material, el espiritismo proporciona la explicación de una inmensidad de fenómenos que no se han comprendido, y que por eso mismo han sido considerados inadmisibles por parte de cierta clase de pensadores. Esos hechos abundan en las Escrituras, pero sus comentadores no han conseguido llegar a una solución racional, pues ignoraban la ley que los rige. Ubicados en dos campos opuestos, han girado siempre dentro del mismo círculo de ideas: los unos menospreciando los datos positivos de la ciencia, los otros sin considerar el principio espiritual.

Esa solución se encuentra en la acción recíproca del espíritu y la materia. Es verdad que ella quita a la mayoría de esos hechos

su carácter sobrenatural. Pero ¿qué vale más: admitirlos como resultado de las leyes de la naturaleza, o rechazarlos por completo? Su rechazo absoluto acarrea la negación de la base misma del edificio, mientras que, admitidos de ese modo, apenas suprimiendo lo accesorio, la base queda intacta. Por eso el espiritismo conduce a tantas personas a la creencia en verdades que no hace mucho consideraban meras utopías.

Esta obra es, pues, como ya lo hemos dicho, un complemento de las aplicaciones del espiritismo, desde un punto de vista especial. Los materiales estaban listos, o al menos elaborados desde hace mucho tiempo, pero aún no había llegado el momento de que fueran publicados. Era preciso, en primer lugar, que las ideas que debían servirles de base llegaran a la madurez y, además, que se tomara en cuenta la oportunidad de las circunstancias. El espiritismo no tiene misterios ni teorías secretas; todo en él debe ser dicho con claridad, a fin de que todos puedan juzgarlo con conocimiento de causa. No obstante, cada cosa debe llegar a su tiempo, para que llegue con seguridad. Una solución dada a la ligera, antes de que la cuestión se elucide por completo, sería más una causa de retroceso que de avance. En la que aquí tratamos, la importancia del asunto nos imponía el deber de evitar toda precipitación.

Antes de que entremos en materia, nos ha parecido necesario definir claramente los roles respectivos de los Espíritus y de los hombres en la elaboración de la nueva doctrina. Esas consideraciones preliminares, que apartan de ella toda idea de misticismo, constituyen el objeto del primer capítulo, titulado: *Caracteres de la revelación espírita*. Solicitamos que se atienda con seriedad ese punto, porque en cierto modo allí está el nudo de la cuestión.

Sin perjuicio de la parte que toca a la actividad humana en la elaboración de esta doctrina, la iniciativa pertenece a los Espíritus, pero no constituye la opinión personal de ninguno de ellos. La doctrina no es, ni puede dejar de ser, más que *el resultado de*

la enseñanza colectiva y concordante de los Espíritus. Sólo bajo esta condición podemos denominarla doctrina *de los Espíritus*. De lo contrario, sería apenas la doctrina *de un Espíritu*, y sólo tendría el valor de una opinión personal.

Generalidad y concordancia en la enseñanza, tal es el carácter esencial de la doctrina espírita, la condición misma de su existencia, de donde resulta que todo principio que no haya recibido la consagración del control de la generalidad no puede ser considerado parte integrante de esa misma doctrina, sino una simple opinión aislada cuya responsabilidad el espiritismo no puede asumir.

Esa concordancia colectiva de la opinión de los Espíritus, sometida además al criterio de la lógica, constituye la fuerza de la doctrina espírita y asegura su perpetuidad. Para que ella cambiara, sería necesario que la universalidad de los Espíritus cambiara de opinión, y que ellos acudieran un día para decir lo contrario de lo que dijeron anteriormente. Dado que la doctrina tiene su fuente de origen en la enseñanza de los Espíritus, para que desapareciera sería necesario que los Espíritus dejaran de existir. Eso es también lo que hará que el espiritismo prevalezca sobre los sistemas personales, pues estos no poseen raíces en todas partes.

El Libro de los Espíritus ha visto consolidado su prestigio porque es la expresión de un pensamiento colectivo general. En abril de 1867 cumplió su primer decenio. En ese lapso, los principios fundamentales, cuyas bases había asentado, fueron sucesivamente completados y desarrollados en virtud de la enseñanza progresiva de los Espíritus. Ninguno ha sido desmentido por la experiencia. Todos, sin excepción, han permanecido en pie, más vivos que nunca, mientras que de las ideas contradictorias que algunos han intentado oponerle, ninguna prevaleció, precisamente porque en todas partes se enseñaba lo contrario. Ese es un resultado característico que podemos proclamar sin vanidad, pues jamás nos hemos atribuido el mérito de ello.

Los mismos escrúpulos han regido la redacción de nuestras demás obras, de modo que con absoluta verdad pudimos incluir en sus títulos la expresión *según el espiritismo*, porque estábamos seguros de su conformidad con la enseñanza general de los Espíritus. Lo mismo ocurre con esta, que por motivos semejantes podemos presentar como complemento de las precedentes, con excepción, sin embargo, de algunas teorías aún hipotéticas, que hemos tenido cuidado de indicar como tales, y que deben ser consideradas simples opiniones personales, hasta tanto sean confirmadas o rechazadas, a fin de que no pese sobre la doctrina espírita la responsabilidad de ninguna de ellas.

Asimismo, los lectores asiduos de la *Revista Espírita* ya deben de haber notado, bajo la forma de esbozos, la mayoría de las ideas desarrolladas en esta obra, conforme lo hemos hecho con las anteriores. A menudo la *Revista* representa para nosotros un terreno de ensayo, destinado a sondear la opinión de los hombres y de los Espíritus sobre algunos principios, antes de admitirlos como partes constitutivas de la doctrina.

ALLAN KARDEC

La génesis según el espiritismo



- Capítulo I Caracteres de la revelación espírita
- Capítulo II Dios
- Capítulo III El bien y el mal
- Capítulo IV El rol de la ciencia en la génesis
- Capítulo V Antiguos y modernos sistemas del mundo
- Capítulo VI Uranografía general
- Capítulo VII Esbozo geológico de la Tierra
- Capítulo VIII Teorías sobre la formación de la Tierra
- Capítulo IX Revoluciones del globo
- Capítulo X Génesis orgánica
- Capítulo XI Génesis espiritual
- Capítulo XII Génesis mosaica



CAPÍTULO I



Caracteres de la revelación espírita

1. ¿Se puede considerar el espiritismo como una revelación? En ese caso, ¿cuál es su carácter? ¿En qué se funda su autenticidad? ¿A quién y de qué manera ha sido transmitida? La doctrina espírita, ¿es una revelación en el sentido teológico de la palabra, es decir, el resultado de una enseñanza oculta proveniente de lo Alto? ¿Es definitiva o susceptible de modificaciones? Dado que trae a los hombres la verdad integral, ¿la revelación no tendría por efecto impedirles hacer uso de sus facultades, ya que les ahorraría el trabajo de la investigación? ¿Cuál es la autoridad de la enseñanza de los Espíritus, si no son infalibles ni superiores a la humanidad? ¿Cuál es la utilidad de la moral que predicán, si esa moral no es otra que la de Cristo, ya conocida? ¿Cuáles son las verdades nuevas que ellos nos aportan? ¿Precisa el hombre una revelación? ¿No podría encontrar en sí mismo y en su conciencia todo lo que necesita para conducirse en la vida? Esas son las cuestiones que debemos considerar.

2. Definamos primero el sentido de la palabra *revelación*.

Revelar viene del latín *revelare*, cuya raíz *velum*, velo, significa literalmente *salir de debajo del velo* y, en sentido figurado, descubrir, dar a conocer una cosa secreta o desconocida. En su acepción vulgar más genérica, se dice de toda cosa ignorada que

se divulga, de toda idea nueva que nos pone al corriente de lo que no sabíamos.

Desde este punto de vista, todas las ciencias que nos hacen conocer los misterios de la naturaleza son revelaciones, y se puede decir que existe para la humanidad una revelación incesante. La astronomía reveló el mundo astral, al que no conocíamos; la geología reveló la formación de la Tierra; la química, la ley de las afinidades; la fisiología, las funciones del organismo, etc. Copérnico, Galileo, Newton, Laplace, Lavoisier fueron reveladores.

3. El carácter esencial de toda revelación debe ser la verdad. Revelar un secreto es dar a conocer un hecho; si es falso, ya no es un hecho y, por consiguiente, no existe revelación. Toda revelación desmentida por los hechos deja de serlo, en caso de que sea atribuida a Dios. Y puesto que Dios no miente ni engaña, no puede provenir de Él, de modo que debe ser considerada producto de una concepción humana.

4. ¿Cuál es el rol del profesor en relación con sus discípulos, sino el de un revelador? El profesor les enseña aquello que no saben, aquello que no tendrían tiempo ni posibilidades de descubrir por sí mismos, porque la ciencia es una obra colectiva de los siglos y de una infinidad de hombres que han aportado, cada uno, su cuota de observaciones, aprovechadas por los que vienen después de ellos. La enseñanza es, por lo tanto, la revelación de ciertas verdades, científicas o morales, físicas o metafísicas, realizadas por hombres que las conocen a otros que las ignoran y que, si así no hubiera sido, las habrían ignorando siempre.

5. Pero el profesor sólo enseña lo que ha aprendido: es un revelador de segundo orden. En cambio, el hombre de genio enseña lo que ha descubierto por sí mismo: es el revelador primitivo; aporta la luz que poco a poco se difunde. ¡Qué sería de la humanidad sin la revelación transmitida por los hombres de genio que aparecen de tiempo en tiempo!

Pero ¿quiénes son esos hombres de genio? ¿Por qué son hombres de genio? ¿De dónde provienen? ¿Hacia dónde van? Notemos que la mayoría de ellos trae al nacer facultades trascendentes y ciertos conocimientos innatos, que desarrollan con poco trabajo. Realmente pertenecen a la humanidad, pues nacen, viven y mueren como nosotros. Entonces, ¿dónde han adquirido esos conocimientos que no han podido aprender durante la vida? ¿Se dirá, como hacen los materialistas, que el acaso los ha dotado de materia cerebral en mayor cantidad y de mejor calidad? En ese caso, no tendrían más mérito que una legumbre más grande y sabrosa que otra.

¿Diremos, como ciertos espiritualistas, que Dios los ha dotado de un alma más favorecida que la del común de los hombres? Esa es una suposición igualmente carente de lógica, pues calificaría a Dios de parcial. La única solución racional de este problema reside en la preexistencia del alma y en la pluralidad de las existencias. El hombre de genio es un Espíritu que, como ha vivido más tiempo, conquistó y progresó más que aquellos que están menos adelantados. Al encarnar, trae consigo lo que sabe, y como sabe mucho más que los otros y no precisa aprender, se lo denomina hombre de genio. Con todo, su saber es fruto de un trabajo anterior, y no el resultado de un privilegio. Antes de renacer, ya era un Espíritu adelantado; reencarna para hacer que otros aprovechen su saber, o para adquirir más del que posee.

Los hombres progresan, indiscutiblemente, por sí mismos y por los esfuerzos de su inteligencia. No obstante, librados a sus propias fuerzas progresarían muy lentamente, en caso de que no recibieran la ayuda de otros hombres más adelantados, como el estudiante es auxiliado por los profesores. Todos los pueblos han tenido hombres de genio, que aparecieron en diversas épocas para darles impulso y sacarlos de la inercia.

6. Si se admite la solicitud de Dios para con sus criaturas, ¿por qué no se habrá de admitir que Espíritus capaces —tanto por

su energía como por la superioridad de sus conocimientos— de hacer que la humanidad avance, encarnen por voluntad de Dios a fin de contribuir al progreso en un sentido determinado? ¿Por qué no admitir que reciban misiones, como un embajador las recibe de su soberano? Tal es el rol de los grandes genios. ¿Qué vienen a hacer, si no es a enseñar a los hombres verdades que estos ignoran, y que aún ignorarían durante largos períodos, a fin de darles un punto de apoyo mediante el cual puedan elevarse más rápidamente? Esos genios, que aparecen a través de los siglos como estrellas fulgurantes, dejando una larga estela de luz sobre la humanidad, son misioneros o, si se quiere, mesías. Las cosas nuevas que enseñan a los hombres, ya sea en el orden físico o en el filosófico, son *revelaciones*.

Si Dios promueve reveladores para las verdades científicas, también puede, con mayor razón, promoverlos para las verdades morales, que constituyen uno de los elementos esenciales del progreso. Esos son los filósofos cuyas ideas perduran a través de los siglos.

7. En el sentido especial de la fe religiosa, la revelación se refiere más particularmente a las cosas espirituales que el hombre no puede descubrir por sí mismo ni con el auxilio de sus sentidos, y cuyo conocimiento le es dado por Dios o por sus mensajeros, ya sea por medio de la palabra directa o de la inspiración. En este caso, siempre se la hace a hombres privilegiados, designados con el nombre de profetas o *mesías*, es decir, *enviados* o *misioneros*, que reciben la *misión* de transmitirla a los hombres. Considerada desde ese punto de vista, la revelación implica la pasividad absoluta, y es aceptada sin control, sin examen ni discusión.

8. Todas las religiones han tenido sus reveladores, y aunque estos estuviesen lejos de conocer toda la verdad, tenían una razón de ser providencial, porque eran apropiados al tiempo y al medio en que vivían, al carácter particular de los pueblos a los que se dirigían, y en relación con los cuales eran relativamente superiores.

A pesar de los errores de sus doctrinas, no dejaron de agitar los espíritus y, por eso mismo, de sembrar los gérmenes del progreso que más tarde habrían de desarrollarse, o que se desarrollarán en el futuro a la luz del cristianismo. Es, por consiguiente, inadecuado anatematizarlos en nombre de la ortodoxia, ya que vendrá el día en que todas esas creencias, tan diversas en la forma pero basadas en un mismo principio fundamental –Dios y la inmortalidad del alma–, se fundirán en una grande y amplia unidad, cuando la razón triunfe sobre los prejuicios.

Lamentablemente, las religiones han sido en todos los tiempos instrumentos de dominación; el rol de profeta siempre tentó a las ambiciones secundarias, y se ha visto surgir una multitud de presuntos reveladores o mesías, que valiéndose del prestigio de esta denominación explotaron la credulidad en provecho de su orgullo, de su codicia o de su indolencia, pues hallaron más cómodo vivir a expensas de los engañados. La religión cristiana no ha podido evitar esos parásitos. Al respecto, llamamos particularmente la atención hacia el capítulo XXI de *El Evangelio según el espiritismo*: “Habrá falsos Cristos y falsos profetas”.

9. ¿Habrá revelaciones directas de Dios a los hombres? Esta es una cuestión que no osaríamos resolver en forma afirmativa ni en forma negativa de manera absoluta. El hecho no es radicalmente imposible, pero nada nos da de él una prueba cierta. Lo que parece cierto es que los Espíritus que por su perfección se hallan más cerca de Dios se impregnan de su pensamiento y pueden transmitirlo. En cuanto a los reveladores encarnados, según el orden jerárquico al que pertenecen, así como al grado de saber personal al que llegaron, pueden extraer de sus propios conocimientos las instrucciones que imparten, o recibirlas de Espíritus más elevados, incluso de los mensajeros directos de Dios, los cuales al hablar en nombre de este, han sido en ocasiones tomados por el propio Dios.

Las comunicaciones de este género nada tienen de extrañas para quien conoce los fenómenos espíritas y la manera mediante la cual se establecen las relaciones entre los encarnados y los desencarnados. Las instrucciones pueden ser transmitidas por diversos medios: por la inspiración pura y simple, por la audición de la palabra, por la visión de los Espíritus instructores, en visiones y en apariciones, ya sea durante el sueño o en estado de vigilia, como se ve tantas veces en la *Biblia*, en el Evangelio y en los libros sagrados de todos los pueblos. Es, pues, rigurosamente exacto decir que la mayoría de los reveladores son médiums inspirados, auditivos o videntes, lo que no significa que todos los médiums sean reveladores, y menos aún intermediarios directos de la Divinidad o de sus mensajeros.

10. Sólo los Espíritus puros reciben la palabra de Dios con la misión de transmitirla. No obstante, hoy se sabe que no todos los Espíritus son perfectos, y que existen algunos que se presentan bajo falsas apariencias, lo que llevó a san Juan a decir: “No creáis en cualquier Espíritu; ved antes si los Espíritus son de Dios”. (Primera Epístola, 4:1.)

Puede haber, pues, revelaciones serias y verdaderas, como hay revelaciones apócrifas y mentirosas. *El carácter esencial de la revelación divina es el de la eterna verdad. Toda revelación contaminada de errores o sujeta a modificaciones no puede emanar de Dios.* Es por eso que la ley del Decálogo tiene todos los caracteres de su origen, mientras que las otras leyes mosaicas, esencialmente transitorias, muchas veces en contradicción con la ley del Sinaí, son obra personal y política del legislador hebreo. Con el ablandamiento de las costumbres del pueblo, esas leyes cayeron en desuso por sí mismas, mientras que el Decálogo permaneció siempre en pie como faro de la humanidad. Cristo hizo de él la base de su edificio, y abolió las otras leyes. Si estas fuesen obra de Dios, las habría conservado intactas. Cristo y Moisés son los dos

grandes reveladores que cambiaron la faz del mundo, y en eso está la prueba de su misión divina. Una obra puramente humana no habría tenido ese poder.

11. Una importante revelación se produce en la época actual: la que nos muestra la posibilidad de que nos comuniquemos con los seres del mundo espiritual. No cabe duda de que ese conocimiento no es nuevo; pero hasta ahora, en cierto modo, había permanecido como letra muerta, es decir, sin provecho para la humanidad. La ignorancia de las leyes que rigen esas relaciones lo había ahogado bajo la superstición; el hombre era incapaz de extraer de allí alguna deducción saludable. Estaba reservado a nuestra época desembarazarlo de los accesorios ridículos, comprender su alcance y hacer surgir la luz destinada a iluminar el camino del porvenir.

12. El espiritismo, al darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea y en medio del cual vivimos sin que lo sospecháramos, así como las leyes que lo rigen, sus relaciones con el mundo visible, la naturaleza y el estado de los seres que habitan en él y, por consiguiente, el destino del hombre después de la muerte, constituye una verdadera revelación en el sentido científico de la palabra.

13. Por su naturaleza, la revelación espírita tiene un doble carácter: participa al mismo tiempo de la revelación divina y de la revelación científica. Participa de la primera, porque su aparición es providencial, y no el resultado de la iniciativa o de un deseo premeditado del hombre; y porque los puntos fundamentales de la doctrina provienen de la enseñanza que han impartido los Espíritus encargados por Dios de ilustrar a los hombres sobre cosas que ellos ignoraban, que no podían aprender por sí mismos, y que les importa conocer, ya que hoy son aptos para comprenderlas. Participa de la segunda, porque esa enseñanza no es privilegio de ningún individuo, sino que es impartida a todos del mismo modo; porque los que la transmiten y los que la reciben no son seres *pasivos*, dispensados del trabajo de la observación y la investigación; porque no han renun-

ciado al razonamiento y al libre albedrío; porque no se les ha prohibido el examen, sino que, por el contrario, se les ha recomendado; en fin, porque la doctrina no fue *dictada completa, ni impuesta a una creencia ciega*; porque es deducida, mediante el trabajo del hombre, de la observación de los hechos que los Espíritus colocan delante de sus ojos, así como de las instrucciones que le dan, instrucciones que él estudia, comenta, compara, a fin de que él mismo extraiga las consecuencias y aplicaciones. En suma: *lo que caracteriza a la revelación espírita es el hecho de que su origen es divino, la iniciativa es de los Espíritus, y su elaboración es fruto del trabajo del hombre.*

14. Como medio de elaboración, el espiritismo procede exactamente de la misma manera que las ciencias positivas, es decir, aplica el método experimental. Cuando se presentan hechos nuevos que no se pueden explicar a través de las leyes conocidas, él los observa, los compara y analiza, y remontándose de los efectos a las causas, llega a la ley que los rige; después deduce sus consecuencias y busca las aplicaciones útiles. *No establece ninguna teoría preconcebida*; por eso no presentó como hipótesis la existencia y la intervención de los Espíritus, como tampoco del periespíritu, la reencarnación ni ningún otro principio de la doctrina. Concluyó por la existencia de los Espíritus cuando esa existencia resultó evidente a partir de la observación de los hechos, y ha procedido de igual manera en cuanto a los otros principios. No han sido los hechos los que vinieron con posterioridad a confirmar a la teoría, sino que la teoría vino a continuación para explicar y resumir los hechos. Es, pues, rigurosamente exacto que se diga que el espiritismo es una ciencia de observación y no un producto de la imaginación. Las ciencias sólo hicieron progresos importantes después de que sus estudios se basaron en el método experimental; hasta entonces se creía que ese método sólo era aplicable a la materia, mientras que también se aplica a las cosas metafísicas.

15. Citemos un ejemplo. En el mundo de los Espíritus ocurre un hecho muy singular, que seguramente nadie había sospechado: el

que haya Espíritus que no se consideran muertos. ¡Pues bien! Los Espíritus superiores, que conocen perfectamente ese hecho, no vinieron a decirnos previamente: “Hay Espíritus que suponen que viven todavía la vida terrenal, que han conservado sus gustos, sus costumbres y sus instintos”. En lugar de eso, han provocado la manifestación de Espíritus de esa categoría para que los observáramos. Así pues, luego de haber visto Espíritus inseguros en cuanto a su estado, o que afirman que todavía pertenecen a este mundo, o que se consideran dedicados a sus ocupaciones habituales, del ejemplo se dedujo la regla. La multiplicidad de sucesos análogos ha probado que el hecho no era excepcional, sino una de las fases de la vida espírita. Entonces ha sido posible estudiar todas las variedades y las causas de tan singular ilusión, y reconocer que esa situación es sobre todo inherente a Espíritus poco adelantados moralmente, y característica de determinados tipos de muerte; que sólo es transitoria, pero puede durar días, meses y años. Así, la teoría nació de la observación. Ocurrió lo mismo en relación con los demás principios de la doctrina espírita.

16. Así como la ciencia propiamente dicha tiene por objeto el estudio de las leyes del principio material, el objeto especial del espiritismo es el conocimiento de las leyes del principio espiritual. Ahora bien, como este último principio es una de las fuerzas de la naturaleza, que reacciona sin cesar sobre el principio material y a la recíproca, se deduce de ahí que el conocimiento de uno no puede estar completo sin el conocimiento del otro. *El espiritismo y la ciencia se complementan recíprocamente*; la ciencia sin el espiritismo se encuentra en la imposibilidad de explicar ciertos fenómenos sólo por las leyes de la materia; al espiritismo, sin la ciencia, le faltaría el apoyo y el examen. El estudio de las leyes de la materia debería preceder al de la espiritualidad, porque la materia es la que primero impresiona los sentidos. Si el espiritismo hubiese llegado antes que los descubrimientos científicos, se habría malogrado, como todo lo que aparece antes de tiempo.

17. Todas las ciencias se concatenan y se suceden en un orden racional; nacen las unas de las otras, a medida que encuentran un punto de apoyo en las ideas y los conocimientos anteriores. La astronomía, una de las primeras cultivadas, conservó los errores de su infancia hasta el momento en que la física reveló la ley de las fuerzas de los agentes naturales; la química, impotente sin la física, tuvo que acompañarla de cerca, para después marchar ambas en concordancia, amparándose una a la otra. La anatomía, la fisiología, la zoología, la botánica, la mineralogía sólo llegaron a convertirse en ciencias serias con el auxilio de las luces que les aportaron la física y la química. A la geología, nacida ayer, sin la astronomía, la física, la química y todas las otras ciencias, le habrían faltado elementos vitales; ella sólo podía llegar después de aquellas.

18. La ciencia moderna abandonó los cuatro elementos primitivos de los antiguos y, de observación en observación, llegó a la concepción de *un solo elemento* generador de todas las transformaciones de la materia; pero la materia, de por sí, es inerte; no tiene vida, pensamiento ni sentimiento; le es necesaria su unión con el principio espiritual. El espiritismo no ha descubierto ni inventado este principio, pero fue el primero en demostrar su existencia por medio de pruebas irrecusables. Lo ha estudiado, analizado, y puso en evidencia su acción. Al *elemento material* le adicionó el *elemento espiritual*. *Elemento material* y *elemento espiritual* son, pues, los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza. Mediante la unión indisoluble de ambos se explica fácilmente una infinidad de hechos hasta entonces inexplicables¹.

Puesto que tiene como objeto el estudio de uno de los dos elementos que constituyen el universo, el espiritismo se relaciona

¹ La palabra *elemento* no se emplea aquí en el sentido de *cuerpo simple, elemental, de moléculas primitivas*, sino en el de *parte constitutiva de un todo*. En este sentido, se puede decir que el *elemento espiritual* tiene parte activa en la economía del universo, como se dice que el *elemento civil* y el *elemento militar* figuran en el cálculo de una población; que el *elemento religioso* entra en la educación; o que en Argelia existen el *elemento árabe* y el *elemento europeo*. (N. de Allan Kardec.)

forzosamente con la mayor parte de las ciencias; por consiguiente, sólo podía llegar después de que estas hubieran sido elaboradas. Nació por la fuerza de las circunstancias, por la imposibilidad de que el hombre explicara todas las cosas con la sola ayuda de las leyes de la materia.

19. Acusan al espiritismo de parentesco con la magia y la hechicería, pero se omite que la astronomía tiene por hermana mayor a la astrología judiciaria, no tan lejana de nosotros; que la química es hija de la alquimia, de la que ningún hombre sensato osaría ocuparse hoy. Nadie niega, sin embargo, que en la astrología y en la alquimia estaba el germen de las verdades de las que salieron las ciencias actuales. A pesar de sus fórmulas ridículas, la alquimia orientó el descubrimiento de los cuerpos simples y de la ley de afinidades. La astrología se apoyaba en la posición y en el movimiento de los astros, a los cuales había estudiado; pero como ignoraba las verdaderas leyes que rigen el mecanismo del universo, los astros eran para el vulgo seres misteriosos a los cuales la superstición atribuía una influencia moral y un sentido revelador. Cuando Galileo, Newton y Kepler dieron a conocer esas leyes, cuando el telescopio rasgó el velo y sumergió en las profundidades del espacio una mirada que algunos consideraron indiscreta, los planetas aparecieron como simples mundos semejantes al nuestro, y el andamiaje de lo maravilloso se desmoronó.

Lo mismo sucede con el espiritismo en lo relativo a la magia y la hechicería, que se basaban también en la manifestación de los Espíritus, como la astrología en el movimiento de los astros; no obstante, como aquellas ignoraban las leyes que rigen el mundo espiritual, mezclaban con esas relaciones creencias y prácticas ridículas, con las cuales el espiritismo moderno, fruto de la experiencia y de la observación, nada tiene que ver. Por cierto, la distancia que separa al espiritismo de la magia y la hechicería es mayor que la que existe entre la astronomía y la astro-

logía, o entre la química y la alquimia. Pretender confundirlos es demostrar que nada se sabe al respecto.

20. El simple hecho de que el hombre pueda comunicarse con los seres del mundo espiritual trae consecuencias incalculables de la mayor gravedad: es un mundo nuevo el que se nos revela, y que tiene tanta más importancia cuanto que a él habrán de regresar todos los hombres, sin excepción. El conocimiento de ese hecho no puede dejar de acarrear, al generalizarse, una profunda modificación en las costumbres, el carácter, los hábitos y las creencias, que tan grande influencia ejercen sobre las relaciones sociales. Es una revolución total la que se opera en las ideas, revolución tanto mayor y más poderosa cuanto que no está circunscripta a un pueblo ni a una casta, visto que alcanza simultáneamente, por el corazón, a todas las clases, a todas las nacionalidades y a todos los cultos.

Razón existe, pues, para que el espiritismo sea considerado la tercera de las grandes revelaciones. Veamos en qué difieren esas revelaciones, y cuál es el vínculo que las relaciona entre sí.

21. Moisés, como profeta, reveló a los hombres la existencia de un Dios único, soberano Señor y creador de todas las cosas. Promulgó la ley del Sinaí y echó las bases de la verdadera fe. Como hombre, fue el legislador del pueblo a través del cual esa primitiva fe, depurada, habría de expandirse por toda la Tierra.

22. Cristo, que tomó de la antigua ley lo que es eterno y divino, y desechó lo que era transitorio, meramente disciplinario y de concepción humana, agregó *la revelación de la vida futura*, de la que Moisés no había hablado, como también la de las penas y las recompensas que aguardan al hombre después de la muerte. (Véase la *Revista Espírita* de marzo y septiembre de 1861.)

23. La parte más importante de la revelación de Cristo, en el sentido de primera fuente, de piedra angular de toda su doctrina, es el punto de vista absolutamente nuevo desde el cual considera

a la Divinidad. Esta ya no es el Dios terrible, celoso, vengativo de Moisés; el Dios cruel e implacable que riega la tierra con sangre humana, que ordena la masacre y el exterminio de pueblos, sin exceptuar a las mujeres, a los niños y a los ancianos, y que castiga a quienes tratan con indulgencia a las víctimas; ya no es el Dios injusto que escarmienta a todo un pueblo por la falta de su líder, que se venga del culpable en la persona del inocente, que daña a los hijos por las faltas de los padres; sino un Dios clemente, soberanamente justo y bueno, pleno de mansedumbre y misericordia, que perdona al pecador arrepentido *y da a cada uno según sus obras*. Ya no es el Dios de un único pueblo privilegiado, *el Dios de los ejércitos* que dirige los combates para sustentar su propia causa contra el Dios de los otros pueblos, sino el Padre común del género humano, que extiende su protección a todos sus hijos y los convoca a todos hacia él; ya no es el Dios que recompensa y castiga sólo con los bienes de la Tierra, que hace consistir la gloria y la felicidad en la esclavitud de los pueblos rivales y en la multiplicidad de la progenie, sino un Dios que dice a los hombres: “Vuestra verdadera patria no está en este mundo, sino en el reino celestial, allí donde los humildes de corazón serán elevados y los orgullosos serán humillados”. Ya no es el Dios que hace de la venganza una virtud y ordena que se retribuya ojo por ojo, diente por diente; sino el Dios de misericordia que dice: “Perdonad las ofensas si queréis ser perdonados; haced el bien a cambio del mal; no hagáis a los demás lo que no queréis que os hagan”. Ya no es más el Dios mezquino y meticuloso que impone, bajo las más rigurosas penas, el modo como quiere ser adorado, que se ofende por la falta de observancia de una fórmula; sino el Dios grande que ve el pensamiento y al que no se honra con la forma. En fin, ya no es el Dios que quiere ser temido, sino el Dios que quiere ser amado.

24. Por ser Dios el eje de todas las creencias religiosas, y el objetivo de todos los cultos, *el carácter de todas las religiones está*

conforme con la idea que estas tienen de Él. Las religiones que hacen de Dios un ser vengativo y cruel creen honrarlo con actos de crueldad, con hogueras y torturas; las que tienen un Dios parcial y celoso son intolerantes y, en mayor o menor medida, meticulosas en la forma, pues lo consideran más o menos contaminado con las debilidades y la frivolidad humanas.

25. Toda la doctrina de Cristo está fundada en el carácter que Él atribuye a la Divinidad. Con un Dios imparcial, soberanamente justo, bueno y misericordioso, Él hizo del amor de Dios y de la caridad para con el prójimo la condición expresa de la salvación, y dijo: *Amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos; en esto consiste toda la ley y los profetas; no existe otra ley.* Sobre esta única creencia asentó el principio de la igualdad de los hombres ante Dios, así como el de la fraternidad universal. En cambio, ¿era posible amar al Dios de Moisés? No, sólo se podía temerlo.

La revelación de los verdaderos atributos de la Divinidad, juntamente con la de la inmortalidad del alma y de la vida futura, modificaba profundamente las relaciones mutuas entre los hombres, les imponía nuevas obligaciones, los hacía encarar la vida presente desde otro aspecto, y por eso mismo habría de reaccionar contra las costumbres y las relaciones sociales. Ese es, indiscutiblemente, por sus consecuencias, el punto principal de la revelación de Cristo, cuya importancia no fue suficientemente comprendida. Además, es lamentable decir que también es el punto del que la humanidad más se ha apartado, el que más ha ignorado en la interpretación de sus enseñanzas.

26. No obstante, Cristo agrega: “Muchas de las cosas que os digo, todavía no las podéis comprender, y muchas otras tendré que deciros, que no comprenderéis; por eso os hablo por parábolas; con todo, más adelante *habré de enviaros el Consolador; el Espíritu de Verdad, que restablecerá todas las cosas y os las explicará todas*”. (*San Juan*, 14:16; *San Mateo*, 17.)

Si Cristo no dijo todo lo que hubiera podido decir, es porque consideró conveniente dejar ciertas verdades en la sombra, hasta que los hombres estuviesen en condiciones de comprenderlas. Como Él mismo lo confesó, su enseñanza estaba incompleta, visto que anunció la llegada de aquel que debería completarla. Había previsto, entonces, que sus palabras serían despreciadas o mal interpretadas, y que los hombres se desviarían de su enseñanza; en suma, que destruirían lo que Él había hecho, puesto que todas las cosas habrán de ser restablecidas. Ahora bien, sólo se *restablece* aquello que ha sido deshecho.

27. ¿Por qué Él denomina *Consolador* al nuevo Mesías? Ese nombre, significativo y sin ambigüedad, encierra toda una revelación. Así, Cristo preveía que los hombres estarían necesitados de consuelo, lo que implica que sería insuficiente el que hallarían en la creencia que habrían de fundar. Tal vez nunca Cristo fue tan claro, tan explícito como en estas últimas palabras, a las cuales pocas personas prestaron la debida atención, probablemente porque evitaron interpretarlas y profundizar su sentido profético.

28. Si Cristo no pudo desarrollar su enseñanza de manera completa, se debió a que a los hombres les faltaban conocimientos que sólo podrían adquirir con el tiempo, y sin los cuales no la comprenderían; muchas cosas habrían parecido absurdas en el estado de los conocimientos de entonces. “Completar su enseñanza” debe entenderse en el sentido de *explicarla y desarrollarla*, y no en el de agregarle verdades nuevas, pues todo en ella se encontraba en estado de germen; sólo le faltaba la clave para captar el sentido de sus palabras.

29. Pero ¿quién se arroga el derecho de interpretar las Escrituras sagradas? ¿Quién tiene ese derecho? ¿Quiénes poseen las luces necesarias, si no son los teólogos?

¿Quién se atreve? En primer lugar, la ciencia, que no pide permiso a nadie para dar a conocer las leyes de la naturaleza, y salta

por sobre los errores y los prejuicios. ¿Quién tiene ese derecho? En este siglo de emancipación intelectual y de libertad de conciencia, el derecho de examen pertenece a todos, y las Escrituras ya no son el arca santa en la cual nadie se atrevía a introducir la punta de un dedo sin que corriera el riesgo de ser fulminado. En cuanto a las luces especiales, necesarias, sin objetar las de los teólogos, por más iluminados que fuesen los de la Edad Media y, en particular, los Padres de la Iglesia, ellos no lo eran lo suficiente para no haber condenado como herejía el movimiento de la Tierra y la creencia en las antípodas. Incluso sin ir tan lejos, los teólogos de nuestros días, ¿no han arrojado un anatema sobre la teoría de los períodos de formación de la Tierra?

Los hombres sólo pudieron explicar las Escrituras con el auxilio de lo que sabían, de las nociones falsas o incompletas que tenían acerca de las leyes de la naturaleza, más tarde reveladas por la ciencia. Por esa razón los propios teólogos, de muy buena fe, se equivocaron acerca del sentido de ciertas palabras y hechos del Evangelio. Al querer a toda costa hallar en él la confirmación de una idea preconcebida, giraban siempre en el mismo círculo, sin abandonar su punto de vista, de modo que sólo veían lo que querían ver. Por más sabios que fuesen, no podían comprender las causas dependientes de leyes que ignoraban.

Pero ¿quién habrá de juzgar las diferentes interpretaciones, muchas veces contradictorias, por fuera del campo de la teología? El futuro, la lógica y el buen sentido. Los hombres, cada vez más esclarecidos, a medida que nuevos hechos y nuevas leyes se vayan revelando, sabrán apartar de la realidad los sistemas utópicos. Ahora bien, la ciencia da a conocer algunas leyes; el espiritismo revela otras; todas son indispensables para la comprensión de los textos sagrados de todas las religiones, desde Confucio y Buda hasta el cristianismo. En cuanto a la teología, esta no podrá, juiciosamente, alegar contradicciones de la ciencia, dado que no siempre es coherente consigo misma.

30. El espiritismo, que parte de las propias palabras de Cristo, como este partió de las de Moisés, es una consecuencia directa de la doctrina cristiana.

A la idea vaga de la vida futura agrega la revelación de la existencia del mundo invisible que nos rodea y puebla el espacio, y con eso determina en forma precisa la creencia; le da un cuerpo, una consistencia, una realidad en el pensamiento.

Define los lazos que unen el alma al cuerpo, y levanta el velo que ocultaba a los hombres los misterios del nacimiento y de la muerte.

Mediante el espiritismo el hombre sabe de dónde viene, hacia dónde va, por qué está en la Tierra, por qué sufre transitoriamente, y ve por todas partes la justicia de Dios. Sabe que el alma progresa sin cesar, a través de una serie de existencias sucesivas, hasta que haya alcanzado el grado de perfección que la aproxima a Dios. Sabe que todas las almas, como tienen un mismo punto de origen, son creadas iguales, con la misma aptitud para progresar, en virtud de su libre albedrío; que todas son de la misma esencia, y que no existe diferencia entre ellas, salvo en cuanto al progreso realizado; que todas tienen el mismo destino y alcanzarán la misma meta, más o menos rápidamente, conforme a su trabajo y buena voluntad.

Sabe que no existen criaturas desheredadas, ni más favorecidas unas que otras; que Dios no privilegió la creación de ninguna de ellas, ni a nadie dispensó del trabajo impuesto a las otras para que progresen; que no hay seres perpetuamente consagrados al mal y al sufrimiento; que aquellos a los que se designa con el nombre de *demonios* son Espíritus imperfectos y que todavía están atrasados, que practican el mal en el estado de Espíritus como lo practicaban cuando eran hombres, pero que adelantarán y se perfeccionarán; que los ángeles o Espíritus puros no son seres aparte en la Creación, sino Espíritus que llegaron a la meta, después de haber recorrido palmo

a palmo el camino del progreso; que de tal modo no hay creaciones múltiples ni diferentes categorías entre los seres inteligentes, sino que toda creación es el resultado de la gran ley de unidad que rige el universo; sabe, por último, que todos los seres gravitan hacia un fin común, que es la perfección, sin que unos sean favorecidos a expensas de otros, pues todos son hijos de sus propias obras.

31. Por las relaciones que ahora puede establecer con aquellos que dejaron la Tierra, el hombre posee no sólo la prueba material de la existencia y de la individualidad del alma, sino que también comprende la solidaridad que vincula a los vivos con los muertos de este mundo, y a los de este mundo con los de otros planetas. Conoce la situación de ellos en el mundo de los Espíritus; los acompaña en sus migraciones; es testigo de sus alegrías y sus penas; sabe por qué son felices o desdichados, y conoce la suerte que a él mismo le está reservada, según el bien o el mal que haya hecho. Esas relaciones lo inician en la vida futura, a la que puede observar en todas sus fases, en todas sus peripecias; el porvenir ya no es una vaga esperanza, sino un hecho positivo, una certeza matemática. A partir de entonces, la muerte ya no tiene nada de aterrador para él, porque significa la liberación, la puerta de la verdadera vida.

32. A través del estudio de la situación de los Espíritus, el hombre sabe que la felicidad y la desdicha en la vida espiritual son inherentes al grado de perfección o de imperfección; que cada uno sufre las consecuencias directas y naturales de sus faltas o, dicho de otra manera, que es castigado según haya pecado; que esas consecuencias duran tanto como la causa que las produjo; que, por consiguiente, el culpable sufriría eternamente si persistiera siempre en el mal, pero que el sufrimiento cesa con el arrepentimiento y la reparación. Ahora bien, como el perfeccionamiento depende de cada uno, todos pueden, en virtud de su libre albedrío, prolongar o abreviar sus padecimientos, del mismo modo que el enfermo sufre por sus excesos hasta tanto no les pone término.

33. Así como la razón rechaza, por considerarla incompatible con la bondad de Dios, la idea de las penas irremisibles, perpetuas y absolutas, a menudo infligidas por una única falta, al igual que la idea de los suplicios del Infierno, que ni siquiera pueden ser atenuados por el arrepentimiento más ardiente y más sincero, la misma razón se inclina delante de esa justicia distributiva e imparcial que toma todo en cuenta, que nunca cierra la puerta al arrepentimiento y tiende constantemente la mano al náufrago, en vez de empujarlo hacia el abismo.

34. La pluralidad de las existencias, cuyo principio Cristo estableció en el Evangelio, aunque no lo definió más que como lo hizo con muchos otros, es una de las leyes más importantes reveladas por el espiritismo, dado que este demuestra su realidad y su necesidad para el progreso. Con esta ley, el hombre explica todas las aparentes anomalías de la vida humana; las diferencias de posición social; las muertes prematuras que, sin la reencarnación, tornarían inútiles para el alma las vidas de corta duración; la desigualdad de aptitudes intelectuales y morales, que se deben al grado de antigüedad del Espíritu, que ha aprendido y progresado en mayor o menor medida y que trae, al renacer, lo que conquistó en sus existencias anteriores. (Véase el § 5.)

35. Con la doctrina de la creación del alma en el instante del nacimiento, se cae en el sistema de las creaciones privilegiadas. Los hombres son extraños unos a otros, nada los une, los lazos de familia son puramente carnales; no son de ningún modo solidarios con un pasado en el que no existían. Con la doctrina de la nada después de la muerte, todas las relaciones cesan con la vida y, de ese modo, los hombres no son solidarios en el porvenir. Mediante la reencarnación, en cambio, son solidarios en el pasado y en el porvenir. Como sus relaciones se perpetúan tanto en el mundo espiritual como en el corporal, la fraternidad se basa en las leyes mismas de la naturaleza. El bien tiene un objetivo; y el mal, consecuencias inevitables.

36. Con la reencarnación desaparecen los prejuicios de razas y de castas, pues el mismo Espíritu puede volver a nacer rico o pobre, gran señor o proletario, jefe o subordinado, libre o esclavo, hombre o mujer. De todos los argumentos invocados contra la injusticia de la servidumbre y la esclavitud, contra la sujeción de la mujer a la ley del más fuerte, ninguno hay que aventaje en lógica al hecho material de la reencarnación. De ese modo, así como la reencarnación fundamenta en una ley de la naturaleza el principio de la fraternidad universal, también fundamenta en la misma ley el de la igualdad de los derechos sociales y, por consiguiente, el de la libertad.

37. Quitad al hombre el Espíritu libre e independiente, que sobrevive a la materia, y haréis de él una simple máquina organizada, sin una meta, sin responsabilidad, sin otro freno aparte de la ley civil, y *lista para ser explotada* como un animal inteligente. Como no espera nada después de la muerte, hace de todo para aumentar los goces del presente; si sufre, sólo tiene la perspectiva de la desesperación y la nada como refugio. Con la certeza del porvenir, con la convicción de encontrar nuevamente a aquellos a quienes amó, y con *el temor de volver a ver a quienes ofendió*, todas sus ideas cambian. Aunque el espiritismo sólo sirviera para liberar al hombre de la duda acerca de la vida futura, ya habría hecho más por su perfeccionamiento moral que todas las leyes disciplinarias, que a veces le ponen freno pero que no lo transforman.

38. Sin la preexistencia del alma, la doctrina del pecado original no solamente sería inconciliable con la justicia de Dios, sino que haría a todos los hombres responsables de la falta de uno solo; sería un contrasentido, y tanto menos justificable porque, según esa doctrina, el alma no existía en la época a la que se pretende hacer remontar su responsabilidad. En cambio, con la preexistencia, el hombre trae al *renacer* el germen de sus imperfecciones, de los defectos de los que no se ha corregido y que se traducen en los ins-

tintos naturales, en las inclinaciones hacia tal o cual vicio. Ese es su verdadero pecado original, cuyas consecuencias sufre naturalmente, pero con la diferencia capital de que sufre la pena de sus propias faltas, y no la pena de las faltas cometidas por otros. Además, existe otra diferencia, al mismo tiempo consoladora, animadora y soberanamente equitativa, según la cual cada existencia le ofrece los medios para redimirse mediante la reparación, así como para progresar, ya sea despojándose de alguna imperfección o adquiriendo nuevos conocimientos, hasta que, al hallarse suficientemente purificado, el hombre ya no necesite la vida corporal y pueda vivir exclusivamente la vida espiritual, eterna y bienaventurada.

Por la misma razón, aquel que ha progresado moralmente trae, al renacer, cualidades naturales, así como quien ha progresado intelectualmente es portador de ideas innatas. Identificado con el bien, lo practica sin esfuerzo, sin cálculo y, por así decirlo, sin pensar en ello. Aquel que está obligado a combatir sus malas tendencias vive todavía en lucha; el primero ya triunfó, el segundo está a punto de triunfar. Existe, pues, la *virtud original*, como existe el *saber original*, y el *pecado* o, mejor dicho, el *vicio original*.

39. El espiritismo experimental estudió las propiedades de los fluidos espirituales y su acción sobre la materia. Ha demostrado la existencia del periespíritu, sobre el cual había sospechas desde la Antigüedad, y que san Pablo denominó *cuerpo espiritual*, es decir, cuerpo fluídico del alma después de la destrucción del cuerpo tangible. Se sabe hoy que esa envoltura es inseparable del alma; que forma uno de los elementos constitutivos del ser humano; que es el vehículo de la transmisión del pensamiento y que, durante la vida del cuerpo, sirve de lazo entre el Espíritu y la materia. El periespíritu representa un rol tan importante en el organismo y en una cantidad de afecciones, que se liga a la fisiología tanto como a la psicología.

40. El estudio de las propiedades del periespíritu, de los fluidos espirituales y de los atributos fisiológicos del alma, abre nuevos

horizontes a la ciencia y aporta la clave de una infinidad de fenómenos incomprensibles hasta hoy, pues faltaba el conocimiento de la ley que los rige; fenómenos que el materialismo niega, debido a que se hallan vinculados con la espiritualidad, y que otras creencias califican como milagros o sortilegios. Tales son, entre otros, el fenómeno de la doble vista, la visión a distancia, el sonambulismo natural y artificial, los efectos físicos de la catalepsia y la letargia, la presciencia, los presentimientos, las apariciones, las transfiguraciones, la transmisión del pensamiento, la fascinación, las curas instantáneas, las obsesiones y posesiones, etc. Al demostrar que esos fenómenos reposan en leyes tan naturales como las de los fenómenos eléctricos, y en qué condiciones normales se pueden reproducir, el espiritismo destruye el imperio de lo maravilloso y lo sobrenatural y, por consiguiente, la fuente de la mayor parte de las supersticiones. Así como lleva a la creencia en la posibilidad de ciertas cosas que algunos consideran quiméricas, también impide que se crea en muchas otras, pues comprueba su imposibilidad e irracionalidad.

41. Lejos de negar o destruir el Evangelio, el espiritismo viene, por el contrario, a confirmar, explicar y desarrollar, por medio de las nuevas leyes de la naturaleza, que él revela, todo lo que Cristo dijo e hizo. El espiritismo elucida los puntos oscuros de la enseñanza cristiana, de tal manera que, con su auxilio, aquellos para quienes eran ininteligibles ciertas partes del Evangelio, o parecían *inadmisibles*, las comprenden y admiten sin dificultad; ven mejor su alcance y pueden distinguir entre la realidad y la alegoría; Cristo les parece más importante: ya no es simplemente un filósofo, sino un Mesías divino.

42. Además, si se considera el poder moralizador del espiritismo, por la finalidad que confiere a todas las acciones de la vida; por las consecuencias del bien y del mal que hace tangibles; por la fuerza moral, el coraje y el consuelo que da en las aflicciones, mediante una inalterable confianza en el porvenir; por la idea de que cada uno tiene cerca de sí a los seres a quienes amó, así como la certeza

de volver a verlos y la posibilidad de conversar con ellos; en fin, por la convicción de que todo cuanto hemos hecho, cuanto hemos conquistado en inteligencia, sabiduría y moralidad, *hasta la última hora de la vida*, no se ha perdido, sino que beneficia al adelanto del Espíritu, se reconoce que el espiritismo realiza todas las promesas de Cristo respecto del *Consolador* anunciado. Ahora bien, como el *Espíritu de Verdad* es quien preside el gran movimiento regenerador, la promesa de su advenimiento se encuentra de esa forma cumplida, porque, de hecho, él es el verdadero *Consolador*².

43. Si a estos resultados agregamos la rapidez extraordinaria con que se propaga el espiritismo, a pesar de todo lo que se ha hecho para demolerlo, no se podrá negar que su llegada es providencial, visto que triunfa por encima de todas las fuerzas y de toda la mala voluntad de los hombres. La facilidad con que lo aceptan tan grande número de personas, sin obligación alguna, apenas por el poder de la idea, prueba que responde a una necesidad: la de que el hombre crea en algo para llenar el vacío abierto por la incredulidad, y que, por lo tanto, ha venido en el momento preciso.

44. Los afligidos existen en gran número. No es, pues, para sorprenderse que tantas personas elijan una doctrina que consuela, de preferencia a las que llevan a que se pierda la esperanza, porque

² Muchos padres de familia deploran la muerte prematura de sus hijos, para cuya educación realizaron grandes sacrificios, y se dicen a sí mismos que nada de eso les aprovechó. Con el espiritismo, sin embargo, no lamentan esos sacrificios, y estarían dispuestos a volver a hacerlos, incluso con la certeza de que verían morir a sus hijos, porque saben que si estos no la aprovechan en la vida presente, esa educación servirá, primero que todo, para su adelanto como Espíritus; además de eso, serán conquistas nuevas para otra existencia y, cuando regresen a este mundo, tendrán un patrimonio intelectual que los hará más aptos para adquirir nuevos conocimientos. Tales son esos niños que al nacer traen ideas innatas, que saben, por así decirlo, sin necesidad de aprender. Si los padres no tienen la satisfacción inmediata de ver que sus hijos aprovechan la educación que les han dado, lo gozarán por cierto más adelante, sea como Espíritus o como hombres. Tal vez sean ellos de nuevo los padres de esos mismos hijos, que se presentan como afortunadamente dotados por la naturaleza, y que deben sus aptitudes a una educación precedente. Así también, si los hijos se desvían hacia el mal por la negligencia de los padres, estos pueden sufrir más tarde los disgustos y pesares que aquellos les suscitarán en una nueva existencia. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo V, § 21: "Muertes prematuras". (N. de Allan Kardec.)

a los desheredados, más que a los felices del mundo, se dirige el espiritismo. El enfermo ve llegar al médico con mayor satisfacción que quien está bien de salud; ahora bien, los afligidos son los enfermos, y el Consolador es el médico.

Vosotros, que combatís al espiritismo, si queréis que lo abandonemos para seguiros, dadnos más y mejor que él; curad con mayor seguridad las heridas del alma. Dad más consuelo, más satisfacciones al corazón, esperanzas más legítimas, mayores certezas; haced del porvenir un panorama más racional, más seductor. Con todo, no supongáis que habréis de derrotarlo con la perspectiva de la nada, con la alternativa de las llamas del Infierno, o con la plácida e inútil contemplación perpetua.

45. La primera revelación estuvo personificada por Moisés, la segunda por Cristo, pero la tercera no está personificada por ningún individuo. Las dos primeras son individuales, la tercera es colectiva; ese es un carácter esencial de suma importancia. Es colectiva en el sentido de que no fue hecha como privilegio para nadie en particular; nadie, por consiguiente, puede atribuirse la condición de ser su profeta en exclusividad. Ha sido esparcida simultáneamente por sobre toda la Tierra, a millones de personas de todas las edades y condiciones, desde la más baja hasta la más alta de la escala, según esta predicción registrada por el autor de los *Hechos de los Apóstoles*: “En los últimos tiempos, dijo el Señor, derramaré de mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán” (*Hechos*, 2:17 y 18). No provino de ningún culto en especial, a fin de que un día sirva a todos de punto de unión³.

³ Nuestro rol personal, en el gran movimiento de ideas que se prepara mediante el espiritismo y que comienza a producirse, es el de un observador atento, que estudia los hechos para descubrir su causa y extraer de ellos las consecuencias. Hemos confrontado todos los hechos que nos ha sido posible reunir; comparamos y comentamos las instrucciones dadas por los Espíritus en todos los puntos del globo, y después coordinamos metódicamente el conjunto; en suma, hemos estudiado y dimos al público el fruto de nuestras investigaciones, sin que atribuyéramos a nuestra tarea mayor valor que el de una obra

46. Las dos primeras revelaciones, por ser fruto de una enseñanza personal, quedaron forzosamente localizadas, es decir, aparecieron en un solo punto, en torno al cual la idea se propagó poco a poco; pero fueron necesarios muchos siglos para que alcanzasen los extremos del mundo, y aun así no lo invadieron por completo. La tercera revelación tiene una particularidad: no está personificada en un solo individuo, sino que surgió simultáneamente en millares de puntos diferentes, que se convirtieron en centros o focos de irradiación. Al multiplicarse esos centros, sus rayos se reúnen poco a poco, como los círculos formados por una enorme cantidad de piedras lanzadas al agua; de tal manera que, en un plazo determinado, acabarán por cubrir toda la superficie del globo.

Esa es una de las causas de la rápida propagación de la doctrina. Si esta hubiese surgido en un solo punto, si fuese obra exclusiva de un hombre, se habrían formado sectas alrededor suyo, y tal vez habría transcurrido medio siglo sin que se hubieran alcanzado los límites del país donde hubiera comenzado, en tanto que después de diez años ya ha plantado jalones de un polo al otro.

47. Esa circunstancia, nunca vista en la historia de las doctrinas, otorga al espiritismo una fuerza excepcional y un poder de acción irresistible. De hecho, aunque lo persigan en un punto, en un determinado país, será materialmente imposible que lo hagan en todas partes y en todos los países. Por cada lugar donde obstaculicen su marcha, habrá otros mil donde florecerá. Más aún, si lo atacan en un individuo, no podrán hacerlo en los Espíritus, que

filosófica deducida de la observación y la experiencia, sin que nunca nos hayamos considerado el jefe de la doctrina, ni procuráramos imponer nuestras ideas a nadie. Al publicarlas, hemos hecho uso de un derecho común, y aquellos que las aceptaron lo han hecho libremente. Si esas ideas encontraron numerosas simpatías, se debe a que tuvieron la ventaja de corresponder a las aspiraciones de un importante número de personas, y de eso no nos envanecemos de ningún modo, ya que su origen no nos pertenece. Nuestro mayor mérito es el de la perseverancia y la dedicación a la causa que hemos abrazado. En todo eso, hemos hecho lo que cualquier otro podría haber hecho en nuestro lugar, razón por la cual nunca hemos tenido la pretensión de considerarnos profeta o mesías ni, menos aún, de presentarnos como tal. (N. de Allan Kardec.)

son la fuente de donde proviene. Ahora bien, como los Espíritus están en todas partes y existirán siempre, si por una eventualidad consiguiesen reprimirlo en todo el globo, reaparecería poco tiempo después, porque se basa en *un hecho que está en la naturaleza*, y las leyes de la naturaleza no se pueden reprimir. De esto deben convencerse aquellos que sueñan con el aniquilamiento de la doctrina espírita. (Véase la *Revista Espírita*, febrero de 1865: “Perpetuidad del espiritismo”).)

48. Sin embargo, a pesar de la diseminación de esos centros de irradiación, estos podrían aún permanecer aislados por mucho tiempo unos de otros, o confinados en países lejanos, como sucede con algunos de ellos. Faltaba entre esos centros una conexión que los pusiera en comunión de pensamientos con sus hermanos de creencia, para mantenerlos informados de lo que ocurría en otros lugares. Ese lazo de unión, que en la antigüedad podría haber faltado al espiritismo, hoy existe entre las publicaciones que van a todas partes, y que condensan en una forma única, concisa y metódica, la enseñanza que se brinda en todas partes de múltiples maneras, y en diversas lenguas.

49. Las dos primeras revelaciones sólo podían ser el resultado de una enseñanza directa. Como los hombres no estaban todavía suficientemente adelantados a fin de que cooperaran para su elaboración, debían ser impuestas por la fe mediante la autoridad de la palabra de un maestro.

No obstante, se percibe entre las dos una muy sensible diferencia, debida al progreso de las costumbres y las ideas, aunque fueran hechas al mismo pueblo y en el mismo medio, pero con dieciocho siglos de intervalo. La doctrina de Moisés es absoluta, despótica; no admite discusión y se impone al pueblo por la fuerza. La de Jesús es esencialmente *consejera*; se acepta libremente y sólo se impone por la persuasión; dio motivo a controversias aun en vida de su fundador, que no despreció la discusión con sus adversarios.

50. La tercera revelación llega en una época de emancipación y madurez intelectual, cuando la inteligencia, ya desarrollada, no se conforma con representar un rol meramente pasivo, y cuando el hombre ya no acepta nada a ciegas, sino que quiere ver a dónde lo conducen, quiere saber el porqué y el cómo de cada cosa. Por eso, esta revelación tenía que ser al mismo tiempo el producto de una enseñanza y el fruto del trabajo, de la investigación y el libre examen. *Los Espíritus sólo enseñan aquello que es necesario para guiar al hombre en el camino de la verdad, pero se abstienen de revelarle lo que el hombre puede descubrir por sí mismo*, pues le dejan la incumbencia de discutir, examinar y someter todo al tamiz de la razón, dando lugar incluso, muchas veces, a que adquiriera experiencia por su propia iniciativa. Los Espíritus proporcionan el principio, los elementos, y al hombre le corresponde aprovecharlos y ponerlos en acción. (Véase el § 15.)

51. Dado que los elementos de la revelación espírita fueron suministrados simultáneamente y en muchos puntos, a hombres de todas las condiciones sociales y de diversos grados de instrucción, es evidente que las observaciones no podían ser hechas en todas partes con el mismo resultado; que las consecuencias a extraer, la deducción de las leyes que rigen ese orden de fenómenos, en suma, la conclusión sobre la que debían asentarse las ideas, no podían surgir sino del conjunto y de la correlación de los hechos. Ahora bien, cada centro aislado, circunscripto a un círculo restringido, al no ver con frecuencia más que un orden particular de hechos, algunas veces contradictorios en apariencia, tratando generalmente con la misma categoría de Espíritus y, además de eso, limitado por influencias locales y partidarias, se encontraba en la imposibilidad material de abarcar el conjunto y, por eso mismo, de unificar las observaciones aisladas en un principio común. Como cada uno apreciaba los hechos según el punto de vista de sus conocimientos y creencias previos, o según la opinión particular de

los Espíritus que se manifestaban, pronto habrían aparecido tantas teorías y sistemas como cantidad de centros, todos incompletos por falta de elementos de comparación y examen. En una palabra, cada uno se habría quedado con su revelación parcial, convencido de poseer toda la verdad e ignorando que en otros cien lugares se conseguía más y mejor.

52. Por otra parte, es conveniente señalar que en ningún lugar la enseñanza espírita ha sido dada de manera completa. Abarca una cantidad tan grande de observaciones, de asuntos tan diferentes —que requieren conocimientos y aptitudes mediúnicas especiales—, que sería imposible que estuvieran reunidas en el mismo punto todas las condiciones necesarias. La enseñanza debía ser colectiva, no individual, de modo que los Espíritus dividieron el trabajo y distribuyeron los temas de estudio y observación, del mismo modo que en algunas fábricas la realización de cada parte de un mismo objeto es repartida entre diferentes obreros.

De ese modo, la revelación se hizo de manera parcial, en diferentes lugares y mediante una multitud de intermediarios, y de esa manera prosigue todavía, pues no todo ha sido revelado. Cada centro encuentra, en los otros centros, el complemento de lo que obtiene, y ha sido el conjunto, la coordinación de todas las enseñanzas parciales, lo que constituyó la *doctrina espírita*.

Era preciso, pues, agrupar los hechos dispersos, para verificar su correlación, así como reunir los diversos documentos, las instrucciones suministradas por los Espíritus acerca de todos los asuntos, a fin de compararlas, analizarlas, estudiar sus analogías y diferencias. Como las comunicaciones provienen de Espíritus que pertenecen a todas las categorías y son portadores de mayor o menor ilustración, era necesario apreciar el grado de confianza que la razón podía concederles, distinguir las ideas sistemáticas individuales o aisladas de aquellas que tenían la sanción de la enseñanza

general de los Espíritus, distinguir las utopías de las ideas prácticas, apartar las que eran evidentemente desmentidas por los datos de la ciencia positiva y de la lógica, y utilizar también los errores, las informaciones suministradas incluso por los Espíritus de la más baja categoría, para tomar conocimiento del estado del mundo invisible y crear con ello un todo homogéneo. Era necesario, en síntesis, un centro de elaboración independiente de las ideas preconcebidas, de los prejuicios de secta, *dispuesto a aceptar la verdad convertida en evidencia, aunque fuera contraria a las opiniones personales*. Ese centro se formó por sí mismo, por la fuerza de las circunstancias y *sin un designio premeditado*⁴.

53. De todas esas cosas resultó una doble corriente de ideas: las unas, dirigiéndose desde los extremos hacia el centro; las otras, encaminándose desde el centro hacia la periferia. De ese modo, la doctrina avanzó rápidamente hacia la unidad, a pesar de la diversidad de las fuentes en que se originó; los sistemas discordantes se derrumbaron poco a poco, debido al aislamiento en que quedaron en relación con el ascendiente de la opinión de la mayoría, pues no

⁴ *El Libro de los Espíritus*, la primera obra que condujo al espiritismo hacia el camino de la filosofía, mediante la deducción de las consecuencias morales a partir de los hechos, y que abordó todas las partes de la doctrina, pues trató las cuestiones más importantes que ella suscita, fue desde su aparición el punto hacia el cual convergieron espontáneamente los trabajos individuales. Es notorio que de la publicación de ese libro data la era del espiritismo filosófico, pues hasta entonces el espiritismo se conservaba en el dominio de las experiencias curiosas. Si ese libro conquistó las simpatías de la mayoría, se debió a que expresaba los sentimientos de dicha mayoría y correspondía a sus aspiraciones, y a que representaba también la confirmación y la explicación racional de lo que cada uno obtenía de modo particular. Si hubiera estado en desacuerdo con la enseñanza general de los Espíritus, de inmediato habría caído en el descrédito y en el olvido. Ahora bien, ¿cuál ha sido ese punto de convergencia? Por cierto, no fue el hombre, que no vale nada por sí mismo, que muere y desaparece, sino la idea, que no perece cuando emana de una fuente superior al hombre.

Esa espontánea concentración de fuerzas dispersas suscitó una amplísima correspondencia, monumento único en el mundo, panorama vivo de la verdadera historia del espiritismo moderno, donde se reflejan al mismo tiempo los trabajos parciales, los sentimientos múltiples que la doctrina ha dado a luz, las consecuencias morales, la dedicación y las deserciones; archivos valiosos para la posteridad, que podrá juzgar a los hombres y las cosas a través de documentos auténticos. Ante esos testimonios irrecusables, ¿a qué se reducirán con el tiempo los falsos alegatos, las difamaciones de la envidia y de los celos? (N. de Allan Kardec.)

hallaron una repercusión afín. A partir de entonces, se estableció una comunión de pensamientos entre los diferentes centros parciales. Como hablan el mismo lenguaje espiritual, se comprenden y se estiman de un extremo al otro del mundo.

Los espíritas se sintieron fortalecidos y lucharon con más valor, caminaron con paso más firme a partir de que ya no se vieron aislados y sintieron que existía un punto de apoyo, un lazo que los unía a la gran familia. Los fenómenos que presenciaban ya no les parecían extraños, ni tampoco anormales o contradictorios, puesto que pudieron asociarlos con las leyes generales de armonía, abarcaron la totalidad del edificio y descubrieron una finalidad trascendente y humanitaria en el conjunto⁵.

Sin embargo, ¿cómo podemos saber si un principio se enseña en todas partes o si sólo es el resultado de una opinión individual? Dado que los grupos aislados no estaban en condiciones de saber lo que se sostenía fuera de ellos, era necesario que un centro reuniese todas las instrucciones, para proceder a

⁵ Un testimonio significativo, tan notable como conmovedor, de esa comunión de pensamientos que se estableció entre los espíritas por la conformidad de sus creencias, son los pedidos de plegarias que nos llegan de las regiones más distantes, desde el Perú hasta los límites de Asia, formulados por personas de religiones y nacionalidades diferentes, y a las cuales nunca hemos visto. ¿No es eso un preludio de la gran unificación que se prepara? ¿No es la prueba de que por todas partes el espiritismo echa raíces sólidas?

Es digno de hacer notar que, de todos los grupos que se han formado con la intención premeditada de provocar una escisión mediante la proclama de principios divergentes, así como de todos aquellos que, apoyados en razones de amor propio u otras cualesquiera para no parecer que se someten a la ley común, se consideran suficientemente fuertes para caminar solos, dotados de las luces necesarias para prescindir de los consejos, ninguno llegó a elaborar una idea que fuese preponderante y viable. Todos se extinguieron o vegetaron en la sombra. No podía ser de otro modo, visto que para encumbrarse, en vez de esforzarse por proporcionar la mayor suma de satisfacciones, rechazaron precisamente los principios de la doctrina que resultan más atrayentes, más consoladores y racionales. Si hubiesen comprendido la fuerza de los elementos morales que constituyen la unidad, no se habrían engañado con ilusiones quiméricas. En cambio, al confundir con el universo el reducido círculo que constituían, no vieron en los adeptos más que una camarilla que fácilmente podía ser derribada por otra camarilla. Se equivocaron de modo singular en lo atinente a los caracteres esenciales de la doctrina, y ese error sólo podía acarrear decepciones. En lugar de romper la unidad, quebraron el único vínculo que podía darles fuerza y vitalidad. (Véase la *Revista Espírita*, abril de 1866: "El espiritismo sin los Espíritus" y "El espiritismo independiente") (N. de Allan Kardec.)

una especie de depuración de las voces y transmitir a todos la opinión de la mayoría⁶.

54. No existe ninguna ciencia que haya salido concluida del cerebro de un hombre. Todas, sin excepción, son el fruto de observaciones sucesivas, apoyadas en observaciones precedentes, como en un punto conocido para llegar a lo desconocido. Así han procedido los Espíritus con respecto al espiritismo, razón por la cual la enseñanza que impartieron es gradual. Ellos no abordan las cuestiones sino a medida que los principios en que se apoyan estén suficientemente elaborados, y la opinión haya alcanzado la madurez necesaria para asimilarlos. También debemos tomar en cuenta que todas las veces que los centros particulares han intentado tratar de modo prematuro algunas cuestiones, no han obtenido más que respuestas contradictorias, nada concluyentes. En cambio, cuando llega el momento oportuno, la enseñanza se generaliza y se unifica en casi todos los centros.

Con todo, existe una diferencia sustancial entre el avance del espiritismo y el de las ciencias: la de que estas no han alcanzado el punto al que llegaron sino después de largos intervalos, mientras que al espiritismo le bastaron unos pocos años, si no para subir hasta el punto culminante, al menos para recoger una cantidad importante de observaciones para constituir una doctrina. Ese hecho resulta de la inmensa multitud de Espíritus que, por voluntad de Dios, se manifestaron simultáneamente, aportando cada uno el caudal de sus conocimientos. De ahí resultó que todas las partes de la doctrina, en vez de que fueran elaboradas sucesivamente a lo

⁶ Ese es el objetivo de nuestras publicaciones, que pueden ser consideradas como el resultado de dicha depuración. En ellas todas las opiniones son discutidas, pero las cuestiones solamente son presentadas en forma de principios después de que han recibido la consagración de todos los exámenes, pues sólo ellos pueden otorgar a esos principios fuerza de ley y dar lugar a afirmaciones categóricas. Por esa razón no preconizamos apresuradamente ninguna teoría, y es precisamente por eso que la doctrina, al ser consecuencia de la enseñanza general, no representa el producto de un sistema preconcebido. También es eso lo que la hace fuerte y garantiza su porvenir. (N. de Allan Kardec.)

largo de muchos siglos, lo han sido casi al mismo tiempo, en unos pocos años, y bastó con reunirlos para que conformaran un todo.

Dios quiso que fuese así, en primer término, para que el edificio llegase más rápidamente a su culminación; y luego, para que se pudiera, por medio de la comparación, tener un control de alguna manera inmediato y permanente de la universalidad de la enseñanza. Dado que ninguna de sus partes tiene valor ni *autoridad* más que por su conexión con el conjunto, todas deben armonizarse, luego de que cada una llegue en su momento y se ubique en el lugar que le corresponde.

Como Dios no confió a un solo Espíritu el encargo de promulgar la doctrina espírita, quiso asimismo que tanto el pequeño como el grande, fuera entre los Espíritus como entre los hombres, aportase su piedra al edificio, a fin de que se estableciera entre ellos un lazo de solidaridad cooperativa que le faltó a todas las doctrinas provenientes de una fuente única.

Por otro lado, dado que los Espíritus, al igual que los hombres, sólo disponen de una limitada porción de conocimientos, individualmente no tenían aptitudes para tratar *ex profeso* las numerosas cuestiones inherentes al espiritismo. A eso se debe también que la doctrina, en cumplimiento de los designios del Creador, no podía ser obra ni de un solo Espíritu ni de un solo médium. Debía salir del conjunto de los trabajos, corroborados los unos con los otros⁷.

55. Un último carácter de la revelación espírita, que surge de las propias condiciones que le dan origen, es que, dado que se apoya en hechos, tiene que ser, y no puede dejar de ser, esencialmente progresiva, como todas las ciencias de observación. Por su esencia, se alía con la ciencia que, como constituye la enunciación de las leyes de la naturaleza con relación a un cierto orden de hechos, no puede contrariar la voluntad de Dios, autor de esas leyes. *Los descu-*

⁷ Véase, en *El Evangelio según el Espiritismo*, "Introducción", § II, y en la *Revista Espírita* de abril de 1864: "Autoridad de la doctrina espírita. Control universal de la enseñanza de los Espíritus". (N. de Allan Kardec.)

brimientos que realiza la ciencia, lejos de rebajar a Dios, lo glorifican; sólo destruyen lo que los hombres han edificado sobre las falsas ideas que se formaron acerca de Dios.

El espiritismo, por consiguiente, no establece como principio absoluto más que lo que ha sido demostrado con evidencia, o lo que se deduce lógicamente de la observación. Conectado con todas las ramas de la economía social, a las cuales presta el apoyo de sus propios descubrimientos, asimilará siempre todas las doctrinas progresivas, sea cual fuere el orden al que pertenezcan, siempre que hayan alcanzado el estado de *verdades prácticas* y abandonado el dominio de la utopía, pues sin ello se aniquilaría. Si dejara de ser lo que es, defraudaría a su origen y a su objetivo providencial. *Al avanzar a la par con el progreso, el espiritismo jamás será superado, porque si nuevos descubrimientos le demostraran que está equivocado acerca de un punto cualquiera, habría de rectificarse en ese punto. Si alguna verdad nueva se revelara, él la aceptaría*⁸.

56. ¿Cuál es la utilidad de la doctrina moral de los Espíritus, visto que no es otra que la de Cristo? ¿Necesita el hombre una revelación? ¿No puede encontrar en sí mismo todo lo que precisa para conducirse bien?

Desde el punto de vista moral, no cabe duda de que Dios otorgó al hombre una guía, su conciencia, que le dice: “No hagas a los demás lo que no quieras que ellos te hagan”. Por cierto, la moral natural está inscrita en el corazón de los hombres, pero ¿saben todos leerla en ese libro? ¿Acaso nunca han despreciado sus sabios preceptos? ¿Qué han hecho de la moral de Cristo? ¿Cómo la practican aquellos mismos que la enseñan? ¿No se ha convertido en letra

⁸ Ante declaraciones tan precisas y categóricas como las contenidas en este capítulo, caen por tierra todas las objeciones de tendencia al absolutismo y a la autocracia de los principios, así como todas las falsas interpretaciones que algunas personas desconfiadas o mal informadas atribuyen a la doctrina. Esas declaraciones, por otra parte, no son novedosas: las hemos reiterado muchísimas veces en nuestros escritos, para que no subsista ninguna duda al respecto. Además, ellas nos muestran el verdadero rol que nos corresponde, el único al que aspiramos: el de un simple trabajador. (N. de Allan Kardec.)

muerta, en una hermosa teoría, buena para los demás y no para uno mismo? ¿Reprocharéis a un padre que repita a sus hijos diez veces, cien veces las mismas instrucciones, si ellos no las cumplen? ¿Por qué Dios haría menos que un padre de familia? ¿Por qué no habría de enviar, de tanto en tanto, mensajeros especiales a los hombres, para recordarles sus deberes y llevarlos de nuevo por la senda del bien, cuando se apartan de ella? ¿Por qué no abrirles los ojos de la inteligencia a los que los tienen cerrados, así como los hombres más adelantados envían misioneros a los salvajes y a los bárbaros?

Los Espíritus enseñan la moral de Cristo porque no existe otra mejor. Pero entonces, ¿de qué sirve su enseñanza, si sólo repiten lo que ya sabemos? Otro tanto se podría decir de la moral de Cristo, predicada quinientos años antes de Él por Sócrates y Platón, y en términos casi idénticos. Lo mismo se podría decir también de todos los moralistas, que no hacen más que repetir lo mismo en todos los tonos y de todas las maneras. ¡Pues bien! *Los Espíritus vienen, muy simplemente, a aumentar el número de moralistas*, con la diferencia de que al manifestarse por todas partes, se hacen oír tanto en la choza como en el palacio, tanto por los ignorantes como por las personas instruidas.

Lo que la enseñanza de los Espíritus agrega a la moral de Cristo es el conocimiento de los principios que rigen las relaciones entre los muertos y los vivos, principios que completan las nociones vagas que se tenían acerca del alma, de su pasado y de su porvenir, dando por sanción a la doctrina cristiana las leyes mismas de la naturaleza. Con la ayuda de las nuevas luces que el espiritismo y los Espíritus han aportado, el hombre comprende la solidaridad que vuelve a unir a todos los seres; la caridad y la fraternidad se convierten en una necesidad social; hace por convicción lo que antes hacía sólo por deber, y lo hace mejor.

Cuando los hombres practiquen la moral de Cristo, sólo entonces podrán afirmar que no precisan moralistas encarnados

ni desencarnados. Ahora bien, en ese caso Dios tampoco les enviará ninguno más.

57. Una de las cuestiones más importantes, entre las propuestas al comienzo de este capítulo, es la siguiente: ¿Qué autoridad tiene la revelación espírita, puesto que emana de seres de limitadas luces, que no son infalibles?

La objeción sería procedente si esa revelación consistiese sólo en la enseñanza de los Espíritus, si debiésemos recibirla exclusivamente de ellos, así como admitirla con los ojos cerrados. Pero pierde todo su valor desde el momento en que el hombre contribuye a esa revelación con su inteligencia y su juicio; desde que los Espíritus se limitan a orientarlo en las deducciones que él mismo puede extraer de la observación de los hechos. Ahora bien, las manifestaciones, en sus innumerables variedades, son hechos a los que el hombre estudia en busca de deducir su ley, y en esa tarea recibe la ayuda de los Espíritus de todas las categorías, que de ese modo hacen las veces de *colaboradores* más que de *reveladores*, en el sentido habitual del término. El hombre somete los conceptos de los Espíritus al control de la lógica y el buen sentido, y de esa manera recibe el beneficio de los conocimientos especiales con que cuentan los Espíritus por la posición que ocupan, pero sin abdicar del empleo de su propio razonamiento.

Puesto que los Espíritus no son más que las almas de los hombres, al comunicarnos con ellos *no salimos fuera de la humanidad*, lo cual es una circunstancia primordial que debe ser considerada. Así pues, los hombres de genio, que han sido faros de la humanidad, salieron del mundo de los Espíritus y hacia él volvieron al dejar la Tierra. Si se considera que los Espíritus pueden comunicarse con los hombres, esos mismos genios pueden darles instrucciones en el estado espiritual, del mismo modo que lo han hecho cuando tenían una forma corporal. Pueden instruirnos, después de muertos, tal como lo hacían cuando estaban vivos. En vez

de visibles, son invisibles, y esa es la única diferencia. La experiencia y el saber de que disponen no deben ser menores que antes, y si su palabra como hombres tenía autoridad, no hay razón para que ahora no la tenga, por el solo hecho de que se encuentren en el mundo de los Espíritus.

58. Con todo, no sólo los Espíritus superiores se manifiestan, sino también los de todas las categorías, y era necesario que así sucediera, para iniciarnos en lo que respecta al verdadero carácter del mundo espiritual, y para mostrárnoslo en todas sus facetas. De ahí resulta que son más íntimas las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, y es más evidente la conexión entre ambos. De ese modo, vemos más claramente de dónde venimos y hacia dónde vamos. Tal es el objetivo esencial de las manifestaciones. Por consiguiente, todos los Espíritus, sea cual fuere el grado de elevación en que se encuentren, nos enseñan algo; pero como ellos son más o menos esclarecidos, nos corresponde a nosotros discernir qué hay de bueno o de malo en lo que nos dicen, y extraer todo el provecho posible de la enseñanza que nos imparten. Ahora bien, todos los Espíritus, cualesquiera que sean, nos pueden enseñar o revelar cosas que ignoramos y que sin ellos nunca llegaríamos a saber.

59. No cabe duda de que los grandes Espíritus encarnados son individualidades poderosas, pero su acción está restringida, y la propagación de sus enseñanzas es necesariamente lenta. Si en la actualidad viniese uno solo de ellos, aunque se tratara de Elías o Moisés, de Sócrates o Platón, a revelar a los hombres las condiciones del mundo espiritual, ¿quién probaría la veracidad de sus afirmaciones, en esta época de escepticismo? ¿No lo tomarían por un soñador o un utopista? Aunque lo que dijeran fuese la verdad absoluta, siglos y más siglos habrían de transcurrir antes de que las masas admitieran sus ideas. Dios, en su sabiduría, no quiso que sucediera eso, sino que la enseñanza fuera impartida por los *proprios Espíritus* y no por los encarnados, a fin de que los primeros convenciesen a estos últimos

de su existencia, y quiso que eso ocurriera simultáneamente en toda la Tierra, ya fuera para que la enseñanza se propagara con mayor rapidez o para que, al coincidir en todas partes, constituyese una prueba de la verdad, a fin de que cada uno dispusiera de lo necesario para convencerse por sus propios medios.

60. Los Espíritus no se manifiestan para liberar al hombre del estudio y las investigaciones, ni para transmitirles una ciencia absolutamente elaborada. Con relación a lo que el hombre puede descubrir por sí mismo, lo dejan librado a sus propias fuerzas. Eso es lo que saben hoy perfectamente los espíritas. Hace tiempo que la experiencia ha demostrado que es un error atribuir a los Espíritus todo el conocimiento y toda la sabiduría, así como que basta con dirigirse al primer Espíritu que se presente para conocer todas las cosas. Los Espíritus provienen de la humanidad, y constituyen uno de sus aspectos. Así como en la Tierra, en el ámbito invisible también los hay superiores y vulgares; muchos, pues, de cuestiones científicas y filosóficas saben menos que ciertos hombres; dicen lo que saben, ni más ni menos. Del mismo modo que los hombres, los Espíritus más adelantados pueden instruirnos acerca de muchas cosas, y darnos opiniones más juiciosas que los atrasados. *Pedir consejos a los Espíritus no es tratar con potencias sobrenaturales; es tratar con nuestros iguales, con aquellos mismos a quienes nos dirigiríamos en este mundo: nuestros parientes, amigos o individuos más ilustrados que nosotros.* Así pues, es importante que todos estén convencidos de esto, que es precisamente lo que ignoran aquellos que, como no estudiaron el espiritismo, se forman una idea completamente falsa de la naturaleza del mundo de los Espíritus y de las relaciones de ultratumba.

61. ¿Cuál es, por lo tanto, la utilidad de esas manifestaciones, o si se prefiere, de esa revelación, si los Espíritus no saben más que nosotros, o no nos dicen todo lo que saben?

En primer término, como ya lo hemos dicho, los Espíritus se abstienen de darnos aquello que podemos obtener mediante el

trabajo; en segundo lugar, hay cosas cuya revelación no les está permitida, porque el grado de nuestro adelanto no lo admite. Además de esto, las condiciones de la nueva existencia en que se encuentran les amplía el círculo de sus percepciones: ven lo que no veían en la Tierra. Así, liberados de los impedimentos de la materia, exentos de las preocupaciones de la vida corporal, aprecian las cosas desde un punto de vista más elevado y, por eso mismo, más justo; la sagacidad de que gozan abarca un horizonte más vasto; comprenden sus errores, rectifican sus ideas y se desembarazan de los prejuicios humanos.

En esto consiste la superioridad de los Espíritus con relación a la humanidad corporal, y a eso se debe que sus consejos, según el grado de adelanto que han alcanzado, sean más sensatos y desinteresados que los de los encarnados. El medio en que se encuentran les permite, además, iniciarnos en las cosas relativas a la vida futura, cosas que ignoramos y que no podemos aprender en el ámbito en que nos hallamos. Hasta ahora, en relación con su porvenir, el hombre sólo ha formulado hipótesis, y por esa razón sus creencias al respecto se fraccionaron en sistemas tan numerosos y divergentes, desde el nadaísmo⁹ hasta las concepciones fantásticas del Infierno y del Paraíso. En la actualidad, son los testigos oculares, los protagonistas mismos de la vida de ultratumba quienes vienen a decirnos en qué consiste esa vida, *y sólo ellos podían hacerlo*. Por consiguiente, sus manifestaciones han servido para darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea y del cual ni siquiera sospechábamos; y ese único conocimiento sería de capital importancia, en el supuesto de que los Espíritus no pudiesen enseñarnos nada más.

Si realizarais un viaje a un país desconocido, ¿rechazaríais las informaciones del más humilde de los campesinos que encontrarais? ¿Os abstendríais de preguntarle sobre las condiciones de los caminos, por el simple hecho de que se tratara de un campesino? Por cierto, no esperaréis obtener por su intermedio informa-

⁹ En el original: *néantisme*. Véase *El Cielo y el Infierno*, Primera Parte, Capítulo I, § 2. (N. del T.)

ciones de gran alcance, pero de acuerdo con lo que él es y dentro de sus límites, podrá sobre algunos puntos enseñaros mejor que un hombre instruido que no conozca el país. De sus indicaciones extraeréis deducciones que él mismo no obtendría, sin que por eso deje de ser un instrumento útil para vuestras observaciones, aunque apenas sirva para informaros acerca de las costumbres de los campesinos. Sucede lo mismo en lo concerniente a nuestras relaciones con los Espíritus, entre los cuales hasta el menos calificado puede servir para enseñarnos algo.

62. Una comparación vulgar hará todavía más comprensible la situación.

Una nave repleta de emigrantes parte hacia un destino lejano. Transporta hombres de todas las condiciones, parientes y amigos de los que se quedaron. Más adelante se recibe la noticia de que el navío naufragó. Ningún vestigio queda de él; no hay ninguna noticia sobre su suerte. Se cree que todos los pasajeros han perecido, y el luto cubre a todas las familias. Sin embargo, la tripulación completa, al igual que los pasajeros, sin omitir un solo hombre, arribó a un país desconocido, abundante y fértil, donde todos viven felices bajo un cielo clemente. No obstante, nadie sabe de esto. Un buen día, otro navío llega a esa tierra, y allí se encuentra con los náufragos, sanos y salvos. La auspiciosa noticia se expande con la rapidez del relámpago, y todos exclaman: “¡Nuestros amigos no están perdidos!” Entonces le dan gracias a Dios. No pueden verse los unos con los otros, pero se envían correspondencia; intercambian demostraciones de afecto y, así, la alegría reemplaza a la tristeza.

Tal es la imagen de la vida terrenal y de la vida de ultratumba, antes y después de la revelación moderna. Esta, similar al segundo navío, nos trae la buena nueva de la supervivencia de aquellos que nos son queridos, así como la certeza de que un día nos reuniremos con ellos. Se disipa la duda sobre el destino de ellos y el nuestro. El desaliento desaparece para dar lugar a la esperanza.

Con todo, otros resultados vienen a fecundar esa revelación. Al considerar que la humanidad está madura para penetrar el misterio de su destino y contemplar con sensatez las nuevas maravillas, Dios permitió que fuese levantado el velo que ocultaba el mundo invisible al mundo visible. Las manifestaciones nada tienen de extrahumanas: *se trata de la humanidad espiritual que viene a conversar con la humanidad corporal*, y le dice:

“Existimos, de modo que la nada no existe. Esto es lo que somos y lo que vosotros seréis; el porvenir os pertenece tanto como a nosotros. Andabais entre tinieblas, y nosotros vinimos a alumbraros el camino y trazaros un rumbo; ibais al acaso, y vinimos a indicaros la meta. La vida terrenal lo era todo para vosotros, porque no veáis nada más allá de ella, y hemos venido a deciros, mostrándoos la vida espiritual, que la vida terrestre no es nada. Vuestra visión se detenía en la tumba, y nosotros os develamos, más allá de esta, un horizonte espléndido. No sabíais por qué sufrís en la Tierra, y ahora veis en el sufrimiento la justicia de Dios. El bien no producía ningún fruto aparente para el futuro, pero de ahora en adelante tendrá un objetivo y constituirá una necesidad. La fraternidad, que no era más que una hermosa teoría, se sustenta ahora en una ley de la naturaleza. Bajo el imperio de la creencia de que todo se acaba con la vida, resulta que la inmensidad es el vacío, el egoísmo reina soberano entre vosotros, y la orden que habéis recibido es: ‘Cada cual para sí’. Con la certeza del porvenir, los espacios infinitos se pueblan hasta lo infinito; en ninguna parte existe el vacío o la soledad; la solidaridad vincula a todos los seres, más acá y más allá de la tumba. Se trata del reino de la caridad, cuya divisa es: ‘Uno para todos y todos para uno’. Por último, al concluir la vida decíais un eterno adiós a vuestros seres queridos; ahora simplemente les diréis: ¡Hasta luego!”

Estos son, en resumen, los resultados de la nueva revelación, que ha venido a llenar el hueco que la incredulidad había

cavado, a levantar los ánimos abatidos por la duda o la perspectiva de la nada, y a dar a todas las cosas una razón de ser. Ese resultado, ¿carecerá de importancia sólo porque los Espíritus no vienen a resolver los problemas de la ciencia, a dar saber a los ignorantes, y a los perezosos medios para que se enriquezcan sin trabajar? Entre tanto, los frutos que el hombre debe recoger de la nueva revelación no tienen que ver solamente con la vida futura. Habrá de saborearlos en la Tierra, por la transformación que estas nuevas creencias necesariamente habrán de producir en su carácter, en sus gustos, en sus tendencias y, por consiguiente, en los hábitos y en las relaciones sociales. Al poner fin al reinado del egoísmo, del orgullo y la incredulidad, preparan el del bien, que es el reino de Dios anunciado por el *Cristo*¹⁰.

¹⁰ La anteposición del artículo a la palabra *Cristo* (del griego *Christos*, ungido), empleada en sentido absoluto, es más correcta, si se considera que esa palabra no alude al nombre del Mesías de Nazaret, sino que se trata de un adjetivo sustantivado. Se dirá, pues: Jesús era *Cristo*; era el *Cristo* anunciado; la muerte *del Cristo*, y no *de Cristo*, mientras que se dice: la muerte *de Jesús* y no *del Jesús*. En *Jesucristo* las dos palabras reunidas forman un solo nombre propio. Por la misma razón se dice: *el Buda* Gautama conquistó la dignidad de *Buda* por sus virtudes y su austeridad. Se dice: la vida *del Buda*, del mismo modo que se dice: el ejército *del Faraón* y no *de Faraón*; Enrique IV era *rey*; el título de *rey*; la muerte *del rey*, y no *de rey*. (N. de Allan Kardec.)



CAPÍTULO II



Dios

Existencia de Dios • Acerca de la naturaleza divina

• La Providencia • La visión de Dios.

Existencia de Dios

1. Dado que Dios es la causa primera de todas las cosas, el punto de partida de todo, la base sobre la que descansa el edificio de la Creación, se trata del punto que interesa considerar en primer lugar.

2. Existe un principio elemental según el cual una causa se juzga por sus efectos, aunque esa causa no sea visible.

Si un pájaro, al surcar el aire, es alcanzado por una bala mortífera, se deduce de ahí que un hábil tirador lo tomó como blanco, aunque no lo veamos. Así pues, no siempre es necesario que se haya visto una cosa para que se sepa de su existencia. En todo, mediante la observación de los efectos se llega al conocimiento de las causas.

3. Otro principio también elemental, que a fuerza de ser verdadero se convirtió en axioma, es el de que todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente. Si alguien preguntara quién es el constructor de cierto mecanismo ingenioso, ¿qué pensaríamos de aquel que respondiese que ese mecanismo se hizo a sí mismo? Cuando contemplamos una obra maestra del arte o de la industria decimos que sólo un hombre de genio habría sido capaz de produ-

cirla, dado que sólo una inteligencia elevada podría crearla. Con todo, entendemos que se trata de la obra de un hombre, porque no está por encima de la capacidad humana; a nadie, sin embargo, se le ocurrirá la idea de decir que salió del cerebro de un deficiente mental o de un ignorante, ni menos aún que es el trabajo de un animal o un simple producto del acaso.

4. En todas partes se reconoce la presencia del hombre a través sus obras. La existencia del hombre antediluviano no se demuestra solamente por los fósiles humanos, sino también, y con la misma certeza, porque en los terrenos de aquella época se encontraron objetos elaborados por él. El fragmento de un ánfora, una piedra tallada, un arma, un ladrillo bastarán para demostrar su presencia. Por la tosquedad o la perfección del trabajo se reconocerá el grado de inteligencia o de adelanto de quienes lo realizaron. Así pues, si os encontráis en una región habitada exclusivamente por salvajes, y descubríis una estatua digna de Fidias, no dudaréis en decir que esa estatua es obra de una inteligencia superior a la de los salvajes, dado que ellos no serían capaces de realizarla.

5. ¡Pues bien! Al posar la mirada alrededor nuestro, sobre las obras de la naturaleza, al observar la previsión, la sabiduría, la armonía que rige a todas las cosas, reconocemos que no hay ninguna que no supere los límites de la más talentosa inteligencia humana. Ahora bien, puesto que el hombre no puede producirlas, son el producto de una inteligencia superior a la humana, salvo que sostengamos que existen efectos sin causa.

6. Algunas personas oponen a esto el siguiente razonamiento:

Las obras consideradas de la naturaleza son el producto de fuerzas materiales que actúan mecánicamente, en razón de las leyes de atracción y repulsión; las moléculas de los cuerpos inertes se agregan y se disgregan por la acción de esas leyes. Las plantas nacen, brotan, crecen y se multiplican siempre de la misma manera, cada una en su especie, en virtud de aquellas mismas leyes; cada

individuo es semejante a aquel del cual provino; el crecimiento, la floración, la fructificación y la coloración están subordinados a causas materiales, tales como el calor, la electricidad, la luz, la humedad, etc. Lo mismo sucede con los animales. Los astros se forman por la atracción molecular y se mueven perpetuamente en sus órbitas por efecto de la gravitación. Esa regularidad mecánica en el empleo de las fuerzas naturales no revela la acción de una inteligencia libre. El hombre mueve el brazo cuando quiere y como quiere; pero quien lo moviera en el mismo sentido, desde el nacimiento hasta la muerte, sería un autómatas. Ahora bien, las fuerzas orgánicas de la naturaleza son puramente automáticas.

Todo eso es verdad; pero esas fuerzas son efectos que deben tener una causa, y nadie pretende que constituyan la Divinidad. Aquellas son materiales y mecánicas; no son inteligentes de por sí, lo cual también es verdad. Sin embargo, son puestas en acción, distribuidas y adecuadas a las necesidades de cada cosa por una inteligencia que no pertenece a los hombres. La aplicación útil de esas fuerzas es un efecto inteligente que denota una causa inteligente. Un reloj se mueve con automática regularidad, y es en esa regularidad que reside su mérito. La fuerza que lo hace mover es absolutamente material y nada tiene de inteligente. Pero ¿qué sería ese reloj, si una inteligencia no hubiese combinado, calculado el empleo de aquella fuerza para hacerlo andar con precisión? Por el hecho de que la inteligencia no resida en el mecanismo del reloj, y además por la circunstancia de que nadie la vea, ¿sería racional que se concluyera que esa inteligencia no existe? No, pues podemos apreciarla por sus efectos.

La existencia del reloj prueba la existencia del relojero: la ingeniosidad del mecanismo prueba la inteligencia y el saber de su fabricante. Cuando un reloj os da en el momento preciso la información que necesitáis, ¿acaso se os ocurre pensar que se trata de un reloj inteligente?

Ocurre lo mismo con el mecanismo del universo: *Dios no se muestra, pero prueba su existencia a través de sus obras.*

7. La existencia de Dios es, por lo tanto, un hecho comprobado no sólo mediante la revelación, sino por la evidencia material de los hechos. Los pueblos salvajes no han sido destinatarios de ninguna revelación, y sin embargo creen instintivamente en la existencia de un poder sobrehumano. Ellos ven cosas que superan el poder del hombre, y de ahí deducen que esas cosas provienen de un ser superior a la humanidad. ¿No demuestran de ese modo que razonan con más lógica que la de quienes pretenden que esas cosas se hicieron a sí mismas?

Acerca de la naturaleza divina

8. No es dado al hombre sondear la naturaleza íntima de Dios. *Para comprender a Dios nos falta todavía el sentido que sólo se adquiere por medio de la completa purificación del Espíritu.* Con todo, si bien no puede penetrar en la esencia de Dios, el hombre logra, mediante el razonamiento y tomando la existencia de Dios como premisa, llegar a conocer sus atributos necesarios, puesto que, al comprender lo que Él no puede ser sin que deje de ser Dios, deduce de ahí lo que Él debe ser.

Sin el conocimiento de los atributos de Dios sería imposible que se comprendiera la obra de la Creación. Ese es el punto de partida de todas las creencias religiosas, y la mayoría de las religiones falló en sus dogmas porque no lo consideraron como el referente que habría de orientarlas. Las que no atribuyeron a Dios la omnipotencia, imaginaron muchos dioses; las que no le atribuyeron la soberana bondad, hicieron de Él un dios celoso, colérico, parcial y vengativo.

9. *Dios es la suprema y soberana inteligencia.* La inteligencia del hombre es limitada, ya que este no puede hacer ni comprender todo lo que existe. La de Dios abarca lo infinito y debe ser infinita.

Si supusiéramos que es limitada en algún aspecto, podríamos concebir otro ser aún más inteligente, capaz de comprender y hacer lo que el primero no haría, y así sucesivamente hasta lo infinito.

10. *Dios es eterno*: no tuvo comienzo ni tendrá fin. Si hubiese tenido un comienzo, habría salido de la nada. Ahora bien, como la nada no es nada, no puede generar cosa alguna. Por otra parte, en caso de que Dios hubiera sido creado por otro ser anterior, ese ser, y no Él, sería Dios. Si supusiéramos que tiene un comienzo y un fin, podríamos concebir un ser existente antes y después de Él, y así sucesivamente hasta lo infinito.

11. *Dios es inmutable*. Si estuviera sujeto a cambios, las leyes que rigen el universo no tendrían ninguna estabilidad.

12. *Dios es inmaterial*: su naturaleza difiere de todo lo que denominamos *materia*. De otro modo no sería inmutable, pues estaría sujeto a las transformaciones de la materia.

Dios no tiene una forma que pueda ser apreciada por nuestros sentidos, pues de lo contrario sería materia. Decimos: “la mano de Dios”, “el ojo de Dios”, “la boca de Dios”, porque como el hombre no conoce nada más aparte de sí mismo, se toma a sí mismo como elemento de comparación para todo lo que no comprende. Son ridículas esas imágenes en las que Dios está representado con el aspecto de un anciano de larga barba y envuelto en una túnica; tienen el inconveniente de rebajar al Ser supremo a las exiguas proporciones de la humanidad. De ahí a atribuirle las pasiones humanas y hacer de él un Dios colérico y celoso, no hay más que un paso.

13. *Dios es todopoderoso*. Si no poseyera el poder supremo, se podría concebir un ser más poderoso que Él, y así sucesivamente hasta llegar al ser cuyo poder no fuese superado por ningún otro. Ese, entonces, sería Dios.

14. *Dios es soberanamente justo y bueno*. La sabiduría providencial de las leyes divinas se revela tanto en las más pequeñas

como en las más grandes cosas, y esa sabiduría no da lugar a que se dude de su justicia ni de su bondad.

El hecho de que una cualidad sea infinita excluye la posibilidad de la existencia de una cualidad contraria, pues esta la disminuiría o la anularía. Un ser *infinitamente bueno* no podría contener la más insignificante porción de maldad, así como un ser *infinitamente malo* no podría contener la más insignificante porción de bondad, del mismo modo que un objeto no puede ser absolutamente negro si presenta un leve matiz blanco, ni de un blanco absoluto si tiene una leve mancha negra.

Así pues, Dios no podría ser simultáneamente bueno y malo, pues en ese caso, al no poseer alguna de esas cualidades en grado supremo, no sería Dios. Todas las cosas estarían sometidas a su capricho y no habría ninguna estabilidad. Por consiguiente, Él no podría dejar de ser infinitamente bueno o infinitamente malo. Ahora bien, como las obras de Dios son el testimonio de su sabiduría, de su bondad y de su solicitud, debemos inferir que Él, como no puede ser al mismo tiempo bueno y malo sin dejar de ser Dios, necesariamente debe ser infinitamente bueno.

La soberana bondad implica la soberana justicia, porque si Dios procediera injustamente o con parcialidad *en una sola circunstancia*, o con relación *a una sola de sus criaturas*, no sería soberanamente justo y, por consiguiente, tampoco sería soberanamente *bueno*.

15. *Dios es infinitamente perfecto*. Es imposible concebir a Dios sin la infinitud de las perfecciones, pues sin ello no sería Dios, y siempre se podría concebir un ser que poseyera lo que a Él le faltara. Para que ningún ser pueda superarlo es preciso que Él sea infinito en todo.

Dado que los atributos de Dios son infinitos, no pueden sufrir aumento ni disminución, pues de lo contrario no serían infinitos y Dios no sería perfecto. Si le quitasen una mínima parte de uno solo de sus atributos, ya no sería Dios, pues podría existir otro ser más perfecto.

16. *Dios es único.* La unicidad de Dios es consecuencia de la infinitud absoluta de sus perfecciones. No podría existir otro Dios, salvo con la condición de que fuera igualmente infinito en todas las cosas, pues si hubiera entre ellos la más leve diferencia, uno sería inferior al otro, estaría subordinado al poder de aquel y entonces no sería Dios. Pero si hubiera entre ambos una igualdad absoluta, serían desde toda la eternidad un mismo pensamiento, una misma voluntad, un mismo poder. De ese modo, confundidos en cuanto a la identidad, no habría en realidad más que un solo Dios. Si cada uno tuviese atribuciones especiales, uno haría lo que el otro no hiciera, y entonces no existiría una igualdad perfecta entre ellos, pues ninguno poseería la autoridad soberana.

17. La ignorancia del principio de la infinitud de las perfecciones de Dios fue lo que generó el politeísmo, un culto adoptado por todos los pueblos primitivos. Ellos atribuían un carácter divino a todo el poder que, según su parecer, se hallaba por encima de los poderes de la humanidad. Más tarde, la razón los llevó a que reunieran esos diferentes poderes en uno solo. Posteriormente, a medida que los hombres fueron comprendiendo la esencia de los atributos divinos, quitaron, a los símbolos que habían creado, la creencia que implicaba la negación de esos atributos.

18. En resumen: Dios no puede ser Dios más que con la condición de que ningún otro ser lo supere en nada, porque el ser que prevaleciera sobre Él en cualquier cosa que fuese, aunque sólo se tratara del espesor de un cabello, ese sería el verdadero Dios. Para que esto no suceda, es preciso que Él sea infinito en todo.

Así, una vez comprobada la existencia de Dios a través de sus obras, llegamos por una simple deducción lógica a determinar los atributos que lo caracterizan.

19. Dios es, por lo tanto, *la inteligencia suprema y soberana; es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones*, y no podría ser de otro modo.

Esa es la base sobre la que reposa el edificio universal, el faro cuyos rayos se extienden sobre todo el universo, la única luz que puede guiar al hombre en la búsqueda de la verdad. Siguiendo esa luz, nunca se extraviará. Y si tantas veces ha cometido equivocaciones, se debe a que no ha seguido el rumbo que se le había indicado.

Ese es también el criterio *infallible* de todas las doctrinas filosóficas y religiosas. Para juzgarlas, el hombre dispone de una medida rigurosamente exacta en los atributos de Dios, y puede afirmar con certeza que *toda teoría, todo principio, todo dogma, toda creencia, toda práctica que esté en contradicción con uno solo de esos atributos, que tienda no sólo a anularlo sino simplemente a disminuirlo, no puede estar con la verdad.*

En filosofía, en psicología, en moral y en religión, sólo es verdadero lo que no se aparta ni un milímetro de las cualidades esenciales de la Divinidad. La religión perfecta será aquella en la que *ningún artículo de fe* se oponga a esas cualidades; aquella cuyos dogmas superen la prueba de ese control, sin que nada los afecte.

La Providencia

20. La Providencia es la solicitud de Dios para con sus criaturas. Dios está en todas partes, todo lo ve y todo lo rige, incluso las cosas más insignificantes. En esto consiste la acción providencial.

“¿Cómo puede Dios, tan grande, tan poderoso, tan superior a todo, inmiscuirse en detalles sin importancia, preocuparse por los mínimos actos y por los más ínfimos pensamientos de cada individuo?” Esa es la pregunta que el incrédulo se plantea, y llega a la conclusión de que, una vez admitida la existencia de Dios, la acción de éste sólo se ejerce sobre las leyes generales del universo, y que el universo funciona desde toda la eternidad en virtud de esas leyes, a las cuales toda criatura está sujeta en la

esfera de sus actividades, sin que sea necesaria la intervención permanente de la Providencia.

21. En el estado de inferioridad en que todavía se encuentran, sólo con mucha dificultad pueden los hombres comprender que Dios sea infinito, puesto que por ser ellos mismos limitados y circunscriptos, imaginan también a Dios circunscripto y limitado, suponiéndolo a imagen y semejanza de ellos. Los cuadros en que lo vemos con rasgos humanos sólo contribuyen a conservar esa equivocación en el espíritu de las masas, que en Él adoran más la forma que el pensamiento. Para la mayoría, Dios es un soberano poderoso, sentado en un *trono* inaccesible, perdido en la inmensidad de los cielos. Como sus facultades y percepciones son limitadas, no comprenden que Dios pueda y se digne intervenir directamente en las cosas insignificantes.

22. Ante la imposibilidad de comprender la esencia de la Divinidad, el hombre no puede hacerse de ella más que una idea aproximada, mediante comparaciones necesariamente muy imperfectas, pero que al menos sirven para mostrarle la posibilidad de aquello que, a primera vista, le parece imposible.

Imaginemos un fluido sutil que penetre todos los cuerpos. Dado que no es inteligente, ese fluido actúa mecánicamente, sólo por medio de las fuerzas materiales. Con todo, si lo imaginamos dotado de inteligencia, de facultades perceptivas y sensitivas, ya no actuará a ciegas, sino con discernimiento, con voluntad propia y libertad; podrá ver, oír y sentir.

23. Las propiedades del fluido periespiritual nos dan una idea al respecto. Ese fluido no es inteligente de por sí, puesto que es materia, pero sirve de vehículo al pensamiento, a las sensaciones y percepciones del Espíritu.

El fluido periespiritual no es el pensamiento del Espíritu, sino el agente y el intermediario de ese pensamiento. Como ese fluido lo transmite, queda de cierto modo *impregnado* de él. En

la imposibilidad en que nos hallamos de aislar el pensamiento, nos parece que este se confunde con el fluido, como sucede con el sonido y el aire, de manera que podemos, de algún modo, materializarlo. Del mismo modo que decimos que el aire se vuelve sonoro, podríamos decir, tomando el efecto por la causa, que el fluido se vuelve inteligente.

24. Ya sea o no de ese modo en lo que respecta al pensamiento de Dios, es decir, ya sea que el pensamiento de Dios actúe directamente o por intermedio de un fluido, lo representamos, para facilitar nuestra comprensión, con la forma concreta de un fluido inteligente que llena el universo infinito, penetrando en todas las partes de la Creación: *la naturaleza entera está sumergida en el fluido divino*. Ahora bien, en virtud del principio según el cual las partes de un todo son de la misma naturaleza y tienen las mismas propiedades que el todo, cada átomo de ese fluido, si así podemos explicarlo, posee el pensamiento, es decir, los atributos esenciales de la Divinidad, y dado que ese mismo fluido está en todas partes, todo está sometido a su acción inteligente, a su previsión, a su solicitud. No habrá ningún ser, por más ínfimo que lo imaginemos, que no esté de algún modo saturado de él. Nos encontramos, pues, constantemente en presencia de la Divinidad; no podemos sustraer a su mirada ninguna de nuestras acciones; nuestro pensamiento está en contacto incesante con su pensamiento, de modo que es lógico que se diga que Dios ve hasta los más recónditos pliegues de nuestro corazón. *Estamos en Él, como Él está en nosotros*, según la expresión de Cristo.

Así pues, para extender su solicitud a todas las criaturas, Dios no necesita dirigirnos su mirada desde lo alto de la inmensidad. Para que nuestras plegarias sean escuchadas no necesitan atravesar el espacio, ni ser pronunciadas con voz retumbante, porque como Dios está continuamente a nuestro lado, nuestros pensamientos repercuten en Él. Nuestros pensamientos son

como el tañido de una campana que hace vibrar todas las moléculas del aire circundante.

25. Lejos de nosotros está la idea de materializar la Divinidad. Evidentemente, la imagen de un fluido inteligente universal no es más que una comparación, pero capaz de dar una idea de Dios más exacta que la de los cuadros que lo representan con una figura humana. Esa imagen tiene el propósito de hacer comprensible la posibilidad de que Dios esté en todas partes y de que se ocupe de todas las cosas.

26. Tenemos constantemente bajo nuestra mirada un ejemplo que nos permite hacernos una idea de la manera por la cual es posible que se ejerza la acción de Dios sobre las partes más íntimas de todos los seres y, por consiguiente, del modo por el cual llegan hasta Él las más sutiles impresiones de nuestra alma. Hemos tomado este ejemplo de la instrucción que un Espíritu transmitió al respecto.

27. “El hombre es un pequeño mundo: su director es el Espíritu y su principio dirigido es el cuerpo. En ese universo, el cuerpo representa una creación cuyo Dios es el Espíritu. (Comprended que aquí exponemos una simple cuestión de analogía y no de identidad.) Los miembros de ese cuerpo, los diferentes órganos que lo componen, los músculos, los nervios, las articulaciones, son otras tantas individualidades materiales, si así puede decirse, localizadas en puntos especiales del cuerpo. Aunque el número de sus partes constitutivas sea considerable, y de naturaleza tan variada y diferente, nadie podrá suponer que se puedan producir movimientos, o una sensación en un lugar determinado, sin que el Espíritu tenga conciencia de ello. ¿Hay sensaciones diferentes en muchos lugares simultáneamente? Sí, y el Espíritu las percibe a todas, las diferencia, las analiza, atribuye a cada una la causa y el punto en que se produjo, todo por medio del fluido periespiritual.

”Un fenómeno análogo ocurre entre Dios y la Creación. Dios está en todas partes en la naturaleza, así como el Espíritu está en

todas partes en el cuerpo. Todos los elementos de la Creación se encuentran en relación constante con Él, así como todas las células del cuerpo humano se encuentran en contacto inmediato con el ser espiritual. No existe, pues, razón para que fenómenos del mismo orden no se produzcan de la misma manera, en uno y otro caso.

”Un miembro se agita: el Espíritu lo siente; una criatura humana piensa: Dios lo sabe. Todos los miembros están en movimiento, los diferentes órganos vibran: el Espíritu percibe todas las manifestaciones, las distingue y las localiza. Las diferentes creaciones, las diferentes criaturas se agitan, piensan, actúan de manera diversa: Dios sabe todo lo que ocurre y asigna a cada uno lo que le corresponde.

”De ahí se puede asimismo deducir la solidaridad entre la materia y la inteligencia, la solidaridad de todos los seres de un mundo entre sí, la de todos los mundos y, finalmente, la de las creaciones con el Creador.” (Quinemant, *Sociedad de París*, 1867.)

28. Comprendemos el efecto, lo que ya es mucho. Del efecto nos remontamos a la causa, y juzgamos su magnitud por la magnitud del efecto. No obstante, su esencia íntima se nos escapa, así como la causa de una inmensidad de fenómenos. Conocemos los efectos de la electricidad, del calor, de la luz, de la gravitación; los calculamos y, con todo, ignoramos la naturaleza íntima del principio que los produce. ¿Será, pues, racional que neguemos el principio divino, simplemente porque no lo comprendemos?

29. Nada impide que se admita, para el principio de la soberana inteligencia, un centro de acción, un foco principal que irradie sin cesar e inunde el universo con sus efluvios, como el sol lo hace con su luz. Pero ¿dónde está ese foco? Eso nadie puede decirlo. Probablemente no se encuentre fijo en ningún punto determinado, como no lo está su acción, y también es probable que recorra constantemente las regiones del espacio ilimitado. Si simples Espíritus poseen el don de la ubicuidad, en Dios esa facultad

no debe tener límites. Dado que Dios llena el universo, se podría admitir, a título de hipótesis, que ese foco no necesita trasladarse, pues puede formarse en todas partes donde su soberana voluntad considera conveniente que se produzca, lo que nos permite decir que está en todas partes y en ninguna.

30. Ante esos problemas insondables, nuestra razón debe inclinarse. Dios existe; no hay cómo dudarlo. Por su propia esencia, Dios es infinitamente justo y bueno. Comprendemos que su solicitud se extiende a todo. Por lo tanto, Él sólo puede querer nuestro bien, razón por la cual debemos confiar en Él: eso es lo esencial. En cuanto a lo demás, aguardemos que seamos dignos de comprenderlo.

La visión de Dios

31. Si Dios está en todas partes, ¿por qué no lo vemos? ¿Haremos de verlo después de dejar la Tierra? Esas son las preguntas que nos plantean a diario.

La primera se puede responder fácilmente. Nuestros órganos materiales tienen percepciones limitadas que no les permiten ver determinadas cosas, incluso materiales. De ese modo, ciertos fluidos escapan totalmente a nuestra visión, como también a nuestros instrumentos de análisis, aunque eso no da motivo a que dudemos de su existencia. Vemos los efectos de la peste, pero no vemos el fluido que la transmite; vemos los cuerpos en movimiento bajo la influencia de la fuerza de gravedad, pero no vemos esa fuerza.

32. Los órganos materiales no pueden percibir las cosas de esencia espiritual. Sólo podemos ver a los Espíritus y las cosas del mundo inmaterial con la visión del Espíritu. Por lo tanto, únicamente nuestra alma puede tener la percepción de Dios. ¿Acaso lo verá de inmediato después de la muerte? Al respecto, sólo las comunicaciones de ultratumba pueden ilustrarnos. Por medio de

ellas llegamos a saber que la visión de Dios constituye un privilegio exclusivo de las almas más purificadas, y que son muy pocas las que, cuando abandonan la envoltura terrenal, poseen el grado de desmaterialización necesario para ello. Una comparación vulgar hará que lo comprendamos fácilmente.

33. Una persona que se encuentra en el fondo de un valle, envuelta por una densa bruma, no puede ver el sol. Sin embargo, por la luz difusa percibe que el sol brilla. Si decide subir a la montaña, a medida que ascienda, la neblina se irá disipando cada vez más y la luz se hará cada vez más viva. Con todo, todavía no verá el sol. Recién después de que se haya elevado por completo por encima de la capa de niebla, y haya llegado al punto donde el aire esté perfectamente limpio, contemplará al astro en todo su esplendor.

Lo mismo ocurre con el alma. La envoltura periespiritual, aunque para nosotros sea invisible e intangible, con relación al alma es una materia verdadera, demasiado grosera todavía para ciertas percepciones. Esa envoltura se espiritualiza a medida que el alma se eleva en moralidad. Las imperfecciones del alma son como capas neblinosas que enturbian la visión. Cada imperfección de la que se despoja es una mancha menos, pero sólo después de que se ha purificado completamente goza de la plenitud de sus facultades.

34. Puesto que Dios es la esencia divina por excelencia, solamente puede ser percibido en todo su esplendor por los Espíritus que han alcanzado el más alto grado de desmaterialización. En cuanto a los Espíritus imperfectos, por el hecho de que estos no vean a Dios, no se concluye que estén más alejados de Él que los demás, puesto que, al igual que todos los seres de la naturaleza, están inmersos en el fluido divino, del mismo modo que nosotros lo estamos en la luz. Lo que ocurre es que las imperfecciones de esos Espíritus son como vapores que les impiden verlo. Cuando la niebla se disipe, lo verán resplandeciente. Para eso no necesitan ascender ni buscarlo en las profundidades de lo infinito. Cuando

la visión espiritual quede desobstruida de las manchas morales que la oscurecían, lo verán, sea cual fuere el lugar en que se hallen, incluso en la Tierra, porque Dios está en todas partes.

35. El Espíritu se purifica con el correr del tiempo, y las diferentes encarnaciones son alambiques en cuyo fondo deja, cada vez, algunas impurezas. Al abandonar su envoltura corporal, los Espíritus no se despojan instantáneamente de sus imperfecciones, razón por la cual, después de la muerte, no ven a Dios más de lo que lo veían cuando estaban vivos. No obstante, a medida que se purifican, tienen de Él una intuición más clara. Aunque no lo vean, lo comprenden mejor, pues la luz es menos difusa. Así pues, cuando algunos Espíritus manifiestan que Dios les prohíbe que respondan una pregunta, no significa que Dios se les haya aparecido o les haya dirigido la palabra para ordenarles o prohibirles tal o cual cosa. Por supuesto que no. Ellos lo sienten, reciben los efluvios de su pensamiento, del mismo modo que ocurre con nosotros en relación con los Espíritus que nos envuelven en sus fluidos, aunque no los veamos.

36. Ningún hombre puede, por consiguiente, ver a Dios con los ojos de la carne. Si esa gracia le fuera concedida a algunos, sólo se realizaría en estado de éxtasis, cuando el alma está tan desprendida de los lazos de la materia que hace que ese hecho sea posible durante la encarnación. Por otra parte, ese privilegio correspondería exclusivamente a las almas selectas, que han encarnado en cumplimiento de alguna misión, y no a las que han encarnado para *expiar*. Con todo, como los Espíritus de la categoría más elevada resplandecen con un brillo deslumbrante, puede suceder que los Espíritus menos elevados, encarnados o desencarnados, maravillados con el esplendor que rodea a aquellos, supongan que ven al propio Dios. Sería como quien ve a un ministro y lo confunde con el soberano.

37. ¿Con qué apariencia se presenta Dios a quienes se hacen dignos de verlo? ¿Será con alguna forma en particular? ¿Con

una figura humana o como un resplandeciente foco de luz? En el lenguaje humano no se lo puede describir, porque no existe para nosotros ningún punto de comparación que nos pueda dar una idea de Él. Somos como ciegos de nacimiento a quienes se intentara inútilmente hacer que comprendamos el brillo del sol. Nuestro vocabulario está limitado a nuestras necesidades y al círculo de nuestras ideas; el de los salvajes no serviría para describir las maravillas de la civilización; el de los pueblos más civilizados es demasiado pobre para describir los esplendores de los cielos, y nuestra inteligencia es muy limitada para comprenderlos, así como nuestra vista, excesivamente débil, quedaría deslumbrada.

CAPÍTULO III



El bien y el mal

Origen del bien y del mal • El instinto y la inteligencia

- Destrucción mutua de los seres vivos.

Origen del bien y del mal

1. Dado que Dios es el principio de todas las cosas, y puesto que ese principio es todo sabiduría, todo bondad y justicia, cuanto de Él procede debe participar de sus atributos, pues lo que es infinitamente sabio, justo y bueno no puede producir nada irracional, malo e injusto. Por consiguiente, el mal que observamos no ha podido originarse en Él.

2. Si el mal estuviera entre los atributos de un ser especial, sea como fuere que se lo llame, Ahrimán o Satanás, habría dos opciones: ese ser sería igual a Dios y, por consiguiente, tan poderoso y eterno como Él, o sería inferior.

En el primer caso, habría dos potencias rivales en lucha incesante, cada una procurando anular lo que la otra hiciera, y oponiéndose mutuamente. Esta hipótesis es inconciliable con la unidad de miras que se revela en el ordenamiento del universo.

En el segundo caso, por ser inferior a Dios, ese ser estaría subordinado a Él. Al no ser posible que existiera eternamente, pues de lo contrario sería igual a Dios, habría tenido un comienzo. Y si fue creado, sólo Dios podría haber sido su causa. En ese caso, Dios

habría creado el Espíritu del mal, de lo que resulta la negación de su infinita bondad. (Véase *El Cielo y el Infierno según el espiritismo*. Primera Parte, Capítulo IX, “Los demonios”).

3. Sin embargo, el mal existe y tiene una causa.

Los males de toda índole, físicos o morales, que afligen a la humanidad presentan dos categorías que corresponde distinguir: la de los males que el hombre puede evitar, y la de los que son independientes de su voluntad. Entre estos últimos, es preciso que se incluyan las calamidades naturales.

El hombre, cuyas facultades son limitadas, no puede penetrar ni abarcar el conjunto de los designios del Creador; juzga las cosas desde el punto de vista de su personalidad, de los intereses falsos y convencionales que creó para sí mismo, y que no pertenecen al orden de la naturaleza. Es por eso que a menudo le parece perjudicial e injusto aquello que consideraría equitativo y admirable si conociera su causa, su objetivo, el resultado definitivo. Al investigar la razón de ser y la utilidad de cada cosa, reconocerá que todo tiene el sello de la sabiduría infinita, y se inclinará ante esa sabiduría, aun con relación a cosas que no comprende.

4. El hombre recibió una inteligencia con cuyo auxilio puede conjurar o, al menos, atenuar considerablemente los efectos de las calamidades naturales. Cuanto más saber conquista y avanza en civilización, tanto menos desastrosas se vuelven las calamidades. Con una organización social sabia y previsora llegará, incluso, a neutralizar sus consecuencias, toda vez que no puedan ser evitadas por completo. De ese modo, aun con referencia a las calamidades que tienen una utilidad para el orden general de la naturaleza y para el futuro, pero que ocasionan daños en el presente, Dios otorgó al hombre los medios para que neutralizara sus efectos a través de las facultades con que dotó a su espíritu.

De ese modo, el hombre sana las regiones insalubres, neutraliza los miasmas pestíferos, fertiliza tierras incultas y trabaja para

preservarlas de las inundaciones; construye casas más salubres, más sólidas para que resistan a los vientos, tan necesarios para la depuración de la atmósfera, y se coloca al abrigo de las tempestades. Es así que finalmente, poco a poco, la necesidad le hace crear las ciencias, por medio de las cuales mejora las condiciones de habitabilidad del planeta y acrecienta su propio bienestar.

5. Dado que el hombre debe progresar, los males a los que se halla expuesto constituyen un incentivo para el ejercicio de su inteligencia, de sus facultades físicas y morales, y lo incitan a la búsqueda de los medios para evitarlos. Si no tuviese a qué temer, ninguna necesidad lo induciría a que buscara lo mejor; su espíritu se entorpecería en la inactividad; no inventaría ni descubriría nada. *El dolor es el aguijón que impulsa al hombre hacia adelante en la senda del progreso.*

6. No obstante, los males más numerosos son los que el hombre crea por sus propios vicios, los que provienen del orgullo, el egoísmo, la ambición, la codicia, los excesos en todo. Allí se encuentra la causa de las guerras y de las calamidades que ellas acarrearán, de las disensiones, de las injusticias, de la opresión del débil por el fuerte, así como de la mayor parte de las enfermedades.

Dios estableció leyes plenas de sabiduría con el objetivo único del bien. El hombre encuentra en sí mismo todo lo que necesita para cumplirlas. Su ruta está trazada en su conciencia, y tiene la ley divina grabada en el corazón. Además, Dios le recuerda eso constantemente por intermedio de los mesías y profetas, de los Espíritus encarnados que recibieron la misión de esclarecerlo, moralizarlo y contribuir a su adelanto, así como, en los últimos tiempos, a través de una infinidad de Espíritus desencarnados que se manifiestan en todas partes. *Si el hombre se ajustara rigurosamente a las leyes divinas, no cabe duda de que evitaría los males más punzantes y viviría feliz en la Tierra.* Si no lo hace, es en virtud de su libre albedrío, y por eso sufre las consecuencias de su proceder. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo V, §§ 4, 5, 6 y siguientes.)

7. Pero Dios, que es todo bondad, puso el remedio al lado del mal, es decir, hizo que del mismo mal saliera el bien. Llega un momento en que el exceso del mal moral se vuelve intolerable, e impone al hombre la necesidad de cambiar de vida. Instruido por la experiencia, se siente obligado a buscar en el bien el remedio que necesita, siempre en uso de su libre albedrío. Cuando toma un camino mejor, lo hace por su voluntad, y porque ha reconocido los inconvenientes del otro. La necesidad, pues, lo obliga a mejorar moralmente para ser más feliz, del mismo modo que lo indujo a mejorar las condiciones materiales de su existencia (Véase el § 5).

8. Se puede decir que *el mal es la ausencia del bien, como el frío es la ausencia del calor. Así como el frío no es un fluido especial, el mal tampoco es un atributo distinto: el uno es la antítesis del otro.* Donde no existe el bien, forzosamente existe el mal. No practicar el mal ya es un comienzo del bien. *Dios sólo quiere el bien; el mal proviene exclusivamente del hombre. Si en la Creación existiera un ser encargado del mal, nadie podría evitarlo. No obstante, como el hombre tiene la causa del mal en SÍ MISMO, y como tiene al mismo tiempo el libre albedrío y la guía de las leyes divinas, podrá evitarlo siempre que lo desee.*

Tomemos un hecho común a modo de comparación. Un propietario sabe que en el confín de sus tierras hay un sector peligroso, y que quien se aventurase dentro de él podría perecer o sufrir una herida. ¿Qué hace a fin de prevenir los accidentes? Manda colocar en las cercanías un aviso, para impedir que se avance más allá, a causa del peligro. Ahí está la ley, sabia y previsor. Pero si a pesar de eso, algún imprudente ignora el aviso, traspone el punto permitido y sufre un accidente, ¿de quién podrá quejarse sino de sí mismo?

También sucede eso con respecto al mal; el hombre lo evitaría si observara las leyes divinas. Dios, por ejemplo, puso un límite para la satisfacción de las necesidades; la saciedad es una advertencia para el hombre; si él supera ese límite, lo hace voluntariamente.

Por consiguiente, los vicios, las enfermedades, la muerte que de ahí pueden resultar provienen de su imprevisión, y no de Dios.

9. Puesto que el mal es el resultado de las imperfecciones del hombre, y como el hombre ha sido creado por Dios, se alegrará que Dios ha creado, si no el mal, al menos la causa de este. Si Dios hubiese creado perfecto al hombre, el mal no existiría.

Si el hombre hubiese sido creado perfecto, tendería fatalmente al bien. Pero sucede que, en virtud de su libre albedrío, no tiende fatalmente ni al bien ni al mal. Dios ha querido que estuviese sujeto a la ley del progreso, y que ese progreso fuese el fruto de su propio trabajo, a fin de que tuviera el mérito de este, de la misma manera que le cabe la responsabilidad del mal que practique por su propia voluntad. Por lo tanto, la cuestión consiste en averiguar cuál es, en el hombre, el origen de su propensión al mal¹¹.

10. Si se estudiaran las pasiones, e incluso los vicios, se vería que el origen de ambos se encuentra en el instinto de conservación. Ese instinto está presente con toda su fuerza en los animales y en los seres primitivos más próximos a la animalidad, en los cuales domina en forma exclusiva, puesto que en ellos todavía no existe el contrapeso del sentido moral. El ser no ha nacido aún a la vida intelectual. Por el contrario, el instinto se debilita a medida que la inteligencia se desarrolla, porque esta domina a la materia.

El destino del Espíritu es la vida espiritual, pero en las primeras fases de su existencia corporal sólo tiene que satisfacer necesidades materiales y, a tal fin, el ejercicio de las pasiones constituye una necesidad para la conservación de la especie y de los individuos, *materialmente hablando*. Con todo, una vez que ha superado ese período, se

¹¹ El error consiste en pretender que el alma haya salido perfecta de manos del Creador, cuando Él, por el contrario, quiso que la perfección fuese resultado de la purificación gradual del Espíritu y su propia obra. Quiso Dios que el alma, en virtud de su libre albedrío, pudiese optar entre el bien y el mal, y llegase a sus fines últimos a través de la lucha y la resistencia al mal. Si Dios hubiese creado al alma tan perfecta como Él, y al hacerla salir de sus manos la hubiese asociado a su beatitud eterna, entonces no la habría hecho a su imagen, sino semejante a sí mismo. (Bonnamy, juez de instrucción: *La razón del espiritismo*, Cap. VI.) (N. de Allan Kardec.)

le presentan otras necesidades, al principio de carácter semimoral y semimaterial, y más tarde exclusivamente morales. Es entonces cuando el Espíritu ejerce dominio sobre la materia; si se libera de su yugo, avanza por la senda providencial y se aproxima a su destino final. Si, por el contrario, se deja dominar por ella, se atrasa y se identifica con los irracionales. En esa situación, *lo que antes era un bien, porque era una necesidad de su naturaleza, se transforma en un mal, no sólo porque ya no constituye una necesidad, sino porque se vuelve perjudicial para la espiritualización del ser*. Mucho de lo que es una cualidad en el niño, se vuelve un defecto en el adulto. De ese modo, el mal es relativo, y la responsabilidad es proporcional al grado de adelanto.

Todas las pasiones tienen, por lo tanto, su utilidad providencial, y si no fuera así, Dios habría hecho algo inútil e incluso nocivo. El abuso es lo que constituye el mal, y el hombre abusa en virtud de su libre albedrío. Más adelante, ilustrado por su propio interés, elige libremente entre el bien y el mal.

El instinto y la inteligencia

11. ¿Cuál es la diferencia entre el instinto y la inteligencia? ¿Dónde acaba uno y comienza la otra? ¿Será el instinto una inteligencia rudimentaria o una facultad distinta, un atributo exclusivo de la materia?

El instinto es la fuerza oculta que impulsa a los seres orgánicos a actos espontáneos e involuntarios, con vistas a su conservación. En los actos instintivos no existe reflexión, ni combinación ni premeditación. Así es como la planta busca el aire, se vuelve hacia la luz, dirige sus raíces en dirección al agua y a la tierra para hallar sus nutrientes; así es como la flor se abre y se cierra alternativamente según sus necesidades; y como las plantas trepadoras se enroscan alrededor de aquello que les sirve de sostén, o se adhieren a él con sus zarcillos. Se debe al instinto que los animales estén avisados de lo que les conviene o los perjudica; que busquen, conforme

a la estación, los climas propicios; que construyan sin enseñanza previa, con más o menos arte según las especies, lechos mullidos y refugios para sus crías, así como trampas para atrapar la presa de la cual se nutren; que manejen con destreza las armas ofensivas y defensivas con que están provistos; que los sexos se aproximen; que la madre incube a sus crías, y que estas busquen el seno materno. En el hombre, el instinto domina con exclusividad al comienzo de la vida; por instinto el niño realiza sus primeros movimientos, toma el alimento, grita para expresar sus necesidades, imita el sonido de la voz, intenta hablar y caminar. Incluso en el adulto, ciertos actos son instintivos, tales como los movimientos espontáneos para evitar un riesgo, para huir de un peligro, para mantener el equilibrio del cuerpo. También lo son el parpadeo para graduar el brillo de la luz, el abrir automáticamente la boca para respirar, etc.

12. *La inteligencia se revela a través de los actos voluntarios, reflexivos, premeditados, combinados, según las circunstancias.* Es indudablemente un atributo exclusivo del alma.

Todos los actos mecánicos son instintivos. El acto que denota reflexión, combinación, deliberación, es inteligente. Uno es libre, el otro no lo es.

El instinto es un guía seguro que jamás se equivoca; la inteligencia, por el simple hecho de que es libre, en ocasiones está sujeta a equivocarse.

Si bien el acto instintivo no tiene el carácter del acto inteligente, revela sin embargo *una causa inteligente*, esencialmente previsora. Si se admite que el instinto procede de la materia, resultará forzoso admitir que la materia es inteligente, incluso más inteligente y previsora que el alma, puesto que el instinto no se equivoca, mientras que la inteligencia comete errores.

Si se considera al instinto una inteligencia rudimentaria, ¿cómo se explica que en ciertos casos sea superior a la inteligencia que razona? ¿Cómo se explica que haga posible la ejecución de obras que la inteligencia no puede realizar?

Si el instinto es el atributo de un principio espiritual especial, ¿cuál es ese principio? Dado que el instinto se extingue, ¿será que ese principio se destruye? Si los animales sólo estuvieran dotados de instinto, su porvenir no tendría un desenlace y sus padecimientos no recibirían compensación alguna. Eso no estaría de acuerdo ni con la justicia ni con la bondad de Dios. (Véase el Capítulo II, § 19.)

13. Según otro sistema, el instinto y la inteligencia tendrían el mismo único principio. Llegado a cierto grado de su desarrollo, ese principio, que al comienzo apenas habría tenido las cualidades del instinto, sufriría una transformación que le otorgaría las cualidades de la inteligencia libre.

Si así fuera, en el hombre inteligente que pierde la razón y pasa a ser guiado exclusivamente por el instinto, la inteligencia volvería a su estado primitivo y, cuando ese hombre recobrara la razón, el instinto se convertiría en inteligencia, y así alternativamente, lo que no es admisible.

Por otra parte, la inteligencia y el instinto a menudo se muestran simultáneamente en el mismo acto. Al caminar, por ejemplo, el movimiento de las piernas es instintivo; el hombre pone automáticamente un pie delante del otro, sin pensar en ello; pero cuando quiere apresurar o disminuir el paso, levantar el pie o evitar un obstáculo, existe cálculo, combinación, actúa con un propósito deliberado. *El impulso involuntario del movimiento es el acto instintivo; la dirección calculada del movimiento es el acto inteligente.* El animal carnívoro es llevado por el instinto a alimentarse de carne, pero las precauciones que toma para atrapar a la presa, que varían según las circunstancias, así como su previsión de las eventualidades, son actos de la inteligencia.

14. Otra hipótesis, que además es perfectamente compatible con la idea de la unidad de principio, resulta del carácter esencialmente previsor del instinto y concuerda con lo que el espiritismo nos enseña, en lo atinente a las relaciones del mundo espiritual y el mundo corporal.

Se sabe hoy que algunos Espíritus desencarnados tienen la misión de velar por los encarnados, de quienes se convierten en protectores y guías; que los envuelven con sus efluvios fluídicos; y que los hombres actúan a menudo de manera *inconsciente* bajo la acción de esos efluvios.

Se sabe, además, que el instinto, que de por sí produce actos inconscientes, predomina en los niños y, en general, en los seres cuya razón es débil. Ahora bien, según esta hipótesis, el instinto no sería un atributo ni del alma ni de la materia; no pertenecería propiamente al ser vivo, sino que sería un *efecto* de la acción directa de los protectores invisibles, quienes suplirían la imperfección de la inteligencia provocando los actos inconscientes necesarios para la preservación del ser. Sería como el andador con el cual se sostienen los niños que todavía no saben caminar. Con todo, del mismo modo que gradualmente se deja de usar el andador, a medida que el niño conserva el equilibrio por sí solo, los Espíritus protectores dejan a sus protegidos librados a sí mismos, a medida que estos se vuelven aptos para guiarse por su propia inteligencia.

De ese modo, el instinto, lejos de ser el producto de una inteligencia rudimentaria e incompleta, lo sería de una inteligencia extraña *en la plenitud de su fuerza*; inteligencia protectora, que supliría la insuficiencia, sea de una inteligencia más joven, a la cual induciría a realizar inconscientemente, para su bien, lo que todavía fuese incapaz de hacer por sí misma, o bien de una inteligencia madura, aunque momentáneamente trabada en el uso de sus facultades, como se da con el hombre en la infancia, y en los casos de idiotez y de afecciones mentales.

Se dice proverbialmente que hay un dios aparte para los niños, para los locos y para los ebrios. Este refrán es más verdadero de lo que se cree. Ese dios no es más que el Espíritu protector, que vela por el ser incapaz de protegerse mediante su propia razón.

15. En este orden de ideas, todavía se puede ir más lejos. Por más racional que sea, esta teoría no resuelve todas las dificultades de la cuestión.

Si analizamos los efectos del instinto, notaremos en primer lugar una unidad de miras y de conjunto, una seguridad de resultados que cesan tan pronto como la inteligencia libre lo sustituye. Además, reconoceremos una profunda sabiduría en la adecuación tan perfecta y constante de las facultades instintivas a las necesidades de cada especie. Esa unidad de miras no podría existir sin la unidad de pensamiento, y esta es incompatible con la diversidad de las aptitudes individuales; sólo esa unidad podría producir el conjunto tan perfecto y armonioso que se realiza desde el origen de los tiempos y en todas las latitudes, con una regularidad y una precisión matemáticas, sin que falle jamás. La uniformidad en el resultado de las facultades instintivas es un hecho característico que implica forzosamente *la unidad de la causa*. Si esa causa fuese inherente a cada individualidad, habría tantas variedades de instintos como las hay de individuos, desde la planta hasta el hombre. Un efecto general, uniforme y constante, debe tener una causa general, uniforme y constante; un efecto que indica sabiduría y previsión debe tener una causa sabia y previsora. Ahora bien, una causa de esa naturaleza, por ser necesariamente inteligente, no puede ser exclusivamente material.

Al no encontrarse en las criaturas, encarnadas o desencarnadas, las cualidades necesarias para la producción de ese resultado, debemos subir más alto, es decir, hasta el propio Creador. Si nos atenemos a la explicación que se ha dado acerca de la manera en que se puede concebir la acción providencial (Véase el Capítulo II, § 24); si consideramos a todos los seres penetrados del fluido divino, soberanamente inteligente, comprenderemos la sabiduría previsora y la unidad de miras que rigen todos los movimientos instintivos en el sentido del bien de cada individuo. Esa solicitud es tanto más activa cuanto menor es la cantidad de recursos que posee el individuo en sí mismo y en su inteligencia. Es por eso que dicha solicitud se muestra mayor y más absoluta en los animales y en los seres inferiores que en el hombre.

De acuerdo con esa teoría, se comprende por qué el instinto es siempre un guía seguro. El instinto materno, el más noble de todos, al que el materialismo rebaja al nivel de las fuerzas de atracción de la materia, queda realzado y ennoblecido. En razón de sus consecuencias, este no debía ser confiado a las eventualidades volubles de la inteligencia y del libre albedrío. *Por intermedio de la madre, el propio Dios vela por sus criaturas cuando nacen.*

16. Esta teoría no destruye de modo alguno el papel de los Espíritus protectores, cuyo concurso es un hecho observado y comprobado por la experiencia. No obstante, se debe notar que la acción de esos Espíritus es esencialmente individual; que se modifica según las cualidades propias del protector y del protegido, y que en ningún aspecto presenta la uniformidad ni la generalidad del instinto. Dios mismo, en su sabiduría, conduce a los ciegos, pero confía a inteligencias libres el cuidado de guiar a los que ven, para dejar a cada uno la responsabilidad de sus actos. La misión de los Espíritus protectores es un deber que estos aceptan voluntariamente, y constituye para ellos un medio de adelanto que depende del modo como se desempeñen.

17. Todas esas maneras de considerar el instinto son forzosamente hipotéticas, y ninguna presenta una característica de autenticidad suficiente como para que se tome como una solución definitiva. No cabe duda de que la cuestión será resuelta un día, cuando se hayan reunido los elementos de observación que todavía faltan. Hasta entonces, debemos limitarnos a someter las diversas opiniones al tamiz de la razón y la lógica, y esperar que se haga la luz. La solución que más se aproxime a la verdad será necesariamente la que mejor se corresponda con los atributos de Dios, es decir, con la soberana bondad y la soberana justicia. (Véase el Capítulo II, § 19.)

18. Dado que el instinto es el guía, y que las pasiones son los resortes del alma en el período inicial de su desarrollo, en ocasiones

se confunden los efectos de estos principios. No obstante, entre ambos existen diferencias que es importante considerar.

El instinto es un guía seguro, siempre bueno. Después de cierto tiempo puede volverse inútil, pero nunca perjudicial. Se debilita por el predominio de la inteligencia.

Las pasiones, en las primeras edades del alma, tienen en común con el instinto el hecho de que los seres son sometidos a la acción de una fuerza igualmente inconsciente. Las pasiones nacen principalmente de las necesidades del cuerpo, y dependen del organismo más que del instinto. Lo que, por sobre todo, las distingue del instinto, es que son individuales y no producen, como este último, efectos generales y uniformes. Varían, por el contrario, de intensidad y de naturaleza según los individuos. Son útiles, como estimulantes, hasta la eclosión del sentido moral, que de un ser pasivo hace que nazca un ser racional. En ese momento, se vuelven no sólo inútiles sino perjudiciales para el adelanto del Espíritu, cuya desmaterialización retardan. Las pasiones se moderan con el desarrollo de la razón.

19. El hombre que sólo obra constantemente por instinto podría ser muy bueno, pero mantendría adormecida su inteligencia. Sería como el niño que no deja su andador y no sabe valerse de sus miembros. Aquel que no domina sus pasiones podrá ser muy inteligente, pero, al mismo tiempo, muy malo. *El instinto se aniquila por sí mismo; las pasiones sólo se doman mediante el esfuerzo de la voluntad.*

Destrucción mutua de los seres vivos

20. La destrucción recíproca de los seres vivos es una de las leyes de la naturaleza que, a primera vista, menos parece concordar con la bondad de Dios. Uno se pregunta por qué Dios creó para ellos la necesidad de que se destruyan mutuamente, para alimentarse los unos a costa de los otros.

En efecto, a quien sólo ve la materia, y restringe su visión a la vida presente, podría parecerle que existe una imperfección en la obra divina. Eso se debe a que, en general, los hombres juzgan la perfección de Dios desde el punto de vista humano; miden la sabiduría divina de acuerdo con el propio juicio que se forman de ella, y suponen que Dios no podría hacer nada mejor de lo que ellos mismos harían. Como la limitada visión de que disponen no les permite apreciar el conjunto, no comprenden que un bien real pueda provenir de un mal aparente. Sólo el conocimiento del principio espiritual, considerado en su verdadera esencia, así como el de la gran ley de unidad que constituye la armonía de la Creación, pueden otorgarle al hombre la clave de ese misterio, para mostrarle la sabiduría providencial y la armonía precisamente allí donde sólo ve una anomalía y una contradicción.

21. *La verdadera vida, tanto del animal como del hombre, no reside en la envoltura corporal, del mismo modo que no está en la vestimenta. Reside en el principio inteligente que preexiste y sobrevive al cuerpo.* Ese principio necesita del cuerpo para desarrollarse a través del trabajo que le corresponde realizar sobre la materia bruta. El cuerpo se consume en ese trabajo, pero el Espíritu no se gasta; por el contrario, sale del cuerpo cada vez más fuerte, más lúcido y con mayor aptitud. ¡Qué importa, entonces, que el Espíritu cambie más o menos frecuentemente de envoltura! No por eso deja de ser Espíritu. Es exactamente como si un hombre cambiase de ropa cien veces en el año: no por eso dejaría de ser hombre.

Mediante el espectáculo incesante de la destrucción, Dios enseña a los hombres el poco caso que deben hacer de la envoltura material, y suscita en ellos la idea de la vida espiritual, haciendo que la deseen como una compensación.

Se alegará: ¿no podía Dios llegar al mismo resultado por otros medios, sin obligar a los seres vivos a que se destruyan mutuamente? Si en su obra todo es sabiduría, debemos suponer que

esa sabiduría no existirá más en un punto que en otro; si no lo comprendemos así, debemos atribuirlo a nuestro escaso adelanto. Sin embargo, podemos intentar la investigación de la causa por la cual nos parece defectuoso, tomando como orientador este principio: *Dios debe ser infinitamente justo y sabio*. Por lo tanto, busquemos en todo su justicia y su sabiduría, e inclinémonos ante aquello que supere nuestro entendimiento.

22. Una primera utilidad que se presenta de esa destrucción, utilidad puramente física, por cierto, es la siguiente: los cuerpos orgánicos sólo se conservan con el auxilio de las materias orgánicas, pues sólo ellas contienen los elementos nutritivos necesarios para su transformación. Como los cuerpos, instrumentos de acción del principio inteligente, necesitan ser renovados constantemente, la Providencia hace que sirvan para su mutuo mantenimiento. Es por eso que los seres se nutren unos de otros. Pero entonces, es el cuerpo el que se alimenta del cuerpo, sin que el Espíritu se aniquile o altere. Sólo queda despojado de su envoltura¹².

23. Existen también consideraciones morales de un orden más elevado.

La lucha es necesaria para el desarrollo del Espíritu. En la lucha ejercita sus facultades. El que ataca en busca del alimento, y el que se defiende para conservar la vida, emplean la astucia y la inteligencia, incrementando de ese modo sus fuerzas intelectuales. Uno de los dos sucumbe; pero, en realidad, ¿qué fue lo que el más fuerte o el más hábil le quitó al más débil? La vestimenta de carne, nada más. El Espíritu, que no ha muerto, tomará otro cuerpo más adelante.

24. En los seres inferiores de la Creación, en aquellos a los que les falta el sentido moral, en los cuales la inteligencia todavía no ha sustituido al instinto, la lucha no puede tener por objetivo más que la satisfacción de una necesidad material. Ahora bien, una de las necesidades materiales más imperiosa es la de la alimentación. Ellos,

¹² Véase la *Revista Espírita*, de agosto de 1864, "Extinción de las razas". (N. de Allan Kardec.)

pues, luchan únicamente para vivir, es decir, para obtener o defender una presa, ya que no podría impulsarlos un motivo más elevado. En ese primer período el alma se elabora y se prepara para la vida.

En el hombre existe un período de transición, en el que apenas se diferencia de los irracionales. En las primeras edades domina el instinto animal, y el motivo de la lucha sigue siendo la satisfacción de las necesidades materiales. Más tarde, el instinto animal y el sentimiento moral se equilibran. Entonces, el hombre lucha, ya no para alimentarse, sino para satisfacer su ambición, su orgullo y la necesidad de dominar. Para eso, todavía necesita destruir. Sin embargo, a medida que el sentido moral obtiene preponderancia, se desarrolla la sensibilidad, y la necesidad de destrucción disminuye hasta que acaba por desaparecer, porque se vuelve detestable. En ese caso, el hombre tiene horror a la sangre.

Con todo, la lucha siempre es necesaria para el desarrollo del Espíritu, pues incluso una vez que ha llegado a ese punto que nos parece culminante, todavía está lejos de ser perfecto. Sólo a costa de su actividad conquista conocimientos, experiencia, y se despoja de los últimos vestigios de la animalidad. No obstante, en esas circunstancias, la lucha, que antes era sangrienta y brutal, se vuelve puramente intelectual. El hombre lucha contra las dificultades, ya no contra sus semejantes¹³.

¹³ Sin prejuzgar las consecuencias que se puedan extraer de este principio, apenas quisimos demostrar, mediante esa explicación, que la destrucción mutua de los seres vivos en nada invalida la sabiduría divina, y que todo se encadena en las leyes de la naturaleza. Esa concatenación se quiebra necesariamente si se prescinde del principio espiritual. Muchas cuestiones permanecen insolubles porque se toma en cuenta solamente la materia.

Las doctrinas materialistas llevan consigo el principio de su propia destrucción. Tienen en su contra no sólo el antagonismo con las aspiraciones de la generalidad de los hombres y sus consecuencias morales, que harán que sean rechazadas como disolventes de la sociedad, sino también la necesidad que el hombre experimenta de comprender todo lo que es resultado del progreso. El desarrollo intelectual conduce al hombre a la investigación de las causas. Ahora bien, por poco que este reflexione, no tardará en reconocer la impotencia del materialismo para explicarlo todo. ¿Cómo es posible que doctrinas que no satisfacen al corazón, ni a la razón ni a la inteligencia, que dejan sin resolver las cuestiones más vitales, lleguen a prevalecer? El progreso de las ideas aniquilará el materialismo, así como ha destruido al fanatismo. (N. de Allan Kardec.)





El rol de la ciencia en la génesis

1. La historia del origen de casi todos los pueblos antiguos se confunde con la de la religión que profesaban, razón por la cual sus primeros libros han sido de carácter religioso. Y como todas las religiones están ligadas al principio de las cosas, que también es el de la humanidad, ellas dieron, sobre la formación y el ordenamiento del universo, explicaciones acordes con el estado de los conocimientos de la época y de sus fundadores. De ahí resultó que los primeros libros sagrados han sido al mismo tiempo los primeros libros de ciencia, así como fueron, durante un extenso período, el único código de las leyes civiles.

2. En los tiempos primitivos, los medios de observación eran necesariamente muy imperfectos, de modo que las primeras teorías acerca del sistema del mundo deberían estar plagadas de errores groseros. Sin embargo, aunque esos medios hubieran sido tan completos como lo son hoy, los hombres no habrían sabido emplearlos. Por otra parte, tales medios no podían ser más que el fruto del desarrollo de la inteligencia y del consiguiente conocimiento de las leyes de la naturaleza. A medida que el hombre adelantó en el conocimiento de esas leyes, fue penetrando los misterios de la Creación y rectificó las ideas que se había formado acerca del origen de las cosas.

3. El hombre se mostró impotente para resolver el problema de la Creación hasta el momento en que la ciencia le ofreció la clave para hacerlo. Fue preciso que la astronomía le abriese las puertas del espacio infinito y le permitiese sumergir en él su mirada; que mediante el poder del cálculo pudiese determinar con rigurosa precisión el movimiento, la posición, el volumen, la naturaleza y el rol de los cuerpos celestes; que la física le revelase las leyes de la gravitación, del calor, de la luz y de la electricidad; que la química le enseñase las transformaciones de la materia; y la mineralogía los materiales que forman la corteza del planeta; que la geología le enseñase a leer en los estratos terrestres la formación gradual de ese mismo globo. La botánica, la zoología, la paleontología y la antropología habrían de iniciarlo en la filiación y en la sucesión de los seres organizados. Con la arqueología, el hombre pudo seguir las huellas de la humanidad a través de las épocas. En suma, todas las ciencias, complementándose unas a otras, debían hacer un aporte indispensable para el conocimiento de la historia del mundo. A falta de esas contribuciones, el hombre sólo tenía como guía sus primeras hipótesis.

Por eso, antes de que él dominara aquellos elementos de apreciación, todos los investigadores de la génesis, cuya razón se topaba con imposibilidades materiales, giraban dentro de un mismo círculo, sin que pudieran salir de él. Sólo lo lograron cuando la ciencia abrió camino haciendo una brecha en el vetusto edificio de las creencias. Entonces todo cambió de aspecto. Una vez que se encontró el hilo conductor, pronto se superaron las dificultades. En lugar de una génesis imaginaria, surgió una génesis positiva y, de cierto modo, experimental. El campo del universo se amplió hasta lo infinito. Se descubrió que la Tierra y los astros se formaron gradualmente, conforme a leyes eternas e inmutables, leyes que dan, acerca de la grandeza y la sabiduría de Dios, un testimonio muy superior al de una creación milagrosa, extraída repentinamente de

la nada, como un cambio escénico, por efecto de una idea súbita que se le presentó a la Divinidad después de permanecer una eternidad en la inacción.

Puesto que es imposible que se conciba la génesis sin los datos proporcionados por la ciencia, se puede decir con absoluta verdad que *la ciencia está llamada a componer la verdadera génesis, según las leyes de la naturaleza.*

4. En el punto al que llegó en el siglo diecinueve, ¿consiguió la ciencia resolver todas las dificultades del problema de la génesis?

No, por cierto; pero es indiscutible que demolió definitivamente todos los errores capitales, y asentó sus fundamentos más esenciales sobre datos irrecusables. Los puntos todavía dudosos sólo son, para hablar con propiedad, cuestiones de detalles, cuya solución, sea cual fuere en el futuro, no podrá disminuir el valor del conjunto. Además, a pesar de los recursos que la ciencia ha tenido a su disposición, hasta ahora le faltó un elemento importante, sin el cual jamás podría completarse la obra.

5. De todas las génesis antiguas, la que más se aproxima a los datos de la ciencia moderna, a pesar de los errores que contiene, demostrados hoy de modo evidente, es indiscutiblemente la de Moisés. Algunos de esos errores son incluso más aparentes que reales, y provienen, ya sea de la falsa interpretación atribuida a ciertas palabras, cuyo primitivo significado se perdió al pasarlo de una lengua a otra en la traducción, o cuya acepción cambió junto con las costumbres de los pueblos, o bien de la forma alegórica propia del estilo oriental, que fue tomada al pie de la letra en vez de que se le buscara el sentido.

6. La Biblia, evidentemente, narra hechos que la razón, desarrollada por la ciencia, hoy no podría admitir, así como también otros que parecen extraños y a los que rechazamos, porque aluden a costumbres que ya no son las nuestras. Sin embargo, a la par de eso, habría parcialidad si no se reconociera que contiene cosas

grandes y hermosas. La alegoría ocupa en ella un espacio considerable, y oculta bajo su velo sublimes verdades, que son descubiertas cuando se penetra hasta la esencia del pensamiento, pues en ese caso el absurdo se desvanece.

¿Por qué, entonces, no se le quitó antes ese velo? De un lado, por la falta de los conocimientos que sólo la ciencia y una filosofía sana podían proporcionar, y por otro lado, por el principio de la inmutabilidad absoluta de la fe, consecuencia de un respeto demasiado ciego a la letra, ante el cual la razón debía inclinarse, así como por el temor a comprometer el andamiaje de las creencias, erigido sobre el sentido literal. Como esas creencias partían de un punto primitivo, se temió que si se quebraba el primer eslabón de la cadena, todas las mallas de la red acabarían por disgregarse. Por ese motivo se cerraron los ojos obstinadamente. Pero cerrar los ojos ante el peligro no es lo mismo que evitarlo. Cuando una construcción corre riesgo, ¿no ordena la prudencia que se sustituyan de inmediato las piedras inservibles por piedras buenas, en vez de esperar, por el respeto que infunde la antigüedad del edificio, que el mal se vuelva irremediable y que sea necesario reconstruirlo totalmente?

7. Al llevar sus investigaciones hasta las entrañas de la Tierra y las profundidades de los cielos, la ciencia demostró de manera irrefutable los errores de la génesis mosaica tomada al pie de la letra, así como la imposibilidad material de que los acontecimientos hayan sucedido tal como se relatan textualmente en el *Génesis*. Al proceder de ese modo, la ciencia asestó un profundo golpe a las creencias seculares. La fe ortodoxa se intranquilizó, porque creyó que le quitaban la piedra fundamental. No obstante, ¿quién tenía de su lado a la razón? ¿Acaso la tenía la ciencia, que avanzaba con prudencia y progresivamente sobre el sólido terreno de los guarismos y la observación, sin afirmar nada antes de tener las pruebas en la mano; o un relato escrito en una época en la que no existían

en absoluto los medios de observación? Al fin de cuentas, ¿quién debe vencer: el que sostiene que dos más dos son cinco y rechaza una verificación, o el que afirma que dos más dos son cuatro y prueba lo que dice?

8. Se objetará, en ese caso, que si la Biblia es una revelación divina, entonces Dios se equivocó. Y si no es una revelación divina, entonces deja de tener autoridad, de modo que la religión se derrumba por falta de base.

Una de dos: la ciencia está en un error, o tiene razón. Si tiene razón, no puede hacer que sea verdadera una opinión que es contraria a lo que ha demostrado. No hay revelación que pueda prevalecer sobre la autoridad de los hechos.

No cabe duda de que Dios, que es todo verdad, no puede inducir a los hombres a error, ni a sabiendas ni sin saberlo, pues de lo contrario no sería Dios. Por lo tanto, si los hechos contradicen las palabras que se le atribuyen, es preciso concluir por lógica que Él no las pronunció, o que esas palabras han sido interpretadas en un sentido opuesto al que les corresponde.

Si con esas contradicciones la religión sufre un daño, la culpa no es de la ciencia, que no puede hacer que lo que es deje de serlo, sino de los hombres, por haber establecido prematuramente dogmas absolutos, de los cuales hicieron una cuestión de vida o muerte, a partir hipótesis susceptibles de que fueran desmentidas por la experiencia.

Hay cosas a cuyo sacrificio debemos resignarnos, lo queramos o no, cuando no es posible evitarlo. Cuando el mundo avanza, sin que la voluntad de unos pocos pueda detenerlo, lo más sensato es que lo acompañemos y nos adaptemos al nuevo estado de cosas, en vez de aferrarnos al pasado y correr el riesgo de que nos arrastre en su caída.

9. Por respeto a los textos que se consideran sagrados, ¿se debería obligar a la ciencia a que guarde silencio? Sería algo tan

imposible como pretender que la Tierra deje de girar. Las religiones, sean cuales fueren, nunca ganaron nada defendiendo errores evidentes. La ciencia tiene por misión descubrir las leyes de la naturaleza. Ahora bien, como esas leyes son obra de Dios, no pueden ser contrarias a las religiones que se basan en la verdad. Lanzar un anatema al progreso, porque atenta contra la religión, es lanzarlo contra la obra misma de Dios. Más aún, sería un trabajo inútil, porque ni siquiera todos los anatemas del mundo podrían impedir que la ciencia avance y que la verdad se abra camino. *Si la religión se niega a avanzar junto con la ciencia, esta avanzará a solas.*

10. Solamente las religiones estancadas pueden temer a los descubrimientos de la ciencia. Esos descubrimientos sólo son funestos para aquellas que consienten en distanciarse de las ideas progresivas y se inmovilizan en el absolutismo de sus creencias. Por lo general, se forman de la Divinidad una idea tan mezquina, que no comprenden que asimilar las leyes de la naturaleza reveladas por la ciencia es glorificar a Dios en sus obras. En su ceguera, prefieren rendir homenaje al Espíritu del mal. *Una religión que no estuviese, acerca de ningún punto, en contradicción con las leyes de la naturaleza, no tendría nada que temer al progreso, y sería invulnerable.*

11. La génesis comprende dos partes: la historia de la formación del mundo material, y la de la humanidad considerada en su doble principio, corporal y espiritual. La ciencia se ha limitado a la investigación de las leyes que rigen la materia. En el hombre, incluso, sólo ha estudiado la envoltura carnal. En ese aspecto, llegó a comprender, con precisión irrefutable, las partes fundamentales del mecanismo del universo y del organismo humano. Así, sobre ese punto principal, está en condiciones de completar la génesis de Moisés y rectificar sus partes defectuosas.

Pero la historia del hombre, considerado como ser espiritual, se relaciona con un orden especial de ideas que no son del dominio de la ciencia propiamente dicha, y de las cuales, por ese mo-

tivo, no constituye un objeto de sus investigaciones. La filosofía, a cuyas atribuciones pertenece más particularmente ese género de estudios, apenas ha formulado sobre el punto en cuestión sistemas contradictorios, que van desde la más pura espiritualidad hasta la negación del principio espiritual e incluso de Dios, sin otras bases aparte de las ideas personales de sus autores. Así pues, ha dejado sin solución el asunto, por falta de un examen suficiente.

12. Esta cuestión, sin embargo, es para el hombre la más importante, porque incluye el problema de su pasado y de su porvenir, mientras que la relativa al mundo material sólo lo afecta indirectamente. Lo que le importa saber, ante todo, es de dónde viene y hacia dónde va, así como si ya ha vivido, si volverá a vivir, y cuál es el destino que le está reservado.

Sobre todas estas cuestiones la ciencia permanece muda. La filosofía apenas emite opiniones que concluyen en un sentido diametralmente opuesto, pero que al menos admite su discusión, lo que hace que muchas personas se ubiquen de su lado antes que seguir junto a la religión, que no discute.

13. Todas las religiones coinciden en cuanto al principio de la existencia del alma, aunque no lo demuestren. Pero no concuerdan en lo que respecta al origen del alma, ni a su pasado y su porvenir, ni principalmente, y eso es lo esencial, a las condiciones de las que depende su destino futuro. En su mayoría, en relación con el futuro del alma, presentan un cuadro que imponen a la creencia de sus adeptos, que sólo la fe ciega puede aceptar, pero que no ofrece condiciones para soportar un examen serio. Como el destino que las religiones enuncian para el alma está ligado, en sus dogmas, a las ideas que se formaban en los tiempos primitivos sobre el mundo material y el mecanismo del universo, ese destino no es compatible con el estado actual de los conocimientos. Por consiguiente, como forzosamente perderían al aceptar el examen y la discusión, las religiones encuentran más sencillo proscribir a los dos.

14. Esas divergencias en lo atinente al porvenir del hombre generan la duda y la incredulidad. Con todo, la incredulidad da lugar a un penoso vacío. El hombre encara con ansiedad lo desconocido, donde tarde o temprano fatalmente tendrá que ingresar. La idea de la nada lo paraliza. Su conciencia le dice que más allá del presente hay algo que le está reservado. Pero ¿qué será? Su razón, desarrollada, ya no le permite seguir admitiendo las narraciones con que lo arrullaron en su infancia, ni tomar la alegoría por la realidad. ¿Cuál es el sentido de esa alegoría? La ciencia rasgó una punta del velo, pero no ha revelado lo que al hombre más le interesa saber. Él pregunta en vano, pero ella nada le responde de un modo decisivo que pueda calmar sus temores. Por todas partes se topa con una afirmación que se opone a una negación, sin que ni de un lado ni del otro se presenten pruebas positivas. De ahí la incertidumbre, y *la incertidumbre acerca de las cosas de la vida futura hace que el hombre se arroje, poseído por una especie de frenesí, sobre las cosas de la vida material.*

Ese es el inevitable efecto de las épocas de transición: se derrumba el edificio del pasado, sin que todavía esté construido el del porvenir. El hombre se asemeja al adolescente que ya no tiene la creencia ingenua de sus primeros años, pero tampoco posee los conocimientos de la edad madura. Apenas siente vagas aspiraciones que no sabe definir.

15. Si la cuestión del hombre espiritual ha permanecido hasta ahora en estado de teoría, se debe a que faltaban los medios de observación directa, que sí estaban disponibles para comprobar el estado del mundo material, de modo que el campo permaneció abierto a las especulaciones del espíritu humano. Mientras el hombre no conoció las leyes que rigen la materia ni pudo aplicar el método experimental, pasó de sistema en sistema en lo relativo al mecanismo del universo y a la formación de la Tierra. Lo que ocurrió en el orden físico ocurrió también en el orden moral. Para fijar las ideas faltó el

elemento esencial: el conocimiento de las leyes que rigen el principio espiritual. Ese conocimiento estaba reservado a nuestra época, como el de las leyes de la materia fue obra de los dos últimos siglos.

16. Hasta el presente, el estudio del principio espiritual, comprendido dentro de la metafísica, fue puramente especulativo y teórico. En el espiritismo es absolutamente experimental. Con la ayuda de la facultad mediúmnica, actualmente más desarrollada y, sobre todo, generalizada y mejor estudiada, el hombre se encontró en posesión de un nuevo instrumento de observación. La mediumnidad ha sido para el mundo espiritual lo que el telescopio representó para el mundo astral o el microscopio para el de los seres infinitamente pequeños. Ha permitido que se explorasen, que se estudiasen, por así decirlo, *de visu*¹⁴, las relaciones de aquel mundo con el mundo corporal; que en el hombre vivo se diferenciase el ser inteligente del ser material, y que se los observara actuando separadamente. Una vez establecidas las relaciones con los habitantes del mundo espiritual, ha sido posible seguir al alma en su trayectoria ascendente, en sus migraciones, en sus transformaciones. En síntesis, se pudo estudiar el elemento espiritual. Eso era lo que les faltaba a los anteriores investigadores de la génesis para que comprendieran y rectificaran sus errores.

17. Dado que se hallan en incesante contacto, el mundo espiritual y el mundo material son solidarios entre sí, y ambos tienen su parte activa en la génesis. Sin el conocimiento de las leyes que rigen al primero, sería imposible elaborar una génesis completa, así como un escultor está impedido de dar vida a una estatua. Sólo ahora, aunque ni la ciencia material ni la ciencia espiritual hayan pronunciado la última palabra, el hombre posee los dos elementos adecuados para arrojar luz sobre este inconmensurable problema. Le resultaban absolutamente necesarias esas dos claves para llegar a una solución, al menos aproximada.

¹⁴ Locución latina que significa "por haberse visto". (N. del T.)





Antiguos y modernos sistemas del mundo

1. La primera noción que los hombres se formaron de la Tierra, del movimiento de los astros y de la constitución del universo debió basarse, en su origen, exclusivamente en el testimonio de los sentidos. Puesto que ignoraban las leyes más elementales de la física y de las fuerzas de la naturaleza, y al no disponer más que de una visión limitada como medio de observación, sólo podían juzgar por las apariencias.

Al observar la salida del Sol por la mañana, de un lado del horizonte, y la puesta por la tarde, del lado contrario, concluyeron naturalmente que este giraba alrededor de la Tierra, mientras esta permanecía inmóvil. Si en ese entonces alguien les hubiera dicho que sucede exactamente lo contrario, habrían respondido que eso era imposible, afirmando: “vemos que el Sol cambia de lugar, y no sentimos que la Tierra se mueva”.

2. La breve extensión de los viajes, que en aquella época raramente superaba los límites de la tribu o del valle en que vivían, no hacía posible que se comprobase la esfericidad de la Tierra. ¿Cómo, además, habrían de suponer que la Tierra fuese una esfera? En ese caso, los hombres sólo podrían mantenerse en los puntos más elevados, y en el supuesto de que estuviese habitada en toda su superficie, ¿cómo podrían vivir en el hemisferio opuesto, con la

cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba? El hecho les parecía menos viable aún con el movimiento de rotación. Cuando, incluso en estos días, en que se conoce la ley de gravitación, vemos personas relativamente ilustradas que no comprenden ese fenómeno, ¿cómo hemos de sorprendernos de que los hombres de las primeras edades no lo hayan siquiera sospechado?

Por consiguiente, la Tierra era para ellos una superficie plana y circular, como la piedra de un molino, que se extendía en dirección horizontal hasta donde llegaba la vista. De ahí la expresión que todavía está en uso: ir al fin del mundo. Se ignoraban sus límites, su grosor, su composición interna, su cara inferior, y todo lo que había debajo de ella.¹⁵

3. Dado que se mostraba con forma cóncava, el cielo, según la creencia vulgar, era considerado como una verdadera bóveda, cuyos bordes inferiores descansaban sobre la Tierra y determinaban sus confines; una inmensa cúpula cuya capacidad estaba por completo ocupada por aire. Sin ninguna noción del espacio infinito, incapaces incluso de concebirlo, los hombres imaginaban que esa bóveda estaba constituida de una materia sólida; de ahí la denominación de *firmamento* que se le dio, que ha sobrevivido a la creencia, y que significa: *firme, resistente* (del latín *firmamentum*, derivado de *firmus*, y del griego *herma, hermatos*, firme, sostén, soporte, punto de apoyo).

¹⁵ "La mitología hindú enseñaba que, al atardecer, el astro del día se despojaba de su luz, y atravesaba el cielo durante la noche con una cara a oscuras. Para la mitología griega representaba al carro de Apolo tirado por cuatro caballos. Anaximandro de Mileto sostenía, según Plutarco, que el Sol era un carro lleno de fuego muy vivo, que se escapaba por una abertura circular. Epicuro, según algunos, habría emitido la opinión de que el Sol se encendía por la mañana y se apagaba por la noche en las aguas del Océano; otros pensaban que él consideraba que ese astro era una piedra pómez calentada hasta la incandescencia. Anaxágoras lo tomaba por un hierro candente del tamaño del Peloponeso. ¡Cosa singular! Los antiguos estaban tan decididamente inducidos a considerar real la magnitud aparente del astro, que persiguieron a ese filósofo temerario por haber atribuido aquel volumen a la antorcha del día, y fue necesaria toda la autoridad de Pericles para salvarlo de una condena a muerte, y para que esa pena fuese conmutada por una sentencia de exilio." (Flammarion, *Estudios y lecturas sobre la Astronomía*, p. 6). Ante esas ideas, emitidas en el siglo quinto antes de Cristo, la época de mayor esplendor de Grecia, no deben causar sorpresa las ideas que los hombres de las primeras edades se habían formado sobre el sistema del mundo. (N. de Allan Kardec.)

4. Las estrellas, cuya naturaleza no sospechaban, eran simples puntos luminosos, de mayor o menor volumen, fijas en la bóveda como lámparas suspendidas, dispuestas sobre una única superficie y, por consiguiente, todas a la misma distancia de la Tierra, así como las que se ven en el interior de ciertas cúpulas, pintadas de azul, en las que se imita la bóveda celeste.

Si bien hoy las ideas son otras, se conserva el uso de las expresiones antiguas. Se dice aún, por comparación: *la bóveda estrellada, bajo la cúpula del cielo*.

5. La formación de las nubes por efecto de la evaporación de las aguas de la Tierra tampoco se conocía. Nadie podía imaginar que la lluvia, que cae del cielo, tuviese su origen en la Tierra, dado que nadie la veía ascender. De ahí la creencia en que existían *aguas superiores* y *aguas inferiores*, fuentes celestes y fuentes terrestres, depósitos ubicados en regiones altas, pues esa suposición concordaba perfectamente con la idea de una bóveda sólida, capaz de sostenerlos. Las aguas superiores se escapaban por las grietas de la bóveda, caían en forma de lluvia, y conforme las grietas fuesen de mayor o menor amplitud, la lluvia era escasa, torrencial o con características de diluvio.

6. La ignorancia total del conjunto del universo y de las leyes que lo rigen, de la naturaleza, la constitución y el destino de los astros, que por otra parte parecían tan pequeños en comparación con la Tierra, llevó inevitablemente a que esta fuese considerada como el elemento principal, el objetivo único de la Creación, y a los astros como accesorios creados sólo en honor de sus habitantes. Ese prejuicio se perpetuó hasta nuestros días, a pesar de los descubrimientos de la ciencia, que modificaron para el hombre el aspecto del mundo. ¡Cuántas personas creen aún que las estrellas son adornos del cielo, destinados a recrear la vista de los habitantes de la Tierra!

7. El hombre no tardó en percibir el movimiento aparente de las estrellas, que se trasladan en masa de oriente a occidente, que

surgen al anochecer y se ocultan por la mañana, conservando sus respectivas posiciones. Con todo, esta observación no tuvo, durante largo tiempo, otra consecuencia que no fuese la de confirmar la idea de una bóveda sólida, que arrastraba con ella a las estrellas en su movimiento de rotación.

Esas ingenuas ideas primitivas han constituido, durante largos períodos seculares, el fondo de las creencias religiosas, y sirvieron de base a todas las cosmogonías antiguas.

8. Más tarde, por la dirección del movimiento de las estrellas y a causa de su regreso periódico en el mismo orden, se comprendió que la bóveda celeste no podía ser simplemente una semiesfera colocada sobre la Tierra, sino una esfera completa, hueca, en cuyo centro se encontraba la Tierra, siempre chata, o a lo sumo convexa, habitada sólo en la superficie superior. Eso ya era un progreso.

Pero ¿en qué se apoyaba la Tierra? Sería inútil enunciar todas las suposiciones ridículas, generadas por la imaginación, desde aquella de los hindúes, que la consideraban sostenida por cuatro elefantes blancos, apoyados sobre las alas de un inmenso buitres. Los más sabios confesaban que nada sabían al respecto.

9. No obstante, una opinión ampliamente difundida entre las teogonías paganas ubicaba en los *lugares bajos*, o dicho de otro modo, en las profundidades de la Tierra, o debajo de esta, la morada de los réprobos, llamada *infiernos*, es decir, *lugares inferiores*, y en los *lugares altos*, más allá de la región de las estrellas, la morada de los bienaventurados. La palabra *infierno* se ha conservado hasta nuestros días, si bien ha perdido su significado etimológico desde que la geología sacó de las entrañas de la Tierra el lugar de los suplicios eternos, y la astronomía demostró que no hay arriba ni abajo en el infinito.

10. Bajo el cielo puro de Caldea, de la India y de Egipto, cunas de las más antiguas civilizaciones, el movimiento de los astros se observó con tanta precisión como lo permitía la

carencia de instrumentos especiales. Se notó en principio que ciertas estrellas tenían un movimiento propio, independiente de la masa, lo que alejó la suposición de que estaban inmóviles en la bóveda celeste. Se las denominó *estrellas errantes* o *planetas*, para distinguirlas de las estrellas fijas. Se calcularon sus movimientos y los retornos periódicos.

En el movimiento diario de la esfera estrellada se notó la inmovilidad de la Estrella Polar, alrededor de la cual las otras describían, en veinticuatro horas, círculos oblicuos paralelos, unos mayores, otros menores, según a qué distancia se encontraban de la estrella central. Ese fue el primer paso hacia el conocimiento de la oblicuidad del eje del mundo. Viajes más extensos permitieron que se observara la diferencia de los aspectos del cielo, según las latitudes y las estaciones. El hecho de que la elevación de la Estrella Polar por encima del horizonte variara según la latitud, abrió camino para la percepción de la redondez de la Tierra. Así, poco a poco, se tuvo una idea más exacta del sistema del mundo.

Hacia el año 600 a. C., Tales de Mileto (Asia Menor), descubrió la esfericidad de la Tierra, la oblicuidad de la eclíptica y la causa de los eclipses.

Un siglo después, Pitágoras de Samos descubre el movimiento diurno de la Tierra sobre su propio eje, su movimiento anual alrededor del Sol, e incorpora los planetas y los cometas al sistema solar.

Hiparco de Alejandría (Egipto), 160 a. C., inventa el astrolabio, calcula y predice los eclipses, observa las manchas del Sol, determina el año trópico y la duración de las revoluciones de la Luna.

Sin embargo, por más valiosos que fuesen estos descubrimientos para el progreso de la ciencia, debieron transcurrir cerca de dos mil años para que se popularizaran. Como no se disponía por entonces más que de algunos raros manuscritos para que se propagasen, las nuevas ideas permanecían como patrimonio de unos

pocos filósofos, que las enseñaban a sus discípulos privilegiados. Las masas, a las que nadie se proponía ilustrar, no extrañan ningún provecho de ellas y continuaban nutriéndose de las antiguas creencias.

11. Hacia el año 140 de la Era Cristiana, Ptolomeo, uno de los hombres más ilustres de la Escuela de Alejandría, mediante la combinación de sus propias ideas con las creencias vulgares y con algunos de los más recientes descubrimientos astronómicos, compuso un sistema que se puede calificar de mixto, que lleva su nombre y que, durante aproximadamente quince siglos, fue el único adoptado por el mundo civilizado.

Según el sistema de Ptolomeo, la Tierra es una esfera ubicada en el centro del universo y compuesta por cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Esa era la primera región, llamada *elemental*. La segunda región, llamada *etérea*, comprendía once cielos o esferas concéntricas que giraban alrededor de la Tierra, a saber: el cielo de la Luna, los de Mercurio, de Venus, del Sol, de Marte, de Júpiter, de Saturno, de las estrellas fijas, del primer cristalino, esfera sólida transparente; del segundo cristalino y, finalmente, del primer móvil, que imprimía movimiento a todos los cielos inferiores y los obligaba a dar una vuelta cada veinticuatro horas. Más allá de los once cielos estaba el *Empíreo*, mansión de los bienaventurados, denominación extraída del griego *pyr* o *pur*, que significa *fuego*, porque se creía que esa región resplandecía de luz, como el fuego.

La creencia en muchos cielos superpuestos prevaleció durante mucho tiempo, aunque su número variase. El séptimo era generalmente considerado como el más elevado, y de ahí la expresión: ser arrebatado al séptimo cielo. San Pablo manifestó que había sido elevado al tercer cielo.

Independientemente del movimiento común, los astros, según Ptolomeo, tenían movimientos propios, más o menos considerables, de acuerdo con la distancia a que se encontraban del centro. Las estrellas fijas completaban una revolución cada 25.816 años,

evaluación esta que nos indica el conocimiento de la precesión de los equinoccios, que efectivamente se cumple en 25.868 años.

12. A comienzos del siglo XVI, Copérnico, célebre astrónomo nacido en Thorn (Prusia) en el año 1472, y muerto en 1543, retomó las ideas de Pitágoras y concibió un sistema que, confirmado a diario por las nuevas observaciones, tuvo una favorable acogida y no tardó en suplantar al de Ptolomeo. Según el sistema de Copérnico, el Sol está en el centro, y alrededor suyo los planetas describen órbitas circulares, mientras que la Luna es un satélite de la Tierra.

Un siglo más tarde, en 1609, Galileo, natural de Florencia, inventa el telescopio; en 1610 descubre los cuatro satélites de Júpiter y calcula sus revoluciones; reconoce que los planetas no tienen luz propia como las estrellas, sino que están iluminados por el Sol, y que son esferas semejantes a la Tierra; observa sus fases y determina el tiempo que duran las rotaciones alrededor de sus ejes. De ese modo, mediante pruebas materiales, ofrece una sanción definitiva al sistema de Copérnico.

Desde entonces se desplomó el sistema de los cielos superpuesto; se reconoció que los planetas son mundos semejantes a la Tierra y, sin duda, también habitados; que las estrellas son innumerables soles, probables centros de otros tantos sistemas planetarios; se reconoció al Sol como una estrella, como el centro de un torbellino de planetas sujetos a él.

Las estrellas dejaron de estar confinadas en una zona de la esfera celeste, para hallarse irregularmente diseminadas en el espacio ilimitado; las que parecieran tocarse se encuentran a distancias inconmensurables unas de otras; las aparentemente menores son las más alejadas de nosotros, y las mayores son las que están más próximas, pese a que se hallan a cientos de miles de millones de leguas.

Los grupos que recibieron el nombre de *constelaciones* no son más que conjuntos aparentes, producto de la distancia; sus figuras sólo son efectos de perspectiva, como las que forman las luces dise-

minadas en una vasta planicie, o los árboles de un bosque, a los ojos de quien los observa ubicado en un punto fijo. En realidad, esos conjuntos no existen. Si pudiéramos trasladarnos a la zona de alguna de esas constelaciones, a medida que nos aproximáramos, su forma desaparecería y nuevos grupos se formarían ante nuestra vista.

Ahora bien, puesto que esos grupos sólo existen en apariencia, la significación que les atribuye una creencia supersticiosa es ilusoria, y su influencia sólo puede existir en nuestra imaginación.

Para distinguir las constelaciones, se les asignaron nombres como los siguientes: *Leo, Tauro, Géminis, Virgo, Libra, Capricornio, Cáncer, Orión, Hércules, Osa Mayor o Carro de David, Osa Menor, Lira*, etc., y se las representó con las formas que esos nombres sugieren, fantasiosas en su mayor parte, y que en ningún caso guardan relación alguna con la forma aparente de esos grupos de estrellas. Entonces, sería inútil buscar esas formas en el cielo.

La creencia en la influencia de las constelaciones, sobre todo de las que constituyen los doce signos del zodiaco, provino de la idea vinculada a sus nombres. Si a la constelación denominada *león* le hubiesen dado el nombre de *asno* o de *oveja*, por cierto le habrían atribuido otra influencia.

13. A partir de Copérnico y Galileo las antiguas cosmogonías desaparecieron definitivamente. La astronomía sólo podía avanzar, nunca retroceder. La Historia nos relata las luchas que debieron mantener esos hombres de genio contra los prejuicios y, sobre todo, contra el espíritu sectario, interesado en conservar los errores a partir de los cuales se habían fundado algunas creencias, supuestamente afirmadas sobre bases incommovibles. Bastó con la invención de un instrumento de óptica para derrumbar una construcción de muchos miles de años. Sin embargo, nada podría prevalecer contra una verdad reconocida como tal. Gracias a la imprenta, el público, iniciado en las nuevas ideas, comenzó a no dejarse engañar más con fantasías y tomó parte en la lucha. Ya no

era contra algunos individuos que se debía combatir, sino contra la opinión general, que defendía la causa de la verdad.

¡Cuánto más grande es el universo comparado con las mezquinas proporciones que le asignaban nuestros padres! ¡Qué sublime es la obra de Dios cuando vemos que se desarrolla en concordancia con las eternas leyes de la naturaleza! ¡Además, cuánto tiempo, cuántos esfuerzos del talento, cuántos sacrificios fueron necesarios para abrir los ojos del hombre y arrancarle la venda de la ignorancia!

14. A partir de entonces, quedó abierto el camino que seguirían numerosos científicos ilustres para completar la obra iniciada. En Alemania, Kepler descubre las célebres leyes que llevan su nombre, por medio de las cuales se reconoce que las órbitas que describen los planetas no son circulares, sino elípticas, en uno de cuyos focos se encuentra el Sol. Newton, en Inglaterra, descubre la ley de la gravitación universal. Laplace, en Francia, crea la mecánica celeste. Finalmente, la astronomía deja de ser un sistema basado en conjeturas o probabilidades, y pasa a ser una ciencia sustentada en las más rigurosas bases del cálculo y la geometría. Queda de ese modo instalado uno de los hitos fundamentales de la génesis, aproximadamente 3.300 años después de Moisés.



CAPÍTULO VI



Uranografía general¹⁶

El espacio y el tiempo • La materia • Las leyes y las fuerzas • La creación primera • La creación universal • Los soles y los planetas • Los satélites • Los cometas • La Vía Láctea • Las estrellas fijas • Los desiertos del espacio • Sucesión eterna de los mundos • La vida universal • Diversidad de los mundos.

El espacio y el tiempo

1. Se han dado varias definiciones del espacio, entre las cuales la principal es esta: *el espacio es la extensión que separa a dos cuerpos*. De ahí, ciertos sofistas han deducido que donde no haya cuerpos no habrá espacio. Algunos doctores en teología se basaron en esto para establecer que el espacio es necesariamente finito, alegando que cierto número de cuerpos limitados no podría formar una serie infinita, y que allí donde se acabaran los cuerpos también se acabaría el espacio. El espacio también ha sido definido como el lugar donde se mueven los mundos, el vacío donde actúa la materia, etc. Dejemos todas esas definiciones, que nada definen, en los tratados donde descansan.

¹⁶ Este capítulo ha sido extraído textualmente de una serie de comunicaciones dictadas a la Sociedad Espírita de París, en 1862 y 1863, bajo el título de “Estudios uranográficos”, firmadas por el Espíritu de *Galileo*. El médium fue el señor C. F. (N. de Allan Kardec.) Estas iniciales se corresponden con las del astrónomo espírita Camille Flammarion, quien por entonces contaba con veinte años de edad. (N. del T.)

Espacio es una de esas palabras que representan una idea primitiva y axiomática, evidente de por sí, y a cuyo respecto las diversas definiciones que se puedan dar no hacen más que oscurecerla. Todos sabemos qué es el espacio, y por mi parte sólo quiero manifestar que es infinito, a fin de que nuestros estudios ulteriores no encuentren ninguna barrera que obstaculice las investigaciones de nuestra mirada.

Ahora bien, digo que el espacio es infinito, por el hecho de que es imposible imaginarse un límite cualquiera para él, y porque, a pesar de la dificultad con que nos topamos para concebir el infinito, nos resulta más fácil avanzar eternamente por el espacio, con el pensamiento, que detenernos en un punto cualquiera después del cual no encontrásemos más extensión para recorrer.

Para imaginarnos la infinitud del espacio, tanto como nos lo permitan nuestras limitadas facultades, supongamos que, partiendo de la Tierra, perdida en medio del infinito, hacia un punto cualquiera del universo, con la velocidad prodigiosa de la chispa eléctrica, que recorre *millares de leguas por segundo*, tras haber recorrido millones de leguas poco después de dejar este globo, nos encontramos en un lugar desde donde apenas lo divisamos con el aspecto de una pálida estrella. Transcurrido un instante, siguiendo siempre en la misma dirección, llegamos a esas estrellas lejanas que vosotros apenas divisáis desde vuestra estación terrestre. A partir de ahí, no sólo la Tierra desaparece por completo para nuestra mirada en las profundidades del cielo, sino que también vuestro Sol, con todo su esplendor, se ha eclipsado por la extensión que nos separa de él. Impulsados siempre por la misma velocidad del relámpago, a cada paso que avanzamos en la inmensidad trasponemos sistemas de mundos, islas de luz etérea, carreteras de estrellas, parajes fastuosos donde Dios sembró los mundos con la misma profusión con que sembró las plantas en las praderas terrestres.

Ahora bien, hace apenas unos pocos minutos que andamos, y ya nos separan de la Tierra cientos de millones de millones de

leguas, miles de millones de mundos han pasado delante de nuestra vista y, en la realidad —¡escuchad esto!—, no hemos avanzado un solo paso en el universo.

Si continuáramos durante años, siglos, miles de siglos, millones de períodos cien veces seculares, y *siempre con la misma velocidad del relámpago*, tampoco habríamos avanzado ni un paso, sea cual fuere el lugar hacia donde nos dirigiésemos a partir de ese granito invisible que hemos dejado y que se denomina Tierra.

¡Eso es el espacio!

2. El tiempo, al igual que el espacio, también es una palabra que se define por sí misma. De él nos formamos una idea más exacta si lo relacionamos con el todo infinito. El tiempo es la sucesión de las cosas. Está ligado a la eternidad del mismo modo que las cosas están ligadas al infinito. Supongamos que nos hallamos en el origen de nuestro mundo, en la época primitiva en que la Tierra todavía no se movía al impulso divino; en una palabra, en el comienzo de la génesis. Por entonces, el tiempo todavía no había salido de la misteriosa cuna de la naturaleza, y nadie puede decir en qué época nos hallamos, dado que el péndulo de los siglos todavía no ha sido puesto en movimiento.

Pero ¡silencio! Suena en la campanilla eterna la primera hora de una Tierra aislada; el planeta se mueve en el espacio y, desde entonces, existen la *tarde* y la *mañana*. Más allá de la Tierra, la eternidad permanece impasible e inmóvil, aunque el tiempo marche para muchos otros mundos. En la Tierra, el tiempo la sustituye, y durante una determinada serie de generaciones se contarán los años y los siglos.

Transportémonos ahora al último día de ese mundo, a la hora en que, curvada por el peso de la vetustez, la Tierra se borrará del libro de la vida para no volver a figurar en él. Se interrumpe entonces la sucesión de los acontecimientos; cesan los movimientos terrestres que medían el tiempo, y el tiempo se acaba con ellos.

Esta sencilla exposición de las cosas naturales que dan nacimiento al tiempo, que lo alimentan y dejan que él se extinga, basta para mostrar que, visto desde el punto en que debemos colocarnos para nuestros estudios, el tiempo es una gota de agua que cae al mar desde una nube, cuya caída se mide.

Hay tantos mundos en la vasta extensión, como tiempos diversos e incompatibles. Fuera de los mundos, solamente la eternidad sustituye esas efímeras sucesiones y llena tranquilamente con su luz inmóvil la inmensidad de los cielos. Inmensidad sin límites y eternidad sin límites, esas son las dos grandes propiedades de la naturaleza universal.

La mirada del observador que atraviesa, sin encontrar jamás algo que lo detenga, las inconmensurables distancias del espacio, y la del geólogo que se remonta más allá de los límites de las edades, o que desciende a las profundidades de la eternidad, donde ambos se perderán un día, obran en concordancia, cada uno en su dirección, para adquirir esta doble noción del infinito: extensión y duración.

Ahora bien, dentro de este orden de ideas, nos será fácil concebir que, puesto que el tiempo sólo es la relación de las cosas transitorias y depende únicamente de las cosas que se miden, si tomásemos un siglo terrestre como unidad y lo acumuláramos de a miles para formar un número colosal, ese número nunca representaría más que un punto en la eternidad, del mismo modo que miles de leguas adicionadas a miles de leguas no dan más que un punto en la extensión.

De ese modo, por ejemplo, ya que los siglos están fuera de la vida etérea del alma, podríamos escribir un número tan largo como el ecuador terrestre, y suponer que hemos envejecido ese número de siglos, sin que en la realidad nuestra alma cuente un solo día más. Y si agregamos a ese número indefinible de siglos una serie de números semejantes, larga como de aquí al Sol, o to-

davía más considerable, y si imaginásemos que viviremos durante una sucesión prodigiosa de períodos seculares representados por la suma de esos números, cuando llegásemos al término, el inconcebible cúmulo de siglos que pesaría sobre nuestras cabezas sería como si no existiese, pues delante de nosotros estaría siempre toda la eternidad.

El tiempo sólo es una medida relativa de la sucesión de las cosas transitorias. La eternidad no es susceptible de ser medida desde el punto de vista de la duración; para ella no hay comienzo ni fin: todo es presente.

Si siglos y siglos son menos que un segundo en relación con la eternidad, ¿qué será la duración de la vida humana?

La materia

3. A primera vista, nada parece tan profundamente variado, ni tan esencialmente distinto como las diversas sustancias que componen el mundo. Entre los objetos que el arte o la naturaleza nos ponen a diario ante nuestra mirada, ¿habrá dos que revelen una perfecta identidad o, al menos, una paridad de composición? ¿Cuánta diferencia, desde el punto de vista de la solidez, de la compresibilidad, del peso y de las múltiples propiedades de los cuerpos, entre los gases atmosféricos y una veta de oro, entre la molécula acuosa de la nube y la del mineral que forma la estructura ósea del globo! ¿Cuánta diversidad entre el tejido químico de las diferentes plantas que adornan el reino vegetal y el de los representantes no menos numerosos de la animalidad en la Tierra!

No obstante, podemos establecer como principio absoluto que todas las sustancias, conocidas y desconocidas, por más distintas que parezcan, sea desde el punto de vista de su constitución íntima o desde el aspecto de sus acciones recíprocas, no son, de hecho, más que modos diversos con los cuales se presenta la mate-

ria; variedades en las que ella se transforma bajo la dirección de las innumerables fuerzas que la gobiernan.

4. La química, cuyos progresos han sido tan rápidos después de mi época, en que sus propios adeptos todavía la relegaban al dominio secreto de la magia; esa nueva ciencia que se puede considerar, con justa razón, hija del siglo de la observación, y basada únicamente, con más solidez que sus hermanas mayores, en el método experimental; la química, digo, hizo a un lado los cuatro elementos primitivos que los antiguos estuvieron de acuerdo en reconocer en la naturaleza; mostró que el elemento terrestre no es más que una combinación de diversas sustancias variadas hasta lo infinito; que el aire y el agua son igualmente susceptibles de ser descompuestos, y el producto de un cierto número de equivalentes de gas; que el fuego, lejos de ser también un elemento principal, es apenas un estado de la materia, resultante del movimiento universal al que está sometida, y de una combustión sensible o latente.

En compensación, descubrió un número considerable de principios, hasta entonces desconocidos, que parecieran formar, mediante determinadas combinaciones, las diversas sustancias, los diversos cuerpos que ha estudiado y que actúan simultáneamente, según ciertas leyes y en ciertas proporciones, en los trabajos que se realizan dentro del gran laboratorio de la naturaleza. Dio a esos principios el nombre de *cuerpos simples*, indicando de ese modo que los considera primitivos y que no se pueden descomponer, y que ninguna operación ha podido, hasta hoy, reducirlos a fracciones relativamente más simples que ellos mismos¹⁷.

5. Con todo, allí donde se detienen las apreciaciones del hombre, incluso con el auxilio de los más asombrosos sentidos

¹⁷ Los principales cuerpos simples son, entre los no metálicos, el oxígeno, el hidrógeno, el ázoe, el cloro, el carbono, el fósforo, el azufre, el yodo; y entre los cuerpos metálicos: el oro, la plata, el platino, el mercurio, el plomo, el estaño, el zinc, el hierro, el cobre, el arsénico, el sodio, el potasio, el calcio, el aluminio, etc. (N. de Allan Kardec.)

artificiales, prosigue la obra de la naturaleza; allí donde el vulgo toma la apariencia por la realidad, donde el técnico levanta el velo y distingue el principio de las cosas, la mirada de aquel que ha podido captar el modo de obrar de la naturaleza apenas ve, en los materiales constitutivos del mundo, la *materia cósmica* primitiva, simple y única, diversificada en ciertas regiones en la época de su aparición, repartida en cuerpos solidarios entre sí mientras tienen vida, y que un día se desarticulan en el receptáculo de la extensión por efecto de la descomposición.

6. Hay cuestiones que nosotros mismos, Espíritus amantes de la ciencia, no podemos profundizar, y sobre las cuales sólo podríamos emitir opiniones personales más o menos hipotéticas. Acerca de esas cuestiones guardaré silencio, o justificaré mi manera de verlas. No obstante, la cuestión de que nos ocupamos no pertenece a esa clase. A quienes, por lo tanto, estuviesen tentados de ver en mis palabras únicamente una teoría osada, les diré: abarcad, si fuera posible, con una mirada investigadora, la multiplicidad de operaciones de la naturaleza, y reconoceréis que, de no admitirse la unidad de la materia, sería imposible explicar, no diré solamente los soles y los planetas sino, sin ir tan lejos, la germinación de una semilla en la tierra o la formación de un insecto.

7. La gran diversidad que se observa en la materia se debe a que, por ser ilimitado el número de las fuerzas que rigieron sus transformaciones, así como lo son las condiciones en que estas se produjeron, las múltiples combinaciones de la materia no podían dejar de ser ilimitadas.

Por consiguiente, ya sea que la sustancia que se considere pertenezca a los fluidos propiamente dichos, es decir, a los cuerpos imponderables, o bien que esté revestida de los caracteres y las propiedades ordinarias de la materia, no existe en todo el universo más que una única sustancia primitiva: *el cosmos* o *materia cósmica* de los astrónomos.

Las leyes y las fuerzas

8. Si uno de esos seres desconocidos que consumen su efímera existencia en el fondo de las regiones tenebrosas del océano; si uno de esos seres de varios estómagos, una de esas nereidas –miserables animálculos que de la naturaleza sólo conocen los peces ictiófagos y los bosques submarinos– recibiese de repente el don de la inteligencia, la facultad de estudiar su mundo y de sustentar sus apreciaciones en un razonamiento conjetural extensivo a la universalidad de las cosas, ¿qué idea se formaría de la naturaleza viva que se desarrolla en el medio en que habita y del mundo terrestre que escapa al campo de sus observaciones?

Si ahora, por un efecto maravilloso del poder de su nueva facultad, ese mismo ser llegara a elevarse por encima de sus tinieblas eternas y se dirigiera hasta la superficie del mar, no lejos de las opulentas márgenes de una isla de espléndida vegetación, bañada por el sol fecundador, dispensador de calor benéfico, ¿qué opinión se formaría de sus anticipadas teorías sobre la creación universal? ¿No las desecharía de inmediato para sustituirlas por una apreciación más amplia, aunque relativamente tan incompleta como la primera? Esta es la imagen, ¡oh hombres!, de vuestra ciencia absolutamente especulativa¹⁸.

9. He venido, pues, para tratar aquí la cuestión de las leyes y de las fuerzas que rigen el universo, yo, que apenas soy, como vosotros, un ser relativamente ignorante en lo que concierne a la ciencia real –pese a la aparente superioridad sobre mis hermanos de la Tierra, superioridad que proviene de la posibilidad de estudiar proble-

¹⁸ Esa es también la situación de los negadores del mundo de los Espíritus, cuando, luego de haberse despojado de la envoltura carnal, contemplan los horizontes de ese mundo, que se despliegan ante su vista. Comprenden, entonces, cuán vanas eran las teorías con que pretendían explicarlo todo exclusivamente por medio de la materia. No obstante, esos horizontes todavía les ocultan misterios que sólo sucesivamente son develados, a medida que se elevan mediante la purificación. Así, desde sus primeros momentos en ese nuevo mundo, se ven forzados a reconocer su propia ceguera y cuán lejos se hallaban de la verdad. (N. de Allan Kardec.)

mas naturales que a ellos les están vedados en la posición en que se encuentran—, y mi único objetivo es proporcionaros una noción general de las leyes universales, sin explicar en detalle el modo de acción y la naturaleza de las fuerzas especiales que de ellas dependen.

10. Existe un fluido etéreo que colma el espacio y penetra los cuerpos. Ese fluido es el *éter* o *materia cósmica* primitiva, generadora del mundo y de los seres. Son inherentes al éter las fuerzas que han presidido las metamorfosis de la materia, las leyes inmutables y necesarias que rigen el mundo. Esas formas múltiples, indefinidamente variadas según las combinaciones de la materia, localizadas según las masas, diversificadas en sus modos de acción, de acuerdo con las circunstancias y los medios, son conocidas en la Tierra con los nombres de *gravedad*, *cohesión*, *afinidad*, *atracción*, *magnetismo*, *electricidad activa*. Los movimientos vibratorios del agente son conocidos con los nombres de *sonido*, *calor*, *luz*, etc. En otros mundos, se presentan bajo otros aspectos y revelan otros caracteres desconocidos en la Tierra. En la inmensa vastedad de los cielos, fuerzas en número indefinido se han desarrollado en una escala inimaginable, cuya magnitud somos tan incapaces de evaluar como lo es el crustáceo, en el fondo del océano, para concebir la universalidad de los fenómenos terrestres¹⁹.

Ahora bien, así como sólo existe una sustancia simple, primitiva, generadora de todos los cuerpos, pero diversificada en sus combinaciones, también todas esas fuerzas dependen de una ley

¹⁹ Sólo nos referimos a lo que conocemos, porque de lo que escapa a la percepción de nuestros sentidos no comprendemos más de lo que comprende el ciego de nacimiento acerca de los efectos de la luz y de la utilidad de los ojos. Es posible, pues, que en otros medios, el fluido cósmico tenga otras propiedades, sea susceptible de combinaciones de las que no tenemos idea alguna, produzca efectos adecuados a necesidades que no conocemos, y favorezca percepciones nuevas u otros modos de percepción. No comprendemos, por ejemplo, que se pueda ver sin los ojos del cuerpo y sin luz. Pero ¿quién puede afirmar que no existen otros agentes que no sean la luz, adecuados a organismos especiales? La vista sonambúlica, que no se ve limitada por la distancia, ni por los obstáculos materiales ni por la oscuridad, nos ofrece un ejemplo de ello. Supongamos que, en un mundo cualquiera, los seres sean *normalmente* lo que nuestros sonámbulos son excepcionalmente. Puesto que no precisan de nuestra luz ni de nuestros ojos, verán lo que no podemos ver. Lo mismo se dará con todas las otras sensaciones. Las condiciones de vitalidad y de perceptibilidad, las sensaciones y las necesidades varían según los medios. (N. de Allan Kardec.)

universal diversificada en sus efectos y que, por los designios eternos, ha sido impuesta soberanamente a la Creación, para imprimirle armonía y estabilidad.

11. La naturaleza nunca se encuentra en oposición a sí misma. El blasón del universo tiene una sola divisa: UNIDAD/VARIEDAD. Al remontar la escala de los mundos se encuentra la *unidad* de armonía y de creación, al mismo tiempo que una *variedad* infinita en el inmenso jardín estelar. Al recorrer los peldaños de la vida, desde el último de los seres hasta Dios, se hace evidente la gran ley de continuidad. Si se consideran las fuerzas en sí mismas, podemos formar con ellas una serie cuya resultante, confundándose con la generatriz, es la ley universal.

No podéis apreciar esta ley en toda su amplitud, puesto que las fuerzas que la representan en el campo de vuestras observaciones son restringidas y limitadas. No obstante, la gravitación y la electricidad pueden ser consideradas como una amplia aplicación de la ley primordial que impera allende los cielos.

Todas esas fuerzas son eternas —explicaremos este término— y universales como la Creación. Como son inherentes al fluido cósmico, actúan necesariamente en todo y por doquier, modificando su acción por la simultaneidad o por la sucesión; predominan aquí, se anulan allá; pujantes y activas en cierto puntos, latentes u ocultas en otros, pero en definitiva preparan, dirigen, conservan y destruyen los mundos en los diversos períodos de vida, gobernando los maravillosos trabajos de la naturaleza dondequiera que estos se ejecuten, para garantizar por siempre el eterno esplendor de la Creación.

La creación primera

12. Después de que hemos considerado el universo desde los puntos de vista generales de su composición, de sus leyes y sus

propiedades, podemos extender nuestros estudios al modo de formación que dio origen a los mundos y a los seres. Descenderemos seguidamente a la creación de la Tierra en particular, y a su estado actual en la universalidad de las cosas, y de ahí, tomando este globo como punto de partida y como unidad relativa, procederemos a nuestros estudios planetarios y siderales.

13. Si comprendemos la relación o, mejor dicho, la oposición entre la eternidad y el tiempo, si nos familiarizamos con la idea de que el tiempo no es más que una medida relativa de la sucesión de las cosas transitorias, mientras que la eternidad es esencialmente una, inmóvil y permanente, y no es susceptible de ninguna medida desde el punto de vista de la duración, comprenderemos que para ella no hay comienzo ni fin.

Por otro lado, si nos hacemos una idea apropiada –aunque necesariamente muy deficiente– de la infinitud del poder divino, comprenderemos cómo es posible que el universo haya existido siempre y siempre exista. Desde el momento en que Dios existió, sus perfecciones eternas se pronunciaron. Antes de que los tiempos hubiesen nacido, la eternidad inconmensurable recibió la palabra divina y fecundó el espacio, igualmente eterno.

14. Dado que, por su naturaleza, Dios existe desde toda la eternidad, también ha creado desde toda la eternidad; y no podría ser de otro modo, pues por más lejana que sea la época a la que retrocedamos con la imaginación, llegando hasta los supuestos límites de la Creación, siempre habrá, más allá de ese límite, una eternidad –evaluad debidamente esta idea–, una eternidad durante la cual las divinas hipóstasis, las voliciones infinitas habrían permanecido sepultadas en una muda letargia, inactiva y estéril, una eternidad de muerte aparente para el Padre eterno que da vida a los seres; de mutismo indiferente para el Verbo que los gobierna; de esterilidad fría y egoísta para el Espíritu de amor y vivificación.

¡Comprendamos mejor la grandeza de la acción divina y su perpetuidad bajo la mano del Ser absoluto! Dios es el sol de los seres, es la luz del mundo. Ahora bien, la aparición del Sol da nacimiento instantáneo a ondas de luz que se van esparciendo por todos lados en la extensión. Del mismo modo, el universo, nacido del Eterno, se remonta a los períodos inimaginables del infinito de duración, al *¡Fiat lux!* del principio.

15. El comienzo absoluto de las cosas se remonta, pues, a Dios. Las sucesivas apariciones de esas cosas en el dominio de la existencia constituyen el orden de la creación perpetua.

¡Qué mortal podría hablar de las magnificencias desconocidas, y soberanamente veladas por la noche de las épocas, que se desplegaron en esos tiempos remotos en los que ninguna de las maravillas del universo actual existía; en esa época primitiva en que, habiéndose hecho oír la voz del Señor, los materiales que en el futuro habrían de agregarse por sí mismos y simétricamente, para formar el templo de la naturaleza, se encontraron de pronto en el seno de los vacíos infinitos; cuando aquella voz misteriosa, a la que todas las criaturas veneran y aman como a la de una madre, produjo notas armoniosamente variadas, que habrían de vibrar juntas para modular el concierto de los cielos inconmensurables!

El mundo, en su nacimiento, no se presentó en su virilidad ni en la plenitud de la vida, no. El poder creador nunca se contradice y, como todas las cosas, el universo nació niño. Revestido de las leyes mencionadas antes, y con el impulso inicial inherente a su propia formación, la materia cósmica primitiva hizo que sucesivamente nacieran torbellinos, aglomeraciones de ese fluido difuso, cúmulos de materia nebulosa que se separaron por sí mismos y se modificaron hasta el infinito para generar, en las regiones inconmensurables de la extensión, diversos centros de creaciones simultáneas o sucesivas.

En virtud de las fuerzas que predominaron sobre uno u otro de ellos, y de circunstancias ulteriores que presidieron su desarro-

llo, esos centros primitivos se convirtieron en focos de una vida especial: unos, menos diseminados en el espacio y más ricos en principios y en fuerzas actuantes, comenzaron de inmediato su particular vida astral; los otros, ocupando una extensión ilimitada, crecieron con extrema lentitud o se dividieron de nuevo en otros centros secundarios.

16. Transportándonos a algunos millones de siglos solamente, por encima de la época actual, verificamos que nuestra Tierra todavía no existe, que incluso nuestro sistema solar todavía no dio comienzo a las evoluciones de la vida planetaria. No obstante, espléndidos soles ya iluminan el éter; planetas habitados ya dan vida y existencia a una inmensidad de seres que nos han precedido en el camino humano; las producciones opulentas de una naturaleza desconocida, y los maravillosos fenómenos del cielo despliegan, bajo otras miradas, los inmensos panoramas de la Creación. ¡Qué digo! ¡Ya han dejado de existir esplendores que mucho antes hicieron palpar el corazón de otros mortales, al influjo del pensamiento de la potencia infinita! ¡Y nosotros, pobres seres pequeños, que hemos llegado después de una eternidad de vida, nos creemos contemporáneos de la Creación!

Una vez más, comprendamos mejor a la naturaleza. Sepamos que detrás de nosotros, tanto como por delante, está la eternidad; que el espacio es el escenario de una inimaginable sucesión y simultaneidad de creaciones. Esas nebulosas, que apenas distinguimos en los más alejados puntos del cielo, son aglomeraciones de soles en vías de formación; otras son vías lácteas de mundos habitados; otras, por último, son la sede de catástrofes o de extinción. Sepamos que, así como estamos ubicados en medio de una infinidad de mundos, también estamos en medio de una doble infinidad de duraciones, anteriores y ulteriores; que la creación universal no se encuentra restringida a nosotros, y que no podemos aplicar esa expresión a la formación aislada de nuestro insignificante globo.

La creación universal

17. Después de haber ascendido, tanto como lo permitía nuestra limitación, en dirección a la fuente oculta de donde los mundos provienen como las gotas de agua de un río, consideremos la marcha de las creaciones sucesivas y de sus desarrollos seriales.

La materia cósmica primitiva contenía los elementos materiales, fluídicos y vitales de todos los universos que despliegan su magnificencia ante la eternidad. Se trata de la madre fecunda de todas las cosas, el primer antepasado y, sobre todo, la eterna generadora. Esa sustancia, de donde provienen las esferas siderales, no ha desaparecido. Ese poder no ha muerto, pues todavía genera sin cesar nuevas creaciones e incesantemente recibe, reconstituidos, los principios de los mundos que se borran del libro eterno.

La materia etérea, más o menos enrarecida, que se difunde entre los espacios interplanetarios; ese fluido cósmico que llena el universo, más o menos rarificado en las regiones inmensas, ricas en aglomeraciones de estrellas; más o menos condensado donde el cielo astral no brilla aún; más o menos modificados por diversas combinaciones, de acuerdo con las localidades de la extensión, no es más que la sustancia primitiva en la que residen las fuerzas universales, a partir de la cual la naturaleza ha extraído todas las cosas²⁰.

18. Ese fluido penetra los cuerpos como un inmenso océano. En él reside el principio vital que da origen a la vida de los seres y la perpetúa en cada mundo de conformidad con su condición, principio en estado latente que se conserva adormecido allí donde la voz de un ser no lo reclama. Toda criatura, mineral, vegetal,

²⁰ Si se nos preguntara cuál es el principio de esas fuerzas y cómo puede ese principio estar en la sustancia misma que lo produce, responderíamos que la mecánica nos ofrece numerosos ejemplos de ese hecho. La elasticidad que hace que un resorte se estire, ¿no está en el resorte mismo, sin que dependa del modo de agregación de las moléculas? El cuerpo que obedece a la fuerza centrífuga recibe su impulso del movimiento primitivo que se le imprimió. (N. de Allan Kardec.)

animal o cualquier otra –visto que hay muchos otros reinos naturales, de cuya existencia ni siquiera sospecháis– sabe, en virtud de ese principio vital universal, apropiarse de las condiciones para su existencia y permanencia.

Las moléculas del mineral tienen una cierta cantidad de esa vida, del mismo modo que la simiente y el embrión, y se agrupan, como en el organismo, en figuras simétricas que constituyen los individuos.

Es muy importante que nos convenzamos de la noción de que la materia cósmica primitiva se hallaba recubierta no sólo de las leyes que garantizan la estabilidad de los mundos, sino también del principio vital universal que forma generaciones espontáneas en cada mundo, a medida que se presentan las condiciones de la existencia sucesiva de los seres, y cuando suena la hora de la aparición de los hijos de la vida, durante el período creador.

Así se lleva a cabo la creación universal. Es, pues, correcto que se diga que, dado que las operaciones de la naturaleza son la expresión de la voluntad divina, Dios ha creado siempre, crea incesantemente y nunca dejará de crear.

19. Hasta aquí, sin embargo, hemos mantenido silencio acerca del *mundo espiritual*, que también forma parte de la Creación y cumple sus destinos de acuerdo con las augustas prescripciones del Señor.

Acerca del modo de la creación de los Espíritus, no puedo suministrar más que una enseñanza muy limitada, en virtud de mi propia ignorancia, y también porque todavía debo mantener en reserva ciertas cuestiones, si bien ya se me ha permitido profundizarlas.

A aquellos que desean religiosamente conocer, y se muestran humildes ante Dios, les diré, solicitándoles incluso que no deduzcan de mis palabras ningún sistema prematuro, que el Espíritu no llega a recibir la iluminación divina que le otorga, simultáneamente con el libre albedrío y la conciencia, la noción de sus elevados destinos, sin haber pasado por la serie divinamente fatal de los seres inferiores,

entre los cuales se elabora lentamente la obra de su individualidad. Sólo a partir del día en que el Señor imprime en su frente Su augusta señal, el Espíritu toma un lugar en el seno de las humanidades.

Os reitero que no edificuéis sobre mis palabras vuestros razonamientos, tan tristemente célebres en la historia de la metafísica. Preferiría mil veces callarme sobre esas elevadas cuestiones, tan por encima de vuestras meditaciones habituales, que exponeros a desnaturalizar el sentido de mi instrucción y arrojaros por mi culpa en los intrincados laberintos del deísmo o del fatalismo.

Los soles y los planetas

20. Ahora bien, ocurrió que, en un punto del universo, perdido entre las miríadas de mundos, la materia cósmica se condensó con la forma de una inmensa nebulosa, animada por las leyes universales que rigen la materia. En virtud de esas leyes, principalmente de la fuerza molecular de atracción, adoptó la forma de un esferoide, la única que puede asumir primitivamente una masa de materia aislada en el espacio.

El movimiento circular producido por la gravitación, rigurosamente igual, de todas las zonas moleculares en dirección al centro, pronto modificó la esfera primitiva, a fin de conducirla, de movimiento en movimiento, a la forma lenticular. Nos referimos al conjunto de la nebulosa.

21. Nuevas fuerzas surgieron a consecuencia de ese movimiento de rotación: la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga; la primera tendiente a reunir todas las partes en el centro, y la segunda tendiente a apartarlas de este. Ahora bien, al acelerarse el movimiento a medida que la nebulosa se condensaba, y al aumentar su radio a medida que esta se aproximaba a la forma lenticular, la fuerza centrífuga, incesantemente desarrollada por esas dos causas, predominó rápidamente sobre la atracción central.

Así como el impulso muy impetuoso de una honda le tensa la cuerda, permitiendo que el proyectil caiga lejos, del mismo modo el predominio de la fuerza centrífuga separó al círculo ecuatorial de la nebulosa, y de este anillo se formó una nueva masa aislada de la primera, pero sometida a su dominio. Aquella masa conservó su movimiento ecuatorial que, modificado, se convirtió en un movimiento de traslación alrededor del astro solar. Además, su nuevo estado le confirió un movimiento de rotación en torno de su propio centro.

22. La nebulosa generadora que dio origen a ese nuevo mundo se condensó y recuperó la forma esférica; pero como el calor primitivo desarrollado por sus diversos movimientos sólo se atenuaba con suma lentitud, el fenómeno que acabamos de describir habría de reproducirse muchas veces y durante un largo período, hasta tanto la nebulosa no se tornara lo suficientemente densa, lo bastante sólida como para oponer una resistencia eficaz a las modificaciones de la forma que le imprimiera sucesivamente su movimiento de rotación.

Así pues, esa nebulosa no habrá dado origen a un solo astro, sino a cientos de mundos separados del foco central, salidos de ella mediante el modo de formación que hemos mencionado. Ahora bien, cada uno de esos mundos, revestido, como el mundo primitivo, por las fuerzas naturales que rigen la creación de los universos, generará sucesivamente nuevos mundos que a partir de entonces gravitarán alrededor suyo, del mismo modo que él, conjuntamente con sus hermanos, gravita alrededor del foco que les dio existencia y vida. Cada uno de esos mundos será un sol, centro de un torbellino de planetas sucesivamente separados de su ecuador. Esos planetas recibirán una vida especial, particular, aunque dependiente del astro que los generó.

23. Los planetas, por consiguiente, están formados de masas de materia condensada, pero aún no solidificada, separadas de la masa central por la acción de la fuerza centrífuga, y que toman, en virtud de las leyes del movimiento, la forma esferoidal, más o

menos elíptica, según el grado de fluidez que hayan conservado. Uno de esos planetas es la Tierra que, antes de enfriarse y revestirse de una corteza sólida, dio nacimiento a la Luna por el mismo proceso de formación astral al que ella misma debe su existencia. La Tierra, desde entonces inscrita en el libro de la vida, es la cuna de criaturas cuya debilidad es protegida por la divina Providencia, una nueva cuerda colocada en el arpa infinita que, en el lugar que ocupa, debe de vibrar en el concierto universal de los mundos.

Los satélites

24. Antes de que las masas planetarias hubiesen alcanzado un grado de enfriamiento suficiente para que se produjera su solidificación, masas menores, verdaderos glóbulos líquidos, se desprendieron de algunas de ellas desde el plano ecuatorial, plano en el que la fuerza centrífuga es más intensa y, por efecto de las mismas leyes, adquirieron un movimiento de traslación alrededor del planeta que las generó, como les sucedió a estos con relación al astro central que les dio origen.

Así fue como la Tierra dio nacimiento a la Luna, cuya masa, de menor consideración, debió sufrir un enfriamiento más rápido. Ahora bien, las leyes y las fuerzas que presidieron su desprendimiento del ecuador terrestre y su movimiento de traslación en el mismo plano, actuaron de tal manera que ese mundo, en vez de revestir la forma esferoidal, tomó la de un globo ovoide, es decir, la forma alargada de un huevo, con el centro de gravedad ubicado en la parte inferior.

25. Las condiciones en que se efectuó el desprendimiento de la Luna permitieron que esta se alejara escasamente de la Tierra, y la condicionaron a mantenerse perpetuamente suspendida en su firmamento, como una figura ovoide cuyas partes más pesadas formaron la cara inferior dirigida hacia la Tierra, y cuyas partes menos densas han constituido su cima, si con esa palabra se designara la cara que

del lado opuesto a la Tierra se eleva hacia el cielo. Lo cierto es que ese astro nos presenta siempre la misma cara. Para comprender mejor su estado geológico, se lo puede comparar con un globo de corcho, cuya base dirigida hacia la Tierra estuviera formada de plomo.

De ahí las dos naturalezas esencialmente distintas en la superficie del mundo lunar: una, sin ninguna analogía con el nuestro, pues los cuerpos fluidos tanto como los etéreos le son desconocidos; la otra, más liviana en relación con la Tierra, dado que todas las sustancias poco densas se dirigirán hacia ese hemisferio. La primera: perpetuamente vuelta hacia la Tierra, sin agua ni atmósfera, a no ser en los límites de ese hemisferio subterrestre; la otra: rica en fluidos, invariablemente opuesta a nuestro mundo²¹.

26. La cantidad y el estado de los satélites de cada planeta han variado de acuerdo con las condiciones especiales en que se formaron. Algunos no dieron origen a ningún astro secundario, como se verifica con Mercurio, Venus y Marte²², mientras que otros, como la Tierra, Júpiter, Saturno, etc., formaron uno o varios de esos astros secundarios.

²¹ Esta teoría de la Luna, absolutamente nueva, explica mediante la ley de la gravitación la razón por la cual ese astro presenta siempre la misma cara a la Tierra. Al tener el centro de gravedad en uno de los puntos de su superficie, en vez de que esté en el centro de la esfera, y por ser en consecuencia atraído hacia la Tierra por una fuerza mayor de la que atrae las partes más livianas, la Luna produciría el efecto de esos muñecos denominados *tentetieso*, que se mantienen constantemente sobre su base, mientras que los planetas, cuyo centro de gravedad está a distancias iguales de la superficie, giran regularmente sobre su propio eje. Los fluidos vivificantes, gaseosos o líquidos, en virtud de su levedad específica, se hallarían acumulados en el hemisferio superior, constantemente opuesto a la Tierra. El hemisferio inferior, el único que vemos, estaría desprovisto de esos fluidos, y por eso sería inadecuado para la vida, la cual reinaría en el otro. Por consiguiente, si el hemisferio superior estuviera habitado, sus habitantes nunca verían la Tierra, a menos que se trasladasen hacia el otro, lo que les sería imposible, dado que este no dispone de las condiciones indispensables para la vida.

Por más racional y científica que sea esa teoría, como todavía no ha sido confirmada por ninguna observación directa, no puede ser admitida más que a título de hipótesis y como una idea con posibilidades de servir de indicador para la ciencia. Con todo, no se puede dejar de admitir que es la única que, hasta el presente, ha dado una explicación satisfactoria de las particularidades que presenta el globo lunar. (N. de Allan Kardec.)

²² Los satélites marcianos, *Fobos* y *Deimos*, fueron descubiertos por A. Hall, en Washington, el 17 y el 11 de agosto de 1877, respectivamente. (N. del T.)

27. Además de sus satélites o lunas, el planeta Saturno presenta el fenómeno especial del anillo, que visto desde lejos parece rodearlo con una especie de aureola blanca. Esa formación es para nosotros una nueva prueba de la universalidad de las leyes de la naturaleza. Ese anillo es, en efecto, el resultado de una separación que en los tiempos primitivos se produjo en el ecuador de Saturno, del mismo modo que una zona ecuatorial se desprendió de la Tierra para formar su satélite. La diferencia consiste en que el anillo de Saturno se formó, en todas sus partes, con moléculas homogéneas, probablemente con cierto estado de condensación, y de esa manera pudo continuar su movimiento de rotación en el mismo sentido y en un lapso más o menos igual al que anima al planeta. Si uno de los puntos de ese anillo hubiese sido más denso que otro, se habrían producido súbitamente una o varias aglomeraciones de sustancias, y Saturno tendría varios satélites más. A partir de la época de su formación, ese anillo se solidificó, del mismo modo que los demás cuerpos planetarios.

Los cometas

28. Astros errantes, todavía más que los planetas, que han conservado la denominación etimológica, los cometas habrán de ser los guías que nos ayudarán a trasponer los límites del sistema solar al que pertenece la Tierra, y nos conducirán a las lejanas regiones de la inmensidad sideral.

No obstante, antes de que exploremos los dominios celestes con el auxilio de esos viajeros del universo, sería adecuado que, tanto como sea posible, conozcamos su naturaleza intrínseca y el rol que les cabe en la economía planetaria.

29. Hay quienes vieron, en esos astros dotados de cabellera, mundos nacientes que elaboran, en el primitivo caos en que se

encuentran, las condiciones de vida y de existencia que son patrimonio de las tierras habitadas; otros imaginaron que esos cuerpos extraordinarios eran mundos en estado de destrucción y, para muchos, la apariencia singular que presentan fue motivo de apreciaciones erróneas acerca de su naturaleza, de tal suerte que no hubo, incluso en la astrología judiciaria, quien no los considerase el presagio de desgracias que los designios providenciales enviaban a la Tierra atemorizada y temblorosa.

30. La ley de variedad se aplica en tan amplia escala en las actividades de la naturaleza, que lleva a preguntarse cómo los naturalistas, los astrónomos y los filósofos han elaborado tantos sistemas para asemejar los cometas a los astros planetarios y para no ver en ellos más que astros en grados más o menos adelantados de desarrollo o de caducidad. Sin embargo, los panoramas de la naturaleza deberían alcanzar ampliamente para apartar al observador de la preocupación de investigar relaciones inexistentes y dejar a los cometas el modesto pero útil rol de astros errantes, que sirven de exploradores de los imperios solares. Sucede que los cuerpos celestes sobre los que tratamos son muy diferentes de los cuerpos planetarios, pues no están destinados a servir de morada a las humanidades. Van sucesivamente de sol en sol, y suelen enriquecerse por el camino con fragmentos planetarios reducidos al estado de vapor, absorbiendo en los focos solares los principios vivificantes y renovadores que derraman sobre los mundos terrestres. (Véase el Capítulo IX, § 12.)

31. Si cuando uno de esos astros se aproxima a nuestro insignificante globo, para atravesar su órbita y volver a su apogeo —que está situado a una distancia inconmensurable del Sol—, nosotros lo acompañásemos con el pensamiento, para visitar con él las regiones siderales, transpondríamos la prodigiosa extensión de materia etérea que separa al Sol de las estrellas más próximas y, observando los movimientos combinados de ese astro, que se supondría extraviado en el desierto infinito, aún allí encontraríamos una prueba

elocuente de la universalidad de las leyes de la naturaleza, que siguen vigentes a distancias que la más fecunda imaginación apenas podría concebir.

Allí, la forma elíptica se convierte en parabólica, y la marcha se vuelve tan lenta que el cometa no llega a recorrer más que algunos metros en el mismo tiempo que en su perigeo recorrería muchos miles de leguas. Tal vez un sol más poderoso, más importante que el que acaba de dejar, ejerza sobre ese cometa una atracción preponderante y lo admita en la categoría de sus propios súbditos. Entonces, en vuestra insignificante Tierra, en vano las criaturas humanas sorprendidas aguardarán su retorno, que habían predicho basándose en observaciones incompletas. En ese caso, nosotros, que hemos acompañado con el pensamiento al cometa errante hasta esas regiones desconocidas, nos toparemos con una nueva nación, que las miradas terrenales no pueden hallar, inimaginable para los Espíritus que habitan en la Tierra, inconcebible aun para sus mentes, porque será el escenario de maravillas inexploradas.

Hemos arribado al mundo astral, en ese mundo deslumbrante de inmensos soles que irradian en el espacio infinito, y que son las flores brillantes del magnífico jardín de la Creación. Sólo después de que hayamos llegado allá sabremos qué es la Tierra.

La Vía Láctea

32. Durante las hermosas noches estrelladas y sin luna, muchos han contemplado esa franja blanquecina que atraviesa el cielo de un extremo al otro, al que los antiguos denominaron *Vía Láctea* a causa de su apariencia lechosa. En los tiempos modernos, ese resplandor difuso ha sido exhaustivamente explorado por el telescopio, de modo que ese camino de polvo dorado, o ese río de leche de la mitología antigua, se ha transformado en un vasto campo de maravillas desconocidas. Las investigaciones de los observadores

condujeron al conocimiento de su naturaleza y revelaron que allí, donde nuestra mirada errante apenas percibe una débil luminosidad, existen millones de soles más luminosos y más importantes que el que ilumina nuestra tierra.

33. En efecto, la Vía Láctea es una campiña matizada con flores solares y planetarias que brillan en toda su enorme extensión. Nuestro Sol y todos los cuerpos que lo acompañan forman parte de ese conjunto de mundos radiantes que componen la Vía Láctea. Con todo, a pesar de sus dimensiones gigantescas comparado con la Tierra, y a la magnitud de su imperio, el Sol apenas ocupa un lugar despreciable en esa vasta creación. Pueden contarse unos treinta millones de soles semejantes a él que gravitan en esa inmensa región, apartados los unos de los otros por más de cien mil veces el radio de la órbita terrestre²³.

34. Mediante ese cálculo aproximado se puede evaluar la extensión de esa región sidereal, así como la relación que existe entre nuestro sistema y la universalidad de los sistemas que ella contiene. Se puede, asimismo, evaluar la exigüidad del dominio solar y, *a fortiori*, el escaso valor de nuestra diminuta Tierra. ¡Qué sería entonces si se considerasen los seres que lo pueblan!

Digo “escaso valor” porque nuestras determinaciones se aplican no sólo a la extensión material, física, de los cuerpos que estudiamos —lo que sería poco—, sino también y sobre todo al estado moral en que se hallan como morada, y al grado que ocupan en la eterna jerarquía de los seres. La Creación se muestra ahí en toda su majestad, creando y propagando alrededor del mundo solar, y en cada uno de los sistemas que lo rodean por doquier, las manifestaciones de la vida y la inteligencia.

35. De ese modo, se conoce la posición que ocupan nuestro Sol y la Tierra en el mundo de las estrellas. Estas consideraciones ganarán aún mayor peso si reflexionamos sobre el estado mismo

²³ Más de 3 trillones 400 billones de leguas. (N. de Allan Kardec.)

de la Vía Láctea, que vista de lejos, en la inmensidad de las creaciones siderales, no representa más que un punto insignificante e inapreciable, porque no es más que una nebulosa estelar entre los millones de las que existen en el espacio. Si ella nos parece más vasta y más rica que las otras, se debe a la exclusiva razón de que nos rodea y se desarrolla en toda su extensión ante nuestros ojos, mientras que las otras, perdidas en las profundidades insondables, apenas se dejan entrever.

36. Ahora bien, si sabemos que la Tierra es nada o casi nada en el sistema solar; que este es nada o casi nada en la Vía Láctea; que esta, a su vez, es nada o casi nada en la universalidad de las nebulosas, y que incluso esa universalidad es muy poca cosa dentro del inconmensurable infinito, entonces comenzaremos a comprender qué es el globo terrestre.

Las estrellas fijas

37. Las estrellas denominadas *fijas*, que constelan los dos hemisferios del firmamento, no se encuentran exentas de la atracción exterior, como en general se supone. Lejos de eso, pertenecen a una misma aglomeración de astros estelares, aglomeración que no es más que la gran nebulosa de la que formamos parte, y cuyo plano ecuatorial, proyectado en el cielo, ha recibido el nombre de *Vía Láctea*. Todos los soles que la constituyen son solidarios; sus múltiples influencias reaccionan perpetuamente las unas sobre las otras, y la gravitación universal las reúne a todas en una misma familia.

38. Esos diversos soles, al igual que el nuestro, están rodeados en su mayoría por mundos secundarios, a los que iluminan y fecundan por intermedio de las mismas leyes que rigen la vida de nuestro sistema planetario. Unos, como Sirio, son miles de veces más grandiosos en dimensiones y en riquezas que el nuestro, y el rol que desempeñan en el universo es mucho más importante. También

están rodeados por planetas muy superiores a los nuestros, y en mucho mayor número. Otros no se asemejan en nada por sus funciones astrales. De ahí que un cierto número de esos soles, verdaderos gemelos del orden sideral, están acompañados por sus congéneres de la misma edad, y forman en el espacio sistemas binarios, a los que la naturaleza otorgó funciones por completo diferentes de las que le correspondieron a nuestro Sol²⁴. En ellos los años no se miden con los mismos períodos, ni los días con los mismos soles, y esos mundos iluminados por una antorcha doble han sido dotados de condiciones de existencia inimaginables para quienes todavía no han salido de este insignificante mundo terrestre.

Otros astros, sin séquito, privados de planetas, recibieron mejores elementos de habitabilidad que los conferidos a cualquiera de los demás. En su inmensidad, las leyes de la naturaleza se diversifican, y si la unidad es la principal expresión del universo, la variedad infinita es asimismo su eterno atributo.

39. A pesar del prodigioso número de esas estrellas y de sus sistemas, a despecho de las distancias inconmensurables que las separan, todas pertenecen a la misma nebulosa estelar que los más poderosos telescopios apenas consiguen atravesar, y que las concepciones de la más osada imaginación apenas consiguen alcanzar, nebulosa que, con todo, no es más que una unidad en el orden de las nebulosas que componen el mundo astral.

²⁴ Es lo que en astronomía se denomina "estrellas dobles". Se trata de dos soles, uno de los cuales gira alrededor del otro, como un planeta en torno a su sol. ¡De qué singular y magnífico espectáculo gozarán los habitantes de los mundos que forman esos sistemas iluminados por un doble sol! ¡Pero, a la vez, qué diferentes deben de ser en ellos las condiciones de la vitalidad!

En una comunicación que dio posteriormente, el Espíritu de Galileo agregó: "Incluso existen sistemas más complicados, en los que diferentes soles desempeñan, los unos en relación con los otros, el rol de satélites. Se producen entonces maravillosos efectos de luz para los habitantes de los mundos que esos soles iluminan, tanto más cuanto que, sin perjuicio de la aparente proximidad en que se encuentran unos de otros, mundos habitados pueden circular entre ellos y recibir alternativamente las ondas de luz de diversos colores, cuya fusión recompone la luz blanca". (N. de Allan Kardec.)

40. Las estrellas que se denominan *fijas* no están inmóviles en la extensión. Las constelaciones que el hombre imaginó en la bóveda del firmamento no son creaciones simbólicas reales. La *distancia* a que se encuentran de la Tierra, así como la perspectiva con que se mide el universo desde la estación terrenal, constituyen las dos causas de esa doble ilusión óptica. (Véase el Capítulo V, § 12.)

41. Hemos visto que la totalidad de los astros que titilan en la bóveda azulada se encuentran encerrados en una misma aglomeración cósmica, en una misma nebulosa a la que vosotros llamáis *Vía Láctea*. Con todo, si bien pertenecen al mismo grupo, no por eso cada uno de esos astros deja de estar animado por movimientos de traslación en el espacio, pues el reposo absoluto no existe en ninguna parte. Los astros están regidos por las leyes universales de la gravitación y ruedan en la extensión al impulso incesante de esa inmensa fuerza. Ruedan, no según rumbos trazados por el acaso, sino según órbitas cerradas cuyo centro está ocupado por un astro superior. Para hacer, por medio de un ejemplo, más comprensibles mis palabras, me referiré de modo especial a vuestro Sol.

42. Se sabe, por medio de observaciones modernas, que el Sol no está fijo ni en un centro, como se creía en los primeros tiempos de la nueva astronomía, sino que avanza por el espacio arrastrando consigo su vasto sistema de planetas, satélites y cometas.

Ahora bien, esa marcha no se produce por acaso. El Sol no deambula por los vacíos infinitos, extraviando a sus hijos y súbditos lejos de las regiones que se le han asignado. No, su órbita está determinada y, en concurrencia con otros soles de su misma categoría, rodeados como él de un cierto número de tierras habitadas, gravita en torno de un sol central. Su movimiento de gravitación, al igual que el de sus soles hermanos, no es apreciable mediante observaciones anuales, ya que solamente un gran número de períodos seculares serían suficientes para determinar la duración de uno de sus años astrales.

43. Ese sol central, al que acabamos de aludir, es a su vez un globo secundario que se relaciona con otro más importante aún, alrededor del cual perpetúa una marcha lenta y acompasada en compañía de otros soles del mismo orden.

Podríamos comprobar esa subordinación sucesiva de soles a soles, hasta que nuestra imaginación se canse de ascender a través de esa jerarquía, porque no olvidemos que se pueden contar, en números redondos, unos treinta millones de soles en la Vía Láctea, subordinados unos a otros como los engranajes gigantes de un inmenso sistema.

44. Y esos astros, en cantidades incontables, viven una vida solidaria. Así como nadie se encuentra aislado en la economía de vuestro pequeño mundo terrestre, tampoco nada lo está en el universo inconmensurable.

Vistos a la distancia, con la mirada inquisidora del filósofo que pudiese abarcar el panorama que el espacio y el tiempo despliegan, esos sistemas de sistemas parecerían una polvareda de pepitas de oro levantada en torbellinos por el soplo divino, que hace volar por los cielos los mundos siderales, así como vuelan los granos de arena en las dunas del desierto.

¡Nada de inmovilidad, nada de silencio, nada de noche! El gran espectáculo que entonces se desplegaría ante nuestros ojos sería la creación real, inmensa y plena de la vida etérea que abarca en su inmenso conjunto la mirada infinita del Creador.

No obstante, hasta aquí hemos hablado de una única nebulosa que, con sus millones de soles y sus millones de tierras habitadas, forma apenas, como ya lo hemos dicho, una isla en el archipiélago infinito.

Los desiertos del espacio

45. Un desierto inmenso, sin límites, se extiende más allá de la aglomeración de estrellas que acabamos de mencionar, y la

envuelve. Soledades suceden a soledades, e inconmensurables planicies de vacío se extienden a lo lejos. Los cúmulos de materia cósmica se encuentran aislados en el espacio como islas flotantes de un inmenso archipiélago. Si queremos apreciar de alguna forma la distancia enorme que separa al cúmulo de estrellas del que formamos parte de otras aglomeraciones más cercanas, debemos saber que esas islas estelares se encuentran diseminadas y son escasas en el vasto océano de los cielos, y que la extensión que separa a unas de otras es incomparablemente mayor que la que mide sus respectivas dimensiones.

Ahora bien, como ya vimos, la nebulosa estelar mide, en números redondos, mil veces la distancia de las estrellas más próximas, es decir, unos cien mil trillones de leguas. La distancia que existe entre ellas, por ser mucho mayor, no podría ser expresada en números accesibles para la comprensión de nuestro espíritu. Sólo la imaginación, en sus concepciones más elevadas, es capaz de atravesar esa prodigiosa inmensidad, esas soledades mudas y privadas de toda apariencia de vida, y de encarar de algún modo la idea de esa infinidad relativa.

46. No obstante, ese desierto celeste que envuelve a nuestro universo sideral, y que parece extenderse como si se tratara del más lejano confín de nuestro mundo astral, es abarcado por la vista y el poder infinito del Altísimo que, más allá de esos cielos de nuestros cielos, ha desarrollado la trama de su creación sin límites.

47. Más allá de esas vastas soledades, en efecto, mundos magnificentes irradian tanto como en las regiones accesibles a las investigaciones humanas; más allá de esos desiertos fluctúan espléndidos oasis en el límpido éter, y renuevan sin cesar las escenas admirables de la existencia y de la vida. Allá se suceden los conglomerados lejanos de sustancia cósmica, a los que la profunda mirada del telescopio entrevé a través de las regiones transparentes de nuestro cielo, y a los que dais el nombre de “nebulosas irresolubles”, las cuales os parecen

ligeras nubes de polvo blanco, perdidas en un punto desconocido del espacio etéreo. Allá se revelan y se desarrollan mundos nuevos, cuyas condiciones variadas y diversas de las que son inherentes a vuestro globo, les confieren una vida que vuestras concepciones no pueden imaginar, ni vuestros estudios comprobar. Es allá donde fulgura en toda su plenitud el poder creador. Aquel que llega desde las regiones ocupadas por vuestro sistema, se depara con la acción de otras leyes, cuyas fuerzas rigen las manifestaciones de la vida. Y los nuevos caminos que se nos presentan en esas singulares regiones nos abren sorprendentes perspectivas²⁵.

²⁵ En astronomía se da el nombre de nebulosas *irresolubles* a aquellas en las que todavía no se ha podido distinguir las estrellas que las componen. Al principio se las consideró como cúmulos de materia cósmica en vías de condensación para formar mundos; sin embargo, por lo general hoy se entiende que esa apariencia se debe a la lejanía y que, con instrumentos suficientemente poderosos, todas serían resolubles.

Una comparación familiar puede dar una idea, aunque muy imperfecta, de las nebulosas resolubles: son los grupos de centellas proyectadas por los fuegos de artificio en el momento de su explosión. Cada una de esas centellas nos representará una estrella, y el conjunto de ellas la nebulosa o grupo de estrellas reunidas en un punto del espacio y sometidas a una ley común de atracción y movimiento. Vistas desde cierta distancia, esas estrellas apenas se distinguen, y el grupo formado por ellas tiene el aspecto de una pequeña nube de humo. Esta comparación no sería exacta si se tratase de masas de materia cósmica condensada.

Nuestra Vía Láctea es una de esas nebulosas. Tiene cerca de 30 millones de estrellas o soles, que ocupan poco menos que algunas centenas de trillones de leguas de extensión, a pesar de lo cual no es la mayor. Supongamos solamente un promedio de 20 planetas habitados que circulan en torno de cada sol: tendremos 600 millones de mundos sólo para nuestro grupo.

Si pudiésemos transportarnos desde nuestra nebulosa a otra, ahí estaríamos como en medio de nuestra Vía Láctea, aunque con un cielo estrellado de aspecto completamente diferente; y la Vía Láctea, a pesar de sus dimensiones colosales, nos parecería a la distancia un diminuto copo lenticular perdido en el infinito. Pero antes de que llegáramos a la nueva nebulosa, seríamos como un viajero que abandona una ciudad y recorre una vasta región deshabitada antes de llegar a otra ciudad. Habríamos transpuesto espacios inconmensurables desprovistos de estrellas y de mundos, espacios que Galileo denominó *desiertos del espacio*. A medida que avanzásemos, veríamos nuestra nebulosa alejarse detrás de nosotros, disminuyendo de extensión a nuestra vista, al mismo tiempo que delante de nosotros se presentaría aquella hacia la cual nos dirigiésemos, cada vez más precisa, semejante a la masa de las centellas de los fuegos de artificio. Si nos transportáramos mediante el pensamiento a las regiones del espacio que están más allá del *archipiélago* de nuestra nebulosa, veríamos alrededor de nosotros millones de archipiélagos semejantes y de formas diversas, cada uno de los cuales contiene millones de soles y cientos de millones de mundos habitados.

Sucesión eterna de los mundos

48. Hemos visto que ha sido otorgada al universo una única ley, primordial y general, para garantizarle eternamente la estabilidad, y que esa ley general es perceptible por nuestros sentidos mediante muchas acciones particulares, a las que denominamos fuerzas rectoras de la naturaleza. Ahora vamos a mostrar que la armonía del mundo entero, considerada bajo el doble aspecto de la eternidad y del espacio, está garantizada por esa ley suprema.

49. En efecto, si nos remontamos al origen primero de las primitivas aglomeraciones de sustancia cósmica, notaremos que ya entonces, bajo el imperio de esa ley, la materia sufre las transformaciones necesarias que la llevan del germen al fruto maduro, y que bajo el impulso de las diversas fuerzas nacidas de esa ley, recorre la escala de las revoluciones periódicas. En primer lugar, centro fluídico de los movimientos; a continuación, generador de los mundos; más tarde, núcleo central y atractivo de las esferas que han nacido de su seno.

Ya sabemos que esas leyes rigen la historia del cosmos; lo que ahora importa saber es que también rigen la destrucción de los astros, dado que la muerte no es solamente una metamorfosis del ser vivo, sino también una transformación de la materia inanimada. Si es exac-

Todo lo que nos pueda identificar con la inmensidad de la extensión y con la estructura del universo es de utilidad para la ampliación de las ideas, tan restringidas por las creencias vulgares. Dios se engrandece ante nuestros ojos, a medida que comprendemos mejor la magnitud de sus obras y nuestra pequeñez. Estamos lejos, como se ve, de la creencia que la génesis mosaica implantó, y que hizo de nuestra insignificante e imperceptible Tierra la creación principal de Dios, y de sus habitantes los únicos objetos de su solicitud. Comprendemos la vanidad de los hombres que creen que todo en el universo ha sido hecho para ellos, y de los que osan discutir la existencia del Ser supremo. Dentro de algunos siglos, causará espanto que una religión hecha para glorificar a Dios lo haya rebajado a tan mezquinas proporciones, y que haya rechazado, como si fuera una concepción del Espíritu del mal, los descubrimientos que no hicieron más que aumentar nuestra admiración por su omnipotencia, iniciándonos en los grandiosos misterios de la creación. El espanto será todavía mayor cuando se sepa que estos descubrimientos han sido rechazados porque emanciparían el espíritu de los hombres y eliminarían la preponderancia de los que se decían representantes de Dios en la Tierra. (N. de Allan Kardec.)

to que se diga, en sentido literal, que la vida sólo es accesible a la hoz de la muerte, no es menos exacto afirmar que la sustancia debe sufrir necesariamente las transformaciones inherentes a su constitución.

50. Veamos aquí un mundo que, desde su cuna primitiva, ha recorrido toda la extensión de los años que su organización especial le permitía recorrer. Habiéndose extinguido el foco interior de su existencia, sus elementos propios perdieron la virtud inicial; los fenómenos de la naturaleza, que reclamaban para producirse la presencia y la acción de las fuerzas correspondientes a ese mundo, ya no pueden producirse de ahora en adelante, porque la palanca de su actividad ya no dispone del punto de apoyo que le concedía toda su fuerza.

Ahora bien, ¿será posible que esa tierra extinguida y sin vida continúe gravitando en los espacios celestes sin una finalidad, y que atravesase como una ceniza inútil el torbellino de los cielos? ¿Será posible que permanezca inscripta en el libro de la vida universal, cuando no es más que letra muerta y vacía de sentido? No. Las mismas leyes que la elevaron por encima del caos tenebroso y la premiaron con los esplendores de la vida, las mismas fuerzas que la rigieron durante los siglos de su adolescencia, que consolidaron sus primeros pasos en la existencia y que la condujeron a la edad madura y a la vejez, van también a presidir la disgregación de sus elementos constitutivos, a fin de restituirlos al laboratorio donde el poder creador absorbe incesantemente las condiciones de la estabilidad general. Esos elementos van a volver a la masa común del éter para asimilarse a otros cuerpos o para regenerar otros soles. Así, esa muerte no será un acontecimiento inútil, ni para esta Tierra ni para sus hermanas. En otras regiones renovará otras creaciones de naturaleza diferente y, allí donde los sistemas de mundos hayan desaparecido, en breve renacerá otro jardín de flores más brillantes y más perfumadas.

51. De ese modo, la eternidad real y efectiva del universo está garantizada por las mismas leyes que rigen las operaciones del

tiempo; de ese modo, mundos suceden a mundos, soles a soles, sin que el inmenso mecanismo de los vastos cielos sea jamás afectado en sus gigantescos resortes.

Allí donde vuestros ojos admiran espléndidas estrellas bajo la bóveda nocturna, allí donde vuestro espíritu contempla irradiaciones magníficas que resplandecen en los espacios distantes, hace mucho tiempo que el dedo de la muerte extinguió esos esplendores, hace mucho que el vacío sucedió a esos deslumbramientos y ya recibe incluso nuevas creaciones aún desconocidas. La distancia inmensa a que se encuentran esos astros, por efecto de la cual la luz que nos envían emplea miles de años para llegar hasta nosotros, hace que recién ahora recibamos los rayos que ellos nos han enviado mucho tiempo antes de la creación de la Tierra, y que todavía los admiremos durante miles de años después de su desaparición real²⁶.

¿Qué son los seis mil años de la humanidad histórica frente a los períodos seculares? Apenas segundos de vuestros siglos. ¿Qué valor poseen vuestras observaciones astronómicas en relación con el estado absoluto del mundo? La sombra eclipsada por el Sol.

52. Por consiguiente, reconozcamos aquí, como en nuestros otros estudios, que la Tierra y el hombre no son nada comparados con lo que existe, y que las más colosales operaciones de nuestro pensamiento se trasladan con dificultad sobre un campo imperceptible en comparación con la inmensidad y la eternidad de un universo que nunca tendrá fin.

Y cuando esos períodos de nuestra inmortalidad hayan pasado sobre nuestras cabezas; cuando la historia actual de la Tierra se

²⁶ Hay aquí un efecto del tiempo que la luz consume para atravesar el espacio. Dado que su velocidad es de 70.000 leguas por segundo, esta nos llega del Sol en 8 minutos y 13 segundos. De ahí resulta que, si se produce un fenómeno en la superficie del Sol, recién lo percibiremos 8 minutos más tarde y, por la misma razón, todavía lo veremos 8 minutos después de su extinción. Si, en virtud de su lejanía, la luz de una estrella emplea mil años para llegar hasta nosotros, recién veremos a esa estrella mil años después de su formación. (Véase, para la explicación y la descripción completa de este fenómeno, en la *Revista Espírita* de marzo y mayo de 1867, una reseña de *Lumen*, por C. Flammarion.) (N. de Allan Kardec.)

nos presente como una sombra vaporosa en el fondo de nuestros recuerdos; cuando durante siglos incontables hayamos habitado en esos diversos escalones de nuestra jerarquía cosmológica; cuando los más lejanos dominios de las edades futuras hayan sido recorridos por nosotros en innumerables peregrinaciones, entonces tendremos delante la sucesión ilimitada de los mundos y, como perspectiva, la eternidad inmóvil.

La vida universal

53. Esa inmortalidad de las almas, que tiene como base el sistema del mundo físico, pareció imaginaria a ciertos pensadores prejuiciosos; la calificaron irónicamente de inmortalidad viajera, y no comprendieron que sólo ella era verdadera ante el espectáculo de la Creación. Sin embargo, se puede comprender toda su grandeza, incluso yo diría, toda su perfección.

54. Que las obras de Dios sean creadas para el pensamiento y la inteligencia; que los mundos sean moradas de seres que las contemplan y descubren en ellas, debajo del velo, el poder y la sabiduría de Aquel que las formó, son cuestiones que ya no nos ofrecen duda. Lo que importa saber, no obstante, es que las almas que las pueblan sean solidarias.

55. De hecho, la inteligencia humana encuentra dificultad para considerar que esos globos radiantes que destellan en la inmensidad sean simples masas de materia inerte y sin vida. Le cuesta pensar que en esas regiones distantes no haya magníficos crepúsculos y noches espléndidas, soles fecundos y días plenos de luz, valles y montañas donde las producciones múltiples de la naturaleza desarrollen toda su lujuriosa imponencia. Le cuesta imaginar que el espectáculo divino con el cual el alma se robustece, tal como ocurre con su propia vida, carezca de existencia y de algún ser pensante que pueda conocerlo.

56. Con todo, a esta idea eminentemente acertada de la Creación, es preciso agregar la de la humanidad solidaria, y en eso consiste el misterio de la eternidad futura.

Una misma familia humana fue creada en la universalidad de los mundos, y a esos mundos han sido confiados los lazos de una fraternidad que aún no sabéis apreciar. *Esos astros que se armonizan en sus vastos sistemas están habitados por inteligencias que no son seres desconocidos unos de otros, sino seres que llevan en la frente las señales del mismo destino, que habrán de encontrarse temporariamente según sus funciones de vida, y que se encontrarán de nuevo según sus mutuas simpatías.* Es la gran familia de los Espíritus que pueblan las tierras celestes; es la gran irradiación del Espíritu divino que abarca la extensión de los cielos y que permanece como modelo primitivo y último de la perfección espiritual.

57. ¿Por qué singular aberración se creyó que era necesario negar a la inmortalidad las vastas regiones del éter, para encerrarla en un límite inadmisible y en una dualidad absoluta? El verdadero sistema del mundo, ¿debía entonces preceder a la verdadera doctrina dogmática, y la ciencia preceder a la teología? ¿Se extraviará esta última mientras establezca su base en la metafísica? La respuesta es sencilla, y nos muestra que la nueva filosofía habrá de instalarse triunfante sobre las ruinas de la antigua, porque su base se habrá erguido victoriosa sobre los antiguos errores.

Diversidad de los mundos

58. Nos acompañasteis en nuestras excursiones celestes, y visitasteis con nosotros las inmensas regiones del espacio. Ante nuestra mirada, los soles han sucedido a los soles, los sistemas a los sistemas, las nebulosas a las nebulosas; ante nuestros pasos se desplegó el panorama espléndido de la armonía del cosmos, y gozamos anticipadamente de la idea del infinito, a la que solamente de acuerdo

con nuestra perfectibilidad futura podremos comprender en toda su extensión. Los misterios del éter nos develaron su enigma, hasta aquí indescifrable, y al menos concebimos la idea de la universalidad de las cosas. Es necesario que ahora nos detengamos a reflexionar.

59. No cabe duda de que es bueno haber reconocido cuán ínfima es la Tierra, y lo mediocre que resulta su importancia en la jerarquía de los mundos; es bueno haber abatido la presunción humana, que nos es tan apreciada, y habernos humillado ante la grandeza absoluta. No obstante, aún será más bueno que interpretemos en sentido moral el espectáculo del que hemos sido testigos. Deseo hablar del poder infinito de la naturaleza y de la idea que nos debemos hacer de su modo de actuar en los diversos dominios del vasto universo.

60. Como estamos habituados a juzgar las cosas según nuestra pobre e insignificante morada, imaginamos que la naturaleza no ha podido o no ha debido actuar sobre los otros mundos más que de acuerdo con las reglas que conocemos en la Tierra. Ahora bien, es precisamente en ese punto que debemos reformar nuestro modo de ver.

Por un instante, echad una mirada sobre una región cualquiera de vuestro globo y sobre una de las producciones de vuestra naturaleza, ¿no reconocéis allí el sello de una variedad infinita y la prueba de una actividad sin par? ¿No veis en el ala de una avecilla de las Canarias, en el pétalo de un pimpollo de rosa entreabierto, la prodigiosa fecundidad de esa bella naturaleza?

Puedan vuestros estudios ser aplicados a los seres que aletran en los aires, que desciendan hasta la violeta de los prados, que se sumerjan en las profundidades del océano, y en todo y por todas partes leeréis esta verdad universal: la naturaleza todopoderosa obra conforme a los lugares, los tiempos y las circunstancias; es una sola en su armonía general, aunque múltiple en sus producciones; juguetea con el Sol tanto como con una gota de agua;

puebla de seres vivos un mundo inmenso con la misma facilidad con que hace eclosionar el huevo depositado por la mariposa.

61. Ahora bien, si es tal la variedad que la naturaleza ha podido describirnos en todos los lugares de este pequeño mundo, tan estrecho, tan limitado, ¡cuánto más amplio debéis considerar ese modo de acción si evaluáis las perspectivas de los mundos enormes! ¡Cuánto más desarrollada y pujante habréis de reconocer su poderosa amplitud si la aplicáis en esos mundos maravillosos que, mucho más que la Tierra, dan testimonio de su incognoscible perfección!

No veáis, pues, en torno de cada uno de los soles del espacio, sólo sistemas planetarios semejantes al vuestro; no veáis, en esos planetas desconocidos, sólo los tres reinos de la naturaleza que brillan alrededor vuestro. Pensad, por el contrario, que así como ningún rostro de hombre es semejante a otro en todo el género humano, también una diversidad prodigiosa, inimaginable, ha sido esparcida por las moradas etéreas que flotan en el seno de los espacios.

Del hecho de que vuestra naturaleza animada comience en el zoófito y culmine en el hombre, que la atmósfera alimente la vida terrestre, que el elemento líquido la renueve sin cesar, que vuestras estaciones hagan que se sucedan en esa vida los fenómenos que las distinguen, no deduzcáis que los millones de millones de planetas que ruedan en la inmensidad sean semejantes a aquel en el que habitáis. Lejos de eso, aquellos difieren de acuerdo con las disímiles condiciones que les han sido prescriptas, y conforme al papel que le cupo a cada uno en el escenario del mundo. Son variadas piedras preciosas de un inmenso mosaico, flores diversas de un maravilloso jardín.

CAPÍTULO VII



Esbozo geológico de la Tierra

Períodos geológicos • Estado primitivo del globo •
Período primario • Período de transición • Período
secundario • Período terciario • Período diluviano •
Período posdiluviano o actual. Aparición del hombre.

Períodos geológicos

1. La Tierra conserva los rastros evidentes de su formación, cuyas fases pueden ser seguidas con precisión matemática en los diferentes terrenos que constituyen su corteza. El conjunto de esos estudios constituye la ciencia denominada *geología*, nacida en este siglo, y que proyectó luz sobre la controvertida cuestión del origen de la Tierra y de los seres vivos que habitan en ella. Aquí no se trata de simples hipótesis, sino del resultado riguroso de la observación de los hechos; y ante los hechos, ninguna duda se justifica. La historia de la formación del globo está escrita en los estratos geológicos de una manera mucho más precisa que en los libros preconcebidos, porque es la naturaleza misma que se revela, que se desnuda, y no la imaginación de los hombres, creadora de siste-

mas. Donde se noten indicios de fuego, se puede decir con certeza que allí hubo fuego; donde se vean los del agua, se puede afirmar con igual certeza que el agua estuvo allí; donde se observen huellas de animales, se puede decir que allí vivieron animales.

La geología es, pues, una ciencia de observación; sólo extrae conclusiones de lo que ve; sobre los puntos dudosos, nada afirma; no emite opiniones discutibles cuya solución definitiva todavía aguarda observaciones más completas. *Sin los descubrimientos de la geología, así como sin los de la astronomía, la génesis del mundo todavía estaría entre las tinieblas de la leyenda.* Gracias a ella, el hombre conoce hoy la historia de su morada, y se ha desmoronado, para no volver a erigirse, la estructura de fábulas que rodeaban su origen.

2. En todos los terrenos donde existan zanjas, excavaciones naturales o practicadas por los hombres, se nota lo que se denomina *estratificaciones*, es decir, capas superpuestas. Los terrenos que presentan esa disposición son designados con el nombre de *terrenos estratificados*. Esas capas, de espesor muy variable —desde algunos centímetros hasta cien metros o más—, se distinguen entre sí por el color y la naturaleza de las sustancias con que están compuestas. Los trabajos de ingeniería, la perforación de pozos, la explotación de canteras y, sobre todo, de minas, han permitido que fueran observadas hasta una gran profundidad.

3. En general, las capas son homogéneas, es decir, que cada una está constituida de la misma sustancia, o de sustancias diversas que existieron juntas y que formaron un todo compacto. La línea de separación que aísla a unas de las otras siempre está nítidamente trazada, como en las hiladas de una construcción. En ninguna parte se presentan mezcladas o confundidas unas con otras en los puntos de sus respectivos límites, como se da, por ejemplo, con los colores del prisma y del arco iris.

Por esas características se reconoce que se formaron sucesivamente, depositándose una sobre otra según condiciones y causas di-

ferentes. Las más profundas son, naturalmente, las que se formaron en primer lugar, y con posterioridad se constituyeron las más superficiales. La última de todas, aquella que se encuentra en la superficie, es el estrato de tierra vegetal, que debe sus propiedades a los detritos de materias orgánicas provenientes de las plantas y los animales.

4. Los estratos inferiores, ubicados por debajo de la capa vegetal, recibieron en geología el nombre de *rocas*, palabra que en esa acepción no siempre implica la idea de una sustancia pedregosa, sino un lecho o banco constituido de una sustancia mineral cualquiera. Algunos están formados por arena, arcilla o tierra arcillosa, marga, canto rodado; otros por piedras propiamente dichas, más o menos duras, tales como las areniscas, los mármoles, los calcáreos o piedras calcáreas, las piedras molares o carbones de piedra, los asfaltos, etc. Se dice que una roca es más o menos resistente, según sea más o menos considerable su espesor.

Mediante la inspección de la naturaleza de esas rocas o estratos se reconoce, por señales precisas, que unas provienen de materias fundidas y a veces vitrificadas por la acción del fuego; otras, de sustancias terrosas depositadas por el agua. Algunas de esas sustancias se conservan disgregadas, como la arena; otras, al principio en estado pastoso, por la acción de ciertos agentes químicos o por otras causas se endurecieron y adquirieron con el tiempo la consistencia de la piedra. Los bancos de piedras superpuestas indican depósitos sucesivos. Por consiguiente, el fuego y el agua han intervenido en la formación de los materiales que componen la armadura sólida del globo.

5. La posición normal de los estratos terrosos o pedregosos, provenientes de depósitos de agua, es la dirección horizontal. Cuando vemos esas planicies inmensas, que a veces se extienden hasta donde alcanza la vista, perfectamente horizontales, lisas como si las hubiesen nivelado con un rodillo, o esos valles profundos tan planos como la superficie de un lago, podemos tener

la certeza de que en una época más o menos remota esos lugares han estado durante largo tiempo cubiertos por aguas mansas que, al retirarse, dejaron secas las tierras que ellas depositaron mientras permanecieron allí. Al retirarse las aguas, esas tierras se cubrieron de vegetación. Si en vez de tierras grasosas, limosas, arcillosas o margosas, aptas para asimilar los principios nutritivos, las aguas sólo hubiesen depositado arenas silíceas, sin agregación, tendríamos las planicies arenosas y áridas que constituyen las estepas y los desiertos. Los depósitos que quedan de las inundaciones parciales y los que forman los aluviones en la desembocadura de los ríos nos pueden dar una pequeña idea al respecto.

6. Aunque la posición horizontal sea la más común y la que a menudo asumen las formaciones acuosas, no es raro que se vean en las regiones montañosas y en extensiones muy importantes rocas duras, cuya naturaleza indica que fueron formadas por las aguas en posición inclinada y, en ocasiones, hasta vertical. Ahora bien, como según las leyes de equilibrio de los líquidos y de la gravedad, los depósitos acuosos sólo pueden formarse en planos horizontales, puesto que los que se forman sobre planos inclinados son arrastrados por las corrientes y por el propio peso hacia las tierras bajas, resulta evidente que esos depósitos han sido erigidos por alguna fuerza, después de que se hubieran solidificado o transformado en piedra.

De estas consideraciones se puede concluir con certeza que los estratos pedregosos que, provenientes de depósitos de agua, se encuentran en posición perfectamente horizontal, fueron formados en el transcurso de los siglos por aguas mansas, y que, siempre que se encuentren en posición inclinada, el suelo fue convulsionado y desplazado con posterioridad por destrucciones generales o parciales más o menos considerables.

7. Un hecho característico y de suma importancia, por el testimonio irrecusable que ofrece, es la existencia de restos de animales y vegetales *fósiles*, que han sido hallados en enormes cantidades

dentro de los diferentes estratos. Como esos restos se encuentran incluso en las piedras más duras, se debe concluir que la existencia de tales seres es anterior a la formación de las mencionadas piedras. Ahora bien, si tomamos en cuenta la extraordinaria cantidad de siglos que han sido necesarios para producir esa consolidación y para que llegaran al estado en que se encuentran desde tiempo inmemorial, se arriba forzosamente a la conclusión de que la aparición de los seres orgánicos en la Tierra se pierde en la noche de los tiempos y que, por consiguiente, es muy anterior a la fecha que el *Génesis* les asigna²⁷.

8. Entre los restos de vegetales y animales hay algunos que están penetrados en todos los puntos de su sustancia por materias silíceas o calcáreas, que los convirtieron en piedras, algunas de las cuales tienen la dureza del mármol, sin que eso haya alterado su forma. Esas son las petrificaciones propiamente dichas. Otros fueron simplemente recubiertos por la materia en estado pastoso; se los encuentra intactos y, algunos, enteros, en las piedras más duras. Por último, otros sólo dejaron huellas, pero de una nitidez y una delicadeza impresionantes. En el interior de ciertas piedras se hallaron incluso huellas de pisadas y, por la forma de las patas, los dedos y las uñas, se pudo reconocer la especie animal de la que provenían.

9. Los fósiles de animales no contienen, y eso es fácil de comprender, más que las partes sólidas y resistentes, es decir, la

²⁷ *Fósil*, del latín *fossilia*, *fossilis*, derivado de *fossa* y de *fodere*, cavar, excavar la tierra, es una palabra que en geología se emplea para designar cuerpos o despojos de cuerpos orgánicos pertenecientes a seres que vivieron con anterioridad a las épocas históricas. Por extensión, se dice igualmente de las sustancias minerales que revelan indicios de la presencia de seres organizados, tales como las señales dejadas por vegetales o animales.

El término *petrificación* sólo se emplea con relación a los cuerpos que se han transformado en piedra por la infiltración de materias silíceas o calcáreas en los tejidos orgánicos. Todas las petrificaciones son necesariamente fósiles, pero no todos los fósiles son petrificaciones. Los objetos que quedan recubiertos por un estrato pedregoso cuando se los sumerge en ciertas aguas cargadas de sustancias calcáreas, como las del arroyo de Saint-Allyre, cerca de Clermont, en Auvergne (Francia), no son petrificaciones propiamente dichas, sino simples incrustaciones. En cuanto a los monumentos, inscripciones y objetos provenientes de fabricación humana, pertenecen al dominio de la arqueología. (N. de Allan Kardec.)

osamenta, los caparazones, los cuernos y, en algunas ocasiones, esqueletos completos. La mayor parte de las veces, sin embargo, son sólo partes separadas, pero cuya procedencia se reconoce fácilmente. Si se examina una mandíbula o un diente, es posible determinar de inmediato si pertenece a un animal herbívoro o carnívoro. Como todas las partes del animal guardan una forzosa correlación, la forma de la cabeza, de un omóplato, del hueso de una pierna, de una pata, es suficiente para determinar el tamaño, el aspecto general y el tipo de vida del animal.²⁸ Los animales terrestres poseen una organización que no da lugar a que se los confunda con los animales acuáticos. Los peces y los moluscos fósiles son muy numerosos, sólo estos últimos forman a veces bancos enteros de considerable densidad. Por su naturaleza, se determina sin dificultad si son animales marinos o de agua dulce.

10. Los cantos rodados, que en ciertos lugares forman rocas formidables, constituyen un indicio inequívoco de su origen. Son redondeados como los guijarros de la playa, evidencia cierta de la fricción a la que estuvieron sometidos por efecto de las aguas. Las zonas donde se encuentran enterrados en grandes cantidades estuvieron sin duda ocupadas por el océano, o por aguas agitadas violentamente durante mucho tiempo.

11. Además, los terrenos de las diversas formaciones se caracterizan por la naturaleza de los fósiles que encierran. Los más antiguos contienen especies animales o vegetales que se han extinguido totalmente de la superficie del globo. Ciertas especies más recientes también han desaparecido, pero se han conservado otras análogas que apenas difieren de aquellas por el tamaño y por algunos detalles de forma. Otras, por último, a cuyos postreros representantes todavía encontramos, tienden indudablemente a desaparecer en un futuro más o menos próximo, tales como los elefantes,

²⁸ En el punto al que Georges Cuvier llevó la ciencia paleontológica, alcanza con frecuencia un solo hueso para determinar el género, la especie, el aspecto de un animal, sus hábitos e incluso para reconstruirlo por completo. (N. de Allan Kardec.)

los rinocerontes, los hipopótamos, etc. De tal modo, a medida que los estratos terrestres se aproximan a nuestra época, las especies animales y vegetales también se acercan a las que existen hoy.

Los trastornos, los cataclismos que se han producido en la Tierra desde su origen, modificaron las condiciones de aptitud para la conservación de la vida e hicieron desaparecer generaciones enteras de seres vivos.

12. Al examinar la naturaleza de las capas geológicas, se llega a saber de modo más positivo si en la época de su formación la zona donde aparecen estaba ocupada por el mar, por lagos o por bosques y planicies poblados de animales terrestres. Por consiguiente, si en una misma región se encuentra una serie de estratos superpuestos, que contienen alternativamente fósiles marinos, terrestres y de agua dulce, que se repiten muchas veces, ese hecho constituye la prueba indiscutible de que esa zona estuvo en muchas ocasiones invadida por el mar, cubierta de lagos, y que posteriormente se secó.

¡Cuántos siglos de siglos, por cierto, de miles de siglos tal vez, han sido precisos para que cada período se completase! ¡Qué fuerza poderosa habrá sido necesaria para desplazar y volver a su lugar el océano, o para erigir las montañas! ¡Cuántas revoluciones físicas, conmociones violentas, habrá tenido que pasar la Tierra hasta llegar a ser como la vemos desde los tiempos históricos! ¡Y pretender que todo eso fue una obra realizada en menos tiempo del que requiere una planta para germinar!

13. El estudio de las capas geológicas atestigua, como ya se ha dicho, formaciones sucesivas que modificaron el aspecto del globo y dividen su historia en numerosas épocas. Esas épocas constituyen los denominados *períodos geológicos*, cuyo conocimiento es esencial para establecer la génesis. Entre estos, los principales son seis, designados con los nombres de período primario, de transición, secundario, terciario, diluviano y posdiluviano o actual. Los terrenos formados durante cada período también se denominan:

terrenos primitivos, de transición, secundarios, etc. Se dice, así, que tal o cual capa o roca, tal o cual fósil, se encuentra en los terrenos de tal o cual período.

14. Es fundamental tomar en cuenta que la cantidad de esos períodos no es absoluta, sino que depende de los sistemas de clasificación. Los seis principales, ya mencionados, sólo comprenden los que están caracterizados por una transformación notable y general en el estado del globo; pero la observación demuestra que se produjeron muchas formaciones sucesivas durante cada uno de ellos. A eso se debe que estén divididos en subperíodos caracterizados por la naturaleza de los terrenos, que elevan a veintiséis el número de las formaciones generales perfectamente caracterizadas, sin contar los que provienen de modificaciones debidas a causas puramente locales.

Estado primitivo del globo

15. El achatamiento de los polos y otros hechos concluyentes son indicios seguros de que la Tierra, en su origen, se hallaba en estado de fluidez o pastoso. Ese estado pudo haberse debido a que la materia estuviera licuada por la acción del fuego, o diluida por el agua.

Se suele decir, según un proverbio, que no hay humo sin fuego. Esta proposición, rigurosamente cierta, constituye una aplicación del principio: no hay efecto sin causa. Por la misma razón se puede decir: no hay fuego sin un foco. Ahora bien, por los hechos que ocurren delante de nuestros ojos, no es sólo humo lo que se produce en la Tierra, sino fuego muy real, que debe tener un foco. Como ese fuego proviene del interior de la Tierra y no de lo alto, el foco debe estar en su interior; y como el fuego es permanente, el foco también debe serlo.

El calor, que aumenta a medida que se penetra en el interior de la Tierra, y que a cierta profundidad alcanza una temperatura

muy elevada; las fuentes termales, tanto más calientes cuanto más profundas están sus nacientes; los fuegos y las masas de materia fundida e inflamada que escapan de los volcanes, como de inmensos respiraderos, o por las grietas abiertas por los temblores de tierra, no dejan duda sobre la existencia de fuego en el interior.

16. La experiencia demuestra que la temperatura se eleva un grado cada 30 metros de profundidad, de donde se deduce que a una profundidad de 300 metros, el aumento es de 10 grados; a 3.000 metros, de 100 grados (la temperatura del agua en ebullición); a 30.000 metros, o sea 7 u 8 leguas, de 1.000 grados; a 25 leguas, de más de 3.300 grados, temperatura a la cual ninguna materia conocida resiste la fusión. De ahí, hasta el centro, que estaría ocupado por materias fundidas, hay todavía una distancia de más de 1.400 leguas, o 2.800 leguas si se considera el diámetro.

Aunque esta sólo sea una suposición, al evaluar la causa por el efecto, reúne todos los caracteres de la probabilidad y conduce a la conclusión de que la Tierra es aún una masa incandescente recubierta por una corteza sólida cuyo espesor es de 25 leguas en el punto máximo, lo que representa apenas la 120ª parte de su diámetro. Proporcionalmente, sería mucho más estrecha que el grosor de la más delgada cáscara de naranja.

Además, el espesor de la corteza terrestre es muy variable, pues existen zonas, sobre todo en los terrenos volcánicos, donde el calor y la flexibilidad del suelo indican que este es muy poco considerable. La elevada temperatura de las aguas termales constituye también una señal de la proximidad del fuego central.

17. De ese modo, resulta evidente que el estado primitivo fluido o pastoso de la Tierra debe de haber tenido como causa la acción del calor, y no la del agua. Por consiguiente, en su origen, la Tierra era una masa incandescente. A consecuencia de la radiación calórica, ocurrió lo que sucede con toda materia en fusión: se fue enfriando poco a poco, comenzando el enfriamiento como

era natural por la superficie, que se solidificó mientras que el interior se conservó fluido. Se puede, así, comparar a la Tierra con un bloque de carbón cuando sale incandescente del horno, y cuya superficie se apaga y enfría en contacto con el aire, mientras que en su interior se conserva en estado de ignición, de conformidad con lo que se verificaría al quebrarlo.

18. En la época en que el globo terrestre era una masa incandescente, no contenía ni un átomo de más ni de menos que hoy, sólo que por la influencia de esa elevada temperatura, la mayor parte de las sustancias que lo componen y que vemos bajo la forma de líquidos o sólidos, de tierra, piedras, metales y cristales, se hallaban en un estado muy diferente; apenas sufrieron una transformación. A consecuencia del enfriamiento, los elementos formaron nuevas combinaciones. El aire, considerablemente expandido, debió extenderse a una distancia inmensa; la totalidad del agua, forzosamente convertida en vapor, estaba mezclada con el aire; todas las materias susceptibles de volatilizarse, tales como los metales, el azufre y el carbono, se hallaban en estado gaseoso. El estado de la atmósfera, por lo tanto, no tenía nada comparable a lo que es hoy; la densidad de todos esos vapores le conferían una opacidad que ningún rayo de sol podía atravesar. Si en esa época hubiese existido un ser vivo sobre la superficie del globo, apenas habría estado iluminado por los sinistros reflejos del enorme horno que estaba debajo de sus pies y de la atmósfera ardiente, sin que sospechara siquiera la existencia del sol.

Período primario

19. El primer efecto del enfriamiento fue la solidificación de la superficie exterior de la masa en fusión, y que se formara en ella una corteza resistente, delgada al comienzo, que poco a poco fue ganando espesor. Esa corteza constituye la piedra denominada *granito*, de mucha dureza, llamada así por su aspecto granulado.

En ella se distinguen tres sustancias principales: el feldespato, el cuarzo o cristal de roca y la mica. Esta última tiene un brillo metálico, aunque no es un metal.

La capa granítica fue, pues, la primera que se formó en el globo; lo cubre por completo y constituye en cierto modo su esqueleto óseo. Es el producto directo de la consolidación de la materia fundida. Sobre ella, y en las cavidades que presentaba su superficie agitada, se depositaron sucesivamente los estratos de los otros terrenos, que se formaron con posterioridad. Lo que la distingue de estos últimos es la ausencia de estratificación, o sea que forma una masa compacta y uniforme en todo su espesor y no está constituida por capas. La efervescencia de la materia incandescente habría de producir en ella numerosas y profundas hendiduras, a través de las cuales se desbordaba esa materia.

20. El segundo efecto del enfriamiento fue la licuefacción de algunas de las materias que el aire contenía en estado de vapor, y que se precipitaron sobre la superficie del suelo. Hubo entonces lluvias y lagos de azufre y betún, verdaderos riachos de hierro, cobre, plomo y otros metales fundidos. Al infiltrarse en las fisuras, esas materias constituyeron las vetas y los filones metálicos.

Bajo la influencia de esos diversos agentes, la superficie granítica experimentó descomposiciones sucesivas. Se produjeron combinaciones que dieron lugar a los terrenos primitivos propiamente dichos, diferentes de la roca granítica, pero en masas confusas y sin una estratificación regular.

Llegaron a continuación las aguas, que al caer sobre un suelo ardiente se evaporaban de nuevo y volvían a caer en forma de lluvias torrenciales, y así sucesivamente hasta que la temperatura les permitió permanecer en el suelo en estado líquido.

Con la formación de los terrenos graníticos comenzó la serie de los períodos geológicos, a los que convendría agregar el del estado primitivo de incandescencia del globo.

21. Tal es el aspecto del primer período, un verdadero *caos* de todos los elementos mezclados, en procura de estabilidad, en el que ningún ser vivo podía existir. Por eso mismo, uno de sus caracteres distintivos, en geología, es la ausencia de vestigios de vida vegetal y animal.

Es imposible establecer una duración determinada a ese primer período, como también a los siguientes. No obstante, luego de considerar el tiempo necesario para que una bala de cañón de un cierto volumen, calentada al rojo vivo, se enfríe en su superficie a tal punto de permitir que una gota de agua pueda permanecer sobre él en estado líquido, se calculó que si ese proyectil tuviese el tamaño de la Tierra serían necesarios más de un millón de años.

Período de transición

22. Al comienzo del período de transición, la corteza sólida granítica aún tenía poco espesor y, por lo tanto, ofrecía una débil resistencia a la efervescencia de las materias incandescentes a las que recubría y comprimía. Se produjeron, entonces, abundantes dilataciones y despedazamientos por donde se escapaba la lava interior. El suelo presentaba desigualdades de escasa consideración.

Las aguas, poco profundas, cubrían casi toda la superficie del globo, con excepción de las partes elevadas, que formaban terrenos bajos y a menudo anegados.

El aire se fue liberando poco a poco de las materias más pesadas, temporariamente en estado gaseoso, las cuales, al condensarse por efecto del enfriamiento, se habían precipitado en la superficie del suelo, y posteriormente fueron arrastradas y disueltas por las aguas.

Cuando se hace mención al enfriamiento en aquella época, se debe entender ese término en un sentido relativo, es decir, en relación con el estado primitivo, porque la temperatura aún debía de ser abrasadora.

Los densos vapores acuosos que se elevaban desde todas partes de la inmensa superficie líquida, caían otra vez en forma de lluvias abundantes y calientes, que oscurecían el aire. Con todo, los rayos del sol comenzaron a aparecer a través de esa atmósfera brumosa. Una de las últimas sustancias de las que el aire debió expurgarse, dado que su estado natural es gaseoso, fue el ácido carbónico, que era por entonces una de las partes que lo constituían.

23. En esa época comenzaron a formarse los estratos de terrenos sedimentarios, depositados por las aguas cargadas de limo y de materias diversas, apropiadas para la vida orgánica.

Entonces aparecieron los primeros seres vivos del reino vegetal y del reino animal. De ellos se encuentran rastros, al principio en cantidad pequeña, y posteriormente cada vez con mayor frecuencia, a medida que se va pasando a las capas más elevadas de esa formación. Es notable que la vida se manifiesta tan pronto como las condiciones le son propicias, de modo que cada especie aparece a medida que se producen las condiciones adecuadas para su existencia.

24. Los primeros seres orgánicos que aparecieron sobre la Tierra fueron los vegetales de organización poco compleja, designados en botánica con los nombres de criptógamos, acotiledóneos y monocotiledóneos, es decir, líquenes, setas, musgos, helechos y plantas herbáceas. Todavía no aparecen los árboles de tronco leñoso, y sólo los había de la especie palmera, cuyo tallo esponjoso es análogo al de las hierbas.

Los animales de ese período, que sucedieron a los primeros vegetales, fueron exclusivamente marinos: en primer término políperos, radiados, zoófitos, animales cuya organización simple y, por así decirlo, rudimentaria, se aproxima bastante a la de los vegetales. Posteriormente, surgen los crustáceos y los peces, representados por especies que ya no existen.

25. Por la acción del calor y la humedad, y a consecuencia del exceso de ácido carbónico diseminado en el aire, gas inadecu-

cuado para la respiración de los animales terrestres pero necesario para las plantas, los terrenos expuestos se cubrieron rápidamente de una vegetación exuberante, al mismo tiempo que las plantas acuáticas se multiplicaban en el seno de los pantanos. Plantas que en los días actuales son simples hierbas de escasos centímetros, alcanzaban una altura y un grosor prodigiosos. Había, pues, bosques de helechos arborescentes de ocho a diez metros de altura y de un grosor proporcional. Lycopodios (especie de musgos) de la misma altura; asperillas²⁹ de cuatro a cinco metros, cuya altura no supera hoy el metro, y una infinidad de especies que ya no existen. Hacia el final del período comenzaron a aparecer algunos árboles de la especie de las coníferas o pinos.

26. A consecuencia del desplazamiento de las aguas, los terrenos que producían esas aglomeraciones de vegetales quedaron sumergidos en varias ocasiones, cubiertos de nuevos sedimentos terrosos, mientras que aquellos que quedaban secos se adornaban a su vez con una vegetación semejante. De tal modo, hubo varias generaciones de vegetales alternativamente aniquiladas y renovadas. No ocurrió lo mismo con los animales que, por ser todos acuáticos, no estuvieron sometidos a esas alternativas.

Estos residuos, acumulados a lo largo de una extensa serie de siglos, formaron capas de gran espesor. Por la acción del calor, de la humedad, de la presión ejercida por los posteriores depósitos terrosos y, sin duda, por diversos agentes químicos, gases, ácidos y sales producidos por la combinación de los elementos primitivos, aquellas materias vegetales sufrieron una fermentación que las convirtió en *hulla* o *carbón de piedra*. Las minas de hulla son, por lo tanto, producto directo de la descomposición de los vegetales acumulados durante el período de transición. A eso se debe que se los encuentre en casi todas las regiones.³⁰

²⁹ Planta que vive en los pantanos, vulgarmente llamada *cola de caballo*. (N. de Allan Kardec.)

³⁰ La turba se formó de la misma manera, por la descomposición de las acumulaciones de

27. Los restos fósiles de la exuberante vegetación de esa época se han hallado en la actualidad tanto bajo los hielos de las tierras polares como en la zona tórrida, por lo que se debe concluir que, puesto que la vegetación era uniforme, también la temperatura debería serlo. Los polos, por lo tanto, no se encontraban cubiertos de hielo como ahora. Eso se debe a que por entonces la Tierra extraía el calor de sí misma, del fuego central que calentaba de igual modo toda la corteza sólida, que todavía era de poco espesor. Ese calor era muy superior al que podía provenir de los rayos solares, debilitados además por la densidad de la atmósfera. Sólo más tarde, cuando la acción del calor central se volvió muy débil o nula sobre la superficie exterior del globo, la del Sol se hizo preponderante, y las regiones polares, que apenas recibían rayos oblicuos, portadores de muy poco calor, se cubrieron de hielo. Se comprende que en la época de la que hablamos, e incluso mucho tiempo después, el hielo no se conocía en la Tierra.

Este período debe de haber sido muy prolongado, a juzgar por la cantidad y el espesor de las capas de hulla.³¹

Período secundario

28. Con el período de transición desaparecen la vegetación colosal y los animales que caracterizan la época, ya sea porque las condiciones atmosféricas no eran las mismas o porque una serie de cataclismos haya aniquilado todo lo que tenía vida en la Tierra. Es probable que ambas causas hayan contribuido a esa transforma-

vegetales en terrenos pantanosos, pero con la diferencia de que por ser de formación mucho más reciente y, sin duda, en otras condiciones, no tuvo tiempo para convertirse en carbón. (N. de Allan Kardec.)

³¹ En la bahía de Fundy (Nueva Escocia), el Sr. Lyell encontró, en un depósito de hulla de 400 metros de espesor, 68 niveles diferentes, que presentaban indicios evidentes de muchos suelos de bosques, los troncos de cuyos árboles conservaban aún sus raíces. (L. Figuier.)

Si no diéramos más de mil años para la formación de cada uno de esos niveles, ya tendríamos 68.000 años sólo para ese estrato de hulla. (N. de Allan Kardec.)

ción. Por un lado, el estudio de los terrenos que indican el fin de ese período muestra que hubo grandes destrucciones causadas por los levantamientos y las erupciones que derramaron sobre el suelo grandes cantidades de lava y, por otro, que se produjeron notables cambios en los tres reinos.

29. El período secundario se caracteriza, en lo atinente al aspecto mineral, por numerosas y resistentes capas que indican una formación lenta en el seno de las aguas, y que determinan diferentes épocas perfectamente caracterizadas.

La vegetación crece con menor rapidez y es menos colosal que en el período precedente, sin duda a consecuencia de la disminución del calor y la humedad, así como de las modificaciones repentinas en los elementos constitutivos de la atmósfera. A las plantas herbáceas y pulposas se agregan las de tallo leñoso y los primeros árboles propiamente dichos.

30. Los animales todavía son acuáticos o, cuando mucho, anfibios. La vida animal sobre la tierra seca progresa poco. En el seno de los mares se desarrolla una prodigiosa cantidad de animales moluscos, debido a la formación de las materias calcáreas. Surgen nuevos peces, de organización más compleja que en el período anterior. Aparecen los primeros cetáceos. Los animales que más caracterizan esta época son los reptiles monstruosos, entre los cuales sobresalen:

El *ictiosauro*, especie de pez-lagarto que llegaba a tener una longitud de casi diez metros y cuyas mandíbulas, prodigiosamente alargadas, contenían ciento ochenta dientes. Su forma general tiene una cierta semejanza con la del cocodrilo, pero sin la coraza de escamas. Sus ojos tenían el volumen de la cabeza de un hombre; poseía aletas como la ballena y, a semejanza de esta, expulsaba agua por orificios apropiados para ello.

El *plesiosauro*, otro reptil marino, tan grande como el ictiosauro, cuyo pescuezo excesivamente largo se doblaba como el del cisne y le daba la apariencia de una enorme serpiente unida a un

cuerpo de tortuga. Tenía la cabeza del lagarto y los dientes del cocodrilo. Su piel probablemente era lisa como la del precedente, ya que no se descubrió ningún rastro de escamas o de caparazón.³²

El *teleosauro* es el que más se aproxima a los cocodrilos actuales, que parecen ser una reproducción en miniatura de aquel. Como los cocodrilos, tenía una coraza escamosa y vivía al mismo tiempo en el agua y sobre la tierra. Su largo era de cerca de diez metros, de los cuales tres o cuatro abarcaban la cabeza. Su enorme boca tenía dos metros de abertura.

El *megalosauro*, lagarto enorme, especie de cocodrilo de catorce a quince metros de longitud, era esencialmente carnívoro; se alimentaba de reptiles, de cocodrilos pequeños y de tortugas. Su formidable mandíbula contenía dientes en forma de lámina de podadera, de doble filo, doblados hacia atrás, de tal forma que una vez que se clavaban en la presa era imposible que esta se escapase.

El *iguanodonte*, el más grande de los lagartos que aparecieron en la Tierra, tenía de veinte a veinticinco metros desde la cabeza a la extremidad de la cola. Sobre el hocico tenía un cuerno óseo semejante al de la iguana de la actualidad, de la cual parece que sólo difería por el tamaño, ya que esta última tiene apenas un metro de largo. La forma de los dientes prueba que era herbívoro, y la de los pies que era un animal terrestre.

El *pterodáctilo*, un animal singular, del tamaño de un cisne, participaba al mismo tiempo del reptil por el cuerpo, del pájaro por la cabeza y del murciélago por la membrana carnosa que unía sus dedos, extraordinariamente largos. La membrana le servía de paracaídas cuando se precipitaba sobre su presa desde lo alto de algún árbol o de una roca. No poseía un pico córneo como los pájaros; sin embargo, los huesos de las mandíbulas, tan largos como la mitad del cuerpo y provistos de dientes, terminaban en punta, como un pico.

³² El primer fósil de este animal fue descubierto en Inglaterra, en 1823. Posteriormente se hallaron otros en Francia y en Alemania. (N. de Allan Kardec.)

31. Durante ese período, que debe de haber sido muy prolongado, como lo demuestran el número y la exuberancia de los estratos geológicos, la vida animal alcanzó un enorme desarrollo en el seno de las aguas, como ocurrió con la vegetación en el período precedente. El aire, más purificado y más favorable para la respiración, comenzó a permitir que algunos animales viviesen en la tierra. El mar se desplazó muchas veces, pero sin conmociones violentas. Con ese período desaparecen, a su vez, aquellas razas de animales acuáticos gigantes, sustituidos más tarde por especies análogas, de formas más proporcionadas y de menor tamaño.

32. El orgullo llevó al hombre a decir que los animales fueron creados en honor de él y para la satisfacción de sus necesidades. Pero ¿cuántos son los que lo sirven directamente, a los cuales ha podido someter, comparados con el número incalculable de aquellos con los que nunca tuvo ni tendrá relación alguna? ¿Cómo sostener semejante tesis, en vista de las innumerables especies que han poblado la Tierra durante miles y miles de siglos, hasta que finalmente se extinguieron, antes incluso de que él apareciese? ¿Se puede afirmar que estas fueron creadas para su beneficio? No obstante, todas esas especies tenían su razón de ser, su utilidad. No es posible que Dios las haya creado por un simple capricho de su voluntad, para luego darse el placer de aniquilarlas, pues todas tenían vida, instintos, sensación de dolor y de bienestar. ¿Con qué fin lo hizo? Ese fin debe de haber sido soberanamente sabio, aunque todavía no lo comprendamos. Por cierto, un día se le dará al hombre la posibilidad de conocerlo, para confundir a su orgullo; pero mientras eso no sucede, ¿cómo se amplían sus ideas ante los nuevos horizontes en los cuales le está permitido ahora sumergir la mirada, ante el imponente espectáculo de la Creación, tan majestuosa en su lenta marcha, tan admirable en su previsión, tan puntual, tan precisa e invariable en sus resultados!

Período terciario

33. Con el período terciario comienza un nuevo orden de cosas para la Tierra. El estado de su superficie cambia completamente de aspecto; las condiciones de vitalidad se modifican profundamente y se aproximan al estado actual. Los primeros tiempos de ese período se caracterizan por un cese en la producción vegetal y animal; todo revela señales de una destrucción casi general de los seres vivos, y aparecen después sucesivamente nuevas especies, cuya organización, más perfecta, se adapta a la naturaleza del medio donde están destinadas a vivir.

34. Durante los períodos anteriores, la corteza sólida del globo, debido a su escaso espesor oponía, como hemos dicho, una débil resistencia a la acción del fuego interior. Fácilmente despedazada, esa envoltura permitía que las materias en fusión se derramasen libremente por la superficie del suelo. Ya no sucedió lo mismo cuando alcanzó un cierto espesor: las materias incandescentes, comprimidas por todos lados, como el agua en ebullición en un recipiente cerrado, terminaron por producir una especie de explosión. La masa granítica, quebrada con violencia en muchos de sus puntos, quedó perforada por grietas como un *recipiente resquebrajado*. A lo largo de esas grietas la corteza sólida, levantada y presionada, formó los picos, las cadenas de montañas y sus ramificaciones. Ciertas partes de la envoltura no llegaron a ser despedazadas, y solamente se elevaron, mientras que en otros sitios se produjeron sacudidas y hundimientos.

La superficie del suelo se volvió muy desigual. Las aguas, que hasta aquel momento cubrían de manera casi uniforme la mayor parte de su extensión, fueron empujadas a las zonas más bajas, dejando secos vastos continentes o cumbres de montañas aisladas, que formaron islas.

Ese es el gran fenómeno que ocurrió durante el período terciario, que transformó el aspecto del globo. No se produjo de

manera instantánea ni simultáneamente en todos los sitios, sino sucesivamente y en épocas más o menos separadas.

35. Una de las primeras consecuencias de esos levantamientos fue, como hemos dicho, la inclinación de las capas de sedimento, primitivamente horizontales, que se conservaron en esa posición donde el suelo no había sufrido trastornos. Por consiguiente, en las laderas y en las proximidades de las montañas esas inclinaciones resultaron más pronunciadas.

36. En las regiones donde los estratos de sedimento conservaron la horizontalidad, para llegar a los de formación primaria se debe atravesar a menudo todos los otros hasta una considerable profundidad; y al final se encuentra forzosamente la roca granítica. No obstante, cuando se elevaron las montañas, esas capas fueron levantadas por encima de su nivel normal, y algunas veces hasta una gran altura, de tal modo que, si se hace un corte vertical en la ladera de la montaña, estas aparecen en todo su espesor y superpuestas como las hiladas de una construcción.

A eso se debe que en elevaciones importantes se encuentren enormes bancos de conchas, primitivamente formados en el fondo de los mares. Hoy está perfectamente comprobado que en ninguna época el mar pudo alcanzar esas alturas, puesto que para eso no alcanzarían todas las aguas que existen en la Tierra, aun cuando su cantidad fuese cien veces mayor. Se debe, pues, suponer que la cantidad de agua disminuyó y, entonces, cabría que nos preguntáramos qué ha sido de la porción que desapareció. Los levantamientos, sucesos que hoy son indudables, explican de una manera lógica y rigurosa los depósitos marinos que se encuentran en ciertas montañas.³³

37. En los lugares donde el levantamiento de la roca primitiva produjo la completa rajadura del suelo, sea por la rapidez del fe-

³³ En los Andes (América) se encontraron estratos de calcáreo conchífero a 5.000 metros por encima del nivel del mar. (N. de Allan Kardec.)

nómeno, por la forma, la altura o el volumen de la masa levantada, el granito quedó al desnudo, *como un diente que brotó de la encía*. Levantados, quebrados y superpuestos, los estratos que lo cubrían quedaron al descubierto. Así es como terrenos pertenecientes a las formaciones más antiguas, que en la posición primitiva se hallaban a gran profundidad, componen hoy el suelo de ciertas regiones.

38. Dislocada por efecto de los levantamientos, la masa granítica dejó en algunos puntos fisuras por donde se escapa el fuego interior y se escurren las materias en fusión: se trata de los volcanes. Semejantes a chimeneas de un inmenso horno, o aun mejor, como *válvulas de seguridad*, los volcanes dan salida al exceso de las materias ígneas, a fin de preservar al globo de conmociones mucho más terribles. Por eso se puede decir que los volcanes en actividad constituyen una garantía para el conjunto de la superficie del suelo.

Podemos hacernos una idea de la intensidad de ese fuego si consideramos que, en el seno mismo de los mares, existen volcanes a los que la masa de agua que los recubre y penetra en ellos no consigue extinguir.

39. Los levantamientos producidos en la masa sólida necesariamente desplazaron las aguas, y estas fueron impulsadas hacia las zonas cóncavas, que al mismo tiempo se habían vuelto más profundas por la elevación de los terrenos emergidos y por la depresión de otros. Pero esos mismos terrenos que quedaron más bajos, levantados a su vez en diversos sitios, expulsaron las aguas, que fluyeron hacia otros lugares, y así sucesivamente hasta que pudieron ocupar un lecho más estable.

Los sucesivos desplazamientos de esa masa líquida cavaron y alteraron forzosamente la superficie del suelo. Las aguas, al fluir, arrastraron consigo una parte de los terrenos formados con anterioridad, que quedaron al descubierto por los levantamientos; dejaron al desnudo algunas montañas que ellas mismas cubrían, y

expusieron la base granítica o calcárea. Fueron cavados profundos valles, mientras otros eran rellenados.

Hay, pues, montañas formadas directamente por la acción del fuego central, sobre todo las montañas graníticas; otras se debieron a la acción de las aguas, que al arrastrar las tierras móviles y las materias solubles, cavaron valles alrededor de una base resistente, fuera calcárea o de otra naturaleza.

Las materias arrastradas por las corrientes de agua formaron los estratos del período terciario, que fácilmente se distingue de los precedentes no tanto por la composición, que es casi la misma, sino por la disposición.

Los estratos de los períodos primario, de transición y secundario, formados sobre una superficie poco accidentada, son más o menos uniformes en toda la Tierra; los del período terciario, por el contrario, formados sobre una base muy desigual y por la acción transportadora de las aguas, presentan un carácter más local. En todos los lugares donde se han hecho excavaciones de cierta profundidad se encuentran todos los estratos anteriores en el orden en que se formaron, con excepción del terreno terciario, en el que no siempre se encuentran todas sus capas.

40. Durante las convulsiones del suelo, ocurridas al principio de este período, se concibe fácilmente que la vida orgánica haya tenido que quedar estacionaria por algún tiempo, lo que se reconoce al examinar terrenos en los que no hay fósiles. No obstante, desde que se instaló un estado de más calma, reaparecieron los vegetales y los animales. Modificadas las condiciones de vitalidad, más purificada la atmósfera, se formaron nuevas especies con organizaciones más perfectas. Las plantas, en lo relativo a su estructura, diferían poco de las actuales.

41. Durante los dos períodos precedentes, los terrenos que no estaban cubiertos por las aguas eran poco extensos; además de que eran pantanosos y con frecuencia quedaban sumergidos. A eso

se debió que sólo hubiera animales acuáticos o anfibios. El período terciario, a lo largo del cual se formaron varios continentes, se caracterizó por la aparición de los animales terrestres.

Del mismo modo que el período de transición asistió al nacimiento de una vegetación colosal, y el período secundario al de reptiles monstruosos, el terciario presenció la producción de mamíferos gigantescos, tales como el *elefante*, el *rinoceronte*, el *hipopótamo*, el *paleoterio*, el *megaterio*, el *dinoterio*, el *mastodonte*, el *mamut*, etc. Estos dos últimos, variedades del elefante, tenían de cinco a seis metros de altura y sus colmillos llegaban a tener hasta cuatro metros de longitud. Este período también asistió al nacimiento de los pájaros, así como al de la mayoría de las especies que todavía existen en la actualidad. Algunas de las especies de esa época sobrevivieron a los cataclismos posteriores; otras, denominadas genéricamente *animales antediluvianos*, desaparecieron por completo o fueron sustituidas por especies análogas de formas menos pesadas y menos macizas, cuyos primeros especímenes fueron como los esbozos. Tales son el *felis speloea*, animal carnívoro del tamaño de un toro, con las características anatómicas del tigre y del león; el *cervus megaceron*, variedad de ciervo, cuyos cuernos de tres metros de longitud tenían una separación de tres a cuatro metros en los extremos.

Período diluviano

42. Este período está marcado por uno de los mayores cataclismos que convulsionaron el globo, modificando una vez más el aspecto de su superficie y destruyendo una infinidad de especies vivas, de las que hoy sólo quedan rastros. Por todas partes dejó señales que demuestran que abarcó la totalidad del planeta. Las aguas, expulsadas con violencia de sus lechos, invadieron los continentes y arrastraron consigo tierras y peñascos, desnudaron montañas y

arrasaron bosques seculares. Los nuevos depósitos que estas formaron se designan en geología con el nombre de *terrenos diluvianos*.

43. Uno de los vestigios más significativos de esa gran catástrofe son las rocas llamadas *bloques erráticos*. Reciben esa denominación los peñascos de granito que se encuentran aislados en las planicies, apoyados sobre terrenos terciarios y en medio de terrenos diluvianos, algunas veces a muchos cientos de leguas de las montañas de donde fueron arrancados. Es evidente que sólo pudieron ser transportados a tan grandes distancias por la acción violenta de las corrientes.³⁴

44. Otro hecho no menos característico, cuya causa aún no se ha podido descubrir, es que en los terrenos diluvianos se encuentran los primeros *aerolitos*. Visto que recién en esa época comenzaron a caer, se concluye que la causa que los produce no existía anteriormente.

45. Fue también en esa época que los polos comenzaron a cubrirse de hielo y que se formaron los glaciares en las montañas, lo que indica un significativo cambio en la temperatura del globo. Ese cambio debe de haber sido súbito, pues si se hubiese producido gradualmente, animales como el elefante, que hoy sólo viven en los climas cálidos y que se encuentran en tan elevado número en estado fósil en las tierras polares, habrían tenido tiempo de retirarse poco a poco hacia las regiones más templadas. Todo indica, por el contrario, que fueron tomados por sorpresa por una ola de frío y quedaron sitiados por los hielos.³⁵

³⁴ Uno de esos bloques, proveniente sin dudas, por su composición, de las montañas de Noruega, sirve de pedestal a la estatua de Pedro el Grande, en San Petersburgo. (N. de Allan Kardec.)

³⁵ En 1771, Pallas, el naturalista ruso, halló en los hielos del norte el cuerpo entero de un mamut que estaba recubierto de piel y conservaba parte de su carne. En 1799 se descubrió otro, igualmente encerrado dentro de un enorme bloque de hielo, en la desembocadura del río Lena, en Siberia, y fue descrito por el naturalista Adams. Los yakutes de los alrededores despedazaron sus carnes para alimentar a sus perros. La piel se encontraba cubierta por pelos negros y el cuello estaba guarnecido por una espesa crin. La cabeza, sin los colmillos, que medían más de tres metros, pesaba más de 400 libras. Su esqueleto se halla en el museo de San Petersburgo. En las islas y en los bordes del mar glacial se encuentra

46. Ese fue el verdadero diluvio universal. Las opiniones sobre las causas que deben haberlo producido están divididas. No obstante, sean cuales fueren, lo cierto es que el hecho ocurrió.

La suposición más generalizada es la de que se produjo un brusco cambio en la posición del eje y de los polos de la Tierra, a lo que se debió una proyección general de las aguas sobre la superficie. Si ese cambio se hubiera producido con lentitud, las aguas se habrían retirado gradualmente, sin perturbaciones, mientras que todo indica que hubo una conmoción violenta y súbita. Como ignoramos la verdadera causa, sólo podemos idear una hipótesis.

El desplazamiento repentino de las aguas también pudo haber sido ocasionado por el levantamiento de ciertas partes de la corteza sólida y la consecuente formación de nuevas montañas en el seno de los mares, como ocurrió a comienzos del período terciario. No obstante, eso no explica el cambio súbito de la temperatura de los polos, sin mencionar que el cataclismo, en ese caso, no habría sido general.

47. Durante la tempestad causada por la agitación de las aguas perecieron muchos animales; otros, para escapar a la inundación, se retiraron a lugares más altos, en busca de cavernas y grietas, donde perecieron en masa, por el hambre o por devorarse unos a otros, o incluso tal vez por la irrupción de las aguas en los lugares donde se hallaban refugiados y de donde no pudieron huir. Así se explica la enorme cantidad de huesos de animales diversos, carnívoros y otros, que se encontraron mezclados en ciertas cavernas, que fueron llamadas por ese motivo *brechas* o *cavernas de huesos*. Se los encuentra en la mayoría de los casos bajo las estalagmitas. En algunas de ellas, los huesos parecen haber sido arrastrados hasta allí por corrientes de agua.³⁶

una muy grande cantidad de colmillos, que son objeto de un considerable comercio, a los que se identifica con el nombre de marfil fósil o de Siberia. (N. de Allan Kardec.)

³⁶ Se conoce una gran cantidad de cavernas semejantes, algunas de enorme extensión. En México existen varias, de muchas leguas. La de Aldelsberg, en Carniola (Austria), no tiene

Período posdiluviano o actual. Aparición del hombre

48. Una vez restablecido el equilibrio en la superficie del globo, la vida animal y la vegetal retomaron rápidamente su curso. El suelo, consolidado, mostró una condición más estable; el aire, más puro, se volvió apropiado para órganos más delicados. El Sol brillaba en todo su esplendor a través de una atmósfera límpida, y difundía con su luz un calor menos sofocante y más vivificante que el del horno interior. La Tierra se poblaba de animales menos feroces y más sociables; los vegetales, más succulentos, proporcionaban una alimentación menos grosera; todo, en fin, se encontraba preparado en el planeta para el nuevo huésped que habría de habitar en él. Entonces apareció el *hombre*, el último ser de la Creación, aquel cuya inteligencia contribuiría de ahí en adelante al progreso general, a medida que realizaba su propio progreso.

49. El hombre, ¿existe realmente en la Tierra desde el período diluviano, o puede haber surgido antes de esa época? Esta cuestión es muy controvertida en la actualidad, pero su solución, sea cual fuere, nada cambiará en el conjunto de los hechos constatados, ni hará que la aparición de la especie humana no sea anterior, en muchos miles de años, a la fecha que le asigna la génesis bíblica.

Lo que llevó a pensar que la aparición de los hombres se produjo con posterioridad al diluvio fue el hecho de que no se hallaron vestigios auténticos de su existencia en el período anterior. Las osamentas descubiertas en diversos lugares, que derivaron en la creencia de que existió una supuesta raza de gigantes antediluvianos, fueron reconocidas como pertenecientes a elefantes.

menos de tres leguas. Una de las más destacables es la de Gailenreuth, en Würtemberg. Son numerosas en Francia, Inglaterra, Alemania, Sicilia y en otras regiones de Europa. (N. de Allan Kardec.)

Sobre lo que no existen dudas es que el hombre no existía en el período primario, ni en el de transición, ni en el secundario, no sólo porque no se descubrió ningún indicio de él, sino también porque no había condiciones de vitalidad para él. Si su aparición se produjo en el terciario, sólo puede haber sido al final de ese período, y en una pequeña cantidad.

Además, como fue breve, el período diluviano no determinó cambios notables en las condiciones atmosféricas, a tal punto que los animales y vegetales fueron los mismos antes y después de él. No es, pues, imposible que la aparición del hombre haya precedido a ese gran cataclismo; hoy está comprobada la presencia del simio en aquella época, y recientes descubrimientos parecen confirmar la del hombre.³⁷

Sea como fuere, que el hombre haya aparecido o no antes del gran diluvio universal, lo cierto es que su rol humano sólo comenzó a esbozarse realmente en el período posdiluviano. Ese período, por lo tanto, puede caracterizarse por la presencia del hombre en la Tierra.

³⁷ Véase *El hombre antediluviano* por Boucher de Perthes; *Los instrumentos de piedra*, ídem. *Discurso sobre las revoluciones del globo*, por Georges Cuvier, comentado por el Dr. Hoefer. (N. de Allan Kardec.)





Teorías sobre el origen de la Tierra

Teoría de la proyección • Teoría de la condensación •
Teoría de la incrustación • El alma de la Tierra.

Teoría de la proyección

1. Entre todas las teorías relativas al origen de la Tierra, la que más credibilidad alcanzó en los últimos tiempos es la de *Buffon*, tal vez por la posición que este ha conquistado en la comunidad científica, o porque aparte de lo que él manifestó no se sabía nada más en aquella época.

Buffon observó que todos los planetas se mueven en la misma dirección, del occidente hacia el oriente, y en el mismo plano, recorriendo órbitas cuya inclinación no excede los siete grados y medio. De esa uniformidad dedujo que los planetas debieron de haber sido puestos en movimiento por la misma causa.

En su opinión, puesto que el Sol es una masa incandescente en fusión, un cometa podría haber chocado en forma oblicua con él y, al rozar su superficie, separó una porción que, proyectada en el espacio por la violencia del impacto, se dividió en varios fragmen-

tos. Esos fragmentos formaron los planetas, que continuaron moviéndose en círculos por la combinación de las fuerzas centrípeta y centrífuga, en el sentido determinado por la dirección del choque primitivo, es decir, en el plano de la eclíptica.

Los planetas serían, de ese modo, partes de la sustancia incandescente del Sol y, por consiguiente, también habrían sido incandescentes en su origen. Les tomó para enfriarse y consolidarse un tiempo proporcional a sus respectivos volúmenes, y cuando la temperatura lo permitió la vida surgió en sus superficies.

A raíz de la disminución gradual del calor central, la Tierra llegaría al cabo de cierto lapso a un estado de enfriamiento total; la masa líquida se congelaría por completo y el aire, cada vez más condensado, acabaría por desaparecer. El descenso de la temperatura haría imposible la vida y acarrearía el decrecimiento y, posteriormente, la desaparición de todos los seres organizados. El enfriamiento, iniciado en los polos, ganaría poco a poco todas las regiones hasta llegar al ecuador.

Esa es, según Buffon, el estado actual de la Luna que, más pequeña que la Tierra, sería hoy un mundo extinguido del cual la vida está excluida en forma definitiva. El mismo Sol llegaría a tener, algún día, igual suerte. De acuerdo con sus cálculos, la Tierra habría empleado cerca de 74.000 años para llegar a su temperatura actual, y al cabo de 93.000 años más sería escenario del fin de la existencia de la naturaleza organizada.

2. La teoría de Buffon, refutada por los nuevos descubrimientos de la ciencia, está hoy casi completamente desechada por las siguientes razones:

1.º) Durante mucho tiempo se creyó que los cometas eran cuerpos sólidos, y que su encuentro con un planeta podía hacer que este se destruyera. De acuerdo con esta hipótesis, la suposición de Buffon no tenía nada de improbable. Sin embargo, hoy se sabe que los cometas están formados por una materia gaseosa conden-

sada, aunque suficientemente expandida como para que a través de sus núcleos se puedan percibir estrellas de mediana magnitud. En ese estado, dado que ofrecen menor resistencia que el Sol, es imposible que en un choque violento con este puedan arrojar lejos alguna porción de la masa solar.

2.º) La naturaleza incandescente del Sol constituye asimismo una hipótesis que hasta el presente no ha sido confirmada y a la que, lejos de eso, las observaciones parecieran desmentir. Aunque todavía no existe seguridad en cuanto a su naturaleza, los poderosos medios de observación de que dispone la ciencia en la actualidad han permitido que sea mejor estudiado. Hoy la ciencia admite, de modo general, que el Sol es un globo compuesto de materia sólida, rodeado de una atmósfera luminosa o fotosfera, que no se encuentra en contacto con su superficie.³⁸

3.º) En la época de Buffon solamente se conocían los seis planetas que también eran conocidos en la Antigüedad: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno. Posteriormente se descubrieron otros en gran cantidad, tres de los cuales principalmente, Juno, Ceres y Palas, poseen órbitas inclinadas de 13, 10 y 34 grados respectivamente, lo que no concuerda con la hipótesis de un movimiento de proyección único.

4.º) Con posterioridad al descubrimiento de la ley de disminución del calor, realizado por Fourier, se reconoció que los cálculos de Buffon sobre el enfriamiento de la Tierra estaban completamente desacertados. Nuestro planeta no necesitó 74.000 años para llegar a su temperatura actual, sino millones de años.

5.º) Buffon sólo tuvo en cuenta el calor central de la Tierra, sin considerar el de los rayos solares. Ahora bien, se sabe actualmente, a través de datos científicos de rigurosa exactitud, basados en la experiencia, que debido al espesor de la corteza terrestre el

³⁸ Una disertación completa, a la altura de la ciencia moderna, sobre la naturaleza del Sol y de los cometas, se encuentra en la obra *Estudios y lecturas sobre la astronomía*, de Camille Flammarion. Librería Gauthier-Villars, 55, quai des Augustins, París. (N. de Allan Kardec.)

calor interno del globo no aporta, hace ya mucho tiempo, más que una insignificante porción a la temperatura de la superficie exterior. Las variaciones que sufre esa temperatura son periódicas y se deben a la acción preponderante del calor solar. (Véase el Capítulo VII, § 25.) Dado que el efecto de esa causa es permanente, mientras que el del calor central es nulo o casi nulo, la disminución de este no puede producir modificaciones sensibles en la superficie del globo. Para que la Tierra se volviera inhabitable debido al enfriamiento general, sería preciso que el Sol se extinguiera.³⁹

Teoría de la condensación

3. La teoría de la formación de la Tierra por la condensación de la materia cósmica es la que prevalece en la ciencia actualmente, debido a que es la que la observación mejor justifica, la que resuelve un número mayor de dificultades, y la que se apoya en mayor medida que las restantes en el gran principio de la unidad universal. Esta teoría fue expuesta en el capítulo VI: *Uranografía general*.

Como se ve, ambas teorías conducen al mismo resultado: el estado primitivo de incandescencia del globo, la formación de una corteza sólida por el enfriamiento, la existencia del fuego central y la aparición de la vida orgánica tan pronto como la temperatura lo permitió. Difieren, no obstante, en puntos esenciales, y si Buffon viviese en nuestros días, probablemente seguiría ideas diferentes.

La geología estudia a la Tierra desde el punto en que es posible la observación directa. Su estado anterior, que escapa a la experimentación, sólo puede plantearse mediante conjeturas. Ahora bien, entre dos hipótesis, el buen sentido nos indica que se debe

³⁹ Para conocer más detalles sobre este asunto y sobre la ley de la disminución del calor, véase la obra *Cartas sobre las revoluciones del globo* (Carta II), por el Dr. Bertrand, ex-alumno de la Escuela Politécnica de París, carta II. Esta obra, a la altura de la ciencia moderna, redactada con simplicidad y sin espíritu de sistema, encierra un estudio geológico sumamente interesante. (N. de Allan Kardec.)

preferir aquella que tiene el aval de la lógica y que concuerda con los hechos observados.

Teoría de la incrustación

4. Sólo mencionamos esta teoría a título informativo. Lo hacemos porque, a pesar de que no tiene nada de científica, consiguió una cierta repercusión últimamente y sedujo a algunas personas. Se halla resumida en la siguiente carta:

“Según la Biblia, Dios creó el mundo en seis días, cuatro mil años antes de la Era Cristiana. Pero los geólogos rechazan esa afirmación apoyados en el estudio de los fósiles y de los miles de caracteres de indudable antigüedad, que hacen que el origen de la Tierra se remonte a millones de años. No obstante, tanto las Escrituras como los geólogos sostienen la verdad. Fue un sencillo campesino⁴⁰ quien los hizo concordar, cuando manifestó que la Tierra no es más que un planeta *incrustativo*, sumamente moderno, compuesto de materiales antiquísimos.

”Después de la desaparición del *planeta desconocido*, llegado a la madurez, o en armonía con el que existió en el lugar que hoy ocupamos, el alma de la Tierra recibió la orden de reunir a sus satélites para formar nuestro globo actual según las reglas del progreso en todo y por todo. Solamente cuatro de esos astros aceptaron la asociación que se les proponía. Pero la Luna persistió en su autonomía, dado que los *mundos también tienen su libre albedrío*. Para proceder a esa fusión, el alma de la Tierra lanzó a los satélites un rayo magnético atractivo que puso en estado cataléptico a los elementos que ellos poseían, vegetales, animales y hominales, todos los cuales aportaron a la comunidad. La operación tuvo como únicos testigos al alma de la Tierra y a los grandes mensajeros ce-

⁴⁰ Michel de Figagnères (Var), autor de *La clave de la vida*. (N. de Allan Kardec.)

lestiales que le prestaron asistencia en esa gran obra, a fin de abrir aquellos globos y unificar sus entrañas. Una vez realizada la soldadura, las aguas se escurrieron hacia los vacíos que había dejado la ausencia de la Luna. Las atmósferas se mezclaron y dio comienzo el despertar o la resurrección de los *gérmenes que estaban en catalepsia*. El hombre fue el último en ser sacado del estado de hipnotismo, y se vio rodeado por la lujuriosa vegetación del paraíso terrenal y por los animales que pastaban mansamente alrededor suyo. Todo esto se podía hacer en seis días, con obreros tan poderosos como aquellos a los que Dios encomendó la tarea. El planeta *Asia* aportó la raza amarilla, la de civilización más antigua; el *África*, la raza negra; el *Europa*, la raza blanca, y el *América*, la raza roja. La Luna habría aportado la raza verde o azul.

”De esa manera, ciertos animales, de los que sólo se encuentran despojos, no habrían vivido nunca en la Tierra actual, sino que habrían sido trasladados de otros mundos que se extinguieron a causa de la vejez. Los fósiles que se encuentran en climas en los cuales no habrían podido existir en este mundo, vivían sin duda en zonas muy diferentes en los globos donde nacieron. En la Tierra, esos despojos se encuentran en los polos, mientras que los animales vivían en el ecuador de los globos de donde eran oriundos.”

5. Esta teoría tiene en su contra los datos más positivos de la ciencia experimental; además de que nada aporta a la cuestión del origen, que pretende resolver. Si bien sostiene cómo se habría formado la Tierra, no explica cómo se formaron los cuatro mundos que se reunieron para constituirla.

Si las cosas hubiesen ocurrido así, ¿cómo se explica que en ninguna parte se encuentren esas inmensas soldaduras, que debieron de haber llegado hasta las entrañas de la Tierra? Cada uno de aquellos mundos, el Asia, el África, el Europa y el América, tendría una geología particular diferente de los demás, *lo que no es exacto*. Por el contrario, se distingue en primer término que el núcleo

granítico es uniforme, de composición homogénea en todas las regiones del globo, *sin solución de continuidad*. Seguidamente, los estratos geológicos se presentan con la misma formación, idénticos en cuanto a su composición, superpuestos en todas partes en el mismo orden, y se continúan sin interrupción de un extremo al otro de los mares, de Europa a Asia, a África, a América, y recíprocamente. Esas capas, que dan testimonio de las transformaciones del globo, confirman que tales transformaciones se produjeron en toda su superficie y no sólo en un sector; revelan los períodos de aparición, existencia y desaparición de las mismas especies animales y vegetales, en las diferentes partes del mundo; muestran la fauna y la flora de esos períodos lejanos que se extienden simultáneamente por todas partes bajo la influencia de una temperatura uniforme, y que también en todas partes cambian de carácter a medida que la temperatura se modifica. Ese estado de cosas no guarda coherencia con la formación de la Tierra mediante la unión de varios mundos diferentes.

Por otra parte, cabe que nos preguntemos: ¿qué hubiese sido del mar, que ocupa el vacío dejado por la Luna, si esta no se hubiera rehusado a reunirse con sus hermanas? ¿Qué le pasaría a la Tierra actual si un día la Luna tuviese la veleidad de venir a ocupar su lugar y desalojara al mar?

6. Ese sistema sedujo a algunas personas porque parecía explicar la presencia de las diferentes razas de hombres en la Tierra, así como su localización. Con todo, si se considerara que esas razas pudieron proliferar en mundos separados, ¿por qué no serían capaces de desarrollarse en puntos diferentes del mismo globo? Es querer resolver una dificultad mediante una dificultad aun mayor. En efecto, sea cual fuere la rapidez y la *destreza* con que la *operación* se efectuase, aquella unión no habría podido realizarse sin violentas conmociones. Cuanto más rápida fuese, tanto más desastrosos habrían de ser los cataclismos. Por consiguiente, parece imposi-

ble que seres *simplemente sumergidos en un sueño cataléptico* hayan podido resistirlos e, inmediatamente después, se despertaran con toda tranquilidad. Si apenas fuesen gérmenes, ¿en qué consistirían? ¿De qué modo seres completamente formados habrían de reducirse al estado de gérmenes? Subsistiría la cuestión de llegar a saber cómo esos gérmenes se desarrollaron nuevamente. Aún así, la Tierra se habría formado mediante un proceso milagroso, proceso menos poético y menos grandioso que el de la génesis bíblica, en tanto que las leyes naturales explican su formación de manera mucho más completa y, sobre todo, mucho más racional, deducida de la observación.⁴¹

El alma de la Tierra

7. El alma de la Tierra desempeñó un rol primordial en la teoría de la incrustación. Veamos si esta idea tiene mejor fundamento que las restantes.

El desarrollo orgánico siempre está en relación con el desarrollo del principio intelectual. El organismo se completa a medida que se multiplican las facultades del alma. La escala orgánica acompaña constantemente, en todos los seres, la progresión de la inteligencia, desde el pólipo hasta el hombre; y no podría ser de otro modo, dado que el alma precisa un instrumento adecuado a la importancia de las funciones que le corresponde desempeñar. ¿De qué le serviría a la ostra la inteligencia del mono, sin los órganos necesarios para su manifestación? Por lo tanto, si la Tierra fuese un ser animado, que sirve de cuerpo a un alma especial, dicha alma

⁴¹ Cuando semejante sistema se liga a toda una cosmogonía, es oportuno preguntarse sobre qué base racional puede asentarse el resto. La concordancia que por medio de ese sistema se pretende establecer entre la génesis bíblica y la de la ciencia es absolutamente ilusoria, pues la propia ciencia lo contradice. El autor de la carta precedente, hombre de profundo saber, seducido en un determinado instante por esa teoría, de inmediato descubrió sus aspectos vulnerables, y no tardó en combatirla con las armas de la ciencia. (N. de Allan Kardec.)

debería ser, por efecto mismo de su constitución, aún más *rudimentaria* que la del pólipo, puesto que la Tierra no tiene siquiera la vitalidad de la planta, mientras que, por el rol que le atribuyeron a esa alma, hicieron de ella un ser dotado de razón y del más absoluto libre albedrío, un Espíritu superior, en suma, algo que no es racional, pues ningún Espíritu ha estado menos dotado ni más aprisionado. Entendida en ese sentido, la idea del alma de la Tierra debe, por consiguiente, quedar registrada entre las concepciones sistemáticas y quiméricas.

Como *alma de la Tierra* podemos entender, con mayor racionalidad, el conjunto de los Espíritus encargados de la elaboración y la dirección de sus elementos constitutivos, lo que ya supone un cierto grado de desarrollo intelectual. O mejor aún: alma de la Tierra es el Espíritu a quien se ha confiado la elevada dirección de los destinos morales y del progreso de sus habitantes, misión que no puede ser confiada más que a un ser eminentemente superior en conocimiento y en sabiduría. En tal caso, ese Espíritu no es, hablando con propiedad, el alma de la Tierra, porque no se encuentra encarnado en ella ni subordinado a su estado material. Es un jefe a quien se le delegó su gobierno, así como a un general se le asigna el comando de un ejército.

Un Espíritu, al que se le asignó una misión tan importante como la de gobernar un mundo, no podría tener caprichos, pues en ese caso Dios sería muy imprudente al haber confiado la ejecución de sus leyes a seres capaces de transgredirlas con su mala voluntad. Ahora bien, de acuerdo con la doctrina de la incrustación, la mala voluntad del alma de la Luna habría sido la causa de que la Tierra quedara incompleta. Hay ideas que se invalidan a sí mismas. (Véase la *Revista Espírita*, de septiembre de 1868.)





Revoluciones del globo

Revoluciones generales o parciales • Edad de las montañas
• El diluvio bíblico • Revoluciones periódicas • Cataclismos
futuros • Aumento o disminución del volumen de la Tierra.

Revoluciones generales o parciales

1. Los períodos geológicos determinan las fases del aspecto general del globo, como consecuencia de sus transformaciones. No obstante, con excepción del período diluviano, que se caracteriza por una transformación repentina, todos los demás transcurrieron con lentitud, sin transiciones bruscas. Durante todo el tiempo que los elementos constitutivos del globo tardaron en encontrar su ubicación definitiva, los cambios debieron de ser generales. Una vez consolidada la base, es probable que sólo se hayan producido modificaciones parciales en la superficie.

2. Además de las revoluciones generales, la Tierra experimentó una gran cantidad de perturbaciones locales que transformaron el aspecto de algunas regiones. Como ocurrió en relación con las otras, dos causas contribuyeron a esas perturbaciones: el fuego y el agua.

El fuego obró mediante las erupciones volcánicas, que sepultaron bajo espesas capas de cenizas y lava los terrenos circundantes

e hicieron desaparecer ciudades junto con sus habitantes; a través de terremotos y levantamientos de la corteza sólida, que empujaron las aguas hacia las zonas más bajas; y por último, mediante el hundimiento en mayor o menor extensión de esa misma corteza en ciertos lugares, hacia donde las aguas se precipitaron dejando otros terrenos secos. De ese modo, surgieron islas en medio del océano, mientras que otras desaparecieron; porciones de continentes se separaron y formaron islas; y al secarse brazos del mar algunas islas se unieron a los continentes.

El agua obró a través de la irrupción o el retiro del mar en algunas costas; con desmoronamientos que, al interceptar las corrientes líquidas, formaron lagos; con desbordamientos e inundaciones; o por último, con acumulaciones de tierra en las desembocaduras de los ríos. Estas acumulaciones expulsaron al mar y crearon nuevos territorios. Tal es el origen del delta del Nilo, en el Bajo Egipto, del delta del Ródano o Camarga.

Edad de las montañas

3. Si se examinan los terrenos destrozados por el levantamiento de las montañas y de los estratos que forman sus contrafuertes, es posible determinar su edad geológica. Por edad geológica de las montañas no se debe entender la cantidad de años de su existencia, sino el período en que se formaron y, por consiguiente, su antigüedad relativa. Sería un error creer que esa antigüedad corresponde a su elevación o a la naturaleza exclusivamente granítica que revelen, ya que la masa de granito, al producirse su levantamiento, pudo haber perforado y separado las capas superpuestas.

Así se ha constatado, mediante la observación, que las montañas de los Vosgos, de Bretaña y de la Costa de Oro, en Francia, que no son muy elevadas, pertenecen a las formaciones más

antiguas. Datan del período de transición y son anteriores a los depósitos de hulla. El Jura se formó hacia la mitad del período secundario, de modo que es contemporáneo de los reptiles gigantes. Los Pirineos se formaron más tarde, a principios del período terciario. El monte Blanco y el conjunto de los Alpes occidentales son posteriores a los Pirineos y datan de la mitad del período terciario. Los Alpes orientales, que comprenden las montañas del Tirol, son más recientes aún, porque se formaron hacia el final de ese período. Incluso, algunas montañas de Asia son posteriores al período diluviano, o contemporáneas de este.

Esos levantamientos deben de haber ocasionado importantes perturbaciones locales e inundaciones de mayor o menor consideración debido al desplazamiento de las aguas, así como por la interrupción y el cambio del curso de los ríos.⁴²

El diluvio bíblico

4. El diluvio bíblico, designado también con el nombre de gran diluvio asiático, es un hecho de cuya existencia no se puede dudar. Probablemente, se debió al levantamiento de un

⁴² El siglo XVIII registró el destacable ejemplo de un fenómeno de esa especie. A seis días de marcha desde la ciudad de México existía, en 1750, una región fértil y bien cultivada, donde crecía en abundancia arroz, maíz y plátanos. Durante el mes de junio, pavorosos temblores de tierra sacudieron el suelo y se repitieron continuamente a lo largo de dos meses completos. Durante la noche del 28 al 29 de septiembre se produjo una violenta convulsión: un territorio de muchas leguas de extensión comenzó a elevarse poco a poco hasta que alcanzó una altura de 500 pies, sobre una superficie de 10 leguas cuadradas. El terreno se ondulaba como las aguas del mar por el sople de la tempestad; varios miles de montículos se elevaban y se hundían alternadamente; por último, se abrió un abismo de alrededor de 3 leguas, desde el cual eran arrojados a gran altura humo, fuego, piedras convertidas en brasas y cenizas. Seis montañas surgieron de ese amplio abismo, entre las cuales está el volcán al que se le dio la denominación de *Jorullo*, que en la actualidad tiene 550 metros por encima de la antigua planicie. En el momento en que comenzaron las sacudidas del suelo, los dos ríos de *Cutimba* y *San Pedro* refluieron e inundaron toda la planicie que hoy ocupa el Jorullo; no obstante, en el terreno que sin cesar se levantaba se abrió otro precipicio y los absorbió. Con posterioridad, ambos aparecieron nuevamente al oeste, en un punto muy distante de sus antiguos lechos. (Louis Figuier, *La Tierra antes del diluvio*, p. 370.) (N. de Allan Kardec.)

sector de las montañas de aquella región, como ocurrió en México. Lo que corrobora esta opinión es la existencia de un mar interior que en épocas remotas se extendía desde el mar Negro hasta el océano Boreal, según se constató mediante los estudios geológicos. El mar de Azov, el mar Caspio, cuyas aguas son saladas, aunque no se comuniquen con ningún otro mar, el lago Aral y los numerosos lagos diseminados en las inmensas planicies de Tartaria y en las estepas rusas, parecen restos de aquel antiguo mar. Cuando se produjo el levantamiento de las montañas del Cáucaso, con posterioridad al diluvio universal, una parte de aquellas aguas retrocedió hacia el norte, en dirección al océano Boreal, y otra parte hacia el sur, en dirección del océano Índico. Estas inundaron y devastaron precisamente la Mesopotamia y toda la región que había estado habitada por los antepasados del pueblo hebreo. Aunque ese diluvio se haya extendido sobre una región muy dilatada, en la actualidad es un hecho comprobado que sólo fue local; que no pudo haber sido ocasionado por la lluvia, puesto que, por más abundante y continua que haya sido, aunque se prolongara durante cuarenta días, el cálculo demuestra que la cantidad de agua caída de las nubes no sería suficiente para cubrir *toda la tierra*, hasta la cima de las montañas más elevadas.

Para los hombres de esa época, que sólo conocían una extensión muy limitada de la superficie del globo y que no tenían una mínima idea acerca de su configuración, a partir de que la inundación invadió los países conocidos, para ellos fue como si la Tierra entera hubiera sido invadida por las aguas. Si a esa creencia agregáramos la forma imaginaria e hiperbólica peculiar del estilo oriental, no nos sorprenderá la exageración del relato bíblico relativo a ese suceso.

5. El diluvio asiático fue evidentemente posterior a la aparición del hombre sobre la Tierra, puesto que el recuerdo del mismo

ha sido conservado por la tradición en todos los pueblos de aquella región del mundo, que lo consagraron en sus teogonías.⁴³

También es posterior al gran diluvio universal que señaló el comienzo del actual período geológico. Cuando hablamos de hombres y animales antediluvianos, nos referimos a ese primer cataclismo.

Revoluciones periódicas

6. Además de su movimiento anual alrededor del Sol, que produce las estaciones; así como del movimiento de rotación sobre sí misma en 24 horas, del que resulta el día y la noche, la Tierra tiene un tercer movimiento, que se completa en aproximadamente 25.000 años, o más exactamente en 25.868 años, que produce el fenómeno designado en astronomía con el nombre de *precesión de los equinoccios*. (Véase el Capítulo V, § 11.)

Ese movimiento, que no se puede explicar en unas pocas palabras sin la ayuda de figuras o sin una demostración geométrica, consiste en una especie de oscilación circular, que se ha comparado con la de un trompo bailando, debido al cual el eje de la Tierra, al cambiar de inclinación, describe un doble cono cuyo vértice está

⁴³ Según el libro de los Vedas, la leyenda india acerca del diluvio alude a que Brahma, transformado en pez, se dirigió al piadoso monarca Vaivaswata, y le dijo: "Ha llegado el momento de la disolución del universo; en breve será destruido todo lo que existe en la Tierra. Debes construir una nave en la que te embarcarás, después de haberla cargado con simientes de todos los vegetales. Habrás de esperarme en esa nave, y yo acudiré a ti con un cuerno en la cabeza, por el cual me reconocerás". El santo obedeció; construyó una nave, se embarcó en ella y la amarró con un cabo muy fuerte al cuerno del pez. La nave fue remolcada durante muchos años con suma velocidad, a través de las tinieblas de una tremenda tempestad, hasta que al final atracó en la cima del monte Himawata (Himalaya). Brahma ordenó de inmediato a Vaivaswata que crease todos los seres y que con ellos poblase la Tierra.

Es evidente la analogía entre esta leyenda y la narración bíblica de Noé. De la India había pasado a Egipto, como así también una inmensidad de otras creencias. Ahora bien, como el libro de los Vedas es anterior al de Moisés, el relato que se encuentra en aquel acerca del diluvio no puede ser una copia del de este último. Lo más probable es, pues, que Moisés, que conocía las doctrinas de los sacerdotes egipcios, haya tomado de estos su relato. (N. de Allan Kardec.)

en el centro del planeta y cuyas bases abarcan la superficie circunscrita por los círculos polares, es decir, una amplitud de 23 grados y medio de radio.

7. El equinoccio es el instante en que el Sol, al pasar de un hemisferio al otro, se encuentra perpendicular al ecuador, lo que sucede dos veces por año, el 21 de marzo, cuando el Sol pasa al hemisferio boreal, y el 22 de septiembre, cuando regresa al hemisferio austral.

No obstante, a consecuencia del cambio gradual en la oblicuidad del eje, lo que acarrea otro cambio en la oblicuidad del ecuador sobre la eclíptica, el momento del equinoccio se adelanta cada año algunos minutos (25 minutos y 7 segundos). A este adelanto se lo denomina *precesión de los equinoccios* (del latín *procedere*, ir hacia delante, compuesto de *proe*, adelante, y *cedere*, irse).

Con el transcurso del tiempo, esos pocos minutos suman horas, días, meses y años; de lo que resulta que el equinoccio de la primavera, que se produce actualmente en el mes de marzo, pasado cierto tiempo se verificará en febrero, después en enero, posteriormente en diciembre. Entonces el mes de diciembre tendrá la temperatura de marzo, y marzo la de junio, y así sucesivamente hasta que, al volver al mes de marzo, las cosas habrán de encontrarse en el estado actual, lo que ocurrirá después de 25.868 años, para comenzar indefinidamente la misma revolución.⁴⁴

8. De ese movimiento cónico del eje resulta que los polos de la Tierra no miran constantemente a los mismos puntos del cielo;

⁴⁴ La precesión de los equinoccios provoca otro cambio: el que se produce en la posición de los signos del zodiaco. La Tierra, que tarda un año en girar alrededor del Sol, cada mes se encuentra ante una nueva constelación. Estas son doce, a saber: *Aries*, *Tauro*, *Géminis*, *Cáncer*, *Leo*, *Virgo*, *Libra*, *Escorpión*, *Sagitario*, *Capricornio*, *Acuario* y *Piscis*. Se denominan constelaciones zodiacales o signos del zodiaco, y forman un círculo en el plano del ecuador terrestre. De acuerdo con el mes del nacimiento de cada individuo, se dice que habrá de nacer bajo tal o cual signo; de ahí los pronósticos de la astrología. No obstante, a raíz de la precesión de los equinoccios, ocurre que los meses ya no corresponden a las mismas constelaciones. Quien nazca en el mes de julio ya no está en el signo de Leo, sino en el de Cáncer. De este modo se derrumba la idea supersticiosa ligada a la influencia de los signos. (Véase el Capítulo V, § 12.) (N. de Allan Kardec.)

que la Estrella Polar no será siempre estrella polar; que los polos gradualmente se inclinan más o menos hacia el Sol y reciben de él rayos más o menos directos. A eso se debe que Islandia y Laponia, por ejemplo, ubicadas en el círculo polar, podrán en algún momento recibir rayos solares como si estuviesen en la latitud de España o Italia y que, en la posición del extremo opuesto, España e Italia llegarán a tener la temperatura de Islandia y Laponia, y así sucesivamente a cada renovación del período de 25.000 años.⁴⁵

9. Las consecuencias de ese movimiento todavía no pudieron ser determinadas con precisión, porque sólo se ha podido observar una muy pequeña parte de su revolución. Al respecto, pues, sólo existen presunciones, algunas de las cuales tienen cierta probabilidad.

Esas consecuencias son:

1.º) El calentamiento y el enfriamiento alternativo de los polos y, en consecuencia, la fusión de los hielos polares durante la mitad del período de 25.000 años, así como su nueva formación durante la otra mitad de ese período. De ahí resulta que los polos no estarían condenados a una esterilidad perpetua, sino que les corresponde disfrutar a su vez de los beneficios de la fertilidad.

2.º) El desplazamiento gradual del mar, que de a poco invade las tierras del litoral y deja otras al descubierto, para de nuevo abandonarlas y regresar a su lecho anterior. Ese movimiento periódico, renovado indefinidamente, constituiría una verdadera marea universal de 25.000 años.

La lentitud con que se opera ese movimiento del mar hace que ese fenómeno resulte casi imperceptible para cada generación, si bien es observable al cabo de algunos siglos. No puede ocasionar ningún cataclismo súbito porque los hombres, de generación en generación, se retiran a medida que el mar avanza, así como avanzan sobre las tierras de las que el mar se retira. A esa causa, más que

⁴⁵ El desplazamiento gradual de las líneas isotérmicas, fenómeno al cual la ciencia reconoce de modo tan indudable como el del desplazamiento del mar, es un hecho material que apoya esta teoría. (N. de Allan Kardec.)

probable, algunos científicos atribuyen el alejamiento del mar en ciertas costas y su invasión en otras regiones.

10. El desplazamiento lento, gradual y periódico del mar es un hecho comprobado por la experiencia y atestiguado por numerosos ejemplos en todos los puntos del globo. Su efecto es el mantenimiento de las fuerzas productivas de la Tierra. Esa prolongada inmersión constituye para los terrenos sumergidos un lapso de descanso, durante el cual recuperan los principios vitales agotados por una producción no menos dilatada. Los inmensos depósitos de materias orgánicas formados por la permanencia de las aguas durante siglos y siglos, son abonos naturales renovados periódicamente, y las generaciones se suceden sin advertir esos cambios.⁴⁶

⁴⁶ Entre los acontecimientos más recientes que demuestran el desplazamiento del mar se pueden citar los siguientes:

En el golfo de Gascogne, entre el viejo Soulac y la Torre de Cordouan, cuando el mar está calmo, se percibe en el fondo del agua partes de una muralla: se trata de los restos de la antigua e importante ciudad de *Noviomagus*, invadida por las olas en 580. El peñasco de Cordouan, que se encontraba por entonces pegado a la orilla, ahora está a 12 kilómetros.

En el mar de la Mancha, sobre la costa del Havre, las aguas ganan terreno día a día y minan los acantilados de Sainte-Adresse, que poco a poco se desmoronan. A dos kilómetros de la costa, entre Sainte-Adresse y el cabo de La Hève, se encuentra el banco del Éclat, que tiempo atrás se hallaba a la vista y pegado a tierra firme. Antiguos documentos demuestran que en ese lugar, por sobre el cual actualmente se navega, existía la pequeña aldea de Saint-Denis-chef-de-Caux. Como el mar invadió el terreno en el siglo XIV, la iglesia quedó bajo las aguas en 1378. Hay quienes dicen que cuando hay buen tiempo se puede ver sus ruinas en el fondo del mar.

En casi toda la extensión del litoral de Holanda, el mar sólo está contenido mediante diques, que se rompen de tanto en tanto. El antiguo lago *Flevo*, que se unió con el mar en 1225, forma hoy el golfo de Zuyderzée. Esa irrupción del océano devoró varias poblaciones.

De acuerdo con esto, el territorio de París y de toda Francia habrá de ser un día ocupado nuevamente por el mar, como ya lo ha sido en muchas oportunidades, en concordancia con lo que muestran las observaciones geológicas. Entonces, las regiones montañosas formarán islas, como lo son ahora Jersey, Guernesey e Inglaterra, que antiguamente lindaban con el continente.

Se navegará por encima de regiones que actualmente se recorren con el ferrocarril; los barcos tendrán un puerto en Montmartre, en el monte Valeriano, en las colinas de Saint-Cloud o de Meudon; los bosques y florestas que actualmente son lugares de paseo, quedarán sepultados por las aguas, cubiertos de limo, y poblados de peces en ves de pájaros.

El diluvio bíblico no puede haber tenido esa causa, pues la invasión de las aguas fue repentina y su permanencia de breve duración, mientras que de otro modo esa permanencia habría sido de muchos miles de años, y se extendería hasta el presente, sin que los hombres lo hubieran notado. (N. de Allan Kardec.)

Cataclismos futuros

11. Las grandes conmociones de la Tierra se han producido en épocas en las que la corteza sólida del planeta, debido a su escaso espesor, ofrecía una débil resistencia a la actividad de las materias incandescentes de su interior. Esas conmociones fueron disminuyendo de intensidad a medida que la corteza se consolidaba. Numerosos volcanes se encuentran actualmente extinguidos, mientras que otros fueron sepultados por los terrenos de formación posterior.

Por cierto, todavía podrán producirse perturbaciones locales a consecuencia de erupciones volcánicas provenientes de algunos volcanes nuevos, y a raíz de inundaciones repentinas de determinadas regiones; algunas islas podrán surgir del mar y otras ser devoradas por él, pero la época de los cataclismos generales, como los que caracterizaron los grandes períodos geológicos, ya pasó. La Tierra consiguió una estabilidad que, sin ser absolutamente invariable, mantiene en adelante al género humano a resguardo de las perturbaciones generales, a menos que intervengan causas desconocidas, ajenas a nuestro globo, que de ningún modo se pueden prever.

12. En cuanto a los cometas, en la actualidad tenemos plena certeza de la influencia que ejercen, más saludable que nociva. Parecieran destinados a reabastecer a los mundos, si así podemos decirlo, aportándoles los principios vitales que almacenaron durante su trayectoria a través del espacio y en la vecindad de los soles. Así pues, serían fuentes de prosperidad y no mensajeros de desgracias.

A consecuencia de su naturaleza fluídica, hoy debidamente comprobada (Véase el Capítulo VI, § 28 y siguientes), ya no hay que temer un choque violento de un cometa con nuestro planeta, porque si alguno de ellos se encontrase con la Tierra, sería esta la que lo atravesaría como si pasase por un banco de niebla.

Menos temible aún es la cola que arrastran, pues no es otra cosa que la reflexión de la luz solar en la inmensa atmósfera que los circun-

da, al punto que se la ve constantemente dirigida hacia el lado opuesto al Sol y cambia de dirección de acuerdo con la posición de ese astro. Esa materia gaseosa puede también, a consecuencia de la velocidad de su desplazamiento, formar una especie de cabellera semejante al rastro que deja en el mar un barco en movimiento, o al humo de una locomotora. Por otra parte, numerosos cometas ya se han aproximado a la Tierra sin que causaran daño alguno; y a consecuencia de sus respectivas densidades, la Tierra ejercería sobre el cometa una atracción mayor que la del cometa sobre ella. Solamente algún resto de viejos prejuicios puede influir para que la presencia de un cometa inspire terror.⁴⁷

13. También es preciso relegar entre las hipótesis quiméricas la posibilidad del encuentro de la Tierra con otro planeta. La regularidad y la invariabilidad de las leyes que rigen los movimientos de los cuerpos celestes hacen que sea imposible semejante encuentro.

Sin embargo, la Tierra tendrá un final. ¿De qué manera? Eso todavía pertenece al dominio de las conjeturas; pero como aún se halla lejos de la perfección que puede alcanzar, así como de la antigüedad que indicaría su declinación, sus habitantes actuales pueden tener la seguridad de que ese fenómeno no se producirá mientras ellos vivan. (Véase el Capítulo VI, § 48 y siguientes.)

14. Físicamente, la Tierra ha pasado por las convulsiones de su infancia; ingresó ahora en un período de relativa estabilidad: en el del progreso pacífico, que se realiza mediante la repetición regular de los mismos fenómenos físicos y por el concurso inteligente del hombre. Pero *está aún en pleno trabajo de gestación del progreso moral*. Allí residirá la causa de sus mayores conmociones. *Hasta que la humanidad haya crecido lo suficiente en perfección, tanto por la inteligencia como por la práctica de las leyes divinas, las mayores perturbaciones serán causadas más por los hombres que por la naturaleza, es decir, serán más morales y sociales que físicas.*

⁴⁷ El cometa de 1861 atravesó la órbita de la Tierra a 20 horas de distancia del punto donde esta se encontraba, razón por la cual la Tierra estuvo sumergida en su atmósfera sin que de ello resultara ningún accidente. (N. de Allan Kardec.)

Aumento o disminución del volumen de la Tierra⁴⁸

15. El volumen de la Tierra, ¿aumenta, disminuye o permanece estacionario? Para sostener que el volumen de la Tierra aumenta, algunos se basan en el hecho de que las plantas aportan al suelo más de lo que extraen de él. Eso es verdad en un sentido, pero no en otro. Las plantas se nutren tanto, e incluso más, de las sustancias gaseosas que absorben de la atmósfera como de las que succionan a través de las raíces. Ahora bien, la atmósfera es parte integrante del globo; los gases que la constituyen provienen de la descomposición de los cuerpos sólidos, y estos, al recomponerse, recuperan lo que le habían dado. Se trata de un intercambio o, más aún, de una permanente transformación, de tal modo que el aumento de los vegetales y los animales se produce con el auxilio de los elementos constitutivos del globo, y sus despojos, por más considerables que sean, no acrecientan ni en un solo átomo a su masa. Si por esa causa, la parte sólida del globo aumentase de manera permanente, sería a expensas de la atmósfera, que disminuiría otro tanto y acabaría siendo inadecuada para la vida en caso de que no recuperase, mediante la descomposición de los cuerpos sólidos, lo que pierde por la composición de estos.

En el origen de la Tierra, las primeras capas geológicas se formaron con materias sólidas, momentáneamente volatilizadas por efecto de la elevada temperatura, y que, condensadas más tarde por el enfriamiento, se precipitaron. No cabe duda de que estas elevaron en alguna medida la superficie del suelo, aunque sin que agregaran nada a la masa total, dado que en ello sólo había un desplazamiento de materia. Cuando la atmósfera, depurada de los elementos extraños que contenía en suspensión, se encontró en su

⁴⁸ Véase la *Revista Espírita* de septiembre de 1868. (N. del T.)

estado normal, las cosas tomaron el curso regular que siguieron posteriormente. Hoy, un mínimo cambio en la constitución de la atmósfera acarrearía, forzosamente, la destrucción de los habitantes de la Tierra; pero también es probable que se formasen nuevas razas con otras condiciones.

Considerada desde ese punto de vista, la masa del globo, es decir, la suma de las moléculas que componen el conjunto de sus partes sólidas, líquidas y gaseosas, es indudablemente la misma desde su origen. Si el globo experimentase una dilatación o una condensación, su volumen aumentaría o disminuiría sin que la masa sufriese ninguna alteración. Por consiguiente, si la Tierra aumentase de masa, sería por efecto de una causa extraña, ya que ella no podría extraer de sí misma los elementos necesarios para agrandarse.

Existe una opinión según la cual el globo aumentaría de masa y de volumen por el flujo de materia cósmica interplanetaria. Esta idea no tiene nada de irracional, pero es por demás hipotética como para aceptarla en principio. No es más que un sistema combatido por los sistemas contrarios, sobre los cuales la ciencia todavía no se ha pronunciado. Al respecto, hacemos constar seguidamente la opinión del eminente Espíritu que dictó los sabios estudios *uranográficos* incluidos en el capítulo VI de esta obra:

“Los mundos se agotan por el envejecimiento y tienden a disolverse para servir de elementos de formación a otros universos. Restituyen poco a poco al fluido cósmico universal del espacio lo que de él han extraído para su formación. Por otra parte, todos los cuerpos se gastan por el frotamiento; el movimiento rápido e incesante del globo a través del fluido cósmico produce el efecto de disminuir constantemente su masa, aunque en una cantidad inapreciable en un determinado lapso.”⁴⁹

⁴⁹ En su movimiento de traslación en torno del Sol, la velocidad de la Tierra es de 400 leguas por minuto. Dado que su circunferencia es de 9.000 leguas, en su movimiento de rotación alrededor de su eje, cada punto del ecuador recorre 9.000 leguas en 24 horas, o 6,3 leguas por minuto. (N. de Allan Kardec.)

”Según mi opinión, la existencia de los mundos puede dividirse en tres períodos. El primer período es el de la condensación de la materia, durante el cual el volumen del globo disminuye considerablemente, aunque la masa siga siendo la misma; es el período de la infancia. El segundo período corresponde a la contracción y solidificación de la corteza, a la eclosión de los gérmenes y el desarrollo de la vida hasta la aparición del tipo más perfeccionado. En ese momento, el globo está en toda su plenitud; es la época de la virilidad, durante la cual pierde, pero muy poco, sus elementos constitutivos. Por último, a medida que sus habitantes progresan *espiritualmente*, el globo atraviesa el período de decrecimiento *material*; sufre pérdidas no sólo como consecuencia del frotamiento, sino también por la desagregación de las moléculas, como una piedra dura que, corroída por el tiempo, acaba reducida a polvo. En su doble movimiento de rotación y traslación, el globo entrega al espacio fragmentos fluidificados de su sustancia, hasta el momento en que se completa su disolución.

”Con todo, en ese caso, como el poder de atracción es proporcional a la masa (no digo al volumen), una vez disminuida la masa del globo, se modifican sus condiciones de equilibrio en el espacio. Dominado por mundos más poderosos, a los cuales ya no puede hacer contrapeso, resultan de ahí desvíos en sus movimientos y, por lo tanto, profundos cambios en las condiciones de vida en su superficie. De esa manera, nacimiento, vida y muerte; o infancia, virilidad y decrepitud, son las tres fases por las que pasa toda aglomeración de materia orgánica o inorgánica. Sólo el Espíritu, que no es materia, es indestructible.” (Galileo, *Sociedad de París*, 1868.)





Génesis orgánica

Formación inicial de los seres vivos • El principio vital • Generación espontánea • Escala de los seres orgánicos • El hombre corporal.

Formación inicial de los seres vivos

1. Hubo un tiempo en que los animales no existían, de modo que estos han tenido un comienzo. Cada especie apareció a medida que el globo adquiría las condiciones necesarias para su existencia. Esto es indudable. Ahora bien, ¿cómo se formaron los primeros individuos de cada especie? Se entiende que desde que existió una primera pareja, los individuos se multiplicaron. Pero ¿de dónde salió esa primera pareja? Ese es uno de los misterios inherentes al principio de las cosas, respecto de los cuales sólo podemos enunciar hipótesis. Si la ciencia no está en condiciones aún de resolver por completo el problema, puede al menos encaminarse hacia la solución.

2. La primera cuestión que se presenta es esta: Cada especie animal, ¿salió de una *pareja primitiva* o de varias parejas creadas o, si se prefiere, que *brotaron* simultáneamente en diferentes lugares?

Esta última suposición es la más probable, y se puede incluso decir que surge de la observación. En efecto, el estudio de

las capas geológicas confirma la presencia, en terrenos de idéntica formación y en proporciones enormes, de las mismas especies en puntos del globo muy alejados entre sí. Esa multiplicación tan generalizada, y en cierto modo contemporánea, habría sido imposible con un único tipo primitivo.

Por otro lado, la vida de un individuo, sobre todo de un individuo de una especie que hace su primera aparición, está sujeta a tantas vicisitudes, que una creación entera podría quedar comprometida sin la pluralidad de los tipos, lo que implicaría una inadmisibles falta de previsión de parte del Creador supremo. Asimismo, si un tipo pudo formarse en un lugar, también podría formarse en muchos otros sitios, por efecto de la misma causa.

Por consiguiente, todo parece concurrir para probar que hubo una creación simultánea y múltiple de las primeras parejas de cada especie animal y vegetal.

3. La formación de los primeros seres vivos puede deducirse, por analogía, de la misma ley por la cual se formaron y se forman todos los días los cuerpos inorgánicos. A medida que se profundiza el estudio de las leyes de la naturaleza, los engranajes que a primera vista parecían tan complicados, se simplifican y confunden en la gran ley de unidad que rige toda la obra de la Creación. Eso se entenderá mejor cuando se haya comprendido la formación de los cuerpos inorgánicos, que es su primer grado.

4. La química considera como elementales un cierto número de sustancias, tales como el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el carbono, el cloro, el yodo, el flúor, el azufre, el fósforo y todos los metales. Al combinarse, estos forman los cuerpos compuestos: los óxidos, los ácidos, los álcalis, las sales y las innumerables variedades que surgen de la combinación de estos.

La combinación de dos cuerpos para formar un tercero requiere una especial confluencia de circunstancias, ya sea un determinado grado de calor, de sequedad o de humedad, de mo-

vimiento o de reposo, o bien una corriente eléctrica, etc. Si esas condiciones no existen, la combinación no se produce.

5. Cuando hay una combinación, los cuerpos componentes pierden sus propiedades características, mientras que el compuesto resultante adquiere otras nuevas, diferentes de las primeras. Así, por ejemplo, el oxígeno y el hidrógeno, que son dos gases invisibles, al combinarse químicamente forman el agua, que es líquida, sólida o gaseosa, según la temperatura. En el agua ya no existe, para ser precisos, ni oxígeno ni hidrógeno, sino un cuerpo nuevo. Al descomponerse esa agua, los dos gases que quedaron libres recobran sus propiedades y ya no hay agua. De ese modo, la misma cantidad de agua puede ser alternativamente descompuesta y recompuesta hasta el infinito.

6. La composición y la descomposición de los cuerpos se producen a consecuencia del grado de afinidad que tengan entre sí los principios elementales. La formación del agua, por ejemplo, resulta de la afinidad recíproca que existe entre el oxígeno y el hidrógeno; pero si se pone en contacto con el agua un cuerpo que tenga más afinidad con el oxígeno que la que este tiene con el hidrógeno, el agua se descompone; el oxígeno es absorbido, el hidrógeno queda libre, y ya no hay agua.

7. Los cuerpos compuestos se forman siempre en proporciones definidas, es decir, por la combinación de una cantidad determinada de los principios constituyentes. Así, para formar agua son necesarias una parte de oxígeno y dos de hidrógeno. Si se combinan dos partes de oxígeno con dos de hidrógeno, en vez de agua tendremos bióxido de hidrógeno, un líquido corrosivo, pero formado con los mismos elementos que entran en la composición del agua, aunque en otra proporción.

8. Esa es, en pocas palabras, la ley que preside la formación de todos los cuerpos de la naturaleza. La innumerable variedad de esos cuerpos resulta de un reducidísimo número de principios elementales combinados en proporciones diferentes.

Así, el oxígeno, combinado en ciertas proporciones con el carbono, el azufre y el fósforo, forma los ácidos carbónico, sulfúrico y fosfórico; el oxígeno y el hierro forman el óxido de hierro o herrumbre; el oxígeno y el plomo, ambos inofensivos, dan origen a los óxidos de plomo, tales como el litargirio, el albayalde, el minio, que son venenosos. El oxígeno con los metales denominados calcio, sodio y potasio, forman la cal, la soda y la potasa. La cal, unida al ácido carbónico forma los carbonatos de cal o piedras calcáreas, tales como el mármol, la tiza, la piedra de construcción, las estalactitas de las grutas; unida al ácido sulfúrico forma el sulfato de cal o yeso y el alabastro; unida al ácido fosfórico forma el fosfato de cal, base sólida de los huesos; el cloro y el hidrógeno forman el ácido clorhídrico o hidroc্লórico; el cloro y el sodio forman el cloruro de sodio o sal marina.

9. Todas esas combinaciones, y miles de otras, se obtienen artificialmente en pequeña escala en los laboratorios de química; y se producen espontáneamente y en gran escala en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

En su origen, la Tierra no contenía esas materias combinadas, sino solamente sus principios constitutivos volatilizados. Cuando las tierras calcáreas y otras, que con el tiempo se convirtieron en piedras, se depositaron en su superficie, aquellas materias no existían totalmente formadas; no obstante, en el aire se encontraban, en estado gaseoso, todas las sustancias primitivas. Esas sustancias, precipitadas por efecto del enfriamiento, y sometidas a circunstancias favorables, se combinaron según el grado de sus afinidades moleculares. Entonces se formaron las diferentes variedades de carbonatos, sulfatos, etc., al principio disueltos en las aguas y luego depositados en la superficie del suelo.

En la suposición de que, por una causa cualquiera, la Tierra volviese a su estado primitivo de incandescencia, todo se descompondría; los elementos se separarían; todas las sustancias fusibles

se fundirían; todas las que son volatilizables se volatilizarían. Posteriormente, otro enfriamiento determinaría una nueva precipitación, y de nuevo se formarían las antiguas combinaciones.

10. Estas consideraciones demuestran cuán necesaria era la química para la comprensión de la génesis.

Antes de que se conocieran las leyes de la afinidad molecular era imposible que se comprendiera la formación de la Tierra. Esta ciencia ha arrojado importante luz sobre la cuestión, como lo hicieron la astronomía y la geología desde otros puntos de vista.

11. En la formación de los cuerpos sólidos, uno de los fenómenos más notables es el de la cristalización, que consiste en la forma regular que adoptan ciertas sustancias al pasar del estado líquido o gaseoso al estado sólido. Esa forma, que varía de acuerdo con la naturaleza de la sustancia, es generalmente la de sólidos geométricos, tales como el prisma, el romboide, el cubo y la pirámide. Todos conocen los cristales del azúcar cande, los cristales de roca o silicio cristalizado. Son prismas de seis caras que terminan en una pirámide también hexagonal. El diamante es carbono puro o carbón cristalizado. Las figuras que en invierno se producen sobre los vidrios se deben a la cristalización del vapor de agua durante la congelación, con la forma de agujas prismáticas.

La disposición regular de los cristales corresponde a la forma particular de las moléculas de cada cuerpo. Esas partículas, infinitamente pequeñas para nosotros, pero que no dejan por eso de ocupar un cierto espacio, aproximadas las unas a las otras por atracción molecular, se acomodan y se yuxtaponen según lo exigen sus formas, de modo que cada una tome su lugar alrededor del núcleo o principal centro de atracción, para constituir un conjunto simétrico.

La cristalización sólo ocurre en ciertas circunstancias favorables, fuera de las cuales no puede producirse. El grado de la temperatura y el reposo son condiciones esenciales. Se comprende que demasiado calor, al mantener separadas las moléculas, no les permitiría

que se condensasen, y que la agitación, al impedir que se acomoden simétricamente, sólo les dejaría que formen una masa confusa e irregular y, por lo tanto, sin la cristalización propiamente dicha.

12. La ley que rige la formación de los minerales conduce naturalmente a la formación de los cuerpos orgánicos.

El análisis químico muestra que todas las sustancias vegetales y animales están compuestas por los mismos elementos que los cuerpos inorgánicos. De esos elementos, los que desempeñan un rol principal son el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono. Los demás sólo se encuentran de manera eventual. Al igual que en el reino mineral, la diferencia de proporciones en la combinación de esos elementos produce todas las variedades de sustancias orgánicas y sus diversas propiedades, tales como los músculos, los huesos, la sangre, la bilis, los nervios, la sustancia cerebral y la grasa, en los animales; la savia, la madera, las hojas, los frutos, las esencias, los aceites, las resinas, etc., en los vegetales. Por consiguiente, en la formación de los animales y las plantas no interviene ningún elemento especial que no se encuentre también en el reino mineral.⁵⁰

13. Algunos ejemplos comunes permitirán que se comprendan las transformaciones que ocurren en el reino orgánico por la sola modificación de los elementos constitutivos.

⁵⁰ El cuadro siguiente corresponde al análisis de algunas sustancias y muestra la diferencia de propiedades que resulta tan sólo de la diferencia en la proporción en que entran los elementos constituyentes. Sobre 100 partes tenemos:

	Carbono	Hidrógeno	Oxígeno	Nitrógeno
Azúcar de caña	42.470	6.900	50.630	-
Azúcar de uva	36.710	6.780	56.510	-
Alcohol	51.980	13.700	34.320	-
Aceite de oliva	77.210	13.360	9.430	-
Aceite de nuez	79.774	10.570	9.122	0.534
Grasa	78.996	11.700	9.304	-
Fibrina	53.360	7.021	19.685	19.934

(N. de Allan Kardec.)

En el jugo de uva aún no hay vino ni alcohol, sino simplemente agua y azúcar. Cuando el jugo madura y las condiciones son propicias, se produce en él una actividad interna a la que se da el nombre de fermentación. A raíz de esa actividad, una parte del azúcar se descompone; el oxígeno, el hidrógeno y el carbono se separan y se combinan en las proporciones necesarias para producir el alcohol, de tal modo que cuando se bebe el jugo de uva no se bebe en realidad alcohol, pues este todavía no existe. El alcohol se forma de las partes constituyentes del agua y del azúcar, sin que haya, en suma, ni una molécula de más ni una de menos.

En el pan y las legumbres que se comen no hay, por cierto, ni carne, ni sangre, ni huesos, ni bilis, ni sustancia cerebral; sin embargo, esos mismos alimentos, al descomponerse y recomponerse durante el trabajo de la digestión, producen esas diferentes sustancias tan sólo por la transmutación de sus elementos constitutivos.

En la semilla de un árbol tampoco hay madera, ni hojas, ni flores, ni frutos, y sería un error pueril suponer que el árbol entero, en tamaño microscópico, se encuentra allí. Casi no existe siquiera en la simiente la cantidad de oxígeno, hidrógeno y carbono necesaria para formar la hoja del árbol. La semilla contiene un germen que hace eclosión cuando encuentra condiciones favorables. Ese germen se desarrolla debido a los jugos que absorbe de la tierra y a los gases que aspira del aire. Esos jugos, que no son madera, ni hojas, ni flores, ni frutos, al infiltrarse en la planta forman la savia, del mismo modo que en los animales forman la sangre. Transportada por la circulación a todas las partes del vegetal, según el órgano adonde llega, la savia experimenta una elaboración especial y se transforma en madera, hojas, frutos, así como la sangre se transforma en carne, huesos, bilis, etc. No obstante, se trata siempre de los mismos elementos: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, combinados de diversas maneras.

14. Por consiguiente, las diferentes combinaciones de los elementos para la formación de las sustancias minerales, vegetales y

animales, no pueden producirse sino en los medios y en las circunstancias propicias; fuera de esas circunstancias, los principios elementales permanecen en una especie de inercia. Con todo, a partir del momento en que las circunstancias se vuelven favorables, comienza un trabajo de elaboración; las moléculas se ponen en movimiento, se agitan, se atraen, se aproximan y se separan por efecto de la ley de las afinidades y, mediante sus múltiples combinaciones, componen la infinita variedad de las sustancias. Si esas condiciones desaparecen, el trabajo cesa bruscamente y vuelve a comenzar cuando estas se presentan nuevamente. Así es como la vegetación se activa, se debilita, se detiene y prosigue, bajo la acción del calor, de la luz, de la humedad, del frío o de la sequía; así es como una planta prospera en un clima o en un terreno, y se marchita o muere en otros.

15. Lo que ocurre a diario delante de nuestros ojos puede orientarnos acerca de lo que sucedió en el origen de los tiempos, ya que las leyes de la naturaleza son invariables.

Puesto que los elementos constitutivos de los seres orgánicos e inorgánicos son los mismos, y que los vemos constantemente, en determinadas circunstancias, formar piedras, plantas y frutos, podemos inferir de ahí que los cuerpos de los primeros seres vivos se formaron, como las primeras piedras, por la reunión de las moléculas elementales, en virtud de la ley de afinidad, a medida que las condiciones de vitalidad del globo fueron propicias para tal o cual especie.

La semejanza de forma y de colores en la reproducción de los individuos de cada especie puede compararse con la semejanza de forma de cada especie de cristal. Como se yuxtaponen por la acción de la misma ley, las moléculas producen un conjunto análogo.

El principio vital

16. Cuando decimos que las plantas y los animales están formados por los mismos principios que constituyen los mine-

rales, hablamos en sentido exclusivamente material, pues sólo se trata del cuerpo.

Sin referirnos al principio inteligente, que es una cuestión aparte, existe en la materia orgánica un principio especial, inaprensible, que aún no se ha podido definir: *el principio vital*. Ese principio, que está activo en el ser vivo, se ha *extinguido* en el ser muerto; pero no por eso deja de conferirle a la sustancia propiedades características que la distinguen de las sustancias inorgánicas. La química, que descompone y recompone la mayor parte de los cuerpos inorgánicos, también consiguió descomponer los cuerpos orgánicos, pero nunca llegó a reconstituir ni siquiera una hoja muerta, lo que constituye una prueba evidente de que existe en los seres orgánicos algo que no existe en los inorgánicos.

17. ¿Será el principio vital algo distinto, que tiene existencia propia? ¿O bien, integrado en el sistema de la unidad del elemento generador, no es más que un estado particular, una de las modificaciones del fluido cósmico universal, mediante la cual este se convierte en el principio de vida, del mismo modo que se convierte en luz, fuego, calor, electricidad? En este último sentido, las comunicaciones que hemos reproducido más arriba resuelven el problema. (Véase el Capítulo VI: *Uranografía general*.)

No obstante, sea cual fuere la opinión que se tenga sobre la naturaleza del principio vital, lo cierto es que existe, pues observamos sus efectos. Por lo tanto, podemos admitir lógicamente que, al formarse, los seres orgánicos han asimilado el principio vital, pues este es necesario para su destino; o si se prefiere, que ese principio se desarrolló en cada individuo por efecto mismo de la combinación de los elementos, tal como se desarrollan en ciertas circunstancias el calor, la luz y la electricidad.

18. Al combinarse sin el principio vital, el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono sólo habrían formado un mineral o cuerpo inorgánico. Sin embargo, puesto que el principio vital

modifica la constitución molecular de ese cuerpo, le confiere propiedades especiales y, en lugar de una molécula mineral, se obtiene una molécula de materia orgánica.

La actividad del principio vital es mantenida durante la vida mediante la acción del funcionamiento de los órganos, del mismo modo que el calor por el movimiento de rotación de una rueda. Al cesar esa acción, con motivo de la muerte, el principio vital se *extingue*, al igual que el calor cuando la rueda deja de girar. No obstante, el *efecto* producido sobre el estado molecular del cuerpo por el principio vital subsiste hasta después de la extinción de ese principio, como la carbonización de la madera persiste después de que se ha extinguido el calor. En el análisis de los cuerpos orgánicos, la química encuentra los elementos que los constituyen: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, pero no puede reconstituir aquellos cuerpos; dado que ya no existe la causa, le es imposible reproducir el *efecto*, mientras que sí puede reconstituir una piedra.

19. Hemos tomado como elemento de comparación el calor que se desarrolla por el movimiento de una rueda, por tratarse de un efecto común, que todos conocen, y es más fácil de comprender. No obstante, habríamos sido más exactos si hubiésemos dicho que, en la combinación de los elementos para formar los cuerpos orgánicos, se desarrolla la *electricidad*. Los cuerpos orgánicos serían entonces verdaderas *pilas eléctricas*, que funcionan mientras los elementos de esas pilas se encuentran en las condiciones requeridas para producir electricidad: esa es la vida; y que dejan de funcionar cuando esas condiciones desaparecen: esa es la muerte. De acuerdo con esto, el principio vital no sería más que una especie particular de electricidad, denominada *electricidad animal*, que durante la vida se desprende mediante la acción de los órganos, y cuya producción cesa en ocasión de la muerte, a raíz de que se extingue esa acción.

Generación espontánea

20. Es natural preguntarse por qué ya no se forman seres vivos en las mismas condiciones en que se formaron los primeros que aparecieron en la Tierra.

La cuestión de la generación espontánea, que actualmente preocupa a la ciencia, aunque todavía no haya un acuerdo en cuanto a su resolución, no deja de arrojar luz sobre ese punto. El problema propuesto es el siguiente: en nuestros días, ¿se forman espontáneamente seres orgánicos por la simple reunión de los elementos que los constituyen, sin gérmenes producidos previamente por el modo habitual de generación? Dicho de otro modo: ¿se forman seres sin padre ni madre?

Los partidarios de la generación espontánea responden afirmativamente, y se apoyan en observaciones directas que parecen concluyentes. Otros piensan que todos los seres vivos se reproducen los unos mediante los otros, y se basan en el hecho, constatado por la experiencia, de que los gérmenes de ciertas especies vegetales y animales, incluso dispersos, conservan la vitalidad en estado latente durante un lapso considerable, hasta que las circunstancias sean favorables a su eclosión. Esta opinión deja siempre pendiente la cuestión sobre cómo se formaron los primeros tipos de cada especie.

21. Sin rebatir ninguno de los dos sistemas, conviene destacar que el principio de la generación espontánea evidentemente sólo se puede aplicar a los seres de los órdenes más inferiores de los reinos vegetal y animal, a aquellos en los cuales la vida comienza a despuntar y cuyo organismo, extremadamente simple, es en cierto modo rudimentario. Fueron esos, de hecho, los primeros que aparecieron en la Tierra y cuya formación debió de ser espontánea. En ese caso, asistiríamos a una creación permanente, análoga a la que se produjo en las primeras edades del mundo.

22. Pero entonces, ¿por qué no se forman de la misma manera los seres de organización compleja? Es un hecho positivo que esos seres no han existido siempre; por consiguiente, tuvieron un comienzo. Si el musgo, el liquen, el zoófito, el infusorio, las lombrices intestinales y otros se reproducen espontáneamente, ¿por qué no sucede lo mismo con los árboles, los peces, los perros o los caballos?

Por el momento, aquí se detienen las investigaciones; se pierde el hilo conductor, y hasta que este sea encontrado, el terreno queda abierto a las hipótesis. Sería, pues, imprudente y prematuro presentar estos sistemas como verdades absolutas.

23. Si la generación espontánea es un hecho demostrado, por más limitado que sea, no deja de constituir un hecho fundamental, un hito capaz de indicar el camino para nuevas investigaciones. Si los seres orgánicos complejos no se producen de esa manera, ¿quién sabe cómo comenzaron? ¿Quién conoce el secreto de todas las transformaciones? Si vemos al roble brotar de la bellota, ¿quién puede sostener que no exista un lazo misterioso entre el pólipo y el elefante? (Véase el § 25.)

En el estado actual de nuestros conocimientos, no podemos instalar la teoría de la generación espontánea *permanente* más que como una hipótesis probable, que un día, tal vez, ocupe un lugar entre las verdades científicas reconocidas.⁵¹

Escala de los seres orgánicos

24. No existe una delimitación nítidamente marcada entre los reinos vegetal y animal. En las fronteras de los dos reinos están los *zoófitos* o *animales plantas*, cuyo nombre indica que participan de uno y otro y les sirven como punto de contacto.

⁵¹ Véase, en la *Revista Espírita* de julio de 1868, el artículo acerca del desarrollo de la teoría de la generación espontánea: "La generación espontánea y la génesis". (N. de Allan Kardec.)

Al igual que los animales, las plantas nacen, viven, crecen, se alimentan, respiran, se reproducen y mueren. También necesitan luz, calor y agua para vivir; en caso de que les falten esos elementos, se marchitan y mueren. La absorción de un aire viciado y de sustancias deletéreas las envenena. Su carácter distintivo más acentuado es el hecho de que permanezcan vinculadas al suelo y extraigan de él su alimento, sin desplazarse.

El zoófito tiene la apariencia exterior de la planta. Como planta, se mantiene vinculado al suelo; como animal, la vida en él se encuentra más manifiesta: toma su alimentación del medio ambiente.

Un escalón más arriba, el animal es libre y busca su alimento. En primer lugar, se encuentran las numerosas variedades de pólipos de cuerpos gelatinosos, que carecen de órganos bien definidos, y sólo difieren de las plantas por la facultad de locomoción. Siguen, en el orden del desarrollo de los órganos, de la actividad vital y del instinto: los helmintos o lombrices intestinales; los moluscos, animales carnosos desprovistos de huesos, algunos de los cuales están desnudos, como las babosas y los pulpos; y otros provistos de conchas, como el caracol y la ostra. Los crustáceos, cuya piel está cubierta con una corteza sólida, como el cangrejo y la langosta de mar; los insectos, en los cuales la vida despliega una actividad prodigiosa y se manifiesta el instinto industrioso, como la hormiga, la abeja y la araña. Algunos experimentan metamorfosis, como la oruga, que se transforma en una delicada mariposa. Sigue, a continuación, el orden de los vertebrados, animales de esqueleto óseo, que comprende los peces, los reptiles, las aves y, por último, los mamíferos, cuya organización es la más completa.

25. Si se consideran solamente los dos puntos extremos de la cadena, sin duda no habrá aparentemente ninguna analogía; pero si se pasa de un eslabón al otro sin solución de continuidad, se llega sin una transición brusca de la planta a los animales vertebrados. Se comprende entonces que los animales de organización compleja

no son más que una transformación o, si se prefiere, un desarrollo gradual, al comienzo imperceptible, de la especie inmediatamente inferior, y así sucesivamente, hasta el ser primitivo elemental. Entre la bellota y el roble la diferencia es muy importante; sin embargo, si acompañamos paso a paso el desarrollo de la bellota, llegaremos al roble, y ya no nos sorprenderemos de que este provenga de una semilla tan pequeña. Por consiguiente, si la bellota encierra en estado latente los elementos apropiados para la formación de un árbol gigantesco, ¿por qué no ocurriría lo mismo desde el ácaro al elefante? (Véase el § 23.)

Ante lo expuesto, se comprende que no exista la generación espontánea más que para los seres orgánicos elementales. Las especies superiores serían el resultado de las transformaciones sucesivas de esos mismos seres, a medida que las condiciones atmosféricas fueron propicias para ellos. Al adquirir cada especie la facultad de reproducirse, los cruzamientos dieron por resultado incontables variedades. Más tarde, una vez que la especie se instaló en condiciones de vitalidad duradera, ¿quién podría negar que los gérmenes primitivos de donde ella surgió hayan desaparecido a partir de entonces por ser inútiles? ¿Quién podría negar que nuestro ácaro actual es idéntico al que, de transformación en transformación, produjo al elefante? De ese modo se explicaría por qué no existe la generación espontánea entre los animales de organización compleja.

Esta teoría, aunque no ha sido aceptada de manera definitiva, es la que tiende actualmente a predominar en la ciencia. Los investigadores serios la aceptan como la más racional entre todas las que existen.

El hombre corporal

26. Desde el punto de vista corporal y puramente anatómico, el hombre pertenece a la clase de los mamíferos, de los cuales

difiere únicamente por algunos matices en la forma exterior. En cuanto a lo demás, posee la misma composición química de los animales, los mismos órganos, las mismas funciones y los mismos modos de nutrición, de respiración, de secreción y de reproducción. El hombre nace, vive y muere en las mismas condiciones y, cuando muere, su cuerpo se descompone como el de todo ser viviente. No hay en su sangre, ni en su carne, ni en sus huesos, un átomo diferente de los que se encuentran en el cuerpo de los animales. Como estos, al morir devuelve a la tierra el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono que se habían combinado para formarlo, de modo que esos elementos, mediante nuevas combinaciones, van a formar nuevos cuerpos minerales, vegetales y animales. La analogía es tan grande que, cuando las experiencias no pueden hacerse en el propio hombre, sus funciones orgánicas se estudian en ciertos animales.

27. Dentro de la clase de los mamíferos, el hombre pertenece al orden de los *bímanos*. Inmediatamente por debajo de él están los *cuadrumanos* (animales de cuatro manos) o monos, algunos de los cuales, como el orangután y el chimpancé, tienen cierto parecido con el hombre, a tal punto que durante mucho tiempo se los denominó *hombres de los bosques*. Como el hombre, esos monos caminan erguidos, usan palos como herramientas, construyen chozas y se llevan el alimento a la boca valiéndose de las manos: signos característicos.

28. Por poco que se observe la escala de los seres vivos, desde el punto de vista del organismo, se reconoce que desde el liquen hasta el árbol, y desde el zoófito hasta el hombre, existe una cadena que se eleva gradualmente sin solución de continuidad, y cuyos eslabones tienen, sin excepción, un punto de contacto con el eslabón precedente. *Si se acompaña paso a paso la serie de los seres, podría decirse que cada especie es un perfeccionamiento, una transformación de la especie inmediatamente inferior.* Dado que las condiciones del

cuerpo del hombre son idénticas a las de los otros cuerpos, química y constitucionalmente, y dado que nace, vive y muere de la misma manera, también él debe de haberse formado en las mismas condiciones que los demás.

29. Aunque eso pueda costarle mucho a su orgullo, el hombre debe resignarse a no ver en su *cuerpo material* más que el último eslabón de la animalidad *en la Tierra*. Ese es el inexorable argumento de los hechos, contra el cual sería inútil protestar.

No obstante, cuanto más disminuye para él el valor del cuerpo, tanto más crece en importancia el principio espiritual. Si el primero lo nivela con los irracionales, el segundo lo eleva a una altura inconmensurable. Vemos el límite extremo del animal, pero no vemos el límite al que puede llegar el Espíritu del hombre.

30. En eso el materialismo puede ver que el espiritismo, lejos de temer a los descubrimientos de la ciencia y su positivismo, va al encuentro de ellos y los provoca, porque tiene la certeza de que el principio espiritual, *que tiene existencia propia*, en nada será perjudicado.

El espiritismo marcha a la par del materialismo en el campo de la materia; admite todo lo que el materialismo admite; pero avanza hasta más allá del punto donde este se detiene. El espiritismo y el materialismo son como dos viajeros que caminan juntos a partir del mismo lugar; llegados a una cierta distancia, uno de ellos dice: "No puedo seguir". El otro prosigue y descubre un nuevo mundo. ¿Por qué, entonces, el primero manifiesta que el segundo ha perdido la razón, sólo porque vislumbra nuevos horizontes y se decide a trasponer los límites cuando el otro considera conveniente detenerse? ¿Acaso Cristóbal Colón no fue también tildado de loco porque creía en la existencia de un mundo más allá del océano? ¿Cuántos de esos locos sublimes han hecho avanzar a la humanidad y entraron en la Historia coronados de laureles después de que se les arrojó lodo!

Pues bien, el espiritismo, esta locura del siglo diecinueve, según aquellos que se obstinan en permanecer ligados a la Tierra, pone en evidencia un mundo mucho más importante para el hombre que América, ya que no todos los hombres van a América, mientras que todos, sin excepción, van al mundo de los Espíritus y realizan incesantes travesías de uno a otro.

Llegados al punto en que nos encontramos en relación con la génesis, el materialismo se detiene, en tanto que el espiritismo prosigue sus investigaciones en el dominio de la *génesis espiritual*.



CAPÍTULO XI



Génesis espiritual

El principio espiritual • Unión del principio espiritual con la materia • Hipótesis sobre el origen del cuerpo humano • Encarnación de los Espíritus • Reencarnaciones • Emigraciones e inmigraciones de los Espíritus • Raza adámica • Doctrina de los ángeles caídos y del paraíso perdido.

El principio espiritual

1. La existencia del principio espiritual es un hecho que, por decirlo así, no necesita más demostración que el de la existencia del principio material. Es, en cierta forma, una verdad axiomática: se confirma por sus efectos, como la materia por los que le son propios.

De acuerdo con este principio: “Dado que todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente”, no hay quien no haga la distinción entre el movimiento mecánico de una campana agitada por el viento, y el movimiento de esa misma campana para dar una señal, un aviso, lo que demuestra por eso mismo que obedece a un pensamiento, a una intención. Ahora bien, como a nadie se le puede ocurrir la idea de atribuir el pensamiento a la materia de la campana, se debe concluir que la

mueve una inteligencia a la cual le sirve de instrumento para que se ponga de manifiesto.

Por esa misma razón, nadie tendrá la idea de atribuir el pensamiento al cuerpo de un hombre muerto. Si cuando está vivo, el hombre piensa, se debe a que hay en él algo que ya no existe cuando está muerto. La diferencia que hay entre él y la campana consiste en que la inteligencia que hace que esta se mueva está fuera de ella, mientras que la que hace obrar al hombre está en él mismo.

2. El principio espiritual es el corolario de la existencia de Dios. Sin ese principio, Dios no tendría razón de ser, puesto que no se podría concebir que la soberana inteligencia reinara durante toda la eternidad únicamente sobre la materia bruta, como no se podría concebir que un monarca terrestre reinara durante toda su vida exclusivamente sobre piedras. Puesto que no se puede admitir a Dios sin los atributos esenciales de la Divinidad: la justicia y la bondad, esas cualidades serían inútiles si Él sólo pudiera ejercitarlas sobre la materia.

3. Por otro lado, no se podría concebir un Dios soberanamente justo y bueno, que creara seres inteligentes y sensibles, para arrojarlos a la nada luego de algunos días de padecimientos sin compensaciones, y que se recreara en esa sucesión indefinida de seres que nacen sin haberlo pedido, pensando por un instante apenas para que sólo conozcan el dolor y se extingan definitivamente después de una efímera existencia.

Sin la supervivencia del ser pensante los padecimientos de la vida serían, de parte de Dios, una crueldad sin objetivo. Por ese motivo, el materialismo y el ateísmo son consecuencia uno del otro: al negar la causa, no pueden admitir el efecto; al negar el efecto, no pueden admitir la causa. El materialismo es, pues, coherente consigo mismo, aunque no lo sea con la razón.

4. La idea de la perpetuidad del ser espiritual es innata en el hombre; se encuentra en él en estado de intuición y de anhelo. El hombre comprende que solamente ahí reside la compensación

de las miserias de la vida. Esa es la causa por la que siempre ha habido y habrá cada vez más espiritualistas que materialistas, y más deístas que ateos.

A la idea intuitiva y al poder del razonamiento, el espiritismo agrega la sanción de los hechos, la prueba material de la existencia del ser espiritual, de su supervivencia, de su inmortalidad y de su individualidad. Especifica y define lo que aquella idea tenía de vago y abstracto. Muestra que el ser inteligente actúa fuera de la materia, tanto después como durante la vida del cuerpo.

5. El principio espiritual y el principio vital, ¿son una sola y la misma cosa?

A partir, como siempre, de la observación de los hechos, diremos que si el principio vital fuese inseparable del principio inteligente, habría alguna razón para confundirlos. Sin embargo, dado que vemos seres que viven y no piensan, como las plantas; cuerpos humanos que continúan animados por la vida orgánica cuando ya no existe ninguna manifestación del pensamiento; que en el ser vivo se producen movimientos vitales independientes de la acción de la voluntad; que durante el sueño la vida orgánica permanece en plena actividad, mientras que la vida intelectual no se manifiesta por ningún signo exterior, cabe admitir que la vida orgánica reside en un principio inherente a la materia, independiente de la vida espiritual, que es propia del Espíritu. Ahora bien, visto que la materia tiene una vitalidad independiente del Espíritu, y que el Espíritu tiene una vitalidad independiente de la materia, resulta evidente que esa doble vitalidad reposa sobre dos principios diferentes. (Véase el Capítulo X, §§16 a 19.)

6. El principio espiritual, ¿tendrá origen en el elemento cósmico universal? ¿Será sólo una transformación, un modo de existencia de ese elemento, como la luz, la electricidad, el calor, etc.?

Si fuese así, el principio espiritual sufriría las vicisitudes de la materia; se extinguiría por la desagregación, como el principio

vital; el ser inteligente no tendría más que una existencia momentánea, como la del cuerpo, y al morir volvería a la nada o, lo que sería lo mismo, al todo universal. Estaríamos, en una palabra, ante la confirmación de las doctrinas materialistas.

Las propiedades *sui generis* que se le reconocen al principio espiritual prueban que este tiene existencia propia, independiente, puesto que si su origen estuviese en la materia, le faltarían esas propiedades. Dado que la inteligencia y el pensamiento no pueden ser atributos de la materia, si nos remontamos de los efectos a la causa, se llega a la conclusión de que el elemento material y el elemento espiritual son dos principios constitutivos del universo. El elemento espiritual individualizado constituye los seres llamados *Espíritus*, como el elemento material individualizado constituye los diferentes cuerpos de la naturaleza, orgánicos e inorgánicos.

7. Admitido el ser espiritual, como este no puede proceder de la materia, ¿cuál es su origen, su punto de partida?

Para responder, no disponemos en absoluto de los medios de investigación, como sucede con todo lo relativo al principio de las cosas. El hombre sólo puede comprobar lo que existe, y acerca de todo lo demás, no le cabe otra cosa que enunciar hipótesis. Y ya sea porque ese conocimiento esté fuera del alcance de su inteligencia actual, o porque en este momento pueda resultarle inútil o perjudicial, Dios no se lo concede siquiera mediante la revelación.

Lo que Dios permite que sus mensajeros le digan y lo que, por otra parte, el hombre puede deducir por sí mismo a partir del principio de la soberana justicia, que es uno de los atributos esenciales de la Divinidad, es que todos los Espíritus tienen el mismo punto de partida: todos son creados simples e ignorantes, con idéntica aptitud para progresar mediante sus actividades individuales; todos alcanzarán el grado de perfección compatible con los esfuerzos personales de las criaturas humanas; todos, porque son hijos del mismo Padre, son objeto de igual solicitud: no existe nin-

guno más favorecido o mejor dotado que los otros, ni dispensado del trabajo impuesto a los demás para que alcancen la meta.

8. Al mismo tiempo que creó, desde siempre, mundos materiales, Dios también ha creado seres espirituales desde toda la eternidad. Si no fuese así, los mundos materiales no tendrían ningún sentido. Sería mucho más fácil si se concibieran los seres espirituales sin los mundos materiales, que estos últimos sin aquellos. Los mundos materiales debían proporcionar a los seres espirituales elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia.

9. El progreso es la condición normal de los seres espirituales, y la perfección relativa es la meta que deben alcanzar. Ahora bien, como Dios ha creado desde toda la eternidad, y crea sin cesar, también desde toda la eternidad han existido seres que alcanzaron el punto culminante de la escala.

Antes de que la Tierra existiese, mundos incontables habían sucedido a otros mundos, y cuando la Tierra salió del caos de los elementos, el espacio ya estaba poblado de seres espirituales en todos los grados de adelanto, desde los que surgían a la vida hasta los que, desde toda la eternidad, habían tomado un lugar entre los Espíritus puros, vulgarmente denominados ángeles.

Unión del principio espiritual con la materia

10. Puesto que la materia debía ser el objeto del trabajo del Espíritu para el desarrollo de sus facultades, era necesario que este pudiese actuar sobre ella, razón por la cual tuvo que habitarla, como el leñador habita en del bosque. Como la materia debía ser al mismo tiempo el objetivo y el instrumento del trabajo, Dios, en vez de unir el Espíritu a la piedra rígida creó, para su uso, cuerpos organizados, flexibles y capaces de recibir todos los impulsos de su voluntad, así como también de prestarse a todos sus movimientos.

Por lo tanto, el cuerpo es al mismo tiempo la envoltura y el instrumento del Espíritu. A medida que este adquiere nuevas aptitudes, se reviste con una envoltura apropiada al nuevo tipo de trabajo que le corresponde realizar, tal como se hace con el operario a quien se le confía una herramienta menos sencilla a medida que demuestra su capacidad para realizar una tarea más delicada.

11. Para ser más exactos, es necesario expresar que el Espíritu mismo es el que modela su envoltura y la adecua a sus nuevas necesidades; perfecciona, desarrolla y completa su organismo a medida que experimenta la necesidad de poner de manifiesto nuevas facultades; en una palabra, lo adapta de acuerdo con su inteligencia. Dios le proporciona los materiales, y a él le corresponde hacer uso de ellos. A eso se debe que las razas más avanzadas tienen un organismo o, si se quiere, un mecanismo cerebral más perfeccionado que el de las razas primitivas. De ese modo también se explica la marca especial que el carácter del Espíritu imprime a los rasgos de la fisonomía y a las líneas del cuerpo. (Véase el Capítulo VIII, § 7: *El alma de la Tierra*.)

12. Desde el momento en que un Espíritu nace a la vida espiritual, en beneficio de su adelanto es necesario que haga uso de sus facultades, rudimentarias al principio. Por esa razón se recubre con una envoltura corporal adecuada a su estado de infancia intelectual, envoltura que él abandona para tomar otra a medida que sus fuerzas van en aumento. Ahora bien, como en todas las épocas ha habido mundos, y como esos mundos dieron origen a cuerpos organizados aptos para recibir Espíritus, en todas las épocas los Espíritus, sea cual fuere el grado de adelanto que hubiesen alcanzado, encontraron los elementos necesarios para la vida carnal.

13. Por ser exclusivamente material, el cuerpo sufre las vicisitudes de la materia. Después de funcionar durante algún tiempo, se desorganiza y se descompone. El principio vital, como ya no encuentra un elemento para su actividad, se extingue y el cuerpo

muere. El Espíritu, para quien el cuerpo privado de vida se torna inútil, lo abandona, como se abandona una casa en ruinas o la ropa que no sirve.

14. El cuerpo, pues, no es más que una envoltura destinada a recibir al Espíritu, de modo que poco importan su origen y los materiales que lo constituyen. Sea o no el cuerpo del hombre una creación especial, lo cierto es que lo forman los mismos elementos que forman el cuerpo de los animales, lo anima el mismo principio vital o, en otras palabras, lo vivifica el mismo fuego, así como lo ilumina la misma luz y se encuentra sujeto a las mismas vicisitudes y a las mismas necesidades. Esta es una cuestión que no admite discusiones.

En caso de que se considere únicamente la materia, haciendo abstracción del Espíritu, el hombre no tiene nada que lo distinga del animal. Sin embargo, todo cambia de aspecto cuando se establece la diferencia entre la *habitación* y el *habitante*.

Un gran señor, sea que se encuentre en una choza o esté cubierto con las ropas de un campesino, no deja por eso de ser un gran señor. Lo mismo sucede con el hombre. No es su vestimenta de carne la que lo coloca por encima de los irracionales y lo convierte en un ser aparte, sino el ser espiritual que existe en él, su Espíritu.

Hipótesis sobre el origen del cuerpo humano

15. De la semejanza de formas exteriores que existe entre el cuerpo del hombre y el del mono, algunos fisiólogos arribaron a la conclusión de que el primero es apenas una transformación del segundo. Nada de eso es imposible y, de ser cierto, no hay razón para que la dignidad del hombre se vea afectada. Es muy probable que los cuerpos de los monos hayan servido de vestimenta a los primeros Espíritus humanos, necesariamente poco adelantados, que vinieron a encarnar en la Tierra, visto que esa vestimenta es más apropiada a sus necesidades y más adecuada al ejercicio de sus

facultades que el cuerpo de cualquier otro animal. En vez de que se elaborase una envoltura especial para el Espíritu, este podría haberlo hallado ya listo. Se vistió entonces con la piel del mono, sin que dejara de ser un Espíritu humano, como algunas veces el hombre se cubre con la piel de ciertos animales sin que por eso deje de ser hombre.

Queda perfectamente entendido que aquí sólo se trata de una hipótesis que de ninguna manera se enuncia como principio, sino que se presenta solamente para mostrar que el origen del cuerpo en nada perjudica al Espíritu, que es el ser principal, y que la semejanza del cuerpo del hombre con el del mono no implica paridad entre su Espíritu y el del mono.

16. Admitida esa hipótesis, se puede decir que, bajo la influencia y por efecto de la actividad intelectual de su nuevo habitante, la envoltura se modificó, se embelleció en los detalles y conservó la forma general del conjunto (Véase el § 11). Mejorados a través de la procreación, los cuerpos se reprodujeron en las mismas condiciones, como ocurre con los árboles injertados. Dieron origen a una especie nueva que poco a poco se apartó del tipo primitivo, a medida que el Espíritu progresaba. El Espíritu mono, que no fue aniquilado, continuó procreando para su uso cuerpos de mono, del mismo modo que el fruto del árbol silvestre reproduce árboles de esa especie, y el Espíritu humano procreó cuerpos de hombres, variantes del primer molde en el que él se instaló. El tronco se bifurcó y produjo un retoño, que a su vez se convirtió en tronco.

Como en la naturaleza no existen las transiciones bruscas, es probable que los primeros hombres que aparecieron en la Tierra se diferenciases poco del mono por su forma exterior, y sin duda no mucho tampoco por la inteligencia. Actualmente todavía existen salvajes que, por la longitud de sus brazos y de sus pies, así como por la conformación de la cabeza, conservan tanta similitud con el mono, que sólo les falta ser peludos para que la semejanza sea completa.

Encarnación de los Espíritus

17. El espiritismo nos enseña de qué manera se produce la unión del Espíritu con el cuerpo, en la encarnación.

Por su esencia espiritual, el Espíritu es un ser indefinido, abstracto, que no puede ejercer una acción directa sobre la materia, sino que precisa un intermediario. Ese intermediario es la envoltura fluídica, que en cierto modo es parte integrante del Espíritu. Se trata de una envoltura semimaterial, es decir, que pertenece a la materia por su origen y a la espiritualidad por su naturaleza etérea. Como toda la materia, es extraída del fluido cósmico universal, el cual en esa circunstancia experimenta una modificación especial. Esa envoltura, denominada *periespíritu*, hace de un ser abstracto, el Espíritu, un ser concreto, definido, que puede ser aprehendido mediante el pensamiento. Lo vuelve apto para actuar sobre la materia tangible, conforme sucede con todos los fluidos imponderables, que son, como se sabe, los más poderosos motores.

El fluido periespiritual constituye, por consiguiente, el lazo de unión entre el Espíritu y la materia. Durante su unión con el cuerpo sirve de vehículo al pensamiento del Espíritu, para transmitir el movimiento a las diferentes partes del organismo, las cuales actúan por impulso de la voluntad, y para hacer que repercutan en el Espíritu las sensaciones producidas por los agentes exteriores. Los nervios son sus hilos conductores, como en el telégrafo el fluido eléctrico tiene como conductor al hilo metálico.

18. Cuando un Espíritu debe encarnar en un cuerpo humano en vías de formación, un lazo fluídico, que no es más que una expansión de su periespíritu, lo vincula al embrión que lo atrae con una fuerza irresistible desde el momento de la concepción. A medida que el embrión se desarrolla, el lazo se acorta. Bajo la influencia del *principio vital material del embrión*, el periespíritu, que posee ciertas propiedades de la materia, se une *molécula a molécula*

al cuerpo que se forma. Por eso es posible decir que el Espíritu, por intermedio de su periespíritu, *se enraíza* en cierto modo en ese germen, como lo hace una planta en la tierra. Cuando el embrión llega a la plenitud de su desarrollo, la unión es completa, y entonces nace a la vida exterior.

Por un efecto contrario, esa unión del periespíritu y de la materia carnal, que se efectúa bajo la influencia del principio vital del embrión, cesa cuando ese principio deja de actuar, a consecuencia de la desorganización del cuerpo. La unión, mantenida hasta ese momento por una fuerza actuante, cesa en el momento en que esa fuerza deja de actuar. Entonces, el periespíritu se desprende, *molécula a molécula*, del mismo modo que se había unido, y el Espíritu es devuelto a la libertad. Por lo tanto, *no es la partida del Espíritu la que causa la muerte del cuerpo, sino que esta es la que causa la partida de aquel*.

Dado que un instante después de la muerte la integridad del Espíritu es completa, y que sus facultades adquieren incluso un mayor poder de penetración, mientras que el principio de vida se ha extinguido en el cuerpo, queda demostrado sin ninguna duda que el principio vital y el principio espiritual son dos cosas distintas.

19. El espiritismo nos enseña, mediante los hechos cuya observación nos facilita, los fenómenos que acompañan a esa separación. Algunas veces esta es rápida, sencilla, delicada e indolora, mientras que en otras es lenta, laboriosa y terriblemente penosa, de conformidad con el estado moral del Espíritu, y puede durar meses enteros.

20. Un fenómeno particular, que también muestra la observación, acompaña siempre a la encarnación del Espíritu. Desde que este es atrapado a través del lazo fluídico que lo liga al embrión, entra en un estado de turbación que aumenta a medida que el lazo se ajusta, y en los últimos momentos el Espíritu pierde la conciencia de sí mismo, de modo que jamás

presencia su nacimiento. Cuando el niño respira, el Espíritu comienza a recobrar sus facultades, que se desarrollan a medida que se forman y consolidan los órganos que habrán de servirle para su manifestación.

21. Con todo, al mismo tiempo que el Espíritu recobra la conciencia de sí mismo, pierde el recuerdo de su pasado, aunque no pierde las facultades, las cualidades ni las aptitudes adquiridas con anterioridad, que habían quedado transitoriamente en estado latente y que, al volver a la actividad, lo ayudarán a desenvolverse más y mejor que antes. Renace tal como había llegado a ser mediante su trabajo anterior; su renacimiento constituye un nuevo punto de partida, un nuevo peldaño que subir. Incluso allí se manifiesta la bondad del Creador, dado que el recuerdo del pasado, con frecuencia penoso y humillante, sumado a la angustia de una nueva existencia, podría perturbarlo y crearle impedimentos. Sólo recuerda lo que ha aprendido, porque eso le es útil. Si en ocasiones conserva una vaga intuición de los acontecimientos pasados, esa intuición es como el recuerdo de un sueño fugitivo. Se trata, por consiguiente, de un hombre nuevo, por más antiguo que sea su Espíritu. Adopta nuevos hábitos con la ayuda de sus conquistas anteriores. Cuando regresa a la vida espiritual, su pasado se despliega ante su mirada, y entonces evalúa si ha empleado bien o mal su tiempo.

22. Así pues, no hay solución de continuidad en la vida espiritual, a pesar del olvido del pasado. El Espíritu es siempre *él mismo*, antes, durante y después de la encarnación, pues esta es sólo una fase especial de su existencia. El olvido únicamente se produce en el transcurso de la vida exterior de relación, ya que durante el sueño el Espíritu se desprende parcialmente de los lazos carnales, es restituido a la libertad y a la vida espiritual, y recuerda entonces su pasado. Su visión espiritual no está tan oscurecida por la materia.

23. Si se considera a la humanidad en el grado más bajo de la escala intelectual, tal como se encuentra entre los salvajes más atrasados, cabe la pregunta sobre si es ese el punto de partida del alma humana.

Según la opinión de algunos filósofos espiritualistas, el principio inteligente, distinto del principio material, se individualiza y elabora al pasar por los diversos grados de la animalidad. Es ahí que el alma se ensaya para la vida y desarrolla sus primeras facultades mediante la ejercitación; sería, por así decirlo, su período de incubación. Llegada al grado de desarrollo que ese estado permite, recibe las facultades especiales que constituyen el alma humana. Existiría entonces una filiación espiritual entre el animal y el hombre, del mismo modo que existe una filiación corporal.

Es preciso convenir en que este sistema, basado en la gran ley de unidad que rige la Creación, está en correspondencia con la justicia y la bondad del Creador; otorga una salida, una finalidad, un destino a los animales, que ya no son seres desheredados, sino que en el porvenir que les está reservado encuentran una compensación para sus padecimientos. Lo que constituye al hombre espiritual no es su origen, sino los atributos especiales de los que está dotado cuando ingresa en la humanidad, atributos que lo transforman y hacen de él un ser distinto, así como el fruto sabroso es diferente de la raíz amarga que le dio origen. Por el hecho de que haya pasado por la experiencia de la animalidad, el hombre no es menos hombre; ya no es animal, como el fruto no es la raíz, o como el sabio no es el feto informe que lo instaló en el mundo.

No obstante, este sistema plantea numerosas cuestiones, cuyos pros y contras no es oportuno discutir aquí, del mismo modo que no se justifica el análisis de las diferentes hipótesis que se han enunciado en relación con este asunto. Por consiguiente, sin que investiguemos el origen del alma, ni que tratemos de conocer las experiencias por las cuales pudo haber pasado, la consideramos *a*

partir de su ingreso en la humanidad, en el punto en que, dotada de sentido moral y de libre albedrío, comienza a ejercer la responsabilidad de sus actos.

24. La obligación que tiene el Espíritu encarnado de ocuparse del alimento del cuerpo, su seguridad y su bienestar, lo impulsa a emplear sus facultades en investigaciones, a ejercitarlas y desarrollarlas. De ese modo, su unión con la materia es de utilidad para su adelanto, y por eso *la encarnación es una necesidad*. Además, a través de la actividad inteligente que realiza para su beneficio sobre la materia, contribuye a la transformación y al progreso material del globo en el que habita. Así, a medida que progresa, colabora con la obra del Creador, de la cual se convierte en un agente inconsciente.

25. Sin embargo, la encarnación del Espíritu no es constante ni perpetua, sino transitoria. Cuando abandona un cuerpo no retoma otro inmediatamente. Durante un lapso de tiempo más o menos considerable vive la vida espiritual, que es su vida normal, de tal modo que el tiempo que duran sus diferentes encarnaciones resulta insignificante comparado con el que pasa en estado de Espíritu libre.

En el intervalo entre sus encarnaciones, el Espíritu también progresa, en el sentido de que aplica para su adelanto los conocimientos y la experiencia que obtuvo durante la vida corporal; analiza lo que hizo mientras vivió en la Tierra, pasa revista a lo que ha aprendido, reconoce sus faltas, elabora planes y toma resoluciones mediante las cuales pretende guiarse en una nueva existencia, con la intención de obrar mejor. De ese modo, cada existencia representa un paso hacia adelante en el camino del progreso, una especie de escuela de aplicación.

26. Por lo general, la encarnación no es un castigo para el Espíritu, según piensan algunos, sino una condición inherente a la inferioridad del Espíritu, así como también un medio para que progrese. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Primera parte, Capítulo III, § 8 y siguientes.)

A medida que progresa moralmente, el Espíritu se desmaterializa, es decir, se depura al liberarse de la influencia de la materia; su vida se espiritualiza, sus facultades y percepciones se amplían; su felicidad es proporcional al progreso realizado. No obstante, como actúa en virtud de su libre albedrío, puede por negligencia o mala voluntad retardar su adelanto; prolonga, por consiguiente, la duración de sus encarnaciones materiales, que entonces se convertirán en un castigo, dado que por sus faltas permanece en las categorías inferiores, obligado a recomenzar la misma tarea. Así pues, del Espíritu depende abreviar, por medio del trabajo de purificación realizado sobre sí mismo, la duración del período de las encarnaciones.

27. El progreso material de un globo acompaña el progreso moral de sus habitantes. Ahora bien, como la creación de los mundos y de los Espíritus es incesante, y como estos progresan más o menos rápidamente, conforme al empleo que hagan de su libre albedrío, resulta de ahí que hay mundos más o menos antiguos, con grados diferentes de adelanto físico y moral, en los cuales la encarnación es más o menos material y, por consiguiente, el trabajo para los Espíritus es menos arduo. Desde este punto de vista, la Tierra es uno de los globos menos adelantados. Poblado por Espíritus relativamente inferiores, la vida corporal es en él más penosa que en otros planetas. También los hay más atrasados, donde la existencia es todavía más penosa que en la Tierra, y en comparación con los cuales ésta sería un mundo relativamente feliz.

28. Después de que los Espíritus han realizado la totalidad del progreso que el estado de ese mundo permite, lo abandonan para encarnar en otro más adelantado, donde puedan adquirir nuevos conocimientos, y así sucesivamente, hasta que ya no les resulte provechosa la encarnación en cuerpos materiales. Entonces pasan a vivir con exclusividad la vida espiritual, en la que continúan su progreso en otro sentido y por otros medios. Cuando alcanzan el punto culminante del progreso, gozan de la suprema

felicidad. Admitidos en los consejos del Todopoderoso, conocen su pensamiento, se convierten en sus mensajeros, sus ministros directos en el gobierno de los mundos, y tienen bajo sus órdenes a Espíritus de todos los grados de adelanto.

De esa manera, sea cual fuere el grado en que se encuentren en la jerarquía espiritual, desde el más bajo al más elevado, todos los Espíritus, encarnados o desencarnados, tienen sus atribuciones en el gran mecanismo del universo; todos son útiles al conjunto, y al mismo tiempo a sí mismos. A los menos adelantados, como simples servidores, les corresponde el desempeño de una tarea material, que al principio es inconsciente y después se torna cada vez más inteligente. En el mundo espiritual existe actividad en todas partes, y en ningún lado hay ociosidad improductiva.

La colectividad de los Espíritus constituye, en cierto modo, el alma del universo. El elemento espiritual actúa en todo, por el influjo del pensamiento divino. Sin ese elemento sólo existe la materia inerte, carente de finalidad, sin inteligencia, sin otro motor que las fuerzas materiales que dejan una infinidad de problemas sin resolver. Con la acción del elemento espiritual *individualizado*, todo tiene una finalidad, una razón de ser, y todo se explica. Por esa razón, sin la espiritualidad el hombre tropieza con dificultades insuperables.

29. Cuando la Tierra se encontró en condiciones climáticas apropiadas para la existencia de la especie humana, encarnaron en ella Espíritus humanos. ¿De dónde provenían? Ya sea que hayan sido creados en ese momento, o que hayan llegado completamente formados del espacio, de otros mundos, o de la Tierra misma, su presencia en este planeta a partir de una cierta época es un hecho, pues antes de ellos sólo había animales. Se revistieron con cuerpos adecuados a sus necesidades especiales, a sus aptitudes, y fisiológicamente formaban parte de la animalidad. Bajo la influencia de esos Espíritus, y por medio del ejercicio de sus facultades, esos cuerpos se modificaron y se perfeccionaron: eso es lo que la obser-

vación demuestra. Dejemos, pues, de lado la cuestión del origen, por el momento insoluble; tomemos al Espíritu, no en su punto de partida, sino en el momento en que, al manifestarse en él los primeros embriones del libre albedrío y del sentido moral, lo vemos desempeñar su rol humano, sin que nos inquiete el medio donde haya transcurrido el período de su infancia o, si se prefieren, de su incubación. A pesar de la analogía entre su envoltura y la de los animales, podremos diferenciarlo de estos últimos por las facultades intelectuales y morales que lo caracterizan, así como debajo de las mismas burdas vestimentas distinguimos al hombre rústico del hombre refinado.

30. Aunque los primeros que surgieron debieron de ser poco adelantados, por la razón misma de que tenían que encarnar en cuerpos muy imperfectos, habría por cierto notorias diferencias entre sus caracteres y aptitudes. Los Espíritus que se asemejaban se agruparon naturalmente por analogía y simpatía. Así, la Tierra se encontró poblada por Espíritus de diversas categorías, más o menos aptos o rebeldes al progreso. Puesto que los cuerpos recibían la impresión del carácter del Espíritu, y dado que esos cuerpos se procreaban de conformidad con sus respectivos tipos, resultaron de ahí diferentes razas, tanto en lo físico como en lo moral (Véase el § 11). Al continuar encarnando preferentemente entre los que se les asemejaban, los Espíritus similares perpetuaron el carácter distintivo físico y moral de las razas y de los pueblos, carácter que sólo con el tiempo desaparece, mediante su fusión y el progreso de los Espíritus. (Véase la *Revista Espírita*, julio de 1860: “Frenología y fisiognomía”).

31. Los Espíritus que vinieron a poblar la Tierra pueden ser comparados con esos grupos de emigrantes de orígenes diversos, que van a establecerse en una tierra virgen. Allí encuentran madera y piedra para levantar sus viviendas, a las que cada uno les imprime su sello especial, de acuerdo con el grado de su saber y con su

genio particular. Se agrupan entonces por analogía de orígenes y de gustos, y los grupos acaban por formar tribus, después pueblos, cada cual con costumbres y características propias.

32. Por consiguiente, el progreso no fue uniforme en toda la especie humana. Como era natural, las razas más inteligentes se adelantaron a las otras, incluso sin tomar en cuenta que muchos Espíritus, recién nacidos a la vida espiritual, vinieron a encarnar en la Tierra entre los primeros que llegaron, e hicieron más evidente la diferencia en materia de progreso. En efecto, sería imposible atribuir la misma antigüedad de creación a los salvajes —que apenas se distinguen del mono— y a los chinos, y menos aún a los europeos civilizados.

Con todo, los Espíritus de los salvajes también forman parte de la humanidad, y un día alcanzarán el nivel en que se encuentran sus hermanos mayores, pero *sin duda no será en cuerpos de la misma raza física*, impropios para un cierto desarrollo intelectual y moral. Cuando el instrumento ya no esté en correspondencia con su desarrollo, los Espíritus emigrarán de ese medio para encarnar en un grado superior, y así sucesivamente, hasta que hayan conquistado todas las graduaciones terrestres. Después de eso dejarán la Tierra, para pasar a mundos cada vez más adelantados. (Véase la *Revista Espírita*, abril de 1862: “Perfectibilidad de la raza negra”.)

Reencarnaciones

33. El principio de la reencarnación es una consecuencia necesaria de la ley del progreso. Sin la reencarnación, ¿cómo se explicaría la diferencia que existe entre el actual estado social y el de los tiempos de barbarie? Si las almas son creadas al mismo tiempo que los cuerpos, las que nacen hoy son tan nuevas, tan primitivas como las que vivían hace mil años. Además, no habría ninguna conexión entre ellas, ninguna relación necesaria; serían absolutamente

independientes unas de otras. ¿Por qué, entonces, las almas de la actualidad habrían de estar mejor dotadas por Dios que las que las precedieron? ¿Por qué comprenden mejor las cosas? ¿Por qué poseen instintos más depurados, costumbres más moderadas? ¿Por qué tienen la intuición de ciertas cosas sin haberlas aprendido? Invitamos a que se resuelva este dilema, a menos que se admita que Dios crea almas de diferentes calidades, de acuerdo con las épocas y los lugares: proposición inconciliable con la idea de una justicia soberana. (Véase el Capítulo II, § 19.)

Reconozcamos, por el contrario, que las almas de hoy ya han vivido en tiempos lejanos; que posiblemente fueron bárbaras como su época, pero que han progresado; que en cada nueva existencia traen lo que han adquirido en las existencias anteriores; que, por consiguiente, las almas de los tiempos civilizados no son almas creadas más perfectas, sino que se perfeccionaron *por sí mismas* con el transcurso del tiempo, y entonces tendremos la única explicación admisible de la causa del progreso social. (Véase *El Libro de los Espíritus*, Libro II, Capítulos IV y V.)

34. Algunas personas suponen que las diferentes existencias del alma transcurren de mundo en mundo, y no en un mismo globo, a donde cada Espíritu iría una única vez. Esta doctrina sería admisible si todos los habitantes de la Tierra estuviesen exactamente en el mismo nivel intelectual y moral. En ese caso, ellos sólo podrían progresar yéndose a otro mundo, puesto que la encarnación en la Tierra no les aportaría ninguna utilidad. Ahora bien, Dios no hace nada inútil, y dado que aquí se encuentran la inteligencia y la moralidad en todos los grados, desde el salvajismo que linda con la animalidad hasta la civilización más avanzada, es evidente que este mundo ofrece un vasto campo al progreso. Nos preguntamos, entonces, ¿por qué el salvaje tendría que buscar en otra parte el grado de progreso inmediatamente superior a aquel en que se encuentra, cuando en realidad ese grado está al lado de

él, y así sucesivamente? ¿Por qué el hombre adelantado no habría sido capaz de hacer sus primeras etapas más que en mundos inferiores, cuando alrededor suyo hay otros seres análogos a los de esos mundos, sin mencionar que no sólo de un pueblo a otro pueblo, sino en el seno del mismo pueblo y de la misma familia hay diferentes grados de adelanto? Si fuese así, Dios habría realizado algo inútil al colocar la ignorancia junto al saber, la barbarie junto a la civilización, el bien junto al mal, cuando es justamente ese contacto el que hace que los atrasados avancen.

No hay, pues, necesidad de que los hombres cambien de mundo en cada etapa, así como no se justifica que un estudiante cambie de colegio para pasar de una clase a otra. Lejos de ser ventajoso para su progreso, ese hecho sería una traba, porque el Espíritu estaría privado del ejemplo que le ofrece la observación de lo que ocurre en los grados superiores, así como de la posibilidad de reparar sus errores en el mismo medio y en presencia de aquellos a quienes ofendió, posibilidad que representa para él el más poderoso medio de adelanto moral. Si después de una breve cohabitación, los Espíritus se dispersasen y se volvieran extraños unos a otros, los lazos de familia y de amistad se romperían por falta de tiempo suficiente para que se consolidaran.

Al inconveniente moral se sumaría un inconveniente material. La naturaleza de los elementos, las leyes orgánicas y las condiciones de existencia varían de acuerdo con los mundos; en ese aspecto, no hay dos planetas perfectamente idénticos. Nuestros tratados de física, de química, de anatomía, de medicina, de botánica, etc., no servirían para nada en otros mundos; no obstante, lo que aquí se aprende no está perdido. No sólo eso desarrolla la inteligencia, sino que también las ideas que se extraen de esos tratados contribuyen a la adquisición de otras. (Véase el Capítulo VI, § 61 y siguientes.) Si el Espíritu hiciese su aparición apenas una única vez en un mismo mundo, aparición que a

menudo es de corta duración, en cada migración se encontraría en condiciones completamente diferentes; obraría cada vez sobre elementos nuevos, con fuerzas y según leyes que le resultarían desconocidas, antes de que hubiera tenido tiempo para elaborar los elementos conocidos, estudiarlos y aplicarlos. Cada vez debería hacer un nuevo aprendizaje, y esos cambios incesantes representarían un obstáculo para su progreso. El Espíritu, por consiguiente, debe permanecer en el mismo mundo hasta que haya adquirido la suma de los conocimientos y el grado de perfección que ese mundo admite. (Véase el § 31.)

Los Espíritus dejan por un mundo más adelantado aquel del cual no pueden obtener nada más: eso es lo que debe ser y lo que es. Esa es la regla. Si algunos lo dejan antes de tiempo, no cabe duda de que eso se debe a causas individuales que Dios, en su sabiduría, analiza atentamente.

Todo en la Creación tiene una finalidad. De lo contrario, Dios no sería prudente ni sabio. Ahora bien, si la Tierra no debiese ser más que una única etapa del progreso de cada individuo, ¿de qué serviría, a los Espíritus de los niños que mueren a temprana edad, pasar en ella algunos años, algunos meses, algunas horas, durante los cuales nada pueden adquirir? Lo mismo sucede con los deficientes mentales. Una teoría es buena cuando resuelve todas las cuestiones que le atañen. El caso de las muertes prematuras ha sido un escollo para todas las doctrinas, excepto para la doctrina espírita, la única que lo resolvió de una manera racional y completa.

Para el progreso de aquellos que en la Tierra llevan a cabo una vida normal, es una verdadera ventaja que regresen al mismo medio para continuar en él lo que han dejado inconcluso, a menudo en la misma familia o en contacto con las mismas personas, a fin de reparar el mal que hayan hecho o para que sufran la pena del talión.

Emigraciones e inmigraciones de los Espíritus

35. En el intervalo entre sus existencias corporales, los Espíritus se encuentran en estado de erraticidad y forman la población espiritual del ambiente del globo. A través de las muertes y de los nacimientos, ambas poblaciones, la corporal y la espiritual, se mezclan incesantemente la una con la otra. Hay, pues, a diario, emigraciones del mundo corporal hacia el mundo espiritual e inmigraciones del mundo espiritual hacia el mundo corporal: ese es el estado normal.

36. En ciertas épocas, reguladas por la sabiduría divina, esas emigraciones e inmigraciones se producen en masas más o menos considerables, a consecuencia de las grandes revoluciones que les acarrearán la partida simultánea en cantidades enormes, que de inmediato son sustituidas por cantidades equivalentes de encarnaciones. Por consiguiente, es preciso considerar los flagelos destructores y los cataclismos como ocasiones de llegadas y partidas colectivas, recursos providenciales para la renovación de la población corporal del globo, que se robustece mediante la introducción de nuevos elementos espirituales más purificados. Por cierto, si bien en esas catástrofes se produce la destrucción de un gran número de cuerpos, sólo se trata de *vestimentas desgarradas*, ya que ningún Espíritu perece: apenas cambia de ambiente. En vez de partir aisladamente, lo hacen en multitud; esa es la única diferencia, ya que por una causa o por otra, tarde o temprano, fatalmente deberán partir.

Las renovaciones rápidas, casi instantáneas, que se producen en el elemento espiritual de la población a consecuencia de los flagelos destructores, aceleran el progreso social; si no fuera por las emigraciones e inmigraciones que de tiempo en tiempo vienen a darle un impulso violento, ese progreso sólo se realizaría con extrema lentitud.

Es de notar que las grandes calamidades que diezman a las poblaciones están seguidas invariablemente por una era de progreso en el orden físico, intelectual o moral y, por consiguiente, en el estado social de las naciones en las que estas tienen lugar. Eso se debe a que tienen por finalidad producir una transformación en la población espiritual, que es la población normal y activa del globo.

37. Esa transfusión que ocurre entre la población encarnada y la desencarnada de un mismo planeta, se efectúa también entre los mundos, ya sea individualmente en las condiciones normales, o de forma masiva en circunstancias especiales. Hay, pues, emigraciones e inmigraciones colectivas de un mundo hacia otro, de donde resulta la introducción, en la población de uno de ellos, de elementos absolutamente nuevos. Nuevas razas de Espíritus, que vienen a mezclarse con las existentes, constituyen nuevas razas de hombres. Ahora bien, como los Espíritus no pierden nunca lo que han conquistado, llevan consigo la inteligencia y la intuición de los conocimientos que poseen y, por consiguiente, imprimen su carácter peculiar a la raza corporal que van a animar. Para eso no necesitan que se creen nuevos cuerpos exclusivamente para su uso. La especie corporal existe, de modo que siempre encuentran cuerpos listos para recibirlos. Por lo tanto, sólo son nuevos habitantes. A su llegada a la Tierra integran primero la población espiritual, para después encarnar como los demás.

Raza adámica

38. De acuerdo con la enseñanza de los Espíritus, fue una de esas importantes inmigraciones, o si se prefiere, una de esas *colonias de Espíritus* provenientes de otra esfera, la que dio origen a la raza simbolizada en la persona de Adán, la cual por esa razón se denomina *raza adámica*. A su llegada a la Tierra, el planeta ya

estaba poblado desde tiempos inmemoriales, *como América cuando llegaron los europeos*.

Más adelantada que las que la habían precedido en este globo, la raza adámica es, en efecto, la más inteligente, la que impulsa el progreso de las demás. El *Génesis* nos la muestra industriosa desde sus comienzos, apta para las artes y las ciencias, sin que haya pasado aquí por la infancia intelectual, lo que no sucede con las razas primitivas, pero que concuerda con la opinión de que estaba compuesta por Espíritus que ya habían alcanzado cierto progreso. Todo prueba que la raza adámica no es antigua en la Tierra, y nada se opone al hecho de que habita en este globo desde hace apenas unos miles de años, lo que no estaría en contradicción ni con los hallazgos geológicos ni con las investigaciones antropológicas, sino que, por el contrario, tendería a confirmarlas.

39. En el estado actual de los conocimientos, es inadmisible la doctrina según la cual el género humano en su totalidad proviene de un solo individuo desde hace seis mil años. Las principales consideraciones que la refutan, apoyadas tanto en el orden físico como en el moral, se resumen en los siguientes enunciados:

Desde el punto de vista fisiológico, algunas razas presentan tipos particulares característicos que no permiten atribuirles un origen común. Hay diferencias que evidentemente no se deben al efecto del clima, puesto que los blancos que se reproducen en los países de los negros no se vuelven negros, y viceversa. El calor del sol tuesta y oscurece la epidermis, pero nunca ha convertido a un blanco en negro, ni le ha achatado la nariz, ni cambió sus rasgos fisonómicos, ni le convirtió en crespo ni lanoso el cabello lacio y sedoso. Hoy se sabe que el color del negro proviene de un tejido subcutáneo especial, característico de la especie.

Debemos entonces considerar que las razas negra, mongólica y caucásica tuvieron orígenes propios y nacieron simultánea o sucesivamente en diferentes partes del globo. Su cruzamiento

produjo las razas mixtas secundarias. Los caracteres fisiológicos de las razas primitivas constituyen un indicio evidente de que provienen de tipos especiales. Las mismas consideraciones se aplican, por consiguiente, tanto para los hombres como para los animales, en lo que respecta a la pluralidad de los troncos. (Véase el Capítulo X, § 2 y siguientes.)

40. Adán y sus descendientes están representados en el *Génesis* como hombres esencialmente inteligentes, puesto que desde la segunda generación construyen ciudades, cultivan la tierra y forjan los metales. Sus progresos en las artes y en las ciencias son rápidos y duraderos. No se podría concebir, por lo tanto, que ese tronco haya tenido como ramas numerosos pueblos tan atrasados, de inteligencia tan rudimentaria, al tal punto que en nuestros días aún rozan la animalidad, además de que han perdido la fisonomía e incluso hasta el mínimo recuerdo tradicional de lo que hacían sus padres. Una diferencia tan radical en las aptitudes intelectuales y en el desarrollo moral constituye una prueba, no menos evidente, de que existe una diferencia de origen.

41. Independientemente de los descubrimientos geológicos, la prueba de la existencia del hombre en la Tierra antes de la época determinada por el *Génesis* se extrae de la población del globo.

Sin aludir a la cronología china, que según algunos se remonta a treinta mil años atrás, documentos de probada autenticidad muestran que Egipto, la India y otros países ya estaban poblados y florecientes, como mínimo tres mil años antes de la Era Cristiana, es decir, mil años después de la creación del primer hombre, según la cronología bíblica. Documentos y observaciones recientes no dejan ninguna duda en cuanto a las relaciones que han existido entre América y los antiguos egipcios, de donde deducimos que esa región ya estaba poblada en aquella época. Sería preciso, entonces, admitir que en mil años la posteridad de un solo hombre fue capaz de poblar la mayor parte de la Tierra. Ahora

bien, semejante fecundidad estaría en flagrante contradicción con todas las leyes antropológicas.⁵²

42. Esa imposibilidad se vuelve aún más evidente cuando se admite, de acuerdo con el *Génesis*, que el diluvio destruyó a *todo el género humano*, con excepción de Noé y su familia, que no era numerosa, en el año 1.656 del mundo, es decir, 2.348 años antes de la Era Cristiana. En ese caso, la población de la Tierra apenas se remontaría a Noé. Ahora bien, cuando los hebreos se establecieron en Egipto, 612 años después del diluvio, ese país ya era un poderoso imperio, que habría sido poblado –sin mencionar otras regiones–, en menos de seis siglos, tan sólo por los descendientes de Noé, lo cual no es admisible.

Observemos, asimismo, que los egipcios recibieron a los hebreos como extranjeros. Sería sorprendente que aquellos hubiesen perdido el recuerdo de un origen común tan cercano, cuando conservaban religiosamente los monumentos de su historia.

Así pues, una rigurosa lógica, corroborada por los hechos, demuestra de la manera más categórica que el hombre está en la Tierra desde un lapso indeterminado, muy anterior a la época que señala el *Génesis*. Ocurre lo mismo con la diversidad de los troncos primitivos, dado que demostrar la falsedad de una proposición equivale a demostrar la proposición contraria. Si la geología descu-

⁵² La Exposición Universal de 1867 exhibió antigüedades de México que no dejan el menor margen de duda sobre las relaciones que los pueblos de ese país tuvieron con los antiguos egipcios. El Sr. Léon Méchedin, en una nota expuesta en el templo mexicano de la Exposición, manifestaba lo siguiente:

“No es conveniente que se den a publicidad prematuramente los descubrimientos realizados desde el punto de vista de la historia del hombre por la reciente expedición científica de México. No obstante, nada impide que el público esté en conocimiento, desde ahora, de que la exploración permitió determinar la existencia de un gran número de ciudades desaparecidas con el tiempo, pero a las que la piqueta y las explosiones pueden sacar de sus mortajas. Las excavaciones pusieron al descubierto, por todas partes, *tres estratos de civilizaciones* que parecen otorgar al mundo americano una antigüedad fabulosa”.

Es así como todos los días la ciencia desmiente con los hechos la doctrina que limita a 6.000 años la aparición del hombre en la Tierra y pretende hacerlo derivar de un único tronco. (N. de Allan Kardec.)

briera rastros auténticos de la presencia del hombre antes del gran período diluviano, la demostración sería aún más completa.

Doctrina de los ángeles caídos y del paraíso perdido⁵³

43. Los mundos progresan físicamente mediante la elaboración de la materia, y moralmente por la purificación de los Espíritus que habitan en ellos. La felicidad que en esos mundos se disfruta está en relación directa con la preponderancia del bien sobre el mal, y esa preponderancia es el resultado del adelanto moral de los Espíritus. No basta con el progreso intelectual, visto que con la inteligencia ellos pueden hacer el mal.

Así pues, tan pronto como un mundo ha llegado a uno de sus períodos de transformación, que le permitirá ascender en la jerarquía de los mundos, se producen mutaciones en la población encarnada y desencarnada. Entonces ocurren las grandes emigraciones e inmigraciones (Véanse los §§ 34 y 35). Aquellos que a pesar de su inteligencia y su saber han perseverado en el mal, en su rebeldía contra Dios y contra sus leyes, se convertirían en adelante en un obstáculo al posterior progreso moral, en una causa permanente de perturbación para la tranquilidad y la dicha de los buenos, razón por la que son excluidos de ese mundo, y enviados a mundos menos adelantados, donde aplicarán la inteligencia y la intuición de los cono-

⁵³ Cuando en la *Revista Espírita* de 1862 publicamos un artículo sobre *la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos*, presentamos esa teoría como una hipótesis, sin otra autoridad más que la de una opinión personal controvertida, porque entonces nos faltaban elementos suficientes para una afirmación categórica. La expusimos a título de ensayo, con la intención de provocar el análisis de la cuestión, y decididos a abandonarla o modificarla si fuese preciso. Hoy esa teoría ha pasado por la prueba del control universal; no sólo fue aceptada por la inmensa mayoría de los espíritas como la más racional y la más conforme con la soberana justicia de Dios, sino que ha sido confirmada también por la generalidad de las instrucciones que los Espíritus han dado sobre el asunto. Lo mismo se verificó en lo que respecta al origen de la raza adámica. (N. de Allan Kardec.)

cimientos que han adquirido al progreso de aquellos entre los cuales fueron llamados a vivir, al mismo tiempo que expiarán, a través de una serie de penosas existencias y por medio del trabajo arduo, sus faltas pasadas y su *voluntaria* obstinación.

¿Qué serán esos seres, en medio de esas otras poblaciones, nuevas para ellos y aún en la infancia de la barbarie, sino ángeles o Espíritus caídos, llegados para expiar? La tierra *de donde fueron expulsados*, ¿no es un *paraíso perdido*? Esa tierra, ¿no es un *jardín de delicias*, en comparación con el medio ingrato donde van a quedar relegados durante miles de siglos, hasta que hayan merecido liberarse de él? El vago recuerdo intuitivo que conservan de aquella tierra es para ellos como un espejismo lejano que les recuerda lo que *han perdido por su propia culpa*.

44. Con todo, al mismo tiempo que los malos se alejan del mundo en que habitaban, otros Espíritus mejores los sustituyen, provenientes ya sea de la erraticidad de ese mismo mundo, o de un mundo menos adelantado al que debieron abandonar. Para esos Espíritus el nuevo hogar será una recompensa. De ese modo, la población espiritual renovada y liberada de sus peores elementos, al cabo de cierto tiempo contribuirá a que mejore el estado moral de aquel mundo.

Algunas veces esas mutaciones son parciales, es decir, que se circunscriben a un pueblo, a una raza; otras veces son generales, cuando llega para el globo el período de renovación.

45. La raza adámica presenta todos los caracteres de una raza proscripta. Los Espíritus que la integran fueron exiliados en la Tierra, ya poblada pero por hombres primitivos, inmersos en la ignorancia, en relación con los cuales aquellos tuvieron la misión de hacerlos progresar, proveyéndoles las luces de una inteligencia desarrollada. ¿No es ese el rol que, en efecto, esa raza ha desempeñado hasta el presente? Su superioridad intelectual prueba que el mundo de donde provenían los Espíritus que la componen estaba

más adelantado que la Tierra. No obstante, como ese mundo debía entrar en una nueva fase de progreso, y puesto que esos Espíritus, a causa de su obstinación, no quisieron colocarse a la altura de ese progreso, allá estarían desubicados y constituirían un obstáculo para la marcha providencial de los acontecimientos. Por ese motivo fueron excluidos y sustituidos por otros que lo merecían.

Al relegar a aquella raza a este mundo de trabajo y sufrimiento, Dios tuvo motivo para decir: “Extraerás el alimento de la tierra con el sudor de tu frente”. En su bondad, le prometió que le enviaría un *Salvador*, es decir, alguien que habría de enseñarle el camino que debería adoptar para salir de ese territorio de miserias, de ese *infierno*, y alcanzar la felicidad de los elegidos. Dios envió ese Salvador en la persona de Cristo, que enseñó la ley de amor y caridad que esa raza ignoraba, y que sería una verdadera áncora para su salvación.

Además, con el objetivo de contribuir a que la humanidad progrese en un determinado sentido, los Espíritus superiores, aunque sin tener las cualidades de Cristo, encarnan de tiempo en tiempo en la Tierra para desempeñar misiones especiales, que también son provechosas para su adelanto personal, en caso de que las cumplan de acuerdo con los designios del Creador.

46. Sin la reencarnación, la misión de Cristo sería un despropósito, al igual que la promesa hecha por Dios. Supongamos, en efecto, que el alma de cada hombre fuera creada en ocasión del nacimiento del cuerpo, y que no hiciera más que aparecer y desaparecer en forma definitiva de la Tierra. No habría ninguna relación entre las almas que vinieron desde Adán hasta Jesucristo, ni entre las que vinieron después. Todas serían extrañas entre sí. La promesa de enviar un Salvador, hecha por Dios, no podría aplicarse a los descendientes de Adán, dado que sus almas todavía no habían sido creadas. Para que la misión de Cristo tuviera correspondencia con las palabras de Dios, era preciso que estas se aplicasen

a las mismas almas. Si esas almas fueran nuevas, no podrían estar manchadas por la falta del primer padre, que sería apenas un padre carnal y no un padre espiritual. De otro modo, Dios habría *creado* almas mancilladas por una falta que no podía dejar en ellas ningún vestigio, puesto que no existían. La doctrina común del pecado original implica, por consiguiente, la necesidad de una relación entre las almas de la época de Cristo y las del tiempo de Adán; implica, por lo tanto, la reencarnación.

Sostened que todas esas almas formaban parte de la colonia de Espíritus exiliados en la Tierra en los tiempos de Adán, y que estaban mancilladas por vicios debido a los cuales se las excluyó de un mundo mejor, y entonces tendréis la única interpretación racional del pecado original, pecado propio de cada individuo, y no el producto de la responsabilidad de la falta de otros a quienes jamás ha conocido. Sostened que esas almas o Espíritus renacen en diversas ocasiones en la Tierra para la vida corporal, a fin de que progresen y se purifiquen; que Cristo vino para esclarecer a *esas mismas almas*, no sólo acerca de sus vidas pasadas, sino también en relación con sus vidas posteriores, y únicamente entonces daréis a su misión un objetivo real y serio que pueda ser aceptado por la razón.

47. Un ejemplo habitual, destacable por su analogía, hará más comprensibles aún los principios que se acaban de exponer:

El 24 de mayo de 1861, la fragata *Ifigenia* transportó a Nueva Caledonia una compañía disciplinaria compuesta por 291 hombres. Al llegar, el comandante les comunicó un orden del día redactado en los términos siguientes:

“Al poner los pies en esta tierra lejana, sin duda ya habréis comprendido el rol que se os ha reservado.

”Conforme al ejemplo de los bravos soldados de nuestra marina, que prestan servicio a vuestro lado, nos ayudaréis a trasladar con lucimiento la antorcha de la civilización al seno de las tribus

salvajes de Nueva Caledonia. Os pregunto, ¿no es esa una grata y noble misión? Habréis de desempeñarla con dignidad.

”Escuchad la palabra y los consejos de vuestros superiores. Estoy por encima de ellos. Entended debidamente mis palabras.

”La elección de vuestro comandante, de vuestros oficiales, suboficiales y cabos constituye una garantía plena de que se aplicarán todos los esfuerzos para hacer de vosotros excelentes soldados. Digo más: para elevaros a la altura de los buenos ciudadanos y transformaros en colonos honrados *si así lo quisierais*.

”Vuestra disciplina es severa, y así debe ser. Depositada en nuestras manos será firme e inflexible, tomadlo en cuenta; y al mismo tiempo, justa y paternal, sabrá distinguir el error del vicio y la degradación...”

Vemos aquí un puñado de hombres expulsados por su mala conducta de un país civilizado, y enviados como castigo al ámbito de un pueblo bárbaro. ¿Qué les dice el jefe? “Habéis infringido las leyes de vuestro país; en él os habéis convertido en causa de perturbación y escándalo, y por eso fuisteis expulsados. Os envían aquí, y aquí podéis rescatar vuestro pasado; podéis, mediante el trabajo, crearos una posición honrosa y convertirlos en ciudadanos honestos. Tenéis una hermosa misión que cumplir: trasladar la civilización a estas tribus salvajes. La disciplina será severa, pero justa, y sabremos reconocer a quienes procedan correctamente. Tenéis el destino en vuestras manos; podréis mejorarlo *si así lo quisierais*, porque tenéis libre albedrío”.

Para aquellos hombres arrojados en medio de salvajes, ¿no es la madre patria un paraíso que ellos perdieron por sus propias faltas y por rebelarse contra la ley? En aquella tierra lejana, ¿no son ellos ángeles caídos? El lenguaje del comandante, ¿no es idéntico al que Dios empleó cuando se dirigió a los Espíritus exiliados en la Tierra? “Habéis desobedecido mis leyes, y por eso os he expulsado del mundo donde habríais podido vivir felices y en paz. Aquí es-

taréis condenados al trabajo; pero podréis, por vuestra buena conducta, haceros merecedores del perdón y de reconquistar la patria que por vuestra falta habéis perdido, es decir, el cielo.”

48. A primera vista, la idea de la caída parece estar en contradicción con el principio según el cual los Espíritus no pueden retrogradar. Sin embargo, es preciso considerar que no se trata de un retroceso al estado primitivo. El Espíritu, aunque en una posición inferior, no pierde nada de lo que ha adquirido; su desarrollo moral e intelectual es el mismo, sea cual fuere el medio en el que sea colocado. Él está en la misma situación del hombre que ha sido condenado a la prisión por sus delitos. Ciertamente, ese hombre se encuentra degradado, en decadencia desde el punto de vista social, pero no se vuelve ni más torpe ni más ignorante.

49. ¿Se podrá creer que esos hombres enviados a Nueva Caledonia van a transformarse súbitamente en modelos de virtud, y que van a abjurar de repente de sus errores del pasado? Quien así pensase demostraría que no conoce a la humanidad. Por la misma razón, los Espíritus de la raza adámica, una vez trasladados a la tierra de exilio, no se despojaron inmediatamente de su orgullo ni de sus malos instintos; por mucho tiempo aún conservaron las tendencias que traían, un resto de su antigua efervescencia. Ahora bien, ¿no es ese el verdadero pecado original?



CAPÍTULO XII



Génesis mosaica

Los seis días • El paraíso perdido.

Los seis días

1. CAPÍTULO 1:1. En el comienzo Dios creó el cielo y la tierra. – 2. La tierra era uniforme y estaba completamente vacía; las tinieblas cubrían la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. – 3. Dijo Dios: “Hágase la luz”, y la luz se hizo. – 4. Dios vio que la luz estaba bien, y separó la luz de las tinieblas. – 5. Dio a la luz el nombre de *día*, y a las tinieblas el nombre de *noche*, y de la tarde y de la mañana se hizo el primer día.

6. Dijo Dios también: “Hágase el firmamento en medio de las aguas y que él separe las aguas de las aguas”. – 7. Y Dios hizo el firmamento; y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima del firmamento. Y así se hizo. – 8. Y Dios dio al firmamento el nombre de *cielo*; y de la tarde y de la mañana se hizo el segundo día.

9. Dijo Dios además: “Reúnanse en un solo lugar las aguas que están bajo el cielo, y aparezca el elemento árido”. Y así se hizo. – 10. Dios dio al elemento árido el nombre de *tierra*, y llamó *mar* a todas las aguas reunidas. Y vio que eso estaba bien. – 11. Dijo Dios también: “Produzca la tierra la hierba verde que dé semilla,

y árboles frutales que den fruto, cada uno de su especie, y que contengan en sí mismas sus semillas, para que se reproduzcan en la tierra”. Y así se hizo. – 12. La tierra entonces produjo la hierba verde que era portadora de la semilla, según su especie, y árboles frutales que contenían en sí mismos sus semillas, según su especie. Y Dios vio que eso era bueno. – 13. Y de la tarde y de la mañana se hizo el tercer día.

14. Dijo Dios también: “Háganse cuerpos de luz en el firmamento del cielo, a fin de que se separen el día de la noche, y sirvan de señales para marcar el tiempo y las estaciones, los días y los años. – 15. Brillen ellos en el firmamento del cielo e iluminen la Tierra”. Y así se hizo. – 16. Entonces Dios hizo dos grandes cuerpos luminosos, uno mayor para presidir el día, y otro menor para presidir la noche; hizo también las estrellas. – 17. Y los puso en el firmamento del cielo para que brillen sobre la tierra. – 18. Para que presidan el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios vio que era bueno. 19. Y de la tarde y de la mañana se hizo el cuarto día.

20. Dijo Dios además: “Produzcan las aguas animales vivos que naden en las aguas, y aves que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo”. – 21. Entonces Dios creó los grandes peces y todos los animales que tienen vida y movimiento, que las aguas han producido, cada uno de una especie, y creó también todas las aves, cada una de su especie. Y vio que era bueno. – 22. Y los bendijo, diciendo: “Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar; y que los pájaros se multipliquen sobre la tierra”. – 23. Y de la tarde y de la mañana se hizo el quinto día.

24. Dijo Dios también: “Produzca la Tierra animales vivos, cada uno de su especie, los animales domésticos y las bestias salvajes de la tierra, según sus diferentes especies”. Y así se hizo. – 25. Dios hizo, pues, las bestias salvajes de la tierra según sus especies, los animales domésticos y todos los reptiles, cada uno de su especie. Y Dios vio que era bueno.

26. Dijo luego: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y que él mande sobre los peces del mar, las aves del cielo, las bestias, sobre toda la tierra y sobre todos los reptiles que se mueven en la tierra”. – 27. Dios entonces creó al hombre a su imagen, y lo creó a imagen de Dios, macho y hembra los creó. – 28. Dios los bendijo y les dijo: “Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; mandad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven en la tierra”. – 29. Dijo Dios además: “Os he dado todas las hierbas que traen su semilla a la tierra, y todos los árboles que encierran en sí mismos sus semillas, cada uno de una especie, a fin de que os sirvan de alimento. – 30. Y os di a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todo lo que se mueve en la tierra y que está vivo y animado, a fin de que tengan con qué alimentarse”. Y así se hizo. – 31. Dios vio todas las cosas que había hecho, y eran todas muy buenas. – 32. Y de la tarde y de la mañana se hizo el sexto día.

CAPÍTULO 2:1. El cielo y la tierra quedaron, pues, acabados de ese modo con todos sus ornamentos. – 2. Dios terminó en el séptimo día toda la obra que hizo, y reposó en ese séptimo día, luego de haber acabado todas sus obras. – 3. Bendijo el séptimo día y lo santificó, porque había cesado en ese día de producir todas las obras que había creado.

4. Ese fue el origen del cielo y de la tierra, y así fueron creados el día que el Señor hizo uno y otro. – 5. Y que creó todas las plantas de los campos antes de que hubiesen salido de la tierra, y todas las hierbas de las planicies antes de que hubiesen germinado. Porque el Señor Dios aún no había hecho que lloviese sobre la tierra, y no había hombre para labrarla. – 6. Pero de la tierra se elevaba una fuente que regaba toda su superficie.

7. El Señor Dios formó, pues, al hombre del lodo de la tierra, y le esparció sobre el rostro un soplo de vida, y el hombre se volvió viviente y animado.

2. Después de las explicaciones contenidas en los capítulos precedentes sobre el origen y la constitución del universo, de acuerdo con los datos suministrados por la ciencia, en cuanto a la parte material, y por el espiritismo, en cuanto a la parte espiritual, es conveniente confrontar todo eso con el texto del *Génesis* de Moisés, a fin de que cada uno pueda establecer comparaciones y juzgar con conocimiento de causa. Serán suficientes algunas explicaciones complementarias para hacer comprensibles las partes que necesitan esclarecimientos especiales.

3. En lo que respecta a algunos puntos, sin duda existe una notable concordancia entre el *Génesis* de Moisés y la doctrina científica; pero sería un error suponer que basta con que se sustituyan los seis días de veinticuatro horas de la creación bíblica por seis períodos indeterminados, para que esté completa la analogía. Otro error no menos importante sería que se creyera que, salvo el sentido alegórico de ciertas palabras, el *Génesis* y la ciencia marchan a la par y no son más que una paráfrasis uno de la otra.

4. En primer lugar observemos, según hemos visto (Capítulo VII, § 14), que el número de seis períodos geológicos es arbitrario, visto que se elevan a más de veinticinco las formaciones perfectamente caracterizadas. Ese número apenas determina las grandes fases generales, y sólo fue adoptado al comienzo para ordenar las cosas tanto como se pudiera de acuerdo con el texto bíblico, en una época —que por otra parte no está muy lejana— en la que se consideraba que la ciencia debía ser controlada por la Biblia. A eso se debió que los autores de la mayor parte de las teorías cosmogónicas, con el propósito de facilitar su aceptación, se esforzaron por conservar la concordancia con el texto sagrado. Tan pronto como la ciencia se apoyó en el método experimental, se sintió fortalecida y se emancipó. Hoy es ella la que controla a la Biblia.

Por otro lado, la geología, que toma como único punto de partida la formación de los terrenos graníticos, no incluye en el

cómputo de los períodos el estado primitivo de la Tierra. Tampoco se ocupa del Sol, de la Luna y las estrellas, ni del conjunto del universo, que pertenecen a la astronomía. Por consiguiente, para encuadrar todo en el *Génesis*, corresponde que se agregue un primer período que abarque ese orden de fenómenos, el cual se podría denominar *período astronómico*.

Además, no todos los geólogos consideran el período diluviano como un período aparte, sino como un acontecimiento transitorio, pasajero, que no varió en forma considerable el estado climático del globo, como tampoco marcó una nueva fase para las especies vegetales y animales, ya que, salvo pocas excepciones, se encuentran las mismas especies antes y después del diluvio. Por lo tanto, podemos abstenernos de considerar ese período, sin que por eso nos apartemos de la verdad.

5. El siguiente cuadro comparativo, en el que se encuentran resumidos los fenómenos que caracterizan cada uno de los seis períodos, permite abarcar el conjunto y considerar las relaciones y las diferencias que existen entre los referidos períodos y la génesis bíblica:

CIENCIA	GÉNESIS
I. PERÍODO ASTRONÓMICO. Aglomeración de la materia cósmica universal en un punto del espacio, en una nebulosa que dio origen, por la condensación de la materia en diversos puntos, a las estrellas, al Sol, a la Tierra, a la Luna y a todos los planetas. Estado primitivo fluídico e incandescente de la Tierra. – Atmósfera inmensa cargada de toda el agua en forma de vapor, y de todas las materias volatilizables.	PRIMER DÍA. El Cielo y la Tierra. – La luz.

II. PERÍODO PRIMARIO. Endurecimiento de la superficie de la Tierra por el enfriamiento; formación de las capas graníticas. – Atmósfera espesa y ardiente, impenetrable a los rayos solares. – Precipitación gradual del agua y de las materias sólidas volatilizadas en el aire. – Ausencia absoluta de vida orgánica.	SEGUNDO DÍA. El firmamento. – Separación de las aguas que están por encima del firmamento de las que están por debajo de él.
III. PERÍODO DE TRANSICIÓN. Las aguas cubren toda la superficie del globo. Primeros depósitos de sedimentos formados por las aguas. – Calor húmedo. – El Sol comienza a atravesar la atmósfera brumosa. – Primeros seres organizados de la más rudimentaria constitución. – Líquenes, musgos, helechos, licopodios, plantas herbáceas. Vegetación colosal. – Primeros animales marinos: zoófitos, políperos, crustáceos. – Depósitos de hulla.	TERCER DÍA. Las aguas que están debajo del firmamento se reúnen; aparece el elemento árido. – La tierra y los mares. – Las plantas.
IV. PERÍODO SECUNDARIO. Superficie de la Tierra poco accidentada; aguas poco profundas y pantanosas. Temperatura menos cálida; atmósfera más purificada. Considerables depósitos de calcáreos por las aguas. – Vegetación menos colosal; nuevas especies; plantas leñosas; primeros árboles. – Peces; cetáceos; moluscos, grandes reptiles acuáticos y anfibios.	CUARTO DÍA. El Sol, la Luna y las estrellas.

V. PERÍODO TERCIARIO. Grandes levantamientos de la corteza sólida; formación de los continentes. Retiro de las aguas hacia los lugares bajos; formación de los mares. Atmósfera purificada; temperatura actual producida por el calor solar. Animales terrestres gigantescos. Vegetales y animales de la actualidad. Aves. DILUVIO UNIVERSAL.	QUINTO DÍA. Los peces y los pájaros.
VI. PERÍODO CUATERNARIO O POSDILUVIANO. Terrenos aluviales. Animales terrestres. Vegetales y animales de la actualidad. – El hombre.	SEXTO DÍA. Los animales terrestres. – El hombre.

6. El primer aspecto sobresaliente de este cuadro comparativo es que la obra de cada uno de los seis días no se corresponde de manera rigurosa, como muchos suponen, con cada uno de los seis períodos geológicos. La concordancia más notable es la de la sucesión de los seres orgánicos, que es casi la misma, así como la de la aparición del hombre en último término. Ese es un hecho importante.

Hay también coincidencia, no en cuanto al orden numérico de los períodos, sino en cuanto al hecho citado en el pasaje en que se lee que, al tercer día, “las aguas que están debajo del cielo se reunieron en un solo lugar y apareció el elemento árido”. Es la expresión de lo que ocurrió en el período terciario, cuando los levantamientos de la corteza sólida dejaron al descubierto los continentes y expulsaron las aguas que formaron los mares. Sólo entonces aparecieron los animales terrestres, según la geología y según Moisés.

7. Cuando Moisés dice que la Creación fue realizada en seis días, ¿habrá querido aludir a días de veinticuatro horas, o habrá empleado esa palabra en el sentido de período, de duración? La

primera hipótesis es la más probable, si nos atenemos al texto mismo; en primer término, porque ese es el sentido preciso de la palabra hebrea *iom*, traducida por *día*; a continuación, la referencia a la tarde y a la mañana, como limitaciones de cada uno de los seis días, da lugar a que se suponga que Moisés ha querido referirse a días comunes. No se puede concebir ninguna duda al respecto, cuando consta, en el versículo 5: “Dio a la luz el nombre de *día*, y a las tinieblas el nombre de *noche*; y de la tarde y de la mañana se hizo el primer día”. Esto, evidentemente, sólo se puede aplicar al día de veinticuatro horas, constituido por períodos de luz y de tinieblas. El sentido resulta aún más preciso cuando dice, en el versículo 17, al hablar del Sol, de la Luna y de las estrellas: “Las puso en el firmamento del cielo para que brillen sobre la Tierra; para que presidan el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y de la tarde y de la mañana se hizo el cuarto día”.

Por otra parte, en la Creación todo era milagroso y, desde que se toma la senda de los milagros, se puede perfectamente creer que la Tierra fue hecha en seis veces veinticuatro horas, sobre todo cuando se ignoran las leyes naturales elementales. Todos los pueblos civilizados compartieron esa creencia, hasta el momento en que la geología proporcionó las pruebas que demostraban su imposibilidad.

8. Uno de los puntos más criticados del *Génesis* es el de la creación del Sol después de la luz. Trataron de explicarlo con el auxilio de los datos proporcionados por la geología, alegando que en los primeros tiempos de su formación, como se hallaba cargada de vapores densos y opacos, la atmósfera terrestre no permitía la visión del Sol, que por ese motivo no existía para la Tierra. Esta explicación podría llegar a ser admisible si en esa época ya hubiese habido habitantes que verificaran la presencia o la ausencia del Sol. Ahora bien, según el propio Moisés, en esa época no había más que plantas que, pese a todo, no habrían podido crecer y multiplicarse sin la acción del calor solar.

Existe, pues, un evidente anacronismo en el orden que estableció Moisés para la creación del Sol. Sin embargo, involuntariamente o no, él no cometió un error al decir que la luz precedió al Sol.

El Sol no es el principio de la luz universal, sino una concentración del elemento luminoso en un punto o, dicho de otro modo, del fluido que en determinadas circunstancias adquiere propiedades luminosas. Ese fluido, que es la causa, debió forzosamente preceder al Sol, que es sólo un efecto. El Sol es *causa* en relación con la luz que irradia, pero es *efecto* en relación con la luz que recibió.

En una habitación a oscuras, una vela encendida es un pequeño sol. ¿Qué es lo que se hizo para encender la vela? Se desarrolló la propiedad lumínica del fluido luminoso, y se concentró ese fluido en un punto. La vela es la causa de la luz que se difunde en la habitación; pero si el principio luminoso no hubiera existido antes de la vela, esta no habría podido ser encendida.

Lo mismo ocurre con el Sol. El error proviene de la falsa idea, alimentada durante largo tiempo, de que el universo entero comenzó con la Tierra y, por consiguiente, no se comprende que el Sol pudiera haber sido creado después de la luz. Sabemos actualmente que antes de que nuestro Sol y nuestra Tierra fuesen creados, ya existían millones de soles y de tierras que, por lo tanto, gozaban de la luz. En principio, entonces, la aseveración de Moisés es absolutamente exacta; es falsa cuando lleva a creer que la Tierra fue creada antes que el Sol. Al estar sujeta al Sol por su movimiento de traslación, la Tierra debió de ser creada después de este. Eso es lo que Moisés no podía saber, ya que ignoraba la ley de gravitación.

Esa misma idea se encuentra en la génesis según los antiguos persas. En el primer capítulo del *Vendidad*, al describir el origen del mundo, expresa Ormuz: “He creado la luz que fue a iluminar al Sol, la Luna y las estrellas”. (*Diccionario de mitología universal*). La forma aquí es, sin duda, más clara y más científica que en el *Génesis* de Moisés, y no requiere comentarios.

9. Evidentemente, Moisés compartía las creencias más primitivas sobre la cosmogonía. Como los hombres de su época, creía en la solidez de la bóveda celeste, así como en los reservorios superiores de las aguas. Esa idea está expresada sin alegorías ni ambigüedades en el siguiente pasaje (versículo 6 y siguientes): “Dijo Dios: Hágase el firmamento en medio de las aguas, y que él separe las aguas de las aguas. Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima del firmamento”. (Véase el Capítulo V, “Antiguos y modernos sistemas del mundo”, §§ 3, 4 y 5.)

Según una antigua creencia, el agua era considerada como el principio, el elemento generador primitivo, de modo que Moisés no habla de la creación de las aguas, que aparentemente ya existían. “Las tinieblas cubrían el abismo”, es decir, la profundidad del espacio, a la cual la imaginación se representaba, de modo vago, ocupada por las aguas y en medio de tinieblas, antes de la creación de la luz. Por esa razón Moisés expresa: “El Espíritu de Dios era llevado (o se cernía) sobre las aguas”. Dado que se consideraba a la Tierra como formada en medio de las aguas, era necesario aislarla. Se supuso entonces que Dios había hecho el firmamento —una bóveda sólida— para separar las aguas de arriba de las que estaban en la Tierra.

A fin de que comprendamos ciertas partes del *Génesis*, es indispensable que nos coloquemos en el punto de vista de las ideas cosmogónicas de la época que este refleja.

10. A partir de los progresos de la física y la astronomía, una doctrina como esa es insostenible.⁵⁴ No obstante, Moisés atribuye esas palabras al propio Dios. Ahora bien, ya que estas expresan un hecho notoriamente falso, tenemos dos opciones: o Dios se

⁵⁴ Por más grosero que sea el error de esa creencia, todavía despierta el entusiasmo de los niños de nuestro tiempo, como si se tratase de una verdad sagrada. Tiemblan los educadores cuando osan aventurarse a una tímida interpretación. ¿Cómo habríamos de pretender que eso no fuera más tarde a generar incrédulos? (N. de Allan Kardec.)

equivocó en el relato que hizo de su obra, o ese relato no es una revelación divina. Como la primera suposición no es admisible, se debe concluir que Moisés se limitó a expresar sus propias ideas. (Véase el Capítulo I, § 3.)

11. Moisés se aproxima un poco más a la verdad cuando dice que Dios hizo al hombre con el lodo de la tierra.⁵⁵ De hecho, la ciencia demuestra (Véase el Capítulo X) que el *cuerpo* del hombre está compuesto por elementos tomados de la materia inorgánica o, dicho de otra manera, del lodo de la tierra.

La mujer formada de una costilla de Adán es una alegoría, aparentemente pueril si se la toma al pie de la letra, aunque profunda en cuanto al sentido. Tiene por finalidad mostrar que la mujer es de la misma naturaleza que el hombre y, por consiguiente, es igual a este ante Dios, y no una criatura aparte, hecha para ser sojuzgada y tratada como un ilota. Al considerarla salida de la propia carne del hombre, la imagen de igualdad es más significativa que si hubiera sido formada por separado del mismo lodo. Equivale a decirle al hombre que ella es su igual y no su esclava, que él debe amarla como a una parte de sí mismo.

12. Para los espíritus incultos, sin ninguna noción de las leyes generales, incapaces de abarcar el conjunto y de concebir lo infinito, esta creación milagrosa e instantánea presentaba algo de fantástico que ofuscaba su imaginación. El cuadro del universo extraído de la nada en unos pocos días, por un solo acto de la voluntad creadora, era para ellos la señal más evidente del poder de Dios. Qué mejor descripción, en efecto, más sublime y más poética de ese poder, que estas palabras: “Dios dijo: ¡Hágase la luz, y la luz se hizo!” Dios, al crear al universo mediante la acción lenta y gradual de las leyes de la naturaleza, les hubiera parecido de menor importancia, menos poderoso. Necesitaban algo maravilloso, que saliera

⁵⁵ El término hebreo *haadam*, el hombre, del cual derivó *Adán*, y el término *haadama*, la tierra, tienen la misma raíz. (N. de Allan Kardec.)

del esquema común, porque de lo contrario supondrían que Dios no era más hábil que los hombres. Una teoría científica y racional de la Creación los hubiese dejado fríos e indiferentes.

No rechazemos, pues, la génesis bíblica; por el contrario, estudiémosla de la misma manera que se estudia la historia de la infancia de los pueblos. Se trata de una epopeya rica en alegorías, cuyo sentido oculto debemos encontrar; alegorías que es preciso analizar y explicar con la ayuda de las luces de la razón y la ciencia. Al mismo tiempo que resaltamos su belleza poética y sus enseñanzas veladas por la forma llena de imágenes, es preciso que expongamos decididamente sus errores, a favor del interés mismo de la religión. Esta será mucho más respetada cuando esos errores dejen de ser impuestos a la fe como verdades, y Dios parecerá más grande y más poderoso cuando no se asocie su nombre con hechos controvertidos.

El paraíso perdido⁵⁶

13. CAPÍTULO 2:8. Y el Señor Dios había plantado desde el comienzo un jardín de delicias, en el cual puso al hombre que había formado. – 9 El Señor Dios también hizo que brotara de la tierra toda especie de árboles hermosos a la vista y cuyo fruto era agradable al paladar, y en medio del paraíso⁵⁷ el árbol de vida, con el árbol de la ciencia del bien y del mal. (*Jehová Eloim hizo salir de la tierra –min haadama– todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer, y el árbol de vida –vehetz hachayim– en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.*)

⁵⁶ A continuación de algunos versículos se encuentra la traducción literal del texto hebreo, que expresa más fielmente el pensamiento primitivo. El sentido alegórico se destaca así más claramente. (N. de Allan Kardec.)

⁵⁷ Paraíso, del latín *paradisus*, derivado del griego *paradeisos*, jardín, pomar, lugar plantado con árboles. El término hebreo empleado en el *Génesis* es *hagan*, que tiene el mismo significado. (N. de Allan Kardec.)

15 El Señor tomó, pues, al hombre, y lo puso en el paraíso de delicias, a fin de que lo cultivase y lo cuidara. – 16 Le dio también este mandamiento, y le dijo: “Come de todos los árboles del paraíso. (*Jeová Eloim ordenó al hombre –hal haadam– diciendo: “De todo árbol del jardín –hagan– puedes comer.”*) – 17 Pero no comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal; porque tan pronto como lo comas, morirás sin remedio”. (*“Y del árbol de la ciencia del bien y del mal –oumehetz hadaat tob vara– no comerás, pues el día en que de él comas, morirás.”*)

14. CAPÍTULO 3:1. Ahora bien, la serpiente era el más astuto de todos los animales que el Señor Dios había creado en la tierra. Y le dijo a la mujer: “¿Por qué Dios os ordenó que no comáis del fruto de todos los árboles del paraíso?” (*Y la serpiente –nahasch– era más astuta que todos los animales terrestres que había hecho Jehová Eloim; la cual dijo a la mujer –el haischa–: “¿Cómo es que Eloim os ha dicho: No comáis de ningún árbol del jardín?”*) – 2. La mujer respondió: “Comemos de los frutos de todos los árboles que están en el paraíso. (*Dijo ella, la mujer, a la serpiente: “Podemos comer del fruto –miperi– de los árboles del jardín.”*) – 3. Pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, Dios nos ordenó que no comiésemos de él, y que no lo tocásemos, para que no corramos peligro de muerte”. – 4. La serpiente replicó a la mujer: “De ninguna manera moriréis. – 5. Es que Dios sabe que, tan pronto como hayáis comido de ese fruto, vuestros ojos se abrirán y seréis como *dioses*, conocedores del bien y del mal”.

6. La mujer consideró entonces que el fruto de aquel árbol era bueno para comer; que era apetecible y agradable a la vista. Y, tomando de él, lo comió, y se lo dio a su marido, que también comió. (*La mujer vio que el árbol era bueno como alimento y que era deseable para comprender –léaskil–, y tomó de su fruto, etc.*)

8. Y como oyeron la voz del Señor Dios, que se paseaba a la tarde por el paraíso, cuando sopla una brisa suave, ellos se retira-

ron hacia el medio de los árboles del paraíso, a fin de ocultarse de delante de su presencia.

9. Entonces el Señor Dios llamó a Adán, y le dijo: “¿Dónde estás?” – 10. Adán le respondió: “Oí tu voz en el paraíso y tuve miedo, porque estaba desnudo, por eso me escondí”. – 11. El Señor le respondió: “¿Y cómo supiste que estabas desnudo, acaso porque comiste el fruto del árbol del cual yo os prohibí que comieseis?” – 12. Adán le respondió: “La mujer que me diste por compañera me mostró el fruto de ese árbol, y comí de él”. – 13. El Señor Dios dijo a la mujer: “¿Por qué hiciste eso?” Ella respondió: “La serpiente me engañó, y comí de ese fruto”.

14. Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente: “Por haber hecho eso, serás maldita entre todos los animales y todas las bestias de la tierra; andarás sobre tu vientre, y comerás tierra todos los días de tu vida. – 15. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su raza y la tuya. Ella te aplastará la cabeza, y tú tratarás de morderle el talón”.

16. Dios dijo también a la mujer: “Habré de afligirte con muchos males durante tus embarazos; parirás con dolor; estarás bajo la dominación de tu marido y él te dominará”.

17. Dijo a continuación a Adán: “Porque has escuchado la voz de tu mujer, y has comido del fruto del árbol que te prohibí que comieses, la tierra te será maldita por causa de lo que hiciste, y sólo con mucho trabajo extraerás de ella con qué alimentarte durante toda tu vida. – 18. Ella te producirá espinos y abrojos, y te alimentarás con la hierba de la tierra. – 19. Y comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste tomado, porque eres polvo y al polvo volverás”.

20. Y Adán dio a su mujer el nombre de *Eva*, que significa *vida*, porque ella era la madre de todos los vivientes.

21. El Señor Dios también hizo para Adán y su mujer túnicas de pieles con que los cubrió. – 22. Y dijo: “He aquí a Adán hecho *uno de nosotros*, en cuanto a conocer el bien y el mal. Evitemos

pues, ahora, que él eche mano del árbol de la vida, que tome de su fruto y que, comiendo de ese fruto, viva eternamente”. (*Jehová Eloim dijo: “He aquí que el hombre fue como uno de nosotros para el conocimiento del bien y del mal, y ahora él puede extender la mano y tomar del árbol de la vida –veata pen ischlachyado velakach mehetz hachayim–; comerá de él y vivirá eternamente”*.)

23. El Señor Dios lo hizo salir del jardín de delicias, a fin de que fuese a trabajar en el cultivo de la tierra de donde fue tomado. Y habiéndolo expulsado, colocó querubines⁵⁸ delante del jardín de delicias, los cuales hacían brillar una espada de fuego, para guardar el camino que llevaba al árbol de la vida.

15. Bajo una imagen pueril y hasta ridícula, si nos atuviéramos a la forma, la alegoría a menudo oculta grandes verdades. A primera vista, ¿habrá una fábula más absurda que la de Saturno, el dios que devoraba piedras, confundiéndolas con sus hijos? Con todo, al mismo tiempo, ¿cuánta filosofía y cuánta verdad hay en esa figura, si le buscamos el sentido moral! Saturno es la personificación del tiempo; como todas las cosas son obra del tiempo, él es el padre de todo lo que existe; pero también todo se destruye con el tiempo. Saturno devorando piedras es el símbolo de la destrucción, producida por el tiempo, de los cuerpos más duros, que son sus hijos, puesto que se formaron con el tiempo. ¿Y quién escapa, según esa misma alegoría, a semejante destrucción? Solamente Júpiter, símbolo de la inteligencia superior, del principio espiritual que es indestructible. Esa imagen es incluso tan natural que, en el lenguaje moderno, sin alusión a la antigua fábula, acerca de una cosa que finalmente se deterioró, se dice que ha sido devorada por el tiempo, carcomida, devastada por el tiempo.

Toda la mitología pagana no es en realidad más que un gran cuadro alegórico de las diversas caras, buenas y malas, de la huma-

⁵⁸ Del hebreo *cherub*, *keroub* (buey) y *charab* (labrar); ángeles del segundo coro de la primera jerarquía, que eran representados con cuatro alas, cuatro caras y patas de buey. (N. de Allan Kardec.)

nidad. Para quien busca su sentido, se trata de un curso completo de la más profunda filosofía, como sucede con las fábulas modernas. Lo absurdo residía en que se tomara la forma por el fondo.

16. Lo mismo ocurre con el *Génesis*, donde se deben hallar grandes verdades morales debajo de las figuras materiales que, tomadas al pie de la letra, serían tan absurdas como si, en nuestras fábulas, tomásemos en sentido literal las escenas y los diálogos atribuidos a los animales.

Adán es la personificación de la humanidad; su falta individualiza la debilidad del hombre, en quien predominan los instintos materiales a los que él no sabe resistirse.⁵⁹

El árbol, como árbol de la vida, es el emblema de la vida espiritual; como árbol de la ciencia, representa la conciencia del bien y del mal, que el hombre consigue mediante el desarrollo de su inteligencia y de su libre albedrío, en virtud del cual elige entre uno y otro. Resalta el momento en que el alma del hombre deja de ser guiada únicamente por sus instintos, toma posesión de su libertad y asume la responsabilidad de sus actos.

El fruto del árbol simboliza el objeto de los deseos materiales del hombre; es la alegoría de la codicia y de la concupiscencia; resume en una sola figura las motivaciones de la tendencia al mal. Comerlo es sucumbir a la tentación. El árbol se yergue en medio del jardín de las delicias para enseñar que la seducción se encuentra en el seno mismo de los placeres, y para recordarnos que, si el hombre da preponderancia a los goces materiales, se aferra a la Tierra y se aparta de su destino espiritual.⁶⁰

⁵⁹ Está hoy perfectamente reconocido que la palabra hebrea *haadam* no es un nombre propio, sino que significa: *el hombre en general, la humanidad*, lo que destruye toda la estructura erigida sobre la personalidad de Adán. (N. de Allan Kardec.)

⁶⁰ En ninguno de los textos el fruto está especificado como *manzana*, palabra que sólo se encuentra en las versiones infantiles. El término del texto hebreo es *peri*, que tiene las mismas acepciones que en francés, sin la determinación de la especie, y puede ser tomado en sentido material, moral, alegórico, en sentido propio y figurado. Para los israelitas no existe una interpretación obligatoria; cuando una palabra tiene varias acepciones, cada uno la interpreta como quiere, toda vez que la interpretación no sea contraria a la gramática.

La muerte con que se lo amenaza, en caso de que transgreda la prohibición que se le ha hecho, es un aviso de las consecuencias inevitables, físicas y morales, que derivan de la violación de las leyes divinas que Dios ha grabado en su conciencia. Es muy evidente que aquí no se trata de la muerte corporal, puesto que, después de haber cometido la falta, Adán aún vivió durante largo tiempo, sino de la muerte espiritual o, en otras palabras, de la pérdida de los bienes que resultan del progreso moral, pérdida representada por su expulsión del jardín de las delicias.

17. La serpiente está lejos de ser considerada actualmente como el prototipo de la astucia. Aquí se la incluye más por su forma que por su carácter, como una alusión a la perfidia de los malos consejos que se insinúan como la serpiente, y de la cual por esa razón muchas veces el hombre desconfía. Por otra parte, si la serpiente es condenada a reptar porque ha engañado a la mujer, significa que antes ese animal tenía patas, en cuyo caso ya no era una serpiente. Entonces, ¿por qué imponer como verdades, a la fe ingenua y crédula de los niños, alegorías tan evidentes, que al falsear su valoración acerca de ellas se hace que más tarde consideren a la Biblia como un muestrario de fábulas absurdas?

Además, se debe notar que el término hebreo *nahasch*, traducida como *serpiente*, proviene de la raíz *nahasch*, cuyo significado es: *hacer encantamientos, adivinar las cosas ocultas*, que puede entonces significar: *encantador, adivino*. Con esta acepción se lo encuentra en el *Génesis*, 44:5 y 15, a propósito de la copa que José envió a que fuera escondida en la alforja de Benjamín: “La copa que robaste es la misma en que bebe mi señor, y de la cual se sirve para adivinar (*nahasch*).⁶¹ – ¿Ignoras que no hay quien me iguale en la ciencia de

El término *peri* fue traducido en latín por *malum*, que se aplica tanto a la manzana como a cualquier otra especie de frutos. Deriva del griego *mélon*, participio del verbo *mélo*, interesar, cuidar, atraer. (N. de Allan Kardec.)

⁶¹ De ese hecho, ¿se podrá inferir que los egipcios conocían la mediumnidad a través de la *copa de agua*? (Véase la *Revista Espírita*, junio de 1868.) (N. de Allan Kardec.)

adivinar (*nahasch*)?”. Y también en el libro de los *Números*, 23:23: “No hay encantamientos (*nahasch*) en Jacob, ni adivinos en Israel”. Por consiguiente, la palabra *nahasch* tomó también la acepción de *serpiente*, reptil al que los encantadores tenían la pretensión de encantar, o del cual se servían en sus encantamientos.

La palabra *nahasch* recién fue traducida como *serpiente* en la versión de los *Setenta* —versión escrita en griego en el segundo siglo antes de la Era Cristiana—, los cuales según Hutcheson tergiversaron el texto hebreo en muchos de los párrafos. Las inexactitudes de esa versión resultaron, sin duda, de las modificaciones que la lengua hebrea sufrió en el intervalo transcurrido, visto que el hebreo de la época de Moisés era entonces una lengua muerta, que difería del hebreo vulgar, tanto como el griego antiguo y el árabe literario difieren del griego y el árabe modernos.⁶²

Por consiguiente, es probable que Moisés haya considerado que el seductor de la mujer era el deseo indiscreto de conocer las cosas ocultas, suscitado por el espíritu de adivinación, lo que concuerda con el sentido primitivo de la palabra *nahasch*, adivinar, y por otro lado con estas palabras: “Dios sabe que en cuanto hayáis comido de ese fruto, vuestros ojos se abrirán y seréis como *dioses*. Ella, la mujer, vio que era codiciable el árbol para *comprender* (*léaskil*) y tomó su fruto”. No hay que olvidar que Moisés quería proscribir entre los hebreos el arte de la adivinación practicada por los egipcios, tal como lo prueba su prohibición de interrogar a los muertos y al espíritu de Pitón. (Véase *El Cielo y el Infierno según el espiritismo*, Primera Parte, Capítulo XI.)

18. El pasaje que dice: “El Señor se paseaba por el paraíso, a la tarde, cuando se levanta una brisa suave”, resulta una imagen ingenua y un tanto pueril, que la crítica no dejó de resaltar; pero

⁶² El término *nahasch* existía en la lengua egipcia, y significaba *negro*, probablemente porque los negros tenían el don de los encantamientos y la adivinación. Tal vez también por eso es que las esfinges de origen asirio estaban representadas por una figura de negro. (N. de Allan Kardec.)

no tiene nada que deba sorprender, si nos remitimos a la idea que los hebreos de los tiempos primitivos se hacían de la Divinidad. Para esas inteligencias limitadas, incapaces de concebir abstracciones, Dios debía tener una forma concreta, y ellos referían todo a la humanidad, como el único punto conocido. Por eso Moisés les hablaba como a niños, mediante imágenes concretas. En este caso, se trata de la personificación del poder soberano, como los paganos personificaban mediante figuras alegóricas las virtudes, los vicios y las ideas abstractas. Más tarde, los hombres despojaron a la idea de la forma, a semejanza del niño que al convertirse en adulto busca el sentido moral de los cuentos con que lo acunaron. Por lo tanto, debemos considerar ese pasaje como una alegoría que representa a la Divinidad protegiendo en persona a los objetos de su creación. El gran rabino Wogue lo tradujo de la siguiente manera: “Oyeron *la voz* del Eterno Dios, que recorría el jardín del lado de donde viene el día”.

19. Si la falta de Adán consistió literalmente en haber comido un fruto, no cabe duda de que esa falta no podría, por su naturaleza casi pueril, justificar el rigor con que fue castigada. Tampoco se podría admitir racionalmente que ese hecho sea como en general se supone; de otro modo Dios, al considerarlo como un crimen irremisible, habría condenado a su propia obra, ya que Él había creado al hombre para su propagación. Si Adán hubiese entendido de ese modo la prohibición de tocar el fruto del árbol, y con ella se hubiese conformado escrupulosamente, ¿dónde estaría la humanidad, y qué habría sido de los designios del Creador?

Dios no había creado a Adán y Eva para que permanecieran solos en la Tierra; la prueba de eso está en sus propias palabras, las que les dirige inmediatamente después de haberlos creado, cuando aún estaban en el paraíso terrestre: “Dios los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, *llenad la Tierra* y sometedla”. (*Génesis*, 1:28.) Dado que la multiplicación del hombre era ley desde el

paraíso terrenal, su expulsión de allí no pudo haber tenido como causa el hecho supuesto.

Lo que dio crédito a esa suposición fue el sentimiento de vergüenza que Adán y Eva experimentaron ante la mirada de Dios, y que los llevó a que se ocultaran. Pero esa vergüenza es de por sí una figura por comparación: simboliza la confusión que todo culpable experimenta en presencia de aquel al que ha ofendido.

20. ¿Cuál es, pues, en definitiva, esa falta tan grave que provocó la condena perpetua de todos los descendientes de aquel que la cometió? Caín, el fratricida, no fue tratado con tanta severidad. Ningún teólogo ha podido definirla con lógica, porque todos ellos, apegados a la letra, han girado dentro de un círculo vicioso.

Hoy sabemos que esa falta no es un hecho aislado, personal, de un individuo, sino que abarca bajo un único aspecto alegórico, el conjunto de las prevaricaciones de que la humanidad de la Tierra, todavía imperfecta, puede convertirse en culpable, y que se resume en estas palabras: *infracción a la ley de Dios*. Ese es el motivo por el cual la falta del primer hombre, en el cual está simbolizada la humanidad, tenga como símbolo un acto de desobediencia.

21. Al decirle a Adán que extraería el alimento de la tierra con el sudor de su frente, Dios simboliza la obligación del trabajo; pero ¿por qué convirtió al trabajo en un castigo? ¿Qué sería de la inteligencia del hombre si este no la desarrollara mediante el trabajo? ¿Qué sería de la Tierra, si no fuese fecundada, transformada, saneada por el trabajo inteligente del hombre?

Fue dicho (*Génesis*, 2:5 y 7): “El Señor Dios aún no había hecho que lloviese sobre la Tierra, y no había en ella hombre para labrarla. El Señor formó, pues, al hombre del lodo de la tierra”. Esas palabras, próximas a estas otras: *Poblad la Tierra*, prueban que el hombre estaba destinado desde su origen a ocupar *la totalidad de la tierra y a cultivarla*; prueban, además, que el paraíso no era un lugar circunscripto a una determinada región del globo. Si el culti-

vo de la tierra habría de ser una consecuencia de la falta de Adán, resultaría que, si Adán no hubiera pecado, la Tierra habría permanecido inculta, y los designios de Dios no se habrían cumplido.

¿Por qué Dios le dijo a la mujer que pariría con dolor debido a que había cometido una falta? ¿Cómo puede el dolor del parto ser un castigo, cuando es un efecto del organismo, y cuando está probado fisiológicamente que es inevitable? ¿Cómo puede constituir un castigo algo que se produce según las leyes de la naturaleza? Eso es lo que los teólogos todavía no han explicado, ni podrán hacerlo mientras no abandonen el punto de vista en que se han colocado. Con todo, aquellas palabras que parecen tan contradictorias tienen una justificación.

22. Observemos, en primer lugar, que si las almas de Adán y Eva hubiesen sido sacadas de la nada en el preciso momento de la creación de sus cuerpos, como todavía se enseña, la pareja debía carecer de experiencia en todas las cosas; debía por lo tanto ignorar lo que es morir. Ya que los dos estaban *solos* en la Tierra, al menos mientras vivieron en el paraíso terrestre, no habían presenciado la muerte de nadie. ¿Cómo, entonces, habrían podido comprender en qué consistía la amenaza de muerte que Dios les hacía? ¿Cómo habría podido comprender Eva que parir con dolor sería un castigo, visto que como acababa de nacer a la vida, jamás había tenido hijos y era la única mujer que existía en el mundo?

Por consiguiente, las palabras de Dios debían carecer de sentido para Adán y Eva. Recién salidos de la nada, no podían saber cómo ni porqué habían surgido allí; no podían comprender ni al Creador ni el motivo de la prohibición que se les imponía. Sin experiencia alguna acerca de las condiciones de la vida, pecaron como niños que actúan sin discernimiento, lo que vuelve todavía más incomprensible la terrible responsabilidad que Dios hizo pesar sobre ellos y sobre la humanidad entera.

23. Lo que constituye para la teología un caso sin solución, el espiritismo lo explica sin dificultad y de una manera racional

mediante la preexistencia del alma y la pluralidad de las existencias, ley sin la cual todo es misterioso y anómalo en la vida del hombre. En efecto, admitamos que Adán y Eva ya hubieran vivido, y de inmediato todo tiene una justificación: Dios no les habla como a niños, sino como a seres en estado de comprenderlo y que lo comprenden, prueba evidente de que ambos tenían conocimientos previos. Admitamos, además, que hubiesen vivido en un mundo más adelantado y menos material que el nuestro, donde el trabajo del Espíritu sustituía al del cuerpo; que por haberse rebelado contra la ley de Dios, representada en la desobediencia, hubiesen sido excluidos de allí y exiliados como un castigo en la Tierra, donde el hombre, por la naturaleza del globo, está obligado a un trabajo corporal, y entonces reconoceremos que Dios tenía razón cuando les dijo: En el mundo al que iréis a vivir de ahora en adelante, “cultivaréis la tierra y de ella extraeréis el alimento con el sudor de vuestra frente”; y a la mujer: “Parirás con dolor”, porque esa es la condición de ese mundo. (Véase el Capítulo XI, § 31 y siguientes.)

De tal modo, el paraíso terrenal, cuyos vestigios han sido buscados infructuosamente en la Tierra, era la imagen del mundo feliz donde Adán había vivido o, más bien, donde había vivido la raza de los Espíritus que él representa. La expulsión del Paraíso marca el momento en que esos Espíritus vinieron a encarnar entre los habitantes de nuestro planeta, y el cambio de situación fue la consecuencia de esa expulsión. El ángel armado con una espada llameante, que defiende la entrada al Paraíso, simboliza la imposibilidad en que se encuentran los Espíritus de los mundos inferiores de penetrar en los mundos superiores antes de que lo merezcan por su purificación. (Véase, más adelante, el Capítulo XIV, § 8 y siguientes.)

24. “Caín (después del asesinato de Abel) responde al Señor: ‘Mi iniquidad es demasiado grande para que se me pueda perdonar. Me expulsáis hoy de sobre la Tierra, y yo iré a ocultarme de vuestra presencia. Seré un fugitivo y un vagabundo en la Tierra,

y entonces cualquiera que me encuentre me matará'. El Señor le respondió: 'No, eso no sucederá, porque quien mate a Caín será castigado duramente'. Y el Señor puso una señal sobre Caín, a fin de que quienes pudieran encontrarlo no lo matasen.

"Habiéndose retirado de delante del Señor, Caín quedo deambulando por la Tierra, y vivió en la región oriental del Edén. Conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoc. Él construyó (*vaiehi boné*; literalmente: *estaba construyendo*) una ciudad a la que llamó *Henoc* (Enoquia) del nombre de su hijo." (*Génesis*, 4:13 a 17.)

25. Si nos atuviéramos a la letra del *Génesis*, llegaríamos a las siguientes conclusiones: Adán y Eva estaban solos en el mundo después de su expulsión del paraíso terrenal; posteriormente tuvieron los dos hijos, Caín y Abel. Ahora bien, luego de que Caín se retiró a otra región después de haber asesinado a su hermano, no volvió a ver a sus padres, quienes de nuevo quedaron solos. Sólo mucho más tarde, a la edad de ciento treinta años, Adán tuvo su tercer hijo, que se llamó Set, luego de cuyo nacimiento vivió aún, según la genealogía bíblica, ochocientos años, y engendró más hijos e hijas.

Por consiguiente, cuando Caín fue a establecerse al oriente del Edén, solamente había en la Tierra tres personas: su padre, su madre y él, que quedó *solo*, por su lado. Sin embargo, Caín tuvo mujer y un hijo. ¿Qué mujer podía ser esa, y dónde habría podido él desposarla? El texto hebreo dice: *Él estaba construyendo una ciudad*, y no: *él construyó*, lo que indica una acción presente y no posterior. Pero una ciudad presupone la existencia de habitantes, visto que no sería por presumir que Caín la hiciera para él, su mujer y su hijo, ni que pudiese edificarla solo.

Por lo tanto, de esa narración debemos inferir que la región estaba poblada. Ahora bien, no podía serlo por los descendientes de Adán, que por entonces estaban reducidos a uno solo: Caín.

Por otra parte, la presencia de otros habitantes se destaca igualmente de estas palabras: "Seré un fugitivo y un vagabundo, y

cualquiera que me encuentre me matará”, así como de la respuesta que Dios le dio. ¿Por qué Caín temía que alguien lo matase, y qué utilidad tendría la señal que Dios le puso para preservarlo, si no habría de encontrar a nadie? Ahora bien, si había en la Tierra otros hombres además de la familia de Adán, significa que esos hombres estaban allí antes de él, de donde se deduce esta consecuencia, extraída del texto mismo del *Génesis*: Adán no es el primero ni el único padre del género humano. (Véase el Capítulo XI, § 34.)⁶³

26. Hacían falta los conocimientos que el espiritismo suministró acerca de las relaciones del principio espiritual con el principio material; acerca de la naturaleza del alma, de su creación en estado de simplicidad y de ignorancia; de su unión con el cuerpo; de su indefinida marcha progresiva a través de sucesivas existencias y a través de los mundos, que son otros tantos escalones en el camino del perfeccionamiento; acerca de su gradual liberación de la influencia de la materia mediante el uso del libre albedrío; de la causa de sus inclinaciones buenas o malas y de sus aptitudes; del fenómeno del nacimiento y de la muerte; de la situación del Espíritu en la erradicidad y, finalmente, acerca del porvenir como premio a sus esfuerzos por mejorar y de su perseverancia en el bien, para que se hiciese la luz sobre todos los aspectos de la génesis espiritual.

Gracias a esa luz el hombre sabe, de ahora en más, de dónde viene, hacia dónde va, por qué está en la Tierra y por qué sufre. Sabe que su porvenir está en sus manos, y que la duración de su cautiverio en este mundo depende exclusivamente de él. El *Génesis*, despojado de la alegoría limitada y mezquina, se le presenta grande y digno de la majestad, de la bondad y de la justicia del Creador. Considerado desde ese punto de vista, el *Génesis* confundirá a los incrédulos y triunfará.

⁶³ Esta idea no es nueva. La Peyrère, sabio teólogo del siglo diecisiete, en su libro *Preadamitas*, escrito en latín y publicado en 1655, extrajo del texto original de *La Biblia*, adulterado por las traducciones, la prueba evidente de que la Tierra estaba habitada antes de la venida de Adán. Esa es la opinión actual de muchos eclesiásticos ilustres. (N. de Allan Kardec.)

Los milagros según el espiritismo



- Capítulo XIII Características de los milagros
- Capítulo XIV Los fluidos
- Capítulo XV Los milagros del Evangelio





Características de los milagros

Los milagros en el sentido teológico • El espiritismo no hace milagros • Dios, ¿hace milagros? • Lo sobrenatural y las religiones.

Los milagros en el sentido teológico

1. En su acepción etimológica, la palabra *milagro* (de *mirari*, admirar) significa: *admirable, cosa extraordinaria, sorprendente*. La Academia la definió así: *Un acto del poder divino contrario a las leyes conocidas de la naturaleza*.

En su acepción usual, dicha palabra ha perdido, como tantas otras, su significado primitivo, que en un principio era general y más tarde quedó restringido a un orden específico de hechos. Según el concepto del vulgo, un *milagro* implica la idea de un hecho sobrenatural. En el sentido teológico, consiste en una derogación de las leyes de la naturaleza, por medio de la cual Dios pone de manifiesto su poder. Esa es, en efecto, la acepción vulgar, que se convirtió en el significado aceptado, de modo que sólo por comparación y en sentido metafórico se aplica a las circunstancias ordinarias de la vida.

Una de las características de los milagros propiamente dichos es el hecho de que son inexplicables, y que se realizan, por eso mismo, con exclusión de las leyes naturales. Tan firme es esa idea que se le asocia, que si un hecho milagroso llega a tener una explicación, se dice que ya no constituye un milagro, por más sorprendente que sea. Para la Iglesia, lo que confiere valor a los milagros es justamente su origen sobrenatural, así como la imposibilidad de que sean explicados; y se afirmó de tal modo sobre ese concepto, que toda asimilación de los milagros a los fenómenos de la naturaleza constituye, para ella, una herejía, un atentado contra la fe; a tal punto que ha excomulgado e incluso quemado a muchas personas porque no quisieron creer en ciertos milagros.

Otra característica del milagro es el hecho de que sea insólito, aislado, excepcional. Tan pronto como un fenómeno se reproduce, ya sea espontáneamente o por un acto de la voluntad, significa que está sujeto a una ley, sea esta conocida o no, de modo que ya no puede ser un milagro.

2. Desde el punto de vista de los ignorantes, la ciencia realiza milagros a diario. Si un hombre realmente muerto fuese devuelto a la vida mediante una intervención divina, habría un verdadero milagro, porque ese es un hecho contrario a las leyes de la naturaleza. Pero si en ese hombre hubiera apenas la apariencia de la muerte, si le quedara algo de *vitalidad latente*, y la ciencia o una acción magnética consiguiera reanimarlo, para las personas ilustradas se habría producido un fenómeno natural, aunque para el vulgo ignorante el hecho pasara por milagroso. Si un físico lanzase en medio de un descampado una cometa eléctrica e hiciera que cayese un rayo sobre un árbol, seguramente ese nuevo Prometeo sería considerado como provisto de un poder diabólico. En cambio, si Josué hubiese detenido el movimiento del Sol, o aun el de la Tierra, ahí sí tendríamos un verdadero milagro, porque no existe ningún magnetizador dotado de suficiente poder como para que produzca semejante prodigio.

Los siglos de ignorancia fueron fecundos en milagros, pues todo aquello cuya causa se desconocía era considerado sobrenatural. A medida que la ciencia reveló nuevas leyes, el círculo de lo maravilloso se fue restringiendo. No obstante, como la ciencia todavía no había explorado todo el campo de la naturaleza, una gran parte de él quedó reservada para lo maravilloso.

3. Expulsado por la ciencia del dominio de lo material, lo maravilloso se abroqueló en el dominio de la espiritualidad, donde halló su último refugio. El espiritismo, al demostrar que el elemento espiritual es una de las fuerzas vivas de la naturaleza, fuerza que incessantemente actúa en conjunción con la fuerza material, hace que regresen al ámbito de los efectos naturales los fenómenos que de él habían salido, porque como los otros, esos fenómenos se encuentran sujetos a leyes. Si lo maravilloso es expulsado de la espiritualidad, ya no tendrá razón de ser, y sólo entonces se podrá decir que la época de los milagros ha concluido. (Véase el Capítulo I, §18.)

El espiritismo no hace milagros

4. El espiritismo ha venido por su parte a hacer lo que cada ciencia hizo en su advenimiento: revelar nuevas leyes y explicar, en consecuencia, los fenómenos que competen a esas leyes.

Es cierto que esos fenómenos se relacionan con la existencia de los Espíritus y con su intervención en el mundo material, y precisamente en eso —dicen algunos— consiste lo sobrenatural. Pero en ese caso sería necesario probar que los Espíritus y sus manifestaciones son contrarios a las leyes de la naturaleza, y que allí no existe ni puede existir la acción de ninguna de esas leyes.

El Espíritu no es más que el alma que sobrevive al cuerpo; es el ser principal, puesto que no muere, mientras que el cuerpo no es otra cosa que un accesorio perecedero. Su existencia, por lo tanto, es tan natural después como durante la encarnación; está

sometida a las leyes que rigen el principio espiritual, del mismo modo que el cuerpo está sometido a las leyes que rigen el principio material. No obstante, como ambos principios tienen una afinidad necesaria, como reaccionan sin cesar el uno sobre el otro, como de la acción simultánea de ellos resultan el movimiento y la armonía del conjunto, se sigue de ahí que la espiritualidad y la materialidad son dos aspectos de un mismo todo, tan natural la una como la otra, y que la primera no es una excepción ni una anomalía en el orden de las cosas.

5. Durante la encarnación, el Espíritu actúa sobre la materia por intermedio de su cuerpo fluídico o periespíritu, y lo mismo ocurre cuando no está encarnado. Como Espíritu, y en la medida de sus capacidades, hace lo que hacía como hombre, salvo que, como ya no puede servirse del cuerpo carnal como instrumento, se vale, cuando le es necesario, de los órganos materiales de un encarnado, que es lo que se denomina *médium*. Actúa entonces como una persona que, al no poder escribir por sí misma, recurre a un secretario, o como alguien que no conoce una lengua y busca la ayuda de un intérprete. Tanto el secretario como el intérprete son los *médiums* del encarnado, del mismo modo que el médium es el secretario o el intérprete de un Espíritu.

6. Como en el estado de encarnación el ambiente en que los Espíritus actúan, así como los medios de ejecución, ya no son los mismos, los efectos también son diferentes. Esos efectos sólo parecen sobrenaturales porque se producen con el auxilio de agentes que no son aquellos de los que nos servimos. No obstante, dado que esos agentes están en la naturaleza, y que las manifestaciones se producen en virtud de ciertas leyes, en eso no hay nada de sobrenatural o maravilloso. Antes de que se conocieran las propiedades de la electricidad, los fenómenos eléctricos eran considerados prodigios desde el punto de vista de ciertas personas; y a partir del momento en que se conoció su causa, lo maravilloso desapareció. Lo

mismo sucede con los fenómenos espíritas, que no se apartan de las leyes naturales más de lo que se apartan los fenómenos eléctricos, acústicos, luminosos y otros, que han servido de fundamento a una enorme cantidad de creencias supersticiosas.

7. Sin embargo, se nos dirá: “Vosotros admitís que un Espíritu puede levantar una mesa y mantenerla en el aire sin un punto de apoyo; ¿no es eso una derogación de la ley de la gravedad?” Así es, pero de la ley conocida. ¿Acaso se conocen todas las leyes? Antes de que se hubiese experimentado con la fuerza ascensional de ciertos gases, ¿quién hubiera dicho que una máquina pesada, que transporta a varios hombres, pudiera vencer la fuerza de atracción? A los ojos del vulgo, ¿no parecería eso algo maravilloso, diabólico? Aquel que un siglo atrás se hubiese propuesto transmitir un telegrama a quinientas leguas, para recibir la respuesta al cabo de pocos minutos, habría sido tomado por loco; y si lo hubiera logrado, muchos habrían creído que tenía al diablo a sus órdenes, porque en ese entonces el diablo era el único capaz de andar tan deprisa. Sin embargo, hoy no sólo se reconoce ese hecho como posible, sino que también parece muy natural. ¿Por qué, pues, un fluido desconocido no tendría la propiedad de contrabalancear, en determinadas circunstancias, el efecto de la gravedad, así como el hidrógeno contrabalancea el peso del globo? Eso es, en efecto, lo que sucede en el caso que nos ocupa. (Véase *El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulo IV.)

8. Como están en la naturaleza, los fenómenos espíritas se han producido en todos los tiempos. Sin embargo, precisamente porque su estudio no podía realizarse con los medios materiales de que dispone la ciencia vulgar, han permanecido durante mucho más tiempo que otros en el dominio de lo sobrenatural, de donde ahora el espiritismo los saca.

Basado en apariencias inexplicables, lo sobrenatural deja libre curso a la imaginación que, al vagar en lo desconocido, genera

las creencias supersticiosas. Una explicación racional basada en las leyes de la naturaleza, por el hecho de que conduce nuevamente al hombre al terreno de la realidad, pone un límite a los extravíos de la imaginación y destruye las supersticiones. Lejos de ampliar el dominio de lo sobrenatural, el espiritismo lo restringe hasta sus límites extremos y derriba su último refugio. Si bien induce a creer en la posibilidad de ciertos hechos, no es menos cierto que impide la creencia en muchos otros, porque demuestra, en el ámbito de la espiritualidad, a ejemplo de lo que hace la ciencia en el ámbito de la materialidad, lo que es posible y lo que no lo es. No obstante, como no alimenta la pretensión de haber dicho la última palabra acerca de todo, ni siquiera sobre lo que es de su competencia, no se presenta como regulador absoluto de lo posible, y deja de lado los conocimientos reservados al porvenir.

9. Los fenómenos espíritas consisten en los diferentes modos de manifestación del alma o Espíritu, ya sea durante la encarnación o en el estado de erraticidad. Mediante esas manifestaciones, el alma revela su existencia, su supervivencia y su individualidad. Se la juzga por sus efectos; al ser natural la causa, el efecto también lo es. Esos efectos son los que constituyen el objeto especial de las investigaciones y estudios del espiritismo, a fin de que se llegue a un conocimiento tan completo como sea posible de la naturaleza y los atributos del alma, como también de las leyes que rigen el principio espiritual.

10. Para aquellos que niegan la existencia del principio espiritual independiente y, por lo tanto, la existencia del alma individual y sobreviviente, toda la naturaleza está en la materia tangible. Para esos negadores, todos los fenómenos que se refieren a la espiritualidad son sobrenaturales y, por consiguiente, quiméricos. Como no admiten la causa, no pueden admitir los efectos; y cuando esos efectos son patentes, los atribuyen a la imaginación, a la ilusión, a la alucinación, y se niegan a investigarlos. De ahí la opinión pre-

concebida que los vuelve ineptos para apreciar razonablemente el espiritismo, porque parten del principio de la negación de todo lo que no es material.

11. Si bien el espiritismo admite los efectos que son la consecuencia de la existencia del alma, eso no significa que acepte todos los efectos calificados de maravillosos, ni que se proponga justificarlos o darles crédito; como tampoco que se convierta en el defensor de todos los devaneos, de todas las utopías y excentricidades sistemáticas, o de todas las leyendas milagrosas. Habría que conocerlo muy poco para pensar de ese modo. Sus adversarios consideran que le oponen un argumento irrefutable cuando, después de que han llevado a cabo documentadas investigaciones sobre los convulsionarios de Saint-Médard, sobre los camisardos de Cévennes, o sobre las religiosas de Loudun, llegaron a descubrir hechos patentes de superchería que nadie discute. Pero esas historias, ¿son acaso el evangelio del espiritismo? ¿Acaso sus adeptos negaron en algún momento que el charlatanismo haya explotado para su provecho ciertos fenómenos, que la imaginación haya creado otros, y que algunos fueran exagerados por el fanatismo? La doctrina espírita no es más solidaria con las extravagancias cometidas en su nombre que la ciencia verdadera con los abusos de la ignorancia, o la verdadera religión con los abusos del fanatismo. Muchos críticos apenas juzgan al espiritismo a través de los cuentos de hadas y las leyendas populares, que son ficciones de aquellos cuentos. Lo mismo sería opinar sobre la Historia mediante las novelas históricas o las tragedias.

12. La mayoría de las veces, los fenómenos espíritas son espontáneos y se producen por intermedio de personas que no tiene al respecto ninguna idea preconcebida y que ni siquiera piensan en ello. No obstante, en ciertas circunstancias, algunos fenómenos pueden ser provocados por los agentes denominados *médiums*. En el primer caso, el médium es *inconsciente* de lo que ocurre por su intermedio; en el segundo, obra con conocimiento de causa, de

donde resulta la clasificación de *médiums conscientes* y *médiums inconscientes*. Estos últimos son los más numerosos y se encuentran con frecuencia entre los más obstinados incrédulos, que por ese motivo practican el espiritismo sin saberlo ni proponérselo. Los fenómenos espontáneos tienen, por eso mismo, una importancia fundamental, dado que no se puede dudar de la buena fe de quienes los obtienen. Sucede aquí lo mismo que con el sonambulismo, que en ciertos individuos es natural e involuntario, mientras que en otros es provocado por la acción magnética.⁶⁴

Aunque esos fenómenos sean o no el resultado de un acto de la voluntad, la causa primera es exactamente la misma y en nada se aparta de las leyes naturales. Los médiums, pues, no producen nada sobrenatural; por consiguiente, no hacen *ningún milagro*. Las curas instantáneas no son más milagrosas que los demás efectos, puesto que son el resultado de la acción de un agente fluídico que desempeña el rol de agente terapéutico, cuyas propiedades no dejan de ser naturales por haber sido ignoradas hasta ahora. El epíteto de *taumaturgos*, atribuido a ciertos médiums por la crítica ignorante de los principios del espiritismo, es totalmente impropio. La calificación de *milagros*, atribuida por comparación a esa especie de fenómenos, solamente puede inducir a un error sobre su verdadero carácter.

13. La intervención de inteligencias ocultas en los fenómenos espíritas no hace que estos sean más milagrosos que todos los otros fenómenos cuya causa es un agente invisible, porque esos seres ocultos que pueblan el espacio constituyen una de las fuerzas de la naturaleza, fuerza cuya acción es incesante tanto sobre el mundo material como sobre el mundo moral.

Al ilustrarnos acerca de esa fuerza, el espiritismo nos da la solución de una infinidad de hechos inexplicados e inexplica-

⁶⁴ Véanse *El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulo V; y ejemplos en la *Revista Espírita*, agosto y diciembre de 1865. (N. de Allan Kardec.)

bles por cualquier otro medio, y que en tiempos remotos eran tomados por prodigios. Del mismo modo que el magnetismo, el espiritismo revela una ley que, si bien no es desconocida, es la menos mal comprendida; o mejor dicho, se conocían sus efectos, porque han tenido lugar en todos los tiempos, pero no se conocía la ley, y fue el desconocimiento de esa ley lo que generó la superstición. Una vez conocida la ley, lo maravilloso desaparece y los fenómenos ingresan en el orden de los hechos naturales. Por eso los espíritas no producen milagros cuando hacen que una mesa se mueva sola, o que escriban los muertos, del mismo modo que el médico no produce un milagro cuando hace revivir a un moribundo, ni el físico cuando hace que caiga un rayo. Quien pretendiese *hacer milagros* con la ayuda de esta ciencia sería un ignorante de la materia, o bien un embaucador.

14. Dado que el espiritismo repudia toda pretensión relativa a hechos milagrosos, ¿habrá milagros fuera de su ámbito, en la acepción corriente de la palabra?

Digamos, en principio, que entre los hechos considerados milagrosos que ocurrieron antes del advenimiento del espiritismo y que ocurren aún en el presente, la mayor parte, si no todos, encuentran una explicación en las nuevas leyes que este ha venido a revelar. Por lo tanto, esos hechos se incluyen, aunque bajo otro nombre, en el orden de los fenómenos espíritas, y como tales no tienen nada de sobrenatural. Compréndase bien, pues, que sólo nos referimos a los fenómenos auténticos, y no a aquellos que, con la denominación de milagros, son el producto de una charlatanería indigna que pretende la explotación de la credulidad. Tampoco nos referimos a ciertos hechos legendarios que pueden haber tenido en su origen un fondo de verdad, pero que la superstición ha ampliado hasta el absurdo. Sobre esos hechos viene el espiritismo a arrojar luz, pues proporciona los medios para separar lo verdadero de lo falso.

Dios, ¿hace milagros?

15. En cuanto a los milagros propiamente dichos, sin duda Dios puede hacerlos, visto que nada es imposible para Él. Pero ¿los hace? En otras palabras, ¿deroga las leyes que Él mismo ha establecido? No le incumbe al hombre prejuzgar los actos de la Divinidad ni subordinarlos a la debilidad de su entendimiento. No obstante, en lo atinente a las cosas divinas, utilizamos como criterio los atributos mismos de Dios. Al poder soberano Él une la soberana sabiduría, razón por la cual debemos concluir que no hace nada inútil.

Entonces, ¿por qué haría milagros? Se dice que los hace para dar testimonio de su poder. Pero el poder de Dios, ¿no se manifiesta de una manera mucho más elocuente a través del conjunto grandioso de las obras de la Creación, por la sabia previsión que preside desde lo más gigantesco hasta lo más insignificante, y por la armonía de las leyes que rigen el universo, antes que por algunas pequeñas y pueriles derogaciones que los prestidigitadores saben imitar? ¿Qué se diría de un ingeniero mecánico que, para dar muestra de su habilidad, desmontara un reloj construido por sus propias manos, obra maestra de la ciencia, a fin de mostrar que puede deshacer lo que ha hecho? Por el contrario, ¿su saber no se destaca mucho más medianamente la regularidad y la precisión del funcionamiento de su obra?

La cuestión de los milagros propiamente dichos no incumbe, pues, al espiritismo. Con todo, si se considera que Dios no hace nada inútilmente, la doctrina espírita emite la siguiente opinión: *Dado que los milagros no son necesarios para la glorificación de Dios, nada en el universo sucede fuera del ámbito de las leyes generales. Dios no hace milagros, porque como sus leyes son perfectas, no necesita derogarlas.* Si hay hechos que no comprendemos, eso se debe a que aún nos faltan los conocimientos necesarios.

16. En la suposición de que Dios, por razones que no podemos precisar, haya derogado accidentalmente las leyes que Él

mismo estableció, esas leyes ya no serían inmutables. Con todo, al menos sería racional pensar que sólo Él tiene el poder de hacer semejante cosa. No sería posible admitir, salvo que se negara la omnipotencia de Dios, que el Espíritu del mal pudiera desorganizar a su antojo la obra divina para hacer prodigios capaces de seducir incluso a los elegidos, pues eso implicaría la idea de un poder similar al de Dios. Sin embargo, eso es lo que se enseña. Si Satanás tiene el poder de detener, sin que Dios lo haya autorizado, el curso de las leyes naturales, que son obra divina, significa que es más poderoso que Dios. Por consiguiente, la divinidad no sería todopoderosa; y si, como algunos pretenden, Dios delega ese poder a Satanás para inducir más fácilmente a los hombres al mal, la divinidad carecería de la soberana bondad. En ambos casos, se trata de la negación de uno de los atributos sin los cuales Dios no sería Dios.

Por eso la Iglesia distingue los buenos milagros, que provienen de Dios, de los malos milagros, que proceden de Satanás. Pero ¿cómo se distingue uno de otro? Sea satánico o divino, no por eso un milagro deja de ser una derogación de las leyes que emanan exclusivamente de Dios. Si un individuo recibe una cura supuestamente milagrosa, ya sea que la produzca Dios o Satanás, no por eso dejará de haber una cura. Hay que tener una idea muy limitada de la inteligencia humana para pretender que esas doctrinas sean aceptadas en la actualidad.

Una vez reconocida la posibilidad de ciertos hechos que se consideran milagrosos, es preciso deducir que, sea cual fuere el origen que se les atribuya, son efectos naturales de los que se pueden valer los *Espíritus encarnados* o *desencarnados* como de cualquier otra cosa, incluso de su propia inteligencia y de los conocimientos científicos de que disponen, para el bien o para el mal, según predomine en ellos la bondad o la perversidad. Así pues, un ser perverso, apelando al saber que ha adquirido, puede hacer cosas que pasen por prodigios a la vista de los ignorantes; pero cuando

esos efectos dan por resultado algo bueno, sería ilógico atribuirles un origen diabólico.

17. No obstante, se alega que la religión se apoya en hechos que no se han explicado ni pueden explicarse. Inexplicados, tal vez; inexplicables, es otra cuestión. ¿Qué sabe el hombre de los descubrimientos y de los conocimientos que el futuro le reserva? Sin aludir al milagro de la Creación, sin duda el más importante de todos, que ya pertenece al dominio de la ley universal, ¿no vemos reproducirse mediante la potencia del magnetismo, del sonambulismo, del espiritismo, los éxtasis, las visiones, las apariciones, la vista a distancia, las curaciones instantáneas, las suspensiones de objetos, las comunicaciones orales y de otras clases con los seres del mundo invisible, todos ellos fenómenos conocidos desde tiempos inmemoriales, considerados antaño maravillosos, y que en la actualidad se demuestra que pertenecen al orden de las cosas naturales, de acuerdo con la ley constitutiva de los seres? Los libros sagrados están llenos de hechos de ese género que fueron clasificados como sobrenaturales; no obstante, como se encuentran hechos análogos y más maravillosos aún en todas las religiones paganas de la antigüedad, si la veracidad de una religión dependiera del número y de la naturaleza de esos hechos, no se sabría decir cuál debería prevalecer.

Lo sobrenatural y las religiones

18. Pretender que lo sobrenatural sea el fundamento indispensable de toda religión, y que constituya la piedra angular del edificio cristiano, implica respaldar una tesis peligrosa. Si las verdades del cristianismo se asentaran sobre la base exclusiva de lo maravilloso, sus cimientos serían débiles y sus piedras se desprenderían con el pasar de los días. Esa tesis, defendida por eminentes teólogos, conduce directamente a la conclusión de que en un determinado momento

ya no habrá religión posible –ni aun la cristiana– en caso de que se llegue a demostrar que lo que se considera sobrenatural es natural. Por más que se acumulen argumentos, no se conseguirá mantener la creencia de que un hecho es milagroso después de que se ha demostrado que no lo es. Ahora bien, la prueba de que un hecho no es una excepción en las leyes naturales existe cuando ese hecho puede ser explicado mediante esas mismas leyes, y cuando, al poder reproducirse por intermedio de un individuo cualquiera, deja de ser privilegio de los santos. Las religiones no necesitan de lo *sobrenatural*, sino del *principio espiritual*, al que confunden sin ningún motivo con lo maravilloso, y sin el cual no hay religión posible.

El espiritismo considera a la religión cristiana desde un punto de vista más elevado; le atribuye una base más sólida que la de los milagros: las leyes inmutables de Dios, que rigen tanto al principio espiritual como al principio material. Esa base desafía al tiempo y a la ciencia, porque tanto el tiempo como la ciencia habrán de sancionarla.

Dios no es menos digno de nuestra admiración, de nuestro reconocimiento y respeto, porque no haya derogado sus leyes, grandiosas sobre todo por la inmutabilidad que las caracteriza. No hay necesidad de lo sobrenatural para que se tribute a Dios el culto que le corresponde. ¿Acaso no es la naturaleza lo bastante imponente de por sí, como para prescindir de lo que fuere para demostrar el poder supremo? La religión encontraría menos incrédulos si estuviera sancionada por la razón en todos los aspectos. El cristianismo no tiene nada que perder con esa sanción; por el contrario, sólo puede ganar. Si algo lo ha perjudicado, según la opinión de ciertas personas, ha sido precisamente el abuso de lo maravilloso y lo sobrenatural.

19. Si tomamos la palabra *milagro* en su acepción etimológica, en el sentido de *cosa admirable*, se producen milagros permanentemente alrededor nuestro. Los aspiramos en el aire y los encontramos a cada paso, porque todo es milagro en la naturaleza.

¿Queréis dar al pueblo, a los ignorantes, a los pobres de espíritu, una idea del poder de Dios? Mostrádselo en la sabiduría infinita que rige todas las cosas, en el sorprendente organismo de todo lo que vive, en la fructificación de las plantas, en la adaptación de todas las partes de cada ser a sus necesidades, de acuerdo con el medio donde le ha tocado vivir. Mostradles la acción de Dios en una brizna de hierba, en el pimpollo que se convierte en flor, en el Sol que a todo vivifica. Mostradles su bondad en la solicitud que dispensa a todas las criaturas, por ínfimas que sean; su previsión en la razón de ser de cada cosa, ninguna de las cuales es inútil, y en el bien que siempre proviene de un mal aparente y transitorio. Hacedles comprender, sobre todo, que el mal verdadero es obra del hombre y no de Dios; no tratéis de amedrentarlos con el cuadro de las penas eternas, en las que acaban por dejar de creer, y que los llevan a dudar de la bondad de Dios. En lugar de eso, dadles valor mediante la certeza de que un día podrán redimirse y reparar el mal que hayan cometido. Señaladles los descubrimientos de la ciencia como revelaciones de las leyes divinas, y no como obra de Satanás. Enseñadles, por último, a leer el libro de la naturaleza, siempre abierto ante sus ojos; ese libro inagotable en cuyas páginas están inscriptas la bondad y la sabiduría del Creador. Entonces ellos comprenderán que un Ser tan grande, que se ocupa de todo, que todo lo cuida, que todo lo prevé, forzosamente dispone del poder supremo. El labrador lo verá cuando are su campo, y el desdichado lo bendecirá en sus aflicciones, diciendo: “Si soy desdichado, es por culpa mía”. Entonces, los hombres serán auténticamente religiosos, racionalmente religiosos sobre todo, mucho más que si creyeran en piedras que rezuman sangre, o en estatuas que pestañean y derraman lágrimas.



Los fluidos

- I. *Naturaleza y propiedades de los fluidos*: Elementos fluídicos.
 - Formación y propiedades del periespíritu. – Acción de los Espíritus sobre los fluidos. – Creaciones fluídicas. – Fotografía del pensamiento. – Cualidades de los fluidos
- II. *Explicación de algunos fenómenos considerados sobrenaturales*: Vista espiritual o psíquica; Doble vista; Sonambulismo. – Sueños. – Catalepsia; resurrecciones. – Curaciones. – Apariciones; Transfiguraciones. – Manifestaciones físicas. Mediumnidad. – Obsesiones y posesiones.

I. Naturaleza y propiedades de los fluidos.

Elementos fluídicos

1. La ciencia resolvió la cuestión de los milagros que derivan más particularmente del elemento material, ya sea mediante su explicación o bien demostrando que no eran posibles en función de las leyes que rigen la materia. En cambio, los fenómenos en los que prevalece el elemento espiritual, como no pueden ser explicados exclusivamente a través de las leyes de la naturaleza, escapan a las investigaciones de la ciencia. A eso se debe que tales fenómenos, más que otros, presenten los caracteres *aparentes* de lo maravilloso.

Es, por consiguiente, en las leyes que rigen la vida espiritual donde se puede encontrar la explicación de los milagros de esa categoría.

2. Como ya se ha demostrado, el fluido cósmico universal es la materia elemental primitiva, cuyas modificaciones y transformaciones constituyen la amplia variedad de los cuerpos de la naturaleza (Véase el Capítulo X.). Como principio elemental del universo, este adopta dos estados diferentes: el de eterización o imponderabilidad, que se puede considerar el estado normal primitivo, y el de materialización o ponderabilidad, que en cierto modo es consecutivo del primero. El punto intermedio es el de la transformación del fluido en materia tangible. No obstante, aun así no existe una transición brusca, puesto que nuestros fluidos imponderables se pueden considerar como un término medio entre ambos estados. (Véase el Capítulo IV, § 10 y siguientes.)

Cada uno de esos dos estados da lugar, naturalmente, a fenómenos especiales: al segundo pertenecen los del mundo visible, y al primero los del mundo invisible. Los unos, denominados *fenómenos materiales*, competen a la ciencia propiamente dicha; los otros, que reciben la denominación de *fenómenos espirituales* o *psíquicos*, porque están relacionados de modo especial con la existencia de los Espíritus, tienen cabida en las atribuciones del espiritismo. Sin embargo, como la vida espiritual y la corporal se hallan en contacto permanente, los fenómenos de las dos categorías a menudo se producen en forma simultánea. En el estado de encarnación, el hombre solamente puede percibir los fenómenos psíquicos relacionados con la vida corporal; los que son del dominio *exclusivo* de la vida espiritual escapan a los sentidos materiales, y sólo pueden ser percibidos en el estado de Espíritu.⁶⁵

⁶⁵ La denominación de fenómeno *psíquico* expresa con mayor exactitud el pensamiento que la de fenómeno *espiritual*, si se considera que esos fenómenos se basan en las propiedades y los atributos del alma, o mejor, de los fluidos periespirituales, que son inseparables del alma. Esta calificación los vincula más íntimamente al orden de los hechos naturales regidos por leyes. Es posible, pues, admitirlos como efectos psíquicos, sin admitirlos a título de milagros. (N. de Allan Kardec.)

3. En el estado de eterización, el fluido cósmico no es uniforme; sin dejar de ser etéreo, sufre modificaciones muy variadas en su género, y más numerosas tal vez que en el estado de materia tangible. Esas modificaciones constituyen diferentes fluidos que, aunque procedan del mismo principio, están dotados de propiedades especiales y dan origen a los fenómenos peculiares del mundo invisible.

Dado que todo es relativo, esos fluidos tienen para los Espíritus, que también son fluídicos, una apariencia tan material como la de los objetos tangibles para los encarnados, y son para ellos lo que son para nosotros las sustancias del mundo terrestre. Ellos los elaboran y combinan para producir determinados efectos, como hacen los hombres con sus materiales, aunque mediante procesos diferentes.

Con todo, al igual que en este mundo, solamente a los Espíritus más esclarecidos les es dado comprender el rol que desempeñan los elementos constitutivos del mundo en que se encuentran. Los ignorantes del mundo invisible son tan incapaces de explicarse a sí mismos los fenómenos de los que son testigos, y a los cuales contribuyen muchas veces en forma automática, como los ignorantes de la Tierra lo son para explicar los efectos de la luz o la electricidad, o para describir de qué modo ven y escuchan.

4. Los elementos fluídicos del mundo espiritual están fuera del alcance de nuestros instrumentos de análisis y de la percepción de nuestros sentidos, adecuados para la percepción de la materia tangible y no de la materia etérea. Los hay que pertenecen a un medio diferente del nuestro, a tal punto que de ellos sólo podemos darnos una idea mediante comparaciones, tan imperfectas como aquellas por las cuales un ciego de nacimiento procura dar una idea de la teoría de los colores.

No obstante, entre esos fluidos, algunos están tan estrechamente ligados a la vida corporal que, en cierta forma, pertenecen al ámbito terrenal. A falta de una percepción directa, es posible observar sus efectos como se observan los del fluido del imán, fluido que

jamás ha sido visto y acerca de cuya naturaleza se pueden obtener conocimientos de cierta precisión. Ese estudio es esencial, porque en él reside la solución de una gran cantidad de fenómenos que no se pueden explicar a través las leyes de la materia exclusivamente.

5. El punto de partida del fluido universal es el grado de pureza absoluta, de la cual nada nos puede dar una idea; el punto opuesto es su transformación en materia tangible. Entre ambos extremos se producen numerosas transformaciones, más o menos aproximadas a uno u otro. Los fluidos más próximos a la materialidad y, por consiguiente, los menos puros, constituyen lo que podemos denominar *atmósfera espiritual terrestre*. En ese medio, donde también son varios los grados de pureza, los Espíritus encarnados y desencarnados de la Tierra absorben los elementos necesarios para la economía de sus existencias. Por más sutiles e impalpables que nos parezcan, esos fluidos no por eso dejan de ser de naturaleza densa, en comparación con los fluidos etéreos de las regiones superiores.

Lo mismo ocurre en la superficie de todos los mundos, salvo las diferencias en la constitución y en las condiciones de vitalidad propias de cada uno. Cuanto menos material es la vida en ellos, tanto menor es la afinidad de los fluidos espirituales con la materia propiamente dicha.

La denominación de *fluidos espirituales* no es rigurosamente exacta, ya que en un último análisis, son siempre materia más o menos quintaesenciada. Sólo el alma o principio inteligente es realmente *espiritual*. Se los denomina así por comparación y, sobre todo, por la afinidad que conservan con los Espíritus. Puede decirse que son la materia del mundo espiritual, motivo por el cual se los llama *fluidos espirituales*.

6. Por otra parte, ¿quién conoce la constitución íntima de la materia tangible? Tal vez sólo sea compacta para nuestros sentidos, lo que sería probado por la facilidad con que la atraviesan

los fluidos espirituales y los Espíritus, a los cuales no ofrece mayor obstáculo que el que los cuerpos transparentes ofrecen a la luz.

Puesto que tiene como elemento primitivo el fluido cósmico etéreo, debe de ser posible que la materia tangible, al *disgregarse*, vuelva al estado de eterización, del mismo modo que el diamante, el más duro de los cuerpos, puede volatilizarse en gas impalpable. *En realidad, la solidificación de la materia es apenas un estado transitorio del fluido universal, que puede volver al estado primitivo cuando dejan de existir las condiciones de cohesión.*

¿Quién sabe, incluso, si en el estado de tangibilidad la materia no es susceptible de adquirir una especie de eterización que le confiera propiedades particulares? Ciertos fenómenos, aparentemente auténticos, nos llevan a suponer que así es. Por ahora sólo conocemos las fronteras del mundo invisible; el futuro, sin duda, nos reserva el conocimiento de nuevas leyes que habrán de permitirnos comprender lo que todavía constituye un misterio para nosotros.

Formación y propiedades del periespíritu

7. El periespíritu, o cuerpo fluídico de los Espíritus, es uno de los productos más importantes del fluido cósmico; es una condensación de ese fluido en torno a un foco de inteligencia o *alma*. Ya vimos que también el cuerpo carnal tiene origen en ese mismo fluido condensado y transformado en materia tangible. En el periespíritu, la transformación molecular se opera de otra manera, pues el fluido conserva su imponderabilidad y sus cualidades etéreas. El cuerpo periespiritual y el cuerpo carnal tienen, por lo tanto, origen en el mismo elemento primitivo: ambos son materia, aunque en dos estados diferentes.

8. Los Espíritus extraen su periespíritu del medio donde se encuentran, es decir que esa envoltura está formada a partir de los fluidos del ambiente. Resulta de ahí que los elementos constituti-

vos del periespíritu deben variar de acuerdo con los mundos. En comparación con la Tierra, Júpiter es considerado un planeta muy adelantado, donde la vida corporal no presenta la materialidad de la nuestra, de modo que las envolturas periespirituales deben de tener allí una naturaleza mucho más quintaesenciada que aquí. Ahora bien, así como no podríamos existir en aquel mundo con nuestro cuerpo carnal, tampoco nuestros Espíritus podrían penetrar en él con el periespíritu terrestre que los envuelve. Al dejar la Tierra, el Espíritu abandona allí su envoltura fluídica, y toma otra apropiada al mundo donde habrá de residir.

9. La naturaleza de la envoltura fluídica siempre está en relación con el grado de adelanto moral del Espíritu. Los Espíritus inferiores no pueden cambiar de envoltura según su voluntad y, en consecuencia, no pueden pasar de un mundo a otro cuando lo deseen. La envoltura fluídica de algunos de ellos, si bien es etérea e imponderable en relación con la materia tangible, aún es demasiado pesada, si así podemos expresarlo, en relación con el mundo espiritual, lo que no les permite que salgan del medio que les es propio. Se debe incluir en esa categoría a aquellos cuyo periespíritu es tan denso que ellos lo confunden con el cuerpo carnal, razón por la cual suponen que están vivos. Esos Espíritus, cuya cantidad es considerable, permanecen en la superficie de la Tierra como los encarnados, y creen que siguen atendiendo las ocupaciones a que se dedicaban en este mundo. Otros, algo más desmaterializados, no lo están lo suficiente como para elevarse por encima de las regiones terrestres.⁶⁶

Los Espíritus superiores, por el contrario, pueden venir a los mundos inferiores e incluso encarnar en ellos. Extraen de los elementos constitutivos del mundo al cual ingresan, los materiales para la formación de la envoltura fluídica o carnal apropiada al

⁶⁶ Véanse ejemplos de Espíritus que suponen que todavía pertenecen a este mundo en la *Re-vista Espírita*, diciembre de 1859; noviembre de 1864, y abril de 1865. (N. de Allan Kardec.)

medio en que se encuentran. Hacen como el príncipe, que se quita provisoriamente su vestimenta para cubrirse con los trajes de los plebeyos, sin dejar por eso de ser un noble.

Es así como los Espíritus de una categoría más elevada pueden manifestarse a los habitantes de la Tierra o encarnar para cumplir una misión entre ellos. Esos Espíritus son portadores, no de la envoltura, sino del recuerdo intuitivo de las regiones de donde provienen, a las cuales ven con el pensamiento. Son videntes en medio de ciegos.

10. La capa de fluidos espirituales que rodea a la Tierra puede compararse con las capas inferiores de la atmósfera: más pesadas, más compactas, menos puras que las capas superiores. Esos fluidos no son homogéneos; constituyen una mezcla de moléculas de diversas cualidades, entre las cuales necesariamente se encuentran las moléculas elementales que forman su base, aunque con mayores o menores alteraciones. Los efectos que producen esos fluidos guardan relación con la *suma* de las partes puras que contienen. Tal es, en comparación, el alcohol rectificado o mezclado en proporciones diversas con el agua u otras sustancias: su peso específico aumenta a consecuencia de esa mezcla, mientras que su potencia y su condición de inflamable decrecen, aunque en el todo siga habiendo alcohol puro.

Los Espíritus destinados a vivir en ese medio extraen de él sus periespíritus; no obstante, *conforme el Espíritu sea más o menos depurado, su periespíritu habrá de constituirse con las partes más puras o más densas del fluido característico del mundo en el que encarna*. El Espíritu produce allí, siempre por comparación y no por equivalencia, el efecto de un reactivo químico que atrae hacia él las moléculas que su naturaleza puede asimilar.

Resulta de eso un hecho *fundamental*: *la constitución íntima del periespíritu no es la misma en todos los Espíritus encarnados o desencarnados que pueblan la Tierra o el espacio que la*

circunda. No ocurre lo mismo con el cuerpo carnal que, como ha sido demostrado, se forma de los mismos elementos, sea cual fuere la superioridad o inferioridad del Espíritu. Por eso, los efectos producidos por el cuerpo son los mismos en todos, las necesidades son semejantes, mientras que difieren en todo lo que respecta al periespíritu.

También resulta que *la envoltura periespiritual de un Espíritu se modifica con el progreso moral que este realiza en cada encarnación, aunque encarne en el mismo medio; que los Espíritus superiores, que excepcionalmente encarnan para cumplir una misión en un mundo inferior, tienen un periespíritu menos denso que el de los nativos de ese mundo*.

11. El medio siempre guarda relación con la naturaleza de los seres que en él deben vivir: los peces con el agua; los seres terrestres con el aire; los seres espirituales con el fluido espiritual o etéreo, aun cuando estén en la Tierra. *El fluido etéreo es para las necesidades del Espíritu como la atmósfera para las necesidades de los encarnados*. Ahora bien, así como los peces no pueden vivir en el aire, ni los animales terrestres pueden vivir en una atmósfera demasiado rarificada para sus pulmones, los Espíritus inferiores no pueden soportar el brillo ni la impresión de los fluidos más etéreos. No morirían en medio de esos fluidos, porque el Espíritu no muere, pero una fuerza instintiva los mantiene alejados de allí, del mismo modo que los hombres se apartan de un fuego muy intenso o de una luz muy deslumbrante. A eso se debe que no puedan salir del medio que es peculiar a su naturaleza; para cambiar de medio, es preciso que antes cambien su naturaleza, que se despojen de los instintos materiales que los retienen en los ambientes materiales; en definitiva, que se depuren y se transformen moralmente. Entonces, en forma gradual, se identifican con un medio más puro, que se convierte para ellos en una necesidad, como los ojos de quien ha vivido

largo tiempo en las tinieblas se habitúan, paulatinamente, a la luz del día y al fulgor del Sol.

12. De ese modo, todo en el universo se vincula, todo se concatena; todo se encuentra sometido a la magna y armoniosa ley de unidad, desde la más compacta materialidad hasta la más pura espiritualidad. La Tierra es como un recipiente del cual emana una densa humareda que se va disipando a medida que se eleva, y cuyas partículas rarificadas se pierden en el espacio infinito.

El poder divino se pone de manifiesto en cada una de las partes de ese grandioso conjunto y, pese a todo, para comprobar mejor el poder de Dios, ¡algunos pretenden que Él, no satisfecho con lo que ha realizado, venga a perturbar esa armonía y se rebaje al rol de mago, produciendo efectos pueriles dignos de un prestidigitador! ¡Y como si eso no bastara, osan atribuirle como rival en habilidad al mismísimo Satanás! ¡Nunca se menoscabó tanto la majestad divina; y encima se sorprenden de que la incredulidad prospere!

¡Tenéis razón en decir: “La fe se extingue”! Con todo, se trata de la fe que ofende al buen sentido y la razón; esa misma fe que en otras épocas llevaba a que se dijera: “¡Los dioses se marchan!”. Pero la fe en las cosas serias, la fe en Dios y en la inmortalidad está siempre viva en el corazón del hombre y, por más que haya sido sofocada bajo un cúmulo de patrañas pueriles con que se la sojuzgó, resurgirá fortalecida a partir del instante en que se sienta liberada, ¡como una planta en un lugar sombrío, que se recupera en cuanto vuelve a recibir los rayos del sol!

¡Sí! ¡Todo es milagroso en la naturaleza, porque todo es sorprendente y da testimonio de la sabiduría divina! Esos milagros son visibles para todo el mundo, para todos los que tienen ojos para ver y oídos para oír, y no para beneficio de unos pocos. ¡No! No hay milagros en el sentido que comúnmente se atribuye a esa palabra, porque todo proviene de las leyes eternas de la Creación, y esas leyes son perfectas.

Acción de los Espíritus sobre los fluidos. Creaciones fluídicas. Fotografía del pensamiento.

13. Los fluidos espirituales, que constituyen uno de los estados del fluido cósmico universal, son, para hablar con propiedad, la atmósfera de los seres espirituales; son el elemento de donde ellos extraen los materiales sobre los cuales operan; el medio en el que ocurren los fenómenos especiales, perceptibles por la vista y el oído del Espíritu, pero que escapan a los sentidos carnales impresionables sólo por la materia tangible; el medio donde se forma esa luz peculiar del mundo espiritual, diferente de la luz común tanto en la causa como en los efectos; por último, los fluidos son el vehículo del pensamiento, del mismo modo que el aire es el vehículo del sonido.

14. Los Espíritus actúan sobre los fluidos espirituales, pero no como los hombres manipulan los gases, sino con la ayuda del pensamiento y la voluntad. Para los Espíritus, el pensamiento y la voluntad son lo que la mano para el hombre. Mediante el pensamiento, ellos imprimen a esos fluidos tal o cual dirección, los aglomeran, los combinan o dispersan, y organizan con ellos conjuntos que presentan una apariencia, una forma, un color determinados; modifican sus propiedades igual que un químico transforma las de los gases o las de otros cuerpos, al combinarlos según ciertas leyes. Constituyen el inmenso taller o laboratorio de la vida espiritual.

En algunos casos, esas transformaciones son el resultado de una intención; la mayoría de las veces, son el producto de un pensamiento inconsciente. Basta con que un Espíritu piense en una cosa para que esta se produzca, como basta modular un aria para que esta repercuta en la atmósfera.

De ese modo, por ejemplo, un Espíritu se hace visible a un encarnado dotado de vista psíquica, con la apariencia que tenía cuando estaba vivo en la época en que este último lo conoció, aun cuando haya tenido, con posterioridad a esa época, muchas

encarnaciones. Se presenta con la vestimenta, los rasgos externos – enfermedades, cicatrices, miembros amputados, etc.– que lo caracterizaban entonces. Un decapitado se presentará sin cabeza, lo que no significa de ningún modo que haya conservado esa apariencia. Por cierto, como Espíritu no es cojo, ni manco, ni tuerto, ni está decapitado; lo que ocurre es que al retroceder con su *pensamiento* a la época en que tenía ese aspecto, su periespíritu adopta instantáneamente esa apariencia, que desaparecerá tan pronto como ese mismo pensamiento cese de actuar en aquel sentido. Entonces, si una vez fue negro y otra blanco, se presentará como blanco o negro, de conformidad con la encarnación que se corresponda con la evocación, y a la cual se transporte su pensamiento.

Por un efecto análogo, el pensamiento del Espíritu crea fluídicamente los objetos que él estaba habituado a utilizar. Un avaro manipulará el oro, un militar mostrará sus armas y su uniforme, un fumador su pipa, un labriego su arado y sus bueyes, una anciana su rueca. Para el Espíritu, que también es fluídico, esos objetos fluídicos son tan reales como lo eran en el estado material para el hombre vivo; no obstante, dado que son creaciones del pensamiento, su existencia es tan efímera como el pensamiento que los generó.⁶⁷

15. Puesto que los fluidos son el vehículo del pensamiento, este actúa sobre los fluidos como el sonido sobre el aire. Estos transmiten el pensamiento como el aire nos trae el sonido. Por consiguiente, se puede decir sin temor a equivocarse que en esos fluidos hay ondas y rayos de pensamientos, que se entrecruzan sin confundirse, del mismo modo que hay en el aire ondas y vibraciones sonoras.

Más aún, cuando el pensamiento crea *imágenes fluídicas*, este se refleja en la envoltura periespiritual como en un espejo; en él toma cuerpo y en cierto modo *se fotografía*. Si un hombre, por ejemplo,

⁶⁷ Véase la *Revista Espírita*, julio de 1859; y *El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulo VIII. (N. de Allan Kardec.)

tiene la idea de matar a otro, por más impasible que permanezca su cuerpo material, su cuerpo fluídico es puesto en acción mediante el pensamiento y reproduce todas las sutilezas de este último; realiza fluídicamente el gesto, el acto que desea llevar a la práctica. El pensamiento crea la imagen de la víctima y la escena completa es pintada como en un cuadro, tal cual se desarrolla en el Espíritu.

De ese modo, resulta que los más secretos movimientos del alma repercuten en la envoltura fluídica; que un alma puede leer en otra alma igual que en un libro, y ver lo que no se puede percibir con los ojos del cuerpo. No obstante, al observar la intención, puede presentir la realización del acto que será su consecuencia, pero no puede determinar el instante en que dicho acto se llevará a cabo, ni precisar los detalles, ni siquiera manifestar que habrá de ocurrir, ya que las circunstancias ulteriores podrán modificar los planes y cambiar las intenciones. El alma no puede ver lo que aún no está en el pensamiento del otro; lo que ve es la preocupación habitual del individuo, sus deseos, sus proyectos, sus intenciones buenas o malas.

Cualidades de los fluidos

16. La acción de los Espíritus sobre los fluidos espirituales tiene consecuencias de importancia directa y primordial para los encarnados. Dado que esos fluidos son el vehículo del pensamiento, y que el pensamiento puede modificar las propiedades de los fluidos, es evidente que estos deben encontrarse impregnados de las cualidades buenas o malas de los pensamientos que los hacen vibrar, y que se modifican por la pureza o impureza de los sentimientos. Los pensamientos malos corrompen los fluidos espirituales, como los miasmas deletéreos corrompen al aire respirable. Así pues, los fluidos que envuelven a los Espíritus malos, o los que estos proyectan, son viciados, mientras que los que reciben la in-

fluencia de los Espíritus buenos son tan puros como corresponde al grado de perfección moral de estos.

17. Es imposible hacer una enumeración o clasificación de los fluidos buenos y malos, así como especificar sus cualidades respectivas, dado que su diversidad es tan grande como la de los pensamientos.

Los fluidos no poseen cualidades *sui generis*, sino las que adquieren en el medio donde se elaboran; se modifican mediante los efluvios de ese medio, como el aire por las exhalaciones y el agua por las sales de las capas que atraviesa. Según las circunstancias, esas cualidades son, como las del agua y del aire, temporarias o permanentes, lo que los hace especialmente apropiados para la producción de tales o cuales efectos.

Los fluidos tampoco poseen denominaciones especiales. Al igual que los olores, son designados según sus propiedades, sus efectos y tipos originales. Desde el punto de vista moral, son portadores de la marca de los sentimientos de odio, envidia, celos, orgullo, egoísmo, violencia, hipocresía, bondad, benevolencia, amor, caridad, dulzura, etc. Desde el punto de vista físico, son excitantes, calmantes, penetrantes, astringentes, irritantes, suavizantes, soporíferos, narcóticos, tóxicos, reparadores, vomitivos; se convierten en fuerza de transmisión, de propulsión, etc. El cuadro de los fluidos sería, pues, el de todas las pasiones, las virtudes y los vicios de la humanidad, y también el de las propiedades de la materia, en correspondencia con los efectos que ellos producen.

18. Como los hombres son Espíritus encarnados, poseen en parte los atributos de la vida espiritual, puesto que viven de esa vida tanto como de la vida corporal; en principio, durante el sueño, y a menudo en el estado de vigilia. Cuando encarna, el Espíritu conserva su periespíritu con las cualidades que le son propias y que, como se sabe, no queda circunscripto por el cuerpo, sino que irradia alrededor suyo y lo envuelve como si fuera una atmósfera fluídica.

Por su unión íntima con el cuerpo, el periespíritu desempeña un rol preponderante en el organismo. Mediante su expansión, pone al Espíritu encarnado en relación más directa con los Espíritus libres y también con los Espíritus encarnados.

El pensamiento del Espíritu encarnado actúa sobre los fluidos espirituales del mismo modo que el de los Espíritus desencarnados, y se transmite de Espíritu a Espíritu por las mismas vías; según sea bueno o malo, sana o envicia los fluidos circundantes.

Puesto que los fluidos circundantes son modificados por la proyección de los pensamientos del Espíritu, su envoltura periespiritual, que es parte constitutiva de su ser y que recibe de modo directo y permanente la impresión de sus pensamientos, debe, con mayor razón, conservar las marcas de sus cualidades buenas o malas. Los fluidos viciados por los efluvios de los Espíritus malos pueden depurarse mediante el alejamiento de estos, pero sus periespíritus serán siempre los mismos, en tanto el Espíritu no se modifique.

El periespíritu de los encarnados es de naturaleza idéntica a la de los fluidos espirituales, de modo que él los asimila con facilidad, como si fuera una esponja que se embebe de un líquido. Esos fluidos ejercen sobre el periespíritu una acción tanto más directa cuanto que, por su expansión e irradiación, el periespíritu acaba por confundirse con ellos.

Esos fluidos actúan sobre el periespíritu y este, a su vez, reacciona sobre el organismo material con el cual se halla en contacto molecular. Si los efluvios son de buena naturaleza, el cuerpo recibirá una impresión saludable; si son malos, la impresión será penosa. Si los efluvios malos son permanentes y enérgicos, podrán ocasionar desórdenes físicos: ciertas enfermedades no tienen otro origen.

Los ambientes donde predominan los Espíritus malos se encuentran, pues, impregnados de fluidos deletéreos que el encarnado absorbe por los poros periespirituales, así como absorbe por los poros del cuerpo los miasmas pestilentes.

19. Así se explican los efectos que se producen en los lugares de reunión. Una asamblea es un foco de irradiación de pensamientos diversos. Es como una orquesta, un coro de pensamientos, donde cada uno emite una nota. Resulta de ahí una multiplicidad de corrientes y efluvios fluídicos cuya impresión recibe cada uno por medio del sentido espiritual, como en un coro musical cada uno recibe la impresión de los sonidos a través del sentido de la audición.

No obstante, del mismo modo que existen irradiaciones sonoras armoniosas o disonantes, también existen pensamientos armoniosos o discordantes. Si el conjunto es armonioso, la sensación será agradable; si es discordante, la impresión será penosa. Ahora bien, para eso no es necesario que el pensamiento se exteriorice mediante palabras; ya sea que se exteriorice o no, la irradiación fluídica existe siempre.

Tal es la causa del sentimiento de satisfacción que se experimenta en una reunión simpática, animada por pensamientos buenos y benévolos; en ella reina una atmósfera moral saludable, y se respira libremente; de ella salimos reconfortados, pues nos hallamos impregnados de efluvios fluídicos saludables. No obstante, basta con que se mezclen ahí algunos pensamientos malévolos para que se produzca el efecto de una corriente de aire helado en un medio tibio, o el de una nota desafinada en un concierto. De ese modo también se explica la ansiedad, el indefinible malestar que se experimenta en una reunión antipática, donde los pensamientos malévolos provocan corrientes de aire nauseabundo.

20. El pensamiento produce, por consiguiente, una especie de efecto físico que reacciona sobre lo moral, hecho este que sólo el espiritismo podía hacer comprensible. El hombre lo siente intuitivamente, ya que busca las reuniones homogéneas y simpáticas, donde sabe que podrá absorber nuevas fuerzas morales. Se podría decir que en esas reuniones recupera las pérdidas fluídicas que padece cada día por la irradiación del pensamiento, así como

recupera mediante los alimentos las pérdidas del cuerpo material. En efecto, el pensamiento es una emisión que ocasiona una pérdida real de fluidos espirituales y, por consiguiente, de fluidos materiales, de manera tal que el hombre necesita recuperarse con los efluvios que recibe del exterior.

Cuando se dice que un médico cura a un enfermo por medio de buenas palabras, se enuncia una verdad absoluta, porque un pensamiento bondadoso es portador de fluidos reparadores que actúan tanto sobre el cuerpo físico como sobre lo moral.

21. No cabe duda de que es posible –se dirá– evitar a los hombres a los que se sabe malintencionados. Pero ¿cómo evitaremos la influencia de los Espíritus malos que pululan alrededor nuestro y se insinúan por todas partes sin que los veamos?

El medio es muy simple, porque depende de la voluntad del hombre mismo, que lleva en sí la necesaria prevención. Los fluidos se combinan de acuerdo con la semejanza de su naturaleza; los opuestos se repelen; existe incompatibilidad entre los fluidos buenos y los malos, así como entre el aceite y el agua.

¿Qué se hace cuando el aire está viciado? Se procede a su saneamiento, se lo depura destruyendo el foco de los miasmas, expulsando los efluvios malsanos mediante las corrientes más fuertes de aire salubre. Contra la invasión de los fluidos malos es preciso que se opongan los fluidos buenos, y como cada uno tiene en su propio periespíritu una fuente fluídica permanente, todos son portadores del remedio. Sólo se trata de depurar esa fuente y de darle cualidades tales que se constituya en un *repelente* de las malas influencias, en vez de que sea una fuerza de atracción. El periespíritu, por lo tanto, es una coraza a la que se le debe dar el mejor temple posible. Ahora bien, como sus cualidades se corresponden con las cualidades del alma, es preciso trabajar en su mejoramiento, visto que son las imperfecciones del alma las que atraen a los Espíritus malos.

Las moscas son atraídas por los focos de putrefacción; destruid esos focos, y ellas desaparecerán. Lo mismo sucede con los Espíritus malos, que van hacia donde el mal los atrae; eliminad el mal, y ellos se alejarán. *Los Espíritus realmente buenos, encarnados o desencarnados, no tienen nada que temer de la influencia de los Espíritus malos.*

II. Explicación de algunos fenómenos considerados sobrenaturales

Vista espiritual o psíquica. Doble vista. Sonambulismo. Sueños

22. El periespíritu es el lazo que une la vida corporal con la vida espiritual. Por intermedio de él, el Espíritu encarnado se encuentra en relación constante con los Espíritus desencarnados, y con su auxilio se producen en el hombre fenómenos especiales cuya causa primera no se encuentra en la materia tangible, razón por la cual parecen sobrenaturales.

En las propiedades y en las irradiaciones del fluido periespiritual debemos buscar la causa de la *doble vista*⁶⁸ o *vista espiritual*, a la que también se puede llamar *vista psíquica*, de la cual muchas personas están dotadas, casi siempre sin que lo sepan, así como de la vista sonambúlica.

El periespíritu es el *órgano sensitivo* del Espíritu. Por intermedio de él, el Espíritu encarnado percibe las cosas espirituales que escapan a los sentidos carnales. A causa de los órganos del cuerpo, la visión, la audición y las diversas sensaciones están localizadas y limitadas a la percepción de las cosas materiales; a causa del

⁶⁸ En francés, Allan Kardec utiliza indistintamente las expresiones “doble vista” (*double vue*) y “segunda vista” (*seconde vue*). (N. del T.)

sentido espiritual o *psíquico*, esas sensaciones son generalizadas: el Espíritu ve, oye y siente con todo su ser aquello que se encuentra en la esfera de irradiación de su fluido periespiritual.

Estos fenómenos constituyen en el hombre la manifestación de la vida espiritual; se trata del alma que actúa fuera del organismo. En la doble vista, o percepción mediante el sentido psíquico, el hombre no ve con los ojos del cuerpo, aunque a menudo por hábito dirija la mirada hacia el punto que atrae su atención. Ve con los ojos del alma, y la prueba de eso está en que ve perfectamente bien con los ojos cerrados, e incluso ve lo que está mucho más allá de su campo visual. Lee el pensamiento representado en el rayo fluídico. (Véase el § 15.)⁶⁹

23. Aunque durante la vida el Espíritu se encuentra *sujeto* al cuerpo por medio del periespíritu, su esclavitud no le impide extender la cadena que lo sujeta y transportarse a un punto distante, sea en la Tierra o en el espacio. Sólo a disgusto permanece el Espíritu ligado al cuerpo, porque su vida normal es la libertad, mientras que la vida corporal es semejante a la de un siervo cautivo a la gleba.

El Espíritu, por lo tanto, se siente feliz al abandonar el cuerpo, como un pájaro que abandona su jaula. Para liberarse de él aprovecha todas las ocasiones, todos los instantes en que su presencia no es necesaria para la vida de relación. Este fenómeno se denomina *emancipación del alma*, y se produce siempre durante el dormir. Cada vez que el cuerpo descansa y que los sentidos quedan inactivos, el Espíritu se desprende. (Véase *El Libro de los Espíritus*, Libro II, Capítulo VIII.)

En esos momentos, el Espíritu vive la vida espiritual, mientras que el cuerpo vive apenas la vida vegetativa; se halla, en parte, en el estado en que habrá de encontrarse después de la muerte;

⁶⁹ Véanse los hechos de doble vista y lucidez sonambúlica relatados en la *Revista Espírita*: enero y noviembre de 1858; julio de 1861; noviembre de 1865. (N. de Allan Kardec.)

recorre el espacio, conversa con sus amigos y con otros Espíritus libres o *encarnados* como él.

El lazo fluídico que lo sujeta al cuerpo sólo se rompe definitivamente en ocasión de la muerte; la separación completa sólo se produce por efecto de la extinción absoluta de la actividad del principio vital. Mientras el cuerpo vive, el Espíritu regresa a él instantáneamente, sea cual fuere la distancia a que se encuentre, cada vez que su presencia allí sea necesaria. De ese modo, retoma el curso de la vida exterior de relación. A veces, al despertar, conserva un recuerdo de sus peregrinaciones, una imagen más o menos precisa que constituye los sueños; en todos los casos, es portador de las intuiciones que le sugieren ideas y pensamientos nuevos, lo cual justifica plenamente el proverbio: *La noche es buena consejera*.

Así se explican también ciertos fenómenos característicos del sonambulismo natural y magnético, de la catalepsia, de la letargia, del éxtasis, etc., que no son más que manifestaciones de la vida espiritual.⁷⁰

24. Dado que la visión espiritual no se produce por medio de los ojos del cuerpo, la percepción de las cosas no se verifica mediante la luz ordinaria: de hecho, la luz material está hecha para el mundo material; para el mundo espiritual existe una luz especial cuya naturaleza ignoramos, pero que es sin duda una de las propiedades del fluido etéreo adecuada a las percepciones visuales del alma. Por consiguiente, existe la luz material y la luz espiritual. La primera emana de focos circunscriptos a los cuerpos luminosos; la segunda tiene su foco en todas partes. Por eso no existen obstáculos para la visión espiritual, que no está limitada por la distancia ni por la opacidad de la materia; para ella no existe la oscuridad. El mundo espiritual es iluminado por la luz espiritual, que tiene sus propios efectos, como el mundo material es iluminado por la luz solar.

⁷⁰ Véanse ejemplos de letargia y de catalepsia en la *Revista Espírita*: "La señora Schwabenhaus", septiembre de 1858; "La joven cataléptica de Suabia", enero de 1866. (N. de Allan Kardec.)

25. De ese modo, envuelta en su periespíritu, el alma lleva consigo su principio luminoso. Como penetra la materia en virtud de su esencia etérea, no hay cuerpos opacos para su visión. Sin embargo, la vista espiritual no tiene el mismo alcance ni la misma penetración en todos los Espíritus. Sólo los Espíritus puros la poseen en toda su potencia. En los Espíritus inferiores se encuentra debilitada por la densidad relativa del periespíritu, que se interpone como si fuera una especie de niebla.

En los Espíritus encarnados, la vista espiritual se manifiesta en diferentes grados mediante el fenómeno de la doble vista, tanto en el sonambulismo natural o magnético, como en el estado de vigilia. De conformidad con el grado de poder de la facultad, se dice que la lucidez es mayor o menor. Con el auxilio de esa facultad, ciertas personas ven el interior del organismo y describen la causa de las enfermedades.

26. La vista espiritual, por consiguiente, da lugar a percepciones especiales que, como no tienen su sede en los órganos materiales, se producen en condiciones completamente diferentes de las que se registran en la vida corporal. Por esta razón no se pueden esperar efectos idénticos, ni experimentarla a través de los mismos procesos. Al realizarse fuera del organismo, esa vista tiene una movilidad que frustra todas las previsiones. Debe ser estudiada en sus efectos y en sus causas, y no por su semejanza con la vista común, a la que no está destinada a suplir, excepto en casos excepcionales que no se pueden tomar como regla.

27. En los Espíritus encarnados, la vista espiritual es necesariamente incompleta e imperfecta y, por consiguiente, está sujeta a aberraciones. Como tiene su sede en el alma misma, el estado de esta habrá de influir en sus percepciones. Según el grado de desarrollo, las circunstancias y el estado moral del individuo, la vista espiritual puede tener, ya sea durante el dormir o en el estado de vigilia, la percepción de: 1.º) ciertos hechos materiales y reales,

como el conocimiento de algunos acontecimientos que tienen lugar a mucha distancia, los detalles descriptivos de una localidad, las causas de una enfermedad y los remedios adecuados para su tratamiento; 2.º) cosas igualmente reales del mundo espiritual, como la presencia de los Espíritus; 3.º) imágenes fantásticas creadas por la imaginación, análogas a las creaciones fluídicas del pensamiento. (Véase, más arriba, el § 14.) Esas creaciones se encuentran siempre en relación con las disposiciones morales del Espíritu que las genera. Es así como el pensamiento de personas intensamente imbuidas de ciertas creencias religiosas, y preocupadas en relación con ellas, presenta imágenes del infierno, sus hogueras, sus torturas y sus demonios, tal como esas personas los imaginan. En ocasiones se trata de toda una epopeya. Los paganos veían el Olimpo y el Tártaro, como los cristianos ven el Infierno y el Paraíso. Si al despertar o al salir del éxtasis, esas personas conservan un recuerdo exacto de sus visiones, las toman por realidades que confirman sus creencias, en tanto que no son otra cosa que el producto de sus propios pensamientos.⁷¹ Es preciso, por consiguiente, que se haga una distinción muy rigurosa de las visiones extáticas antes de aceptarlas. En ese sentido, el remedio para la excesiva credulidad es el estudio de las leyes que rigen el mundo espiritual.

28. Los sueños propiamente dichos presentan las tres características de las visiones arriba descriptas. A las dos primeras pertenecen los sueños de precognición, presentimientos y advertencias.⁷² En la tercera, es decir, en las creaciones fluídicas del pensamiento, se puede encontrar la causa de ciertas imágenes fantásticas que nada tienen de real en relación con la vida material, pero que a veces tienen para el Espíritu una realidad tal, que el cuerpo

⁷¹ De este modo se pueden explicar las visiones de la hermana Elmerich que, al referirse a la época de la pasión de Cristo, manifiesta haber visto cosas materiales que nunca han existido, a no ser en los libros que ella leyó; así como las visiones de la Sra. Cantianille (*Revista Espírita*, agosto de 1866), y una parte de las de Swedenborg. (N. de Allan Kardec.)

⁷² Véase más adelante el Capítulo XVI, "Teoría de la Presciencia", §§ 1, 2 y 3. (N. de Allan Kardec.)

experimenta su impacto; hay casos en que los cabellos encanecen a causa de la impresión provocada por un sueño. Esas creaciones pueden ser provocadas por la exaltación de las convicciones; por recuerdos retrospectivos; por gustos, deseos, pasiones, temores y remordimientos; por las preocupaciones habituales; por las necesidades del cuerpo, o por algún malestar pasajero relativo a las funciones del organismo; y finalmente, por otros Espíritus, con un objetivo benévolo o maléfico, de conformidad con su naturaleza.⁷³

Catalepsia. Resurrecciones

29. La materia inerte es insensible; el fluido periespiritual también lo es, pero transmite la sensación al centro sensitivo que es el Espíritu. Las lesiones dolorosas del cuerpo repercuten, pues, en el Espíritu como un choque eléctrico, por intermedio del fluido periespiritual, cuyos hilos conductores parecen ser los nervios. Se trata del influjo nervioso de los fisiólogos, quienes, por desconocimiento de las relaciones de ese fluido con el principio espiritual, todavía no han podido hallar una explicación para todos sus efectos.

Esta interrupción puede ocurrir por la amputación de un miembro o por algún nervio seccionado, pero también en forma parcial o general, y sin que haya lesiones, en los momentos de emancipación, de gran sobreexcitación o preocupación del Espíritu. En ese estado el Espíritu no piensa en el cuerpo, y en su actividad febril atrae hacia sí, por decirlo de algún modo, al fluido periespiritual que, retirándose de la superficie, produce allí una insensibilidad momentánea. Se podría también admitir que en ciertas circunstancias se produce en el propio fluido periespiritual una modificación molecular, que le quita transitoriamente la propiedad de la transmisión. A eso se debe que, muchas veces, en el

⁷³ Véase la *Revista Espírita*, junio y septiembre de 1866; *El Libro de los Espíritus*, Libro II, Capítulo VIII, § 400. (N. de Allan Kardec.)

ardor del combate, un militar no perciba que está herido; que una persona, cuya atención está concentrada en un trabajo, no oiga el ruido que se hace alrededor suyo. Un efecto análogo, aunque más pronunciado, se produce en algunos sonámbulos, en la letargia y en la catalepsia. Finalmente, del mismo modo se puede explicar la insensibilidad de los convulsionarios y de ciertos mártires. (Véase la *Revista Espírita*, enero de 1868: “Los Aïssaouas, o los convulsionarios de la calle Le Peletier”.)

La parálisis no tiene en absoluto la misma causa, pues allí el efecto es puramente orgánico; los nervios mismos, los hilos conductores ya no son aptos para la circulación fluídica; se trata de las cuerdas del instrumento, que se han alterado.

30. En ciertos estados patológicos, en que el Espíritu ha abandonado el cuerpo y el periespíritu sólo está unido a él por medio de algunos puntos, el cuerpo presenta todas las apariencias de la muerte, de modo que se enuncia una gran verdad cuando se dice que en esos casos la vida pende de un hilo. Ese estado puede durar más o menos tiempo, e incluso ciertas partes del cuerpo pueden entrar en descomposición, a pesar de que la vida no se ha extinguido definitivamente. Mientras no se haya cortado el último hilo, el Espíritu puede, ya sea por una acción enérgica de su *propia* voluntad o por un *influjo fluídico extraño, igualmente poderoso*, ser llamado de vuelta al cuerpo. Así se explican ciertos casos en los que la vida se prolonga contra todas las probabilidades, así como también algunas supuestas resurrecciones. Es una planta que vuelve a brotar, como a veces sucede, de una única fibra de la raíz. Pero cuando las últimas moléculas del cuerpo fluídico ya se han separado del cuerpo carnal, o cuando este último llegó a un estado irreparable de degradación, el regreso a la vida es imposible.⁷⁴

⁷⁴ Véanse ejemplos en la *Revista Espírita*, “Sr. Cardon, médico”, agosto de 1863; “Una resurrección” (La mujer corsa), mayo de 1866. (N. de Allan Kardec.)

Curaciones

31. Como hemos visto, el fluido universal es el elemento primitivo del cuerpo carnal y del periespíritu, los cuales son simples transformaciones de aquel. Por la identidad de su naturaleza, ese fluido, condensado en el periespíritu, puede ofrecer principios reparadores al cuerpo; el Espíritu, encarnado o desencarnado, es el agente propulsor que infiltra en un cuerpo deteriorado una parte de la sustancia de su envoltura fluídica. La curación se opera mediante la sustitución de una molécula *nociva* por otra molécula *sana*. El poder curativo será proporcional a la pureza de la sustancia inoculada; pero depende también de la energía de la voluntad, que provoca una emisión fluídica más abundante y otorga al fluido mayor fuerza de penetración. Depende, además, de las intenciones de quien desee realizar la cura, *sea hombre o Espíritu*. Los fluidos que emanan de una fuente impura son como sustancias medicamentosas alteradas.

32. Los efectos de la acción fluídica sobre los enfermos son extremadamente variados, de acuerdo con las circunstancias. Algunas veces la acción es lenta y requiere un tratamiento prolongado, como en el magnetismo común; otras veces es rápida como una corriente eléctrica. Hay personas dotadas de tal poder que en algunos enfermos producen curaciones instantáneas por medio de la sola imposición de las manos, o incluso por un simple acto de la voluntad. Entre los dos polos extremos de esa facultad hay infinitas graduaciones. Todas las curaciones de ese tipo son variedades del magnetismo y sólo difieren por la potencia y la rapidez de la acción. El principio es siempre el mismo: el fluido desempeña el papel de agente terapéutico, y su efecto se encuentra subordinado a su calidad y a circunstancias especiales.

33. La acción magnética puede producirse de muchas maneras:

1.º) Por el fluido del magnetizador, en cuyo caso se trata del magnetismo propiamente dicho, o *magnetismo humano*, cuya

acción se encuentra subordinada a la potencia y, sobre todo, a la calidad del fluido.

2.º) Por el fluido de los Espíritus, que actúan directamente y *sin intermediarios* sobre un encarnado, ya sea para curarlo o calmar un sufrimiento, sea para provocar el sueño sonambúlico espontáneo o para ejercer sobre el individuo alguna influencia física o moral. Se trata del *magnetismo espiritual*, cuya calidad es proporcional a las cualidades del Espíritu.⁷⁵

3.º) Por el fluido que los Espíritus derraman sobre el magnetizador, al cual este sirve de conductor. Se trata del magnetismo *mixto*, *semiespiritual* o, si se prefiere, *humano-espiritual*. Combinado con el fluido humano, el fluido espiritual le transmite a aquel las cualidades que le faltan. En esas circunstancias, algunas veces el concurso de los Espíritus es espontáneo, pero muy a menudo es provocado por la evocación del magnetizador.

34. La facultad de curar mediante la influencia fluídica es muy común y puede desarrollarse con el ejercicio; pero la de curar instantáneamente con la imposición de las manos es más rara, y su apogeo puede ser considerado excepcional. No obstante, en épocas diferentes, en el seno de casi todos los pueblos han aparecido individuos que la poseyeron en grado sobresaliente. En estos últimos tiempos han aparecido muchos ejemplos notables, cuya autenticidad no puede ser cuestionada. Dado que las curaciones de esta clase se basan en un principio natural, y que el poder de producirlas no es un privilegio, se deduce que estas no ocurren al margen de la naturaleza y que sólo son milagrosas en apariencia.⁷⁶

⁷⁵ Véanse ejemplos en la *Revista Espírita*, febrero de 1863; abril y septiembre de 1865. (N. de Allan Kardec.)

⁷⁶ Véanse los ejemplos de curaciones instantáneas relatadas en la *Revista Espírita*: "El príncipe de Hohenlohe, médium curador", diciembre de 1866; sobre las curas del Sr. Jacob, octubre y noviembre de 1866 y de 1867; "Simonet, médium curador de Bordeaux", agosto de 1867; "El alcalde Hassan, o la bendición de la sangre", octubre de 1867; "El cura Gassner, médium curador", noviembre de 1867. (N. de Allan Kardec.)

Apariciones. Transfiguraciones

35. En su estado normal, el periespíritu es invisible para nosotros; pero como está formado por materia etérea, el Espíritu puede, en ciertos casos y por un acto de su voluntad, producir en él una modificación molecular que lo vuelva momentáneamente visible. Así es como se producen las *apariciones* que, del mismo modo que los otros fenómenos, no ocurren al margen de las leyes de la naturaleza. Eso no tiene nada que sea más extraordinario que el vapor, que es invisible cuando está muy enrarecido y se vuelve visible cuando se condensa.

Según el grado de condensación del fluido periespiritual, la aparición es algunas veces difusa y vaporosa; otras veces, más claramente definida; y otras, por último, tiene todas las apariencias de la materia tangible. Incluso puede llegar a ser realmente tangible, a tal punto que el observador se engañe sobre la naturaleza del ser que tiene delante de él.

Las apariciones vaporosas son frecuentes; ese es el aspecto con el que se presentan muchos individuos, después de que han muerto, a las personas por quienes sienten afecto. Las apariciones tangibles son más raras, aunque de ellas hay muchos ejemplos, perfectamente documentados. Si el Espíritu desea darse a conocer, imprimirá a su envoltura todas las señales exteriores que tenía cuando estaba vivo.⁷⁷

36. Es de destacarse que las apariciones tangibles sólo tienen la apariencia de la materia carnal, pero no sus cualidades. Debido a la naturaleza fluídica que las caracteriza, no pueden tener la misma cohesión de la materia, porque en realidad no poseen carne. Se forman instantáneamente y desaparecen del mismo modo, o se evaporan por la desagregación de las moléculas fluídicas. Los seres que se presentan en esas condiciones no nacen ni mueren, contra-

⁷⁷ Véase *El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulos VI y VII. (N. de Allan Kardec.)

riamente a lo que sucede con los demás hombres. Se los ve y dejan de ser vistos sin que se sepa de dónde vienen, cómo vinieron, ni hacia dónde van. Nadie podría matarlos, ni apresarlos, ni encarcelarlos, puesto que no tienen un cuerpo carnal. Los golpes que acaso se les lanzaran, caerían en el vacío.

Ese es el carácter de los *agéneres*, con los cuales se puede conversar sin que se sospeche acerca de lo que son. Con todo, no permanecen largo tiempo entre los hombres ni pueden ser comensales frecuentes de una casa, ni figurar entre los miembros de una familia.

Además, los *agéneres* muestran siempre en su persona, en sus actitudes, algo de extraño e insólito que sugiere al mismo tiempo la materialidad y la espiritualidad; en ellos, la mirada es vaporosa y penetrante a la vez, y carece de la nitidez propia de la mirada a través de los ojos de la carne; su lenguaje, conciso y por lo general sentencioso, nada tiene del brillo y la volubilidad del lenguaje humano; su aproximación produce una sensación particular e indefinible de sorpresa, que inspira una especie de temor, y quien se pone en contacto con ellos, aunque los tome por individuos iguales a los demás, es inducido a pensar involuntariamente: *Este es un ser extraño*.⁷⁸

37. Como el periespíritu es el mismo tanto en los encarnados como en los desencarnados, un Espíritu encarnado, por un efecto absolutamente idéntico, puede aparecer, en un momento en que se encuentre libre, en un punto distinto de aquel en que su cuerpo descansa, con su fisonomía habitual y con todos los signos característicos de su identidad. Ese fenómeno, del cual se conocen muchos casos auténticos, fue el que llevó a que se creyera en la existencia de los hombres dobles.⁷⁹

⁷⁸ Véanse ejemplos de apariciones vaporosas o tangibles y de *agéneres* en *Revista Espírita*, enero y octubre de 1858; enero, febrero, marzo, agosto y noviembre de 1859; abril y mayo de 1860; julio de 1861; abril de 1866; "El labrador Thomas Martin y Luis XVIII", detalles completos, diciembre de 1866. (N. de Allan Kardec.)

⁷⁹ Véanse ejemplos de apariciones de personas vivas en la *Revista Espírita*, diciembre de 1858; febrero y agosto de 1859; noviembre de 1860. (N. de Allan Kardec.)

38. Un efecto peculiar de los fenómenos de ese tipo consiste en el hecho de que las apariciones vaporosas, e incluso tangibles, no son percibidas por todas las personas indistintamente. Los Espíritus sólo se muestran cuando quieren y ante quienes quieren. Por consiguiente, un Espíritu podría aparecerse en una reunión ante uno solo o muchos de los presentes, y no ser visto por los demás. Eso ocurre porque las percepciones de ese tipo se producen por medio de la vista espiritual, y no por intermedio de la vista carnal. Además, la vista espiritual no le es dada a todas las personas; e incluso el Espíritu, por su sola voluntad y si fuera conveniente, puede retirarla de aquel a quien él no quiera mostrarse, así como puede conferirla momentáneamente si lo juzga necesario.

Así pues, la condensación del fluido periespiritual en las apariciones, incluso en los casos de tangibilidad, no tiene las propiedades de la materia ordinaria; de no ser así, las apariciones serían perceptibles mediante los ojos del cuerpo por parte de todas las personas presentes.⁸⁰

39. Dado que el Espíritu puede operar transformaciones en la configuración de su envoltura periespiritual, y puesto que esa envoltura se irradia en torno al cuerpo como una atmósfera fluídica, puede producirse en la superficie misma del cuerpo un fenómeno análogo al de las apariciones. La verdadera imagen del cuerpo puede desvanecerse más o menos completamente bajo una capa fluídica, y asumir otra apariencia; o bien, vistos a través de la capa fluídica modificada, como a través de un prisma, los rasgos primitivos pueden adoptar otra expresión. Si el Espíritu encarnado toma distancia de lo terrenal, y se identifica con las cosas del mundo espiritual, la expresión de un semblante desagradable puede

⁸⁰ Sólo con suma reserva se deben recibir las narraciones de apariciones puramente individuales que, en ciertos casos, podrían no pasar del efecto de una imaginación sumamente excitada y, tal vez, de una invención con fines interesados. Conviene, pues, tomar en cuenta muy escrupulosamente las circunstancias, la sinceridad de la persona, así como su probable intención de abusar de la credulidad de individuos excesivamente confiados. (N. de Allan Kardec.)

volverse bella, radiante y hasta luminosa; si, por el contrario, el Espíritu es presa de bajas pasiones, un rostro hermoso puede tomar un aspecto horrible.

Así se producen las *transfiguraciones*, que reflejan siempre las cualidades y los sentimientos que predominan en el Espíritu. Ese fenómeno es, pues, el resultado de una transformación fluídica; es una especie de aparición periespiritual que se produce sobre el cuerpo mismo de una persona viva, y a veces en el momento de la muerte, en vez de producirse a la distancia como en el caso de las apariciones propiamente dichas. Lo que distingue a las apariciones de ese género es el hecho de que son, por lo general, perceptibles por todos los presentes mediante los ojos del cuerpo, precisamente porque se forman en torno a la materia carnal visible, mientras que en las apariciones puramente fluídicas no existe materia tangible.⁸¹

Manifestaciones físicas. Mediumnidad

40. Los fenómenos de las mesas móviles y parlantes, de la suspensión en el aire de los cuerpos pesados, de la escritura mediúmnica, tan antiguos como el mundo pero comunes en la actualidad, ofrecen la explicación de algunos fenómenos análogos espontáneos, a los cuales por ignorarse la ley que los rige se les había atribuido un carácter sobrenatural y milagroso. Esos fenómenos se basan en las propiedades del fluido periespiritual, ya sea de los encarnados como de los Espíritus libres.

41. Cuando estaba encarnado, el Espíritu obraba sobre su cuerpo vivo con el auxilio de su periespíritu. Ahora, desde el mundo espiritual, se manifiesta por intermedio de ese mismo fluido: actúa sobre la materia inerte y produce ruidos, movimientos de mesas y de otros objetos, a los cuales levanta, derriba o transporta.

⁸¹ Véase un ejemplo y la teoría de la transfiguración en la *Revista Espírita*, marzo de 1859 (*El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulo VII). (N. de Allan Kardec.)

Ese fenómeno no tiene nada de sorprendente, si consideramos que entre nosotros los motores más poderosos se encuentran en los fluidos más enrarecidos e incluso imponderables, como el aire, el vapor y la electricidad.

También con el auxilio de su periespíritu, el Espíritu hace que los médiums escriban, hablen o dibujen. Como ya no dispone de un cuerpo tangible para actuar ostensiblemente cuando desea manifestarse, se sirve del cuerpo de un médium, cuyos órganos toma en préstamo, y hace que obre como si fuera su propio cuerpo, mediante el efluvio fluídico que derrama sobre él.

42. Mediante ese mismo proceso, el Espíritu actúa sobre la mesa, ya sea para que esta se mueva, sin que su movimiento tenga un significado especial, o para que dé golpes inteligentes que indiquen las letras del alfabeto, a fin de que formen palabras y frases: fenómeno que se designa con el nombre de *tiptología*. La mesa no es más que un instrumento del que se vale el Espíritu, como se vale del lápiz para escribir, dándole una vitalidad momentánea por medio del fluido con que la impregna, aunque *sin identificarse con ella*. De ese modo, las personas que, embargadas por la emoción, abrazan la mesa cuando se manifiesta un ser querido, realizan un acto ridículo; es exactamente como si abrazasen el bastón de un amigo que se sirve de él para comunicarse por medio de golpes en el piso. Lo mismo hacen quienes dirigen la palabra a la mesa, como si el Espíritu estuviera encerrado en la madera, o como si la madera se hubiese convertido en Espíritu.

Cuando se transmiten comunicaciones por ese medio, hay que imaginarse que el Espíritu está, no en la mesa sino junto a ella, *tal como se ubicaría si estuviese vivo*, y tal como sería visto en ese momento si pudiera volverse visible. Lo mismo ocurre en las comunicaciones mediante la escritura: se vería al Espíritu al lado del médium, guiando su mano o trasmitiéndole su pensamiento por medio de una corriente fluídica.

43. Cuando la mesa se levanta del suelo y flota en el aire sin un punto de apoyo, el Espíritu no la levanta con la fuerza de su brazo, sino que la envuelve y penetra con una especie de atmósfera fluídica que neutraliza el efecto de la gravedad, como lo hace el aire con los globos y las cometas. El fluido que penetra en la mesa le confiere momentáneamente una mayor liviandad específica. Cuando queda pegada al suelo, esta se encuentra en una situación análoga a la de la campana neumática dentro de la que se produce el vacío. Estas son simples comparaciones destinadas a mostrar la analogía de los efectos, pero no la similitud absoluta de las causas. (Véase *El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulo IV.)

De acuerdo con lo que se acaba de decir, se comprende que para el Espíritu no es más difícil levantar una persona que levantar una mesa, transportar un objeto de un lugar a otro, o arrojarlo donde sea. Todos esos fenómenos se producen por obra de la misma ley.⁸²

Cuando la mesa persigue a alguien, no significa que el Espíritu vaya en esa dirección, pues él puede permanecer tranquilamente en el mismo lugar. Lo que sucede en esos casos es que el Espíritu le da un impulso a la mesa por medio de una corriente fluídica, con cuyo auxilio esta se mueve según su deseo.

Cuando se escuchan golpes en la mesa, o en otro lugar, el Espíritu no golpea con la mano o con algún objeto, sino que se limita a dirigir sobre el punto de donde proviene el ruido un haz

⁸² Ese es el principio del fenómeno de *aportes*, fenómeno muy real pero que no conviene admitir más que con suma reserva, puesto que es uno de los que más se prestan a la imitación y al fraude. La honradez indiscutible de la persona que los obtiene, su absoluto desinterés material y *moral*, así como la confluencia de las circunstancias accesorias deben ser considerados seriamente. Sobre todo, es preciso desconfiar de esos efectos principalmente cuando estos se producen con excesiva facilidad, y tener por dudosos los que se repiten con mucha frecuencia y, por así decirlo, a voluntad. Los prestidigitadores hacen cosas más extraordinarias aún.

El levantamiento de una persona no es un hecho menos efectivo, pero sí mucho más raro, tal vez porque resulte mucho más difícil de ser imitado. Es notorio que el Sr. Home se elevó más de una vez hasta el techo y dio de ese modo la vuelta a la sala. Se dice que san Cupertino poseía la misma facultad, hecho que no es más milagroso con este que con aquel. (N. de Allan Kardec.)

de fluido que produce el efecto de un choque eléctrico. El Espíritu modifica el ruido, así como cualquier persona es capaz de modificar los sonidos producidos por el aire.⁸³

44. Un fenómeno muy frecuente en la mediumnidad es la aptitud de ciertos médiums para escribir en una lengua que les es extraña; y tratar, ya sea en forma oral o por escrito, temas que están fuera del alcance de la instrucción que recibieron. No es raro que se vean algunos que escriben de corrido sin que nunca hayan aprendido a escribir; otros componen poesías, sin que jamás en la vida hayan sabido hacer un verso; otros dibujan, pintan, esculpen, componen música y ejecutan un instrumento sin que conozcan dibujo, pintura, escultura o el arte musical. Es muy frecuente el hecho de que un médium escribiente reproduzca a la perfección la escritura y la firma que los Espíritus que se comunican por su intermedio tenían cuando estaban vivos, aunque jamás los haya conocido.

Con todo, ese fenómeno no es más maravilloso que el que consiste en hacer que un niño escriba cuando se le lleva la mano; de ese modo puede lograr que escriba todo lo que uno quiera. Si a una persona se le dictan las palabras letra por letra, escribirá en un idioma que ignora. Lo mismo sucede con la mediumnidad, si nos remitimos a la manera por medio de la cual se comunican los Espíritus a través de los médiums, pues estos no son más que instrumentos pasivos. No obstante, si el médium conoce el mecanismo, si ha vencido las dificultades prácticas, si las expresiones le

⁸³ Véanse ejemplos, tanto de manifestaciones materiales como de perturbaciones producidas por los Espíritus, en la *Revista Espírita*: "Manifestaciones físicas: La joven del Pasaje de los Panoramas", enero de 1858; "El fantasma de la señorita Clairon", febrero de 1858; "El Espíritu golpeador de Bergzabern", relato completo: mayo, junio y julio de 1858; "El Espíritu golpeador de Dibbelsdorf", agosto de 1858; "El panadero de Dieppe", marzo de 1860; "El fabricante de San Petersburgo", abril de 1860; "El trapero de la calle Noyers", agosto de 1860; "El Espíritu golpeador del Aube", enero de 1861; "Un Espíritu golpeador en el siglo XVI", enero de 1864; "Manifestaciones en Poitiers", mayo de 1864 y mayo de 1865; "El Espíritu golpeador de la hermana María", junio de 1864; "Manifestaciones espontáneas en Marsella", abril de 1865; "Manifestaciones en Fives, cerca de Lille (Norte)", agosto de 1865; "Los ratones de Équihen", febrero de 1866. (N. de Allan Kardec.)

resultan familiares y, por último, si posee en su cerebro los elementos de aquello que el Espíritu quiere hacerle ejecutar, entonces se encontrará en la posición del hombre que sabe leer y escribir de corrido; el trabajo resultará más fácil y más rápido; y el Espíritu no tendrá más que transmitir sus pensamientos al intérprete, para que este los reproduzca por los medios de que dispone.

La aptitud de un médium para cosas que le resultan extrañas proviene, la mayoría de las veces, de los conocimientos que poseyó en otra existencia, y de los cuales su Espíritu conservó la intuición. Si fue poeta o músico, por ejemplo, tendrá más facilidad para asimilar el pensamiento poético o musical que un Espíritu quiera hacerle expresar. La lengua que hoy ignora pudo haberle sido familiar en otra existencia, lo que explica la mayor aptitud de su parte para escribir mediúnicamente en esa lengua.⁸⁴

Obsesiones y posesiones

45. Los Espíritus malos pululan alrededor de la Tierra a consecuencia de la inferioridad moral de sus habitantes. La acción maléfica de esos Espíritus forma parte de los flagelos con los que la humanidad se debate en este mundo. La obsesión, que es uno de los efectos de esa acción, debe ser considerada, al igual que las enfermedades y las tribulaciones de la vida, como una prueba o una expiación, y aceptada como tal.

La obsesión es la acción persistente que un Espíritu malo ejerce sobre un individuo. Presenta características muy diversas, que van desde la simple influencia moral sin signos exteriores notables, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales.

⁸⁴ La aptitud que algunas personas demuestran para las lenguas que dominan sin, por así decirlo, haberlas aprendido, no tiene otro origen más que el recuerdo intuitivo de lo que supieron en otra existencia. El caso del poeta Méry, relatado en la *Revista Espírita* de noviembre de 1864, es una prueba de lo que decimos. Es evidente que si en su juventud Méry hubiera sido médium, habría escrito en latín tan fácilmente como en francés, lo que para todos habría pasado como un prodigio. (N. de Allan Kardec.)

La obsesión anula las facultades mediúmnicas; en la mediumnidad auditiva y psicográfica, se pone de manifiesto por la obstinación de un Espíritu en querer manifestarse con exclusión de todos los demás.

46. Así como las enfermedades son el resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión proviene invariablemente de una imperfección moral que da lugar a un Espíritu malo. A una causa física, se opone una fuerza física; a una causa moral, es preciso que se anteponga una fuerza moral. Para preservarse de las enfermedades, se fortifica el cuerpo; para defenderse de la obsesión, es preciso fortificar el alma. De ahí que el obseso necesite trabajar para su propio mejoramiento, lo que la mayoría de las veces es suficiente para librarlo del obsesor sin el socorro de otras personas. Este socorro se vuelve necesario cuando la obsesión degenera en subyugación y en posesión, porque en esos casos no es raro que el paciente pierda la voluntad y el libre albedrío.

La obsesión pone de manifiesto casi siempre una venganza tomada por un Espíritu, cuyo origen muchas veces se encuentra en las relaciones que el obseso mantuvo con el obsesor en una existencia precedente.

En los casos de obsesión grave, el obseso queda como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De ese fluido se lo debe liberar. Ahora bien, un fluido malo no puede ser eliminado por otro fluido malo. Por medio de una acción idéntica a la que lleva a cabo el médium curador en los casos de enfermedad, *hay que expulsar el fluido malo con el auxilio de un fluido mejor.*

Sin embargo, no siempre alcanza con esta acción mecánica; también es preciso, de manera especial, *actuar sobre el ser inteligente*, al cual hay que *hablarle con autoridad*. Ahora bien, sólo posee esa autoridad quien tiene superioridad moral. Cuanto mayor sea la superioridad moral, tanto mayor será también la autoridad.

Pero eso no es todo: para asegurar la liberación es necesario que el Espíritu perverso sea conducido a que renuncie a sus malos propósitos; que en él asome el arrepentimiento tanto como el deseo del bien, por medio de instrucciones hábilmente transmitidas, en evocaciones hechas particularmente con vistas a su educación moral. Se podrá entonces tener la grata satisfacción de liberar a un encarnado, y de convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea resulta más fácil cuando el obseso comprende su situación y colabora con la voluntad y la plegaria. No sucede lo mismo cuando, seducido por el Espíritu que lo domina, se engaña acerca de las cualidades de este último y se complace en el error al que es conducido, porque entonces, en lugar de colaborar, el obseso rechaza la asistencia. Este es el caso de la fascinación, siempre muchísimo más rebelde que la más violenta subyugación. (Véase *El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulo XXIII.)

En todos los casos de obsesión, la plegaria es el auxiliar más poderoso de que se dispone para oponerse a los propósitos maléficos del Espíritu obsesor.

47. En la obsesión, el Espíritu actúa externamente con la ayuda de su periespíritu, al cual identifica con el del encarnado; en ese caso, este último queda atrapado en una especie de trama y es obligado a comportarse en contra de su voluntad.

En la posesión, en vez de actuar externamente, el Espíritu libre sustituye al Espíritu encarnado: elige su cuerpo para instalarse en él, aunque este no haya sido abandonado definitivamente por su dueño, pues eso sólo ocurre con la muerte. Por consiguiente, la posesión es siempre transitoria e intermitente, porque un Espíritu desencarnado no puede ocupar definitivamente el lugar de un Espíritu encarnado, sobre la base de que la unión molecular entre el periespíritu y el cuerpo sólo se produce en el momento de la concepción. (Véase el Capítulo XI, § 18.)

Obtenida la posesión momentánea del cuerpo del encarnado, el Espíritu se sirve de él como si fuese su propio cuerpo; habla por su boca, ve por sus ojos y actúa con sus brazos, como lo haría si estuviese vivo. No es como en la mediumnidad parlante, en la que el Espíritu encarnado habla transmitiendo el pensamiento de un Espíritu desencarnado; en el caso de la posesión, el desencarnado es el que habla y actúa, de modo que quien lo haya conocido en vida, reconocerá su lenguaje, su voz, sus gestos y hasta la expresión de su fisonomía.

48. En la obsesión hay siempre un Espíritu maligno. En la posesión puede tratarse de un Espíritu bueno que quiere hablar y que, para causar mayor impresión a los oyentes, *toma* el cuerpo de un encarnado, que se lo presta voluntariamente como le prestaría su ropa a otra persona. Eso se lleva a cabo sin que haya perturbación ni malestar, y durante ese tiempo el Espíritu encarnado se encuentra en libertad, como sucede en el estado de emancipación. Además, la mayoría de las veces se mantiene al lado de su sustituto para escucharlo.

Cuando el Espíritu posesor es malo, las cosas ocurren de otro modo. No toma el cuerpo del encarnado, sino que se apodera de él en caso de que su titular no posea suficiente *fuerza moral para resistirse*. Y lo hace por maldad hacia él, a quien tortura y martiriza de todas las formas, incluso al extremo de intentar exterminarlo, sea por estrangulamiento, empujándolo al fuego o a otros lugares peligrosos. Valiéndose de los miembros y de los órganos del desdichado paciente, blasfema, injuria y maltrata a los que lo rodean, y se entrega a excentricidades y a actos que presentan todas las características de la locura furiosa.

Los hechos de este tipo, en diferentes grados de intensidad, son muy numerosos, y muchos casos de locura no tienen otra causa. Con frecuencia se suman a ellos desórdenes patológicos, que son meras consecuencias de ese proceso, y en oposición a los cuales

de nada sirven los tratamientos médicos mientras subsista la causa que les ha dado origen. El espiritismo, así como da a conocer esa fuente de donde proviene una parte de las miserias humanas, también indica la manera de remediarlo: actuar sobre el autor del mal: un ser que, puesto que es inteligente, debe ser tratado con inteligencia.⁸⁵

49. La mayoría de las veces la obsesión y la posesión son individuales, pero no es raro que también sean epidémicas. Cuando un aluvión de Espíritus malos se lanza sobre una localidad, es como si un ejército enemigo la invadiese. En ese caso, la cantidad de los individuos atacados puede llegar a ser considerable.⁸⁶

⁸⁵ Véanse ejemplos de curas de obsesiones en la *Revista Espírita*, diciembre de 1863; enero y junio de 1864; enero y junio de 1865; febrero de 1866; junio de 1867. (N. de Allan Kardec.)

⁸⁶ Fue una epidemia de esa clase la que hace algunos años atacó la aldea de Morzine, en Saboya. (Véase el relato completo de esa epidemia en la *Revista Espírita* de diciembre de 1862; enero, febrero, abril y mayo de 1863.) (N. de Allan Kardec.)





Los milagros en el Evangelio

Superioridad de la naturaleza de Jesús • Sueños • La estrella de los magos • Doble vista • Curaciones • Poseídos • Resurrecciones • Jesús camina sobre las aguas • Transfiguración • La tempestad apaciguada • Las bodas de Caná • La multiplicación de los panes • La tentación de Jesús • Prodigios en ocasión de la muerte de Jesús • Aparición de Jesús después de su muerte • Desaparición del cuerpo de Jesús.

Superioridad de la naturaleza de Jesús

1. Los hechos relatados en el Evangelio, que hasta hoy han sido considerados milagrosos, pertenecen en su mayoría al orden de los *fenómenos psíquicos*, es decir, a los que tienen como causa primera las facultades y los atributos del alma. Si se los compara con los descritos y explicados en el capítulo precedente, se reconocerá sin dificultades que existe entre ellos una identidad de causa y efecto. La Historia registra otros hechos análogos, en todas las épocas y en todos los pueblos, dado que, a partir de que hay almas encarnadas y desencarnadas, forzosamente han tenido que producirse los mismos efectos. Es verdad que se puede dudar de la veracidad de la Historia, en lo que se refiere a ese punto; no obstante,

en la actualidad esos hechos se producen ante nuestros ojos y, por así decirlo, a voluntad y a través de individuos que nada tienen de excepcionales. Basta con que un fenómeno se reproduzca en condiciones idénticas, para probar que es posible, que está sometido a una ley y que, por consiguiente, no es milagroso.

El principio de los fenómenos psíquicos se basa, como ya hemos visto, en las propiedades del fluido periespiritual, que constituye el agente magnético; en las manifestaciones de la vida espiritual, durante la vida corporal y después de la muerte; y finalmente en el estado constitutivo de los Espíritus, y en el rol que estos desempeñan como fuerza activa de la naturaleza. Conocidos estos elementos y comprobados sus efectos, se debe en consecuencia admitir la posibilidad de ciertos hechos, que han sido rechazados mientras se les atribuía un origen sobrenatural.

2. Sin prejuzgar acerca de la naturaleza de Cristo, cuyo examen no está incluido en el objeto de esta obra, y a partir de la hipótesis que lo considera apenas un Espíritu superior, no podemos dejar de reconocer que Él es uno de los Espíritus del orden más elevado, que por sus virtudes se encuentra muy por encima de la humanidad terrestre. A consecuencia de los inmensos resultados que produjo, su encarnación en este mundo ha sido, forzosamente, una de esas misiones que la Divinidad sólo confía a sus mensajeros directos, para el cumplimiento de sus designios. En el supuesto de que no fuera el propio Dios, sino un enviado de Dios, para transmitir su palabra a los hombres, Jesús ha sido más que un profeta, porque Él ha sido un Mesías divino.

Como hombre, tenía el organismo de los seres carnales, pero como Espíritu puro, desprendido de la materia, vivía más la vida espiritual que la vida corporal, cuyas debilidades no padecía. *La superioridad de Jesús con relación a los hombres no era el resultado de las cualidades particulares de su cuerpo, sino de las de su Espíritu, que dominaba a la materia de un modo absoluto, y de la cualidad de su*

periespíritu, extraído de la parte más quintaesenciada de los fluidos terrestres. (Véase el Capítulo XIV, § 9.) Su alma no se encontraba prisionera del cuerpo más que por los vínculos estrictamente indispensables. Constantemente desprendida, ella le otorgaba la *dobles vista* no sólo permanente, sino de una penetración excepcional, muy superior a la que poseen los hombres comunes. Lo mismo debía darse en Él con relación a los fenómenos que dependen de los fluidos periespirituales o psíquicos. La calidad de esos fluidos le confería un inmenso poder magnético, secundado por el deseo incesante de hacer el bien.

¿Actuaría como *médium* en las curaciones que producía? ¿Se lo podría considerar un poderoso médium curativo? No, puesto que el médium es un intermediario, un instrumento del que se sirven los Espíritus desencarnados. Ahora bien, Cristo no precisaba asistencia; Él era quien asistía a los demás. Obraba por sí mismo debido a su poder personal, como en ciertos casos pueden hacerlo los encarnados, en la medida de sus fuerzas. Por otra parte, ¿qué Espíritu osaría infundirle sus propios pensamientos y le encargaría transmitirlos? Si acaso Él recibía algún influjo ajeno, este sólo podría provenir de Dios. Según la definición dada por un Espíritu, Jesús era *médium de Dios*.

Sueños

3. José, dice el Evangelio, fue avisado por un ángel, que se le apareció en sueños y le aconsejó que huyera a Egipto con el niño. (*San Mateo*, 2:19 a 23.)

Los avisos por medio de sueños desempeñan un rol importante en los libros sagrados de todas las religiones. Sin garantizar la exactitud de todos los fenómenos narrados, y sin discutirlos, el fenómeno en sí mismo no tiene nada de anormal, pues se sabe que, durante el dormir, el Espíritu se desprende de los lazos de la

materia e ingresa momentáneamente en la vida espiritual, donde se encuentra con quienes son sus conocidos. Esa es a menudo la ocasión que los Espíritus protectores aprovechan para manifestarse a sus protegidos, y darles consejos más directos. Son numerosos los ejemplos auténticos de avisos a través de sueños; no obstante, no se debe inferir de ahí que todos los sueños sean avisos, y menos aún que todo lo que se vea en sueños tenga algún significado. El arte de interpretar los sueños debe ser incluido en la nómina de las creencias supersticiosas y absurdas. (Véase el Capítulo XIV, §§ 27 y 28.)

La estrella de los magos

4. Dicen que una estrella se apareció a los magos que fueron a adorar a Jesús; que esa estrella iba delante de ellos para indicarles el camino y que se detuvo cuando llegaron. (*San Mateo*, 2:1 a 12.)

La cuestión no es saber si el hecho narrado por san Mateo es real o no, o si no es más que una figura destinada a indicar que los magos fueron guiados, de una manera misteriosa, hasta el lugar donde estaba el niño Jesús, dado que no existe ningún medio de comprobación. Se trata, pues, de saber si un hecho de esa naturaleza es posible.

Lo cierto es que, en aquella circunstancia, la luz no podía atribuirse a una estrella. En la época en que se produjo ese acontecimiento era imposible que se creyera en algo así, porque entonces se suponía que las estrellas eran puntos luminosos incrustados en el firmamento y que podían caer sobre la Tierra; pero no hoy, cuando se conoce la naturaleza de las estrellas.

Aunque la causa que se atribuyó al hecho sea falsa, la aparición de una luz con el aspecto de estrella no es algo imposible. Un Espíritu puede aparecer con una forma luminosa, o transformar una parte de su fluido periespiritual en un foco luminoso. Muchos hechos de ese tipo, recientes y perfectamente auténticos, no tienen

otra causa, que nada presenta de sobrenatural. (Véase el Capítulo XIV, § 13 y siguientes.)

Doble vista

Entrada de Jesús en Jerusalén

5. “Cuando se aproximaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en las cercanías del monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: ‘Id a esa aldea que está delante de vosotros, y al llegar encontraréis atada una asna y junto a ella su pollino; desatadlos y traédme los. Y si alguien os dice algo, responded que el Señor los necesita, pero de inmediato los devolverá’. Todo eso sucedió a fin de que se cumpliese esta palabra del profeta: ‘Decid a la hija de Sión: He aquí tu rey, que viene a ti lleno de mansedumbre, montado en una asna y un pollino, hijo de la que está bajo el yugo. (Véase *Zacarías*, 9:9 y 10.)

”Los discípulos, entonces, fueron e hicieron lo que Jesús les había ordenado: Trajeron la asna y el pollino, los cubrieron con sus mantos e hicieron que Él se sentara encima.” (*San Mateo*, 21:1 a 7.)

El beso de Judas

6. “Dijo Jesús: ‘Levantaos, vámonos, que ya está cerca de aquí aquel que me habrá de traicionar’. Todavía no había acabado de decir esas palabras cuando Judas, uno de los doce, llegó acompañado de un grupo de gente armada con espadas y palos, enviados por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo. El que lo traicionaba les había dado señal para que lo reconocieran, diciéndoles: ‘Aquel a quien yo bese, ese es el que buscáis; prendedlo’. Enseguida, pues, se aproximó a Jesús y le dijo: ‘Maestro, yo te saludo’; y lo besó. Jesús le respondió: ‘Amigo, ¿qué has venido a

hacer aquí?’ Entonces los otros avanzaron, se lanzaron sobre Jesús y lo prendieron.” (*San Mateo*, 26:46 a 50.)

La pesca milagrosa

7. “Un día que Jesús estaba a la orilla del lago de Genesaret, como la multitud lo apretujaba para oír la palabra de Dios, vio Él dos barcas amarradas al borde del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y lavaban sus redes. Entró en una de esas barcas, que era de Simón, y le pidió que la apartase un poco de la orilla; y, habiéndose sentado, enseñaba al pueblo desde la barca.

”Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: ‘Avanza hacia el mar y lanza tus redes para pescar’. Simón le respondió: ‘Maestro, trabajamos toda la noche y no pescamos nada; pero como tú lo ordenas, echaré la red’. Habiéndola lanzado, capturaron tal cantidad de peces que la red se rompió. Hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que se acercaran a ayudarlos. Vinieron, pues, y llenaron tanto las barcas, que por poco estas no se hundieron.” (*San Lucas*, 5: 1 a 7.)

Vocación de Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Mateo

8. “Caminando a lo largo del mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que echaban sus redes al mar, pues eran pescadores; y les dijo: ‘Seguidme, y os haré pescadores de hombres’. Y ellos al instante dejaron sus redes y lo siguieron.

”De ahí, caminando, vio a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en una barca con Zebedeo, padre de ambos, reparando sus redes, y los llamó. Y ellos al instante dejaron las redes y a su padre, y lo siguieron.” (*San Mateo*, 4:18 a 22.)

“Al salir de allí, al pasar vio Jesús a un hombre sentado en el despacho de los impuestos, llamado Mateo, y le dijo: ‘Sígueme’. Y el hombre de inmediato se levantó y lo siguió.” (*San Mateo*, 9:9.)

9. Estos hechos no tienen nada de sorprendente para quien conozca el poder de la doble vista y la causa, absolutamente natural, de esa facultad. Jesús la poseía en grado sumo, y se puede decir que esta constituía su estado normal, conforme lo prueba un gran número de actos de su vida, y de lo que dan explicación, en la actualidad, los fenómenos magnéticos y el espiritismo.

La pesca calificada de milagrosa también se justifica con la doble vista. Jesús no produjo peces de modo espontáneo donde no los había, sino que vio, con la vista del alma, como habría podido hacerlo un lúcido vigía, el lugar donde se encontraban los peces, y entonces pudo decir con seguridad a los pescadores que lanzaran allí sus redes.

La penetración del pensamiento y, por consiguiente, ciertas previsiones, son consecuencia de la vista espiritual. Cuando Jesús convoca a su lado a Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Mateo, se debe a que ya conocía sus disposiciones íntimas, y sabía que ellos lo acompañarían y que eran capaces de cumplir la misión que se proponía confiarles. Era necesario que ellos mismos intuyeran la misión que habrían de desempeñar, para responder al llamado de Jesús. Lo mismo sucedió cuando, en ocasión de la Cena, anunció que uno de los doce habría de traicionarlo y lo señaló, diciendo que era aquel que pusiera la mano en el plato, y también cuando dijo que Pedro lo negaría.

En muchos pasajes del Evangelio se lee: “Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo...” Ahora bien, ¿cómo podría Él conocer el pensamiento de sus interlocutores, si no fuese por la irradiación fluídica de esos pensamientos y, al mismo tiempo, por la visión espiritual que le permitía leer en el fuero interior de las personas?

A menudo, en el supuesto de que un pensamiento se halla sepultado profundamente entre los pliegues del alma, el hombre no sospecha que es portador de un espejo donde se refleja ese pensamiento, de un revelador, en su propia irradiación fluídica, impregnada de él. Si viésemos el mecanismo del mundo invisible que nos rodea, las ramificaciones de esos hilos conductores del pensamiento, que vinculan a todos los seres inteligentes, corporales e incorporeales, los efluvios fluídicos cargados de las marcas del mundo moral, y que atraviesan el espacio como corrientes aéreas, quedaríamos mucho menos sorprendidos ante ciertos efectos que la ignorancia atribuye al acaso. (Véase el Capítulo XIV, §§ 15, 22 y siguientes.)

Curaciones

Pérdida de sangre

10. “Entonces, una mujer que desde hacía doce años padecía flujo de sangre; y que había padecido mucho en manos de los médicos y había gastado todos sus bienes sin que hubiera conseguido ningún alivio, sino que estaba peor, habiendo oído hablar de Jesús, se acercó entre la multitud por detrás de Él y tocó sus vestidos. Pues decía: ‘Si logro al menos tocar sus vestidos, quedaré curada’. En ese mismo instante, el flujo de sangre se secó y sintió en su cuerpo que estaba curada de aquella enfermedad.

”Luego, Jesús, *conociendo en sí mismo la virtud que de él había salido*, se volvió en medio de la multitud y dijo: ‘¿Quién tocó mis vestidos?’ Sus discípulos le dijeron: ‘¿Ves que la multitud te oprime por todos lados y preguntas quién te tocó?’ Pero Él miraba alrededor suyo para descubrir a la que lo había tocado.

”Pero la mujer, que sabía lo que le había sucedido, se acercó llena de miedo y pavor, se postró ante Jesús y le contó toda la

verdad. Y Jesús le dijo: ‘Hija mía, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad.’ (San Marcos, 5:25 a 34.)

11. Estas palabras: *conociendo en sí mismo la virtud que de él había salido*, son significativas. Expresan el movimiento fluídico que se había operado desde Jesús en dirección a la enferma; ambos habían experimentado la acción que acababa de producirse. Es de destacar que el efecto no fue provocado por ningún acto de la voluntad de Jesús; no hubo magnetización, ni imposición de las manos. Bastó la irradiación fluídica normal para realizar la curación.

Pero ¿por qué esa irradiación se dirigió hacia aquella mujer y no hacia otras personas, puesto que Jesús no pensaba en ella y estaba rodeado por una multitud?

La razón es muy simple. Considerado como materia terapéutica, el fluido debe alcanzar el desorden orgánico, a fin de repararlo; puede entonces ser dirigido sobre el mal por la voluntad del curador, o atraído por el deseo ardiente, por la confianza, en suma, por la fe del enfermo. En relación con la corriente fluídica, el curador actúa como una bomba impelente, y el enfermo como una bomba aspirante. A veces es necesaria la simultaneidad de las dos acciones; en otras, basta con una sola. El segundo caso fue el que ocurrió en el hecho que tratamos.

Así pues, Jesús tenía razón para decir: *Tu fe te ha salvado*. Se comprende que la fe a la que Él se refería no es una virtud mística, como la entienden muchas personas, sino una verdadera *fuerza atractiva*, de modo que aquel que no la posee opone a la corriente fluídica una fuerza repulsiva o, como mínimo, que paraliza la acción. Según eso, fácil es comprender que si se presentan al curador dos enfermos con la misma enfermedad, uno puede ser curado y otro no. Este es uno de los principios más importantes de la mediumnidad curadora, que explica ciertas anomalías aparentes e indica que tienen una causa muy natural. (Véase el Capítulo XIV, §§ 31, 32 y 33.)

El ciego de Betsaida

12. “Habiendo llegado a Betsaida, le trajeron un ciego y le pedían que lo toque. Tomando al ciego de la mano, Él lo llevó fuera del pueblo, le puso saliva en los ojos y habiéndole impuesto las manos le preguntó si veía algo. El hombre, mirando, dijo: ‘Veo andar hombres, que me parecen árboles’. Jesús le puso de nuevo las manos sobre los ojos, y él comenzó a ver mejor. Al final quedó tan perfectamente curado que veía claramente todas las cosas.

”Y Jesús lo envió a su casa, diciéndole: ‘Ve a tu casa; y si entras en el pueblo no le digas a nadie lo que ocurrió contigo’.” (*San Marcos*, 8:22 a 26.)

13. Aquí es evidente el efecto magnético: la curación no fue instantánea, sino gradual, y como consecuencia de una acción prolongada y reiterada, aunque más rápida que en la magnetización ordinaria. La primera sensación de este hombre es la que experimentan los ciegos al recobrar la vista. Por un efecto óptico, los objetos les parecen de tamaño exagerado.

El paralítico

14. “Habiendo subido a una barca, Jesús atravesó el lago y vino a su ciudad (Cafarnaúm). Y le presentaron un paralítico tendido en una camilla. Jesús, al notar su fe, dijo al paralítico: ‘Hijo mío, ten confianza; tus pecados te son perdonados’.

”Entonces algunos escribas dijeron entre sí: ‘Este hombre blasfema’. Pero Jesús, *conociendo lo que ellos pensaban*, les dijo: ‘¿Por qué tenéis malos pensamientos en vuestros corazones? Pues, ¿qué es más fácil, decir: *Tus pecados te son perdonados*, o decir: *Levántate y anda*?’

”Ahora, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la Tierra el poder de perdonar los pecados –dijo entonces al paralí-

tico—: *Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*. El paralítico se levantó inmediatamente y se fue a su casa. Viendo aquel milagro, el pueblo se llenó de temor y glorificó a Dios por haber concedido tal poder a los hombres.” (*San Mateo*, 9:1 a 8.)

15. ¿Qué podían significar estas palabras: *Tus pecados te son perdonados*, y en qué podían influir para la curación? El espiritismo les da una explicación, como a una infinidad de otras palabras que no han sido comprendidas hasta el día de hoy. Nos enseña, por medio de la pluralidad de las existencias, que los males y las aflicciones de la vida suelen ser expiaciones del pasado, así como que sufrimos en la vida presente las consecuencias de las faltas que cometimos en una existencia anterior. Así será hasta que hayamos pagado la deuda de nuestras imperfecciones, pues las existencias son solidarias unas con otras.

Por lo tanto, si la enfermedad de aquel hombre era un castigo por el mal que había cometido, estas palabras de Jesús: *Tus pecados te son perdonados*, equivalían a estas otras: “Pagaste tu deuda; la fe que ahora posees anuló la causa de tu enfermedad; en consecuencia, mereces quedar libre de ella”. Por eso dijo a los escribas: “Tan fácil es decir: *Tus pecados te son perdonados*, como: *Levántate y anda*”. Desaparecida la causa, el efecto debe cesar. Es el mismo caso que el de un prisionero a quien se le dice: “Tu crimen ha quedado expiado y perdonado”, lo que equivaldría a decirle: “Puedes salir de la prisión”.

Los diez leprosos

16. “Un día, yendo Él para Jerusalén, pasaba por los confines entre Samaria y Galilea, y, estando a punto de entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia y, levantando la voz, dijeron: ‘Jesús, Señor nuestro, ten piedad de nosotros’. Al verlos, Jesús les dijo: ‘Id a

mostraros a los sacerdotes'. Y sucedió que, cuando iban en camino, quedaron curados.

"Uno de ellos, viéndose curado, volvió sobre sus pasos glorificando a Dios en alta voz; y se postró a los pies de Jesús, con el rostro en la tierra, para rendirle gracias. Y ese era samaritano.

"Dijo entonces Jesús: '¿No fueron curados los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Ninguno de ellos hubo que volviera a glorificar a Dios, a no ser este extranjero?' Y le dijo a ese: 'Levántate y vete; tu fe te ha salvado'." (*San Lucas*, 17:11 a 19.)

17. Los samaritanos eran cismáticos, a semejanza de los protestantes en relación con los católicos, y los judíos los consideraban herejes y los despreciaban por ello. Al curar indistintamente a judíos y samaritanos, Jesús daba al mismo tiempo una lección y un ejemplo de tolerancia; y al destacar que sólo el samaritano había regresado para glorificar a Dios, mostraba que había en él mayor suma de verdadera fe y de reconocimiento que en los que se decían ortodoxos. Agregando: *Tu fe te ha salvado*, hizo ver que Dios considera lo que hay en el fondo del corazón, y no la forma exterior de la adoración. Sin embargo, los otros nueve también habían sido curados. Fue preciso que así sucediera, para que Él pudiese dar la enseñanza que estaba en sus planes y hacer evidente la ingratitud de ellos. Pero ¿quién sabe lo que de ahí resultó para esos nueve? ¿Quién sabe si ellos se beneficiaron con la gracia que se les concedió? Al decir al samaritano: *Tu fe te ha salvado*, Jesús daba a entender que no había ocurrido lo mismo con los otros.

La mano seca

18. "Jesús entró de nuevo en la sinagoga, y allí encontró un hombre que tenía seca una de las manos. Y lo observaban para ver si Él lo curaba en día de sábado, para tener un motivo de qué

acusarlo. Entonces dijo Él al hombre que tenía la mano seca: ‘Levántate y colócate ahí en medio’. Después les dijo a los presentes: ‘¿Está permitido en día de sábado hacer el bien en vez del mal, salvar la vida en vez de quitarla?’ Pero ellos permanecieron en silencio. Entonces, Jesús, mirándolos con ira, apenado por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: ‘Extiende la mano’. Él la extendió y esta se quedó sana.

”En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra Él, para ver cómo eliminarlo. Pero Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar, y lo siguió una gran multitud de Galilea y de Judea, de Jerusalén, de Idumea y del otro lado del Jordán; y los de los alrededores de Tiro y de Sidón, habiendo oído hablar de las cosas que Él hacía, vinieron en gran número a su encuentro.” (*San Marcos*, 3:1 a 8.)

La mujer encorvada

19. “Enseñaba Jesús en una sinagoga todos los días de sábado. Un día vio allí a una mujer poseída de un Espíritu que la tenía enferma hacía dieciocho años; estaba tan encorvada que no podía mirar hacia arriba. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: ‘Mujer, estás libre de tu enfermedad’. Entonces le impuso las manos, y al instante ella se enderezó, y rendía gracias a Dios.

”Pero el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús hubiese hecho una cura en día de sábado, dijo al pueblo: ‘Hay seis días destinados al trabajo; venid en esos días para que seáis curados, y no en los días de sábado’.

”El Señor, tomando la palabra le dijo: ‘Hipócrita, ¿cuál de vosotros no desata del pesebre a su buey o su asno en día de sábado, y no lo lleva a beber? ¿Por qué entonces no se debería, en día de sábado, liberar de sus lazos a esta hija de Abraham, que Satanás conservó atada durante dieciocho años?’

”Ante esas palabras, sus adversarios quedaron confundidos, y todo el pueblo se alegraba de verlo practicar tantas acciones gloriosas.” (*San Lucas*, 13:10 a 17.)

20. Este hecho prueba que en aquella época la mayor parte de las enfermedades era atribuida al demonio, y que todos confundían, como todavía hoy, a los posesos con los enfermos, pero en sentido inverso, es decir que hoy, los que no creen en los Espíritus malos confunden las obsesiones con las enfermedades patológicas.

El paralítico de la piscina

21. “Después de eso, habiendo llegado la fiesta de los judíos, Jesús fue a Jerusalén. Había en Jerusalén una piscina de las ovejas, que se llamaba en hebreo *Betesda*, que tenía cinco galerías. En ellas se hallaban tendidos gran número de enfermos, ciegos, cojos y los que tenían los miembros reseco, todos a la espera de que el agua fuese agitada. Porque el ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua, y el primero que entraba en ella después de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviera.

”Había allí un hombre que se encontraba enfermo hacía treinta y ocho años. Jesús, habiéndolo visto y sabiéndolo enfermo desde largo tiempo, le preguntó: ‘¿Quieres quedar curado?’ El enfermo respondió: ‘Señor, no tengo nadie que me meta en la piscina cuando el agua es agitada; y durante el tiempo que me toma llegar hasta allí, otro desciende antes que yo’. Jesús le dijo: ‘Levántate, toma tu camilla y anda’. Y al instante el hombre quedó curado, y tomando su camilla se puso a andar. Ahora, aquel día era sábado.

”Dijeron entonces los judíos a aquel que había sido curado: ‘Hoy es sábado y no te está permitido que te lleves tu camilla’. Respondió el hombre: ‘Aquel que me curó dijo: Toma tu camilla y anda’. Le preguntaron ellos entonces: ‘¿Quién fue ese que te dijo:

Toma tu camilla y anda?’ Pero el que había sido curado no sabía quién era ese, porque Jesús se había retirado de en medio de la multitud que estaba allí.

”Después, al encontrar a aquel hombre en el Templo, Jesús le dijo: ‘Ves que fuiste curado; no vuelvas a pecar en el futuro, para que no te suceda algo peor’.

”El hombre fue a ver a los judíos y les dijo que era Jesús quien lo había curado. Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía esas cosas en día de sábado. Entonces, Jesús les dijo: ‘Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo también.’ (*San Juan*, 5:1 a 17.)

22. Entre los romanos, se denominaba piscina (de la palabra latina *piscis*, pez), a los estanques o viveros donde se criaban peces. Más tarde, el término se hizo extensivo a los tanques destinados a los baños en común.

La piscina de Betesda, en Jerusalén, era una cisterna próxima al Templo, alimentada por una fuente natural, cuyas aguas parecían haber tenido propiedades curativas. Se trataba, sin duda, de una fuente intermitente que, en ciertos momentos, brotaba con fuerza y agitaba el agua. Según la creencia vulgar, ese era el momento más favorable para las curaciones. En realidad, es probable que, cuando el agua brotaba de la fuente, sus propiedades fuesen más activas; o que la agitación producida por el agua, al brotar hiciese salir a la superficie el lodo saludable para algunas molestias. Esos efectos son muy naturales y perfectamente conocidos en la actualidad; pero en ese entonces, las ciencias estaban poco adelantadas y a la mayoría de los fenómenos inexplicables se le atribuía una causa sobrenatural. Los judíos, por consiguiente, creían que la agitación del agua se debía a la presencia de un ángel, y esa creencia les parecía aún más fundamentada por el hecho de que en esas ocasiones el agua era más saludable.

Después de haber curado a aquel hombre, Jesús le dijo: “No vuelvas a pecar en el futuro, a fin de que no te suceda una cosa

peor”. Mediante esas palabras, le dio a entender que su enfermedad era un castigo, y que si no se enmendaba podría llegar a ser nuevamente castigado, y con más rigor aún. Esa doctrina concuerda por completo con la que enseña el espiritismo.

23. Es probable que Jesús insistiera en realizar sus curaciones el día sábado, para tener la oportunidad de manifestar su desaprobación respecto del rigorismo de los fariseos en lo atinente a guardar ese día. Quería mostrarles que la verdadera piedad no consiste en la observancia de las prácticas exteriores y de las formalidades, sino que está en los sentimientos del corazón. Se justificaba declarando: “Mi Padre trabaja hasta hoy, y yo trabajo también”. Es decir: Dios no interrumpe sus obras ni su acción sobre las cosas de la naturaleza el día sábado. Continúa produciendo todo lo necesario para vuestra alimentación y vuestra salud, y yo sigo su ejemplo.

El ciego de nacimiento

24. “Al pasar, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento; y sus discípulos le hicieron esta pregunta: ‘Maestro, ¿quién ha pecado, ese hombre o sus padres, para que haya nacido ciego?’ Jesús les respondió: ‘Ni él pecó ni los que lo pusieron en el mundo; es para que en él se manifiesten las obras del poder de Dios. Es preciso que yo haga las obras de Aquel que me envió, mientras es de día; viene después la noche, en la cual nadie puede hacer obras. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo’.

”Dicho eso, escupió en el suelo, hizo lodo con su saliva y untó con ese lodo los ojos del ciego, y le dijo: ‘Ve a lavarte en la piscina de *Siloé* (que significa *Enviado*). Él fue, se lavó y volvió viendo con claridad.

”Sus vecinos y los que lo vieron antes pidiendo limosna decían: ‘¿No es este el que estaba sentado y pedía limosna?’ Unos respondían: ‘Es él’. Otros decían: ‘No, es alguien que se parece a

él'. Pero el hombre les decía: 'Soy yo'. Le preguntaron entonces: '¿Cómo se han abierto tus ojos?' Él respondió: 'Aquel hombre que se llama Jesús hizo un poco de lodo y lo pasó en mis ojos, diciendo: *Ve a la piscina de Siloé y lávate*. Yo fui, me lavé y veo'. Ellos le dijeron: '¿Dónde está él?' Respondió el hombre: 'No lo sé'.

"Llevaron entonces a los fariseos al hombre que había estado ciego. Pero fue un sábado el día que Jesús había hecho aquel lodo y le abrió los ojos.

"También los fariseos lo interrogaron para saber cómo había recobrado la vista. Él les dijo: 'Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo'. A lo que algunos fariseos replicaron: 'Ese hombre no es enviado de Dios, porque no guarda el sábado'. Otros, sin embargo, decían: '¿Cómo podría un hombre malo hacer semejantes prodigios?' Y había disensión entre ellos.

"Dijeron de nuevo al que había sido ciego: 'Y tú, ¿qué dices de ese hombre, que te abrió los ojos?' Él respondió: 'Digo que es un profeta'. Pero los judíos no creyeron que aquel hombre había sido ciego, hasta tanto no hicieron venir al padre y a la madre del que recobró la vista, y los interrogaron del siguiente modo: '¿Es ese vuestro hijo, del que decís que ha nacido ciego? ¿Cómo es que él ahora ve?' El padre y la madre respondieron: 'Sabemos que ese es nuestro hijo y que nació ciego; pero no sabemos cómo ahora ve, y tampoco sabemos quién le abrió los ojos. Interrogadlo; él ya tiene edad, que responda por sí mismo'.

"Su padre y su madre hablaban de ese modo porque temían a los judíos, pues estos ya habían resuelto en común que, si alguno reconocía a Jesús como siendo el Cristo, sería expulsado de la sinagoga. Eso obligó al padre y a la madre a responder: 'Él ya tiene edad; interrogadlo'.

"Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: 'Glorifica a Dios; sabemos que ese hombre es un pecador'. Él les respondió: 'Si es un pecador, no lo sé; todo lo que sé

es que estaba ciego y ahora veo'. Volvieron a preguntarle: '¿Qué te hizo y cómo te abrió los ojos?' Respondió el hombre: 'Ya os lo he dicho, y me habéis escuchado; ¿por qué queréis oírlo por segunda vez? ¿Queréis, acaso, convertirlos en sus discípulos?' A lo que ellos lo llenaron de injurias, y le dijeron: 'Sé tú su discípulo; en cuanto a nosotros, somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló a Moisés, pero no sabemos de dónde ha salido este'.

"El hombre les respondió: 'Es para asombro que no sepáis de dónde es, y que me haya abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; pero, a aquel que lo honra y hace su voluntad, a ese Dios escucha. Desde que el mundo existe, jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si ese hombre no fuera un enviado de Dios, nada podría hacer de todo lo que ha hecho'.

"Le dijeron los fariseos: 'Tú eres todo pecado, desde el vientre de tu madre, ¿y quieres enseñarnos a nosotros?' Y lo expulsaron." (*San Juan*, 9:1 a 34.)

25. Esta narración, tan simple e ingenua, lleva en sí el sello evidente de la verdad. En ella no hay nada fantástico ni maravilloso. Es una escena de la vida real captada en el momento en que se desarrollaba. El lenguaje de aquel ciego es exactamente el de esos hombres simples, en los cuales el buen sentido suple a la falta de conocimiento, que replican con bonhomía a los argumentos de sus adversarios, mediante razones a las que no les falta justicia ni oportunidad. El tono de los fariseos, ¿no es el de esos orgullosos que no admiten nada por encima de sus inteligencias, y que se llenan de indignación ante la sola idea de que un hombre del pueblo pueda hacerles observaciones? Exceptuando el carácter local de los nombres, se diría que el hecho pertenece a nuestra época.

Ser expulsado de la sinagoga equivalía a ser colocado fuera de la Iglesia. Era una especie de excomunión. Los espíritas, cuya doctrina es la de Cristo, interpretada de acuerdo con el progreso

de los conocimientos actuales, son tratados como los judíos que reconocían en Jesús al propio Mesías. Al excomulgarlos, la Iglesia los coloca fuera de su seno, como hicieron los escribas y los fariseos con los seguidores de Cristo. ¡Aquí vemos un hombre que es expulsado porque no puede admitir que aquel que lo curó sea un poseído del demonio, y porque da gracias a Dios por su curación!

¿No es eso lo que hacen con los espíritas? Alegan que obtener de los Espíritus consejos saludables, la reconciliación con Dios y con el bien, curaciones, todo eso es obra del diablo y merece el anatema. ¿Acaso no hay sacerdotes que declaran desde lo alto del púlpito que *es mejor que una persona se conserve incrédula antes que recobre la fe por medio del espiritismo*? ¿No hay algunos que dicen a los enfermos que no debían haber procurado la curación a través de los espíritas que poseen ese don, porque ese don es satánico? ¿No hay otros que predicán que los necesitados no deben aceptar el pan que distribuyen los espíritas, porque ese pan es del diablo? ¿Decían y hacían algo distinto los sacerdotes judíos y los fariseos? Por otra parte, se nos ha dicho que hoy todo debe suceder como en el tiempo de Cristo.

La pregunta de los discípulos, acerca de si había sido algún pecado de este hombre el que dio lugar a que él *naciese* ciego, revela que ellos tenían la intuición de una existencia anterior, pues de lo contrario esa pregunta no tendría sentido, ya que un pecado solamente puede ser causa de una enfermedad de *nacimiento* si ha sido cometido antes del nacimiento y, por consiguiente, en una existencia anterior. Si Jesús hubiese considerado que esa idea era falsa, les habría dicho: “¿Cómo es posible que este hombre haya pecado antes de nacer?” En lugar de eso, les dice que aquel hombre estaba ciego, no porque hubiera pecado, sino para que en él se manifestase el poder de Dios, es decir, para que sirviese de instrumento a una demostración del poder de Dios. Si no se trataba de una expiación del pasado, entonces era una prueba que debía servir al

progreso de aquel Espíritu, porque Dios, que es justo, no le habría impuesto un sufrimiento sin compensación.

En cuanto al medio empleado para curarlo, es evidente que aquella especie de barro hecho con saliva y tierra no podía encerrar ninguna virtud, a no ser por la acción del fluido curativo con el que había sido impregnado. Es así como las sustancias más insignificantes, como el agua por ejemplo, pueden adquirir cualidades poderosas y efectivas por la acción del fluido espiritual o magnético, al cual estas sirven de vehículo o, si se prefiere, de *reservorio*.

Numerosas curaciones producidas por Jesús

26. “Jesús iba por toda la Galilea enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino y curando todas las dolencias y todas las enfermedades en medio del pueblo. Su reputación se extendió por toda Siria; y le traían a todos los que estaban enfermos y afligidos por dolores y males diversos, los poseídos, los lunáticos, los paralíticos, y a todos los curaba. Lo acompañaba una gran multitud de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea, y del otro lado del Jordán.” (*San Mateo*, 4:23 a 25.)

27. De todos los hechos que dan testimonio del poder de Jesús, no cabe duda de que los más numerosos son las curaciones. Él quería probar de esa forma que el verdadero poder es aquel que hace el bien; aquel cuyo objetivo era ser útil, y no la satisfacción de la curiosidad de los indiferentes por medio de cosas extraordinarias.

Al aliviar los padecimientos, las personas quedaban ligadas a Él por el corazón, y hacía prosélitos más numerosos y sinceros que si los maravillase con espectáculos para la vista. De ese modo se hacía amar, mientras que si se hubiese limitado a producir sorprendentes efectos materiales, como lo exigían los fariseos, la mayoría de las personas no habría visto en Él más que a un hechi-

cero o un hábil prestidigitador, al que *los desocupados buscarían para distraerse*.

Así, cuando los discípulos de Juan el Bautista le preguntan si Él era el Cristo, su respuesta no fue: “Yo soy”, como cualquier impostor hubiera podido responder. No les habla de prodigios ni de cosas maravillosas, y les responde simplemente: “Id y decid a Juan: los ciegos ven, los enfermos son curados, los sordos oyen, el Evangelio es anunciado a los pobres”. Es como si hubiese dicho: “Reconocedme por mis obras, juzgad al árbol por sus frutos”, porque era ese el verdadero carácter de su misión divina.

28. Del mismo modo, mediante el bien que hace, el espiritismo prueba su misión providencial. Cura los males físicos, pero cura sobre todo las dolencias morales, y son esos los mayores prodigios a través de los cuales se afianza. Sus más sinceros adeptos no son los que fueron tocados por la observación de fenómenos extraordinarios, sino los que recibieron consuelo para sus almas; los que se liberaron de la tortura de la duda; aquellos a quienes devolvió el ánimo en las aficciones, que recuperaron fuerzas mediante la certeza del porvenir que vino a mostrarles, mediante el conocimiento de su ser espiritual y su destino. Ellos son los de fe inquebrantable, porque sienten y comprenden.

Quienes sólo ven en el espiritismo efectos materiales no pueden comprender su poder moral. Por eso los incrédulos, que apenas lo conocen a través de fenómenos cuya causa primera no admiten, consideran a los espíritas meros prestidigitadores y charlatanes. Por consiguiente, el espiritismo no triunfará sobre la incredulidad a través de prodigios, sino por la multiplicación de sus beneficios morales, puesto que si bien es cierto que los incrédulos no admiten los prodigios, también es cierto que conocen, como todas las personas, el sufrimiento y las aficciones, y nadie rechaza el alivio y el consuelo.

Poseídos

29. “Llegaron luego a Cafarnaúm, y Jesús, entrando en día sábado en la sinagoga, los instruía. Y se admiraban de su doctrina, porque Él los instruía como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

”Ahora bien, se encontraba en la sinagoga un hombre poseído de un Espíritu impuro, que exclamó: ‘¿Qué hay entre tú y nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para perdernos? Sé quiénes eres: eres el santo de Dios’. Pero Jesús lo conminó, diciendo: ‘Cállate y sal de ese hombre’. Entonces, el Espíritu impuro, agitándolo con violentas convulsiones, dio un grito y salió de él.

”Quedaron todos tan sorprendidos que se preguntaban unos a otros: ‘¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta? Él da órdenes con autoridad, aun a los Espíritus impuros, y estos le obedecen’.” (*San Marcos*, 1:21 a 27.)

30. “Habiendo ellos salido, le presentaron un hombre mudo, poseído por el demonio. Expulsado el demonio, el mudo habló. Y el pueblo, tomado de admiración, decía: ‘Jamás se vio cosa semejante en Israel’.

”Pero los fariseos decían: ‘Es por el príncipe de los demonios que Él expulsa los demonios.’” (*San Mateo*, 9:32 a 34.)

31. “Cuando Él llegó al lugar donde estaban los otros discípulos, vio una gran multitud de personas que los rodeaba, y muchos escribas que discutían con ellos. Todo el pueblo, al verlo, se llenó de asombro y temor, y corrieron a saludarlo.

”Entonces Él dijo: ‘¿Acerca de qué discutís con ellos?’ Un hombre de entre el pueblo, tomó la palabra y dijo: ‘Maestro, te traje a mi hijo, que está poseído por un Espíritu mudo; en cada lugar donde se apodera de él, lo echa por tierra, y el niño echa espuma, rechina los dientes y se vuelve todo rígido. Pedí a tus discípulos que lo expulsasen, pero no pudieron’.

”Jesús les respondió: ‘¡Oh, gente incrédula! ¿Hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? Traédmelo’. Y se lo trajeron. Todavía no había él puesto los ojos en Jesús, que el Espíritu comenzó a agitarlo con violencia; y él cayó al suelo y se puso a rodar soltando espuma.

”Jesús le preguntó al padre del niño: ‘¿Desde cuándo le sucede esto?’ Respondió el padre: ‘Desde pequeño. Y el Espíritu lo ha lanzado muchas veces, ya al agua, ya al fuego, para hacer que perezca; pero si pudieras hacer alguna cosa, ten compasión de nosotros y ayúdanos’.

”Le respondió Jesús: ‘Si pudieras creer, todo es posible para quien cree’. Al instante exclamó el padre del niño, bañado en lágrimas: ‘¡Señor, creo, ayúdame en mi incredulidad!’.

”Jesús, al ver que el pueblo acudía en multitud, increpó al Espíritu impuro, diciéndole: ‘Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de ese niño y no entres más en él’. Entonces el Espíritu salió soltando un fuerte grito y sacudiendo al niño con violentas convulsiones, y quedó el niño como muerto, de modo que muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano, lo sostuvo y él se levantó.

”Cuando Jesús entró en la casa, sus discípulos le preguntaron en privado: ‘¿Por qué no pudimos nosotros expulsar ese demonio?’ Él respondió: ‘Esta clase de demonios no pueden ser expulsados sino mediante plegaria y ayuno.’” (*San Marcos*, 9:14 a 29.)

32. “Entonces le presentaron un poseso ciego y mudo; y Él lo curó, de modo que el poseso comenzó a hablar y a ver. Todo el pueblo quedó lleno de admiración y decía: ‘¿No es ese el hijo de David?’

”Pero los fariseos, al oírlo, decían: ‘Este hombre no expulsa los demonios más que con el auxilio de Belcebú, príncipe de los demonios’.

”Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: ‘Todo reino que se divida contra sí mismo será arruinado, y toda ciudad o casa que se

divida contra sí misma no podrá subsistir. Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo; ¿cómo, pues, su reino habrá de subsistir? Y si es por Belcebú que yo expulso los demonios, ¿por quién los expulsarán vuestros hijos? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es porque el reino de Dios ha llegado hasta vosotros.’” (*San Mateo*, 12:22 a 28.)

33. Las liberaciones de los posesos, junto con las curaciones, figuran entre los actos más numerosos de Jesús. Entre los hechos de esta naturaleza, como los relatados más arriba (§ 30), hay algunos en los que la posesión no es evidente. Probablemente en aquella época, como todavía hoy sucede, se atribuía a la influencia de los demonios todas las enfermedades cuya causa no se conocía, principalmente la mudez, la epilepsia y la catalepsia. No obstante, hay otros hechos en los que la acción de los Espíritus malos es indudable. Además, presentan tan convincente analogía con aquellos fenómenos que presenciamos en la actualidad, que en ellos se reconocen todos los síntomas de ese tipo de afección. La prueba de la participación de una inteligencia oculta, en esos caso, surge de un hecho material: se trata de las numerosas curaciones radicales que se obtuvieron en algunos centros espíritas solamente a través de la evocación y la moralización de los Espíritus obsesores, sin magnetización ni medicamentos y, a menudo, en ausencia del paciente y a gran distancia de este. La inmensa superioridad de Cristo le otorgaba tal autoridad sobre los Espíritus imperfectos, entonces denominados demonios, que le bastaba a Él ordenarles que se retirasen para que no pudieran resistirse a esa orden formal. (Véase el Capítulo XIV, § 46.)

34. El hecho de que algunos Espíritus malos hayan sido mandados a meterse en los cuerpos de cerdos⁸⁷ es contrario a todas las probabilidades. Por otra parte, sería difícil de explicar la existencia de tantos cerdos en un país donde ese animal inspiraba horror,

⁸⁷ Véase *Mateo*, 8: 28 a 33; *Marcos*, 5: 1 a 14; *Lucas*, 8: 26 a 34. (N. del T.)

además de que no ofrecía ninguna utilidad para la alimentación. Un Espíritu no deja de ser humano por el hecho de que sea malo, aunque sea tan imperfecto que después de desencarnar continúe haciendo el mal como lo hacía antes. Además, es contrario a todas las leyes de la naturaleza que un Espíritu humano pueda animar el cuerpo de un animal. Es preciso, pues, considerar ese hecho una de las exageraciones tan comunes en los tiempos de ignorancia y superstición, o tal vez una alegoría destinada a caracterizar las tendencias inmundas de ciertos Espíritus.

35. Todo indica que en la época de Jesús, tanto los obsesos como los posesos eran muy numerosos en Judea; de ahí la oportunidad que Él tuvo de curar a muchos. No cabe duda de que los Espíritus malos habían invadido aquel país y causado una epidemia de posesiones. (Véase el Capítulo XIV, § 49.)

Sin que presenten un carácter epidémico, las obsesiones individuales son muy frecuentes, y se revelan bajo los más variados aspectos, los cuales se reconocen fácilmente con un conocimiento más profundo del espiritismo. Pueden, a menudo, producir consecuencias nocivas para la salud, tanto si agravan afecciones orgánicas como si las ocasionan. Un día, sin ninguna duda, llegarán a ser incluidas entre las causas patológicas que, por su naturaleza especial, requieren medios curativos también especiales. Al revelar la causa del mal, el espiritismo abre un nuevo camino al arte de curar, y proporciona a la ciencia los medios para alcanzar el éxito donde hasta el presente, casi siempre, ve malogrados sus esfuerzos, debido a que no ataca la causa principal del problema. (Véase *El Libro de los Médiums*, Segunda Parte, Capítulo XXIII.)

36. Los fariseos acusaban a Jesús de expulsar a los demonios con el auxilio de los mismos demonios. Según ellos, el bien que Jesús hacía era obra de Satanás, sin reflexionar que si Satanás se expulsase a sí mismo, cometería una insensatez. Es de destacar que los fariseos de ese tiempo ya pretendían que toda facultad trascendente, y que

por ese motivo era considerada sobrenatural, fuera obra del demonio, puesto que, según la opinión de ellos, el propio Jesús recibía su poder de Satanás. Es ese otro punto más de semejanza de aquella época con la actual, y esa doctrina es aún hoy la que la Iglesia intenta que prevalezca contra las manifestaciones espíritas.⁸⁸

Resurrecciones

La hija de Jairo

37. “Jesús pasó de nuevo en la barca a la otra orilla, y en cuanto desembarcó una gran multitud se reunió alrededor suyo. Entonces, un jefe de la sinagoga, llamado Jairo, vino a su encuentro y, al aproximarse a él, se postró a sus pies, y le suplicaba con insistencia, diciendo: ‘Tengo una hija que está en el momento extremo: ven a imponerle las manos para curarla y salvarle la vida’.

”Jesús fue con él, acompañado de una gran multitud que lo oprimía.

”Mientras (Jairo) aún estaba hablando, llegaron unos de la casa del jefe de la sinagoga, y le dijeron: ‘Tu hija ha muerto; ¿por qué habrás de ocasionarle al Maestro la molestia de seguir adelan-

⁸⁸ No todos los teólogos profesan opiniones tan absolutas sobre la doctrina demoníaca. Aquí está una cuyo valor el clero no puede discutir, emitida por un eclesiástico, Monseñor Freyssinous, obispo de Hermópolis, en el siguiente pasaje de sus *Conferencias sobre la religión*, volumen II, p. 341 (Paris, 1825):

“Si Jesús hubiese producido sus milagros a través del poder del demonio, este habría trabajado por la destrucción de su imperio y, por lo tanto, habría empleado contra sí mismo su poder. Por cierto, *un demonio que procurase destruir el reinado del vicio para implantar el de la virtud, sería un demonio muy extraño*. Por eso Jesús, para replicar a la absurda acusación de los judíos, les decía: ‘Si hago prodigios en nombre del demonio, el demonio está dividido consigo mismo, y por lo tanto trabaja para su propia destrucción’. Esta respuesta no admite réplica”.

Este es precisamente el argumento que los espíritas oponen a los que atribuyen al demonio los buenos consejos que los Espíritus les dan. El demonio obraría entonces como un ladrón profesional que restituyera todo lo que hubiera robado y exhortase a otros ladrones a que se conviertan en personas honestas. (N. de Allan Kardec.)

te?’ Jesús, no obstante, en cuanto oyó eso, le dijo al jefe de la sinagoga: ‘No temas, solamente ten fe’. Y a ninguno le permitió que lo acompañase, salvo a Pedro, Santiago y Juan, hermano de Santiago.

”Al llegar a la casa del jefe de la sinagoga, vio Él un alboroto de personas que lloraban y proferían grandes alaridos. Entrando, les dijo Él: ‘¿Por qué hacéis tanto alboroto, y por qué lloráis? *Esta niña no ha muerto, sólo está dormida*’. Y se burlaban de Él. Habiendo hecho que toda la gente saliera, llamó al padre y a la madre de la niña y a los que habían ido con Él, y entró en el lugar donde la niña estaba acostada. La tomó de la mano y dijo: *Talitá cum*, que significa ‘Hija mía, levántate, te lo ordeno’. En ese mismo instante la niña se levantó y comenzó a andar, pues tenía doce años, y quedaron todos maravillados y sorprendidos.” (*San Marcos*, 5:21 a 24, 35 a 42.)

El hijo de la viuda de Naím

38. “Al día siguiente Jesús se dirigió a una ciudad llamada Naím; lo acompañaban sus discípulos y una gran multitud. Cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, sucedió que llevaban a sepultar a un muerto, hijo único de su madre; y esa mujer era viuda; estaba con ella una gran cantidad de personas de la ciudad. Cuando la vio, el Señor se compadeció de ella y le dijo: ‘No llores’. Después, aproximándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron, y entonces dijo Él: ‘Joven, levántate, te lo ordeno’. Al instante el joven se sentó y comenzó a hablar. Y Jesús se lo devolvió a su madre.

”Todos los que estaban presentes quedaron sorprendidos, y glorificaban a Dios, diciendo: ‘Un gran profeta ha surgido entre nosotros’, y ‘Dios ha visitado a su pueblo’. El rumor de ese milagro que Él había hecho se propagó por toda la Judea y por todas las regiones circunvecinas.” (*San Lucas*, 7:11 a 17.)

39. El hecho de devolver a la vida corporal a un individuo que se encontrara realmente muerto sería contrario a las leyes de la

naturaleza y, por lo tanto, milagroso. Ahora bien, no es necesario que se recurra a ese orden de hechos para explicar las resurrecciones realizadas por Cristo.

Si las apariencias engañan a veces a los profesionales de la actualidad, los accidentes de esta clase debían de ser mucho más frecuentes en un país donde no se tomaba ninguna precaución en ese sentido, y donde el entierro era inmediato.⁸⁹ Así pues, es muy probable que en los dos casos mencionados más arriba, se tratara apenas de un síncope o una letargia. El propio Jesús afirma positivamente, con relación a la hija de Jairo: *Esta niña no ha muerto, sólo está dormida*.

Si se considera el poder fluídico que Jesús poseía, nada hay de sorprendente en el hecho de que ese fluido vivificante, dirigido por una voluntad poderosa, haya reanimado los sentidos entorpecidos; que incluso haya hecho volver el Espíritu al cuerpo cuando estaba listo para abandonarlo, mientras que el lazo periespiritual todavía no se había cortado definitivamente. Para los hombres de aquella época, que consideraban muerto al individuo tan pronto como dejaba de respirar, se trataba de una resurrección, de modo que lo manifestaban de muy buena fe; no obstante, lo que había en realidad era una *curación* y no una resurrección en la acepción legítima del término.

Lázaro

40. En cuanto a la resurrección de Lázaro, digan lo que dijeren en contrario, no desmiente de ningún modo ese principio. Ale-

⁸⁹ Una prueba de esa costumbre se encuentra en los *Hechos de los Apóstoles*, 5: 5 y siguientes; "Ananías, al oír esas palabras, cayó y entregó el Espíritu, y todos los que oyeron hablar de eso fueron tomados de gran temor. Seguidamente, algunos niños vinieron a buscar su cuerpo y, luego de llevarlo, lo enterraron. Pasadas unas tres horas, su mujer (Safira), que nada sabía de lo que había sucedido, entró. Y Pedro le dijo... etc. En el mismo instante, ella cayó a sus pies y entregó el Espíritu. Aquellos niños, al regresar la encontraron muerta, y llevándola, la enterraron junto al marido". (N. de Allan Kardec.)

gan que él ya llevaba cuatro días en el sepulcro; con todo, se sabe que hay letargias que duran ocho días, y más aún. Agregan que ya despedía mal olor, lo que es señal de descomposición. Este argumento tampoco prueba nada, visto que en ciertos individuos el cuerpo se descompone parcialmente incluso antes de la muerte, y en ese caso también exhala mal olor. La muerte sólo se verifica cuando han sido atacados los órganos esenciales para la vida. Asimismo, ¿quién podía saber que Lázaro ya olía mal? Fue su hermana Marta quien lo dijo. Pero ¿cómo sabía eso? Ella sólo lo suponía, porque Lázaro había sido enterrado cuatro días antes; sin embargo, no podía tener ninguna certeza de ese hecho. (Véase el Capítulo XIV, § 29.)⁹⁰

Jesús camina sobre las aguas

41. “De inmediato, Jesús obligó a sus discípulos a que entraran a la barca y pasaran a la otra orilla, mientras Él se despedía del pueblo. Después de las despedidas, subió a un monte a solas para orar; y cuando cayó la noche, se encontró a solas en aquel lugar.

”Entretanto, la barca era fuertemente azotada por las olas, en medio del mar, porque el viento soplaba en sentido contrario. Pero en la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue hacia ellos caminando sobre el mar.⁹¹ Cuando ellos lo vieron andando sobre el mar, se turbaron, y decían: ‘Es un fantasma’, y se pusieron a gritar atemorizados. Jesús al

⁹⁰ El hecho siguiente demuestra que la descomposición precede algunas veces a la muerte. En el convento del Buen Pastor, fundado en Toulon por el padre Marín, capellán de las cárceles, destinado a los reincidentes arrepentidos, se encontraba una joven que había soportado los más terribles sufrimientos con la calma y la impasibilidad de una víctima expiatoria. En medio de sus dolores parecía sonreírle a una visión celestial. Como santa Teresa, pedía sufrir más, aunque sus carnes ya parecían harapos y la gangrena había devastado sus miembros. Por sabia previsión, los médicos habían recomendado que enterrasen el cuerpo inmediatamente después del fallecimiento. Pero ¡cosa extraña! Apenas la enferma exhaló el último suspiro, cesó el proceso de descomposición; desaparecieron las exhalaciones cadavéricas, de modo que durante treinta y seis horas el cuerpo pudo permanecer expuesto a las plegarias y a la veneración de la comunidad. (N. de Allan Kardec.)

⁹¹ El lago de Genesaret o de Tiberíades. (N. de Allan Kardec.)

instante les habló diciendo: ‘Tranquilizaos, soy yo, no tengáis miedo’. Pedro le respondió: ‘Señor, si eres tú, ordena que yo vaya a tu encuentro caminando sobre las aguas’. Le dijo Jesús: ‘¡Ven!’ Entonces Pedro, descendiendo de la barca caminaba sobre las aguas al encuentro de Jesús. Pero, como vino un fuerte viento, tuvo miedo; y como comenzaba a sumergirse, gritó: ‘¡Señor, sálvame!’. De inmediato, Jesús, tendiéndole la mano, le dijo: ‘¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?’ Y cuando subieron a la barca, cesó el viento. Entonces los que estaban en la barca se aproximaron a Él y lo adoraron, diciendo: ‘Eres verdaderamente Hijo de Dios’.” (*San Mateo*, 14:22 a 33.)

42. Este fenómeno encuentra una explicación natural en los principios expuestos más arriba (Véase el Capítulo XIV, § 43). Ejemplos análogos prueban que no tiene nada de imposible ni de milagroso, pues se produce por la acción de las leyes de la naturaleza. Pudo originarse de dos maneras:

Jesús, aunque estuviese vivo, pudo aparecer sobre las aguas con una forma tangible, mientras que su cuerpo carnal permanecía en otro lugar. Esa es la hipótesis más probable. Se puede incluso reconocer en aquella narración algunos indicios característicos de las apariciones tangibles. (Véase el Capítulo XIV, §§ 35 a 37.)

Por otro lado, también es posible que su cuerpo haya sido sostenido, y su gravedad neutralizada, por la misma fuerza fluídica que mantiene a una mesa en el espacio, sin un punto de apoyo. Idéntico efecto se produce muchas veces con los cuerpos humanos.

Transfiguración

43. “Seis días después, Jesús llamó a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a ellos solos a un alto monte apartado⁹², y se transfiguró delante de ellos. Mientras oraba, su rostro pareció com-

⁹² El Monte Tabor, al sudoeste del lago de Tabarich y a 11 kilómetros al sudeste de Nazaret, tiene cerca de 1.000 metros de altura. (N. de Allan Kardec.)

pletamente otro; sus vestimentas se volvieron resplandecientes y blancas como la nieve, como ningún lavadero en la Tierra es capaz de hacerlas tan blancas. Y vieron aparecer a Elías y a Moisés, que conversaron con Jesús.

”Entonces, Pedro le dijo a Jesús: ‘Maestro, estamos bien aquí; hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías’. Es que él no sabía lo que decía, tan espantado estaba.

”Al mismo tiempo apareció una nube que los cubrió; y de esa nube partió una voz que hacía oír estas palabras: ‘Este es mi Hijo amado; escuchadlo’.

”De pronto, miraron hacia todos lados, a nadie más vieron sino a Jesús, que había quedado a solas con ellos.

”Cuando descendían del monte, Él les ordenó que a nadie le dijese lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos. Y ellos mantuvieron el hecho en secreto, preguntándose unos a otros qué habría querido decir con estas palabras: ‘Hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos’.” (*San Marcos*, 9:2 a 9.)

44. En las propiedades del fluido periespiritual, una vez más, se encuentra la justificación de este fenómeno. La transfiguración (explicada en el capítulo XIV, § 39) es un hecho bastante común, dado que mediante la irradiación fluídica un individuo puede modificar su apariencia; pero la pureza del periespíritu de Jesús hizo posible que su Espíritu le confiriese un brillo excepcional. En cuanto a la aparición de Moisés y Elías, entra perfectamente en la categoría de los fenómenos de ese mismo género. (Véase el Capítulo XIV, § 35 y siguientes.)

De todas las facultades que Jesús puso de manifiesto, ninguna se encuentra fuera de las posibilidades humanas. Todas se hallan comúnmente en el hombre, porque están en la naturaleza. No obstante, debido a la superioridad de su esencia moral y de sus cualidades fluídicas, esas facultades alcanzaron en Él proporciones

superiores a las vulgares. Cuando dejaba a un lado su envoltura carnal, Jesús exhibía la condición de los Espíritus puros.

La tempestad apaciguada

45. “Cierta día, habiendo subido a una barca junto con sus discípulos, Él les dijo: ‘Pasemos a la otra orilla del lago’. Partieron, pues. Durante la travesía, Él se quedó dormido. Un gran torbellino de viento se abatió de súbito sobre el lago, de modo que al llenarse la barca de agua se vieron en peligro. Se aproximaron entonces a Él y lo despertaron, diciéndole: ‘¡Maestro, perecemos!’ Jesús, incorporándose, increpó al viento y al oleaje, que se aplacaron, y sobrevino una gran calma. Él entonces les dijo: ‘¿Dónde está vuestra fe?’ Ellos, llenos de temor y admiración, se preguntaban unos a otros: ‘¿Quién es este, que así da órdenes al viento y a las olas, y le obedecen?’” (*San Lucas*, 8:22 a 25.)

46. Aún no conocemos suficientemente los secretos de la naturaleza como para afirmar si existen o no inteligencias ocultas que rijan la acción de los elementos. En la hipótesis de que las hubiera, el fenómeno en cuestión podría ser el resultado de un acto de autoridad sobre esas inteligencias, y probaría un poder que no le es dado ejercer a ningún hombre.

Sea como fuere, el hecho de que Jesús durmiera tranquilamente durante la tempestad, demuestra de su parte una seguridad que sólo se puede explicar por la circunstancia de que su Espíritu *veía* que no había peligro alguno, y que la tempestad se apaciguaría.

Las bodas de Caná

47. Este milagro, mencionado solamente en el Evangelio de san Juan, es presentado como el primero que realizó Jesús y, en esas

condiciones, debería haber sido uno de los más destacados. No obstante, parece haber causado una débil impresión, puesto que ningún otro evangelista lo menciona. Un hecho tan extraordinario tendría que haber deslumbrado en grado sumo a los invitados y, sobre todo, al dueño de casa; pero aparentemente ninguno lo notó.

Considerado en sí mismo, ese hecho tiene poca importancia en comparación con los que realmente ponen en evidencia las cualidades espirituales de Jesús. Si se admite que los hechos ocurrieron según la narración, debemos tomar en cuenta que ese es el único fenómeno de este tipo que se ha producido. Jesús era de una naturaleza demasiado elevada como para que se ocupara de efectos puramente materiales, destinados tan sólo a atraer la curiosidad de la multitud, que en ese caso lo habría equiparado con un mago. Él sabía que las cosas útiles le permitirían conquistar más simpatías, y le depararían más adeptos que las que fueran simples expresiones de una gran habilidad y destreza, pero que no llegasen al corazón. (Véase el § 27.)

Si bien el hecho se puede explicar hasta cierto punto por una acción fluidica que hubiese transformado las propiedades del agua, para otorgarle el sabor del vino, de conformidad con lo que demuestran numerosos ejemplos ofrecidos por el magnetismo, esa hipótesis es poco probable, ya que en ese caso el agua habría tenido el sabor del vino, pero no su color, lo que no dejaría de ser notado. Es más racional que se vea allí una de esas parábolas tan frecuentes en las enseñanzas de Jesús, como la del hijo pródigo, la del festín de bodas, la del mal rico, la de la higuera que se secó, y tantas otras que se presentan, no obstante, con las características de hechos auténticos. Es probable que, durante la comida, Jesús haya hecho alguna alusión al vino y al agua, para extraer de ahí una enseñanza. Justifican esta opinión las palabras que el mayordomo le dirige al novio: “Todos sirven en primer lugar el vino bueno, y cuando ya han bebido mucho sirven el de inferior calidad; pero tú has reservado el vino bueno hasta ahora”.

Entre dos hipótesis, es preciso elegir la más racional; y los espíritas no son tan crédulos como para ver manifestaciones psíquicas en todas partes, ni tan absolutos en sus opiniones como para que pretendan explicarlo todo mediante los fluidos.

La multiplicación de los panes

48. La multiplicación de los panes es uno de los milagros que más han intrigado a los comentadores y, al mismo tiempo, alimentado las burlas de los incrédulos. Sin tomarse el trabajo de averiguar el sentido alegórico, para estos últimos el hecho no es más que un relato pueril. No obstante, la mayoría de las personas serias han visto en la narración de ese suceso, aunque con un aspecto diferente del ordinario, una parábola en la que se compara el alimento espiritual del alma con el alimento del cuerpo.

Sin embargo, se puede percibir en ella algo más que una simple figura, y admitir, desde cierto punto de vista, la realidad de un hecho material, sin que para eso sea preciso recurrir al prodigio. Es sabido que una gran preocupación, así como la atención intensamente captada por algo, hacen olvidar el hambre. Ahora bien, quienes seguían a Jesús eran personas ávidas de escucharlo; de modo que no sería sorprendente que, fascinadas por su palabra y tal vez también por la poderosa acción magnética que Él ejercía sobre quienes lo rodeaban, no hayan experimentado la necesidad material de comer.

Jesús, que preveía ese resultado, no tuvo ninguna dificultad para tranquilizar a sus discípulos diciéndoles, en el lenguaje figurado que le era habitual, y admitiendo que realmente hubieran llevado algunos panes, que estos alcanzarían para saciar el hambre de la multitud. Al mismo tiempo, daba a sus discípulos una lección, al decirles: “Dadles vosotros mismos de comer”. De ese modo les enseñaba que también ellos podían alimentar por medio de la palabra.

Así, a la par del sentido alegórico moral, se produjo un efecto fisiológico natural muy conocido. El prodigio, en este caso, está en el ascendiente de la palabra de Jesús, suficientemente poderoso para cautivar la atención de una inmensa multitud, al punto de hacer que esta se olvidara de comer. Ese poder moral demuestra la superioridad de Jesús, mucho más que el hecho puramente material de la multiplicación de los panes, que debe ser considerada una alegoría. Por otra parte, el propio Jesús confirmó esta explicación en los dos pasajes que siguen.

La levadura de los fariseos

49. “Ahora bien, al pasar sus discípulos al otro lado del mar, se olvidaron de llevar pan. Jesús les dijo: ‘Tened el cuidado de precaveros de la levadura de los fariseos y de los saduceos’. Ellos, no obstante, pensaban y decían entre sí: ‘Es porque no trajimos pan’.

”Jesús, dándose cuenta, les dijo: ‘Hombres de poca fe, ¿por qué habláis entre vosotros de que no habéis traído pan? ¿Todavía no comprendéis, y no recordáis que cinco panes alcanzaron para cinco mil hombres, y cuántas cestas habéis llevado? ¿Cómo no comprendéis que no era del pan que yo os hablaba, cuando dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y los saduceos?’

”Ellos entonces comprendieron que Él no les había dicho que se preservasen de la levadura que se pone en el pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.” (*San Mateo*, 16:5 a 12.)

El pan del cielo

50. “Al día siguiente, el pueblo, que había permanecido al otro lado del mar, notó que allí no había más que una barca, y que Jesús no había entrado en la que tomaron sus discípulos, sino que

estos habían partido solos. Y como habían llegado después otras barcas desde Tiberíades, cerca del lugar donde el Señor, después de la acción de gracias, los había alimentado con cinco panes; y como vieron que Jesús no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, entraron en aquellas barcas y fueron hacia Cafarnaúm, en busca de Jesús. Y habiéndolo encontrado al otro lado del mar, le dijeron: ‘Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?’

”Jesús les respondió: ‘En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no por causa de los milagros que visteis, sino porque yo os di de comer pan y quedasteis saciados. Trabajad para que tengáis, no el alimento que perece, sino el que dura para la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará, porque es a este a quien Dios, el Padre, marcó con su sello y su carácter’.

”Le preguntaron ellos: ‘¿Qué debemos hacer para producir obras de Dios?’ Jesús les respondió: ‘La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado’.

”Le preguntaron entonces: ‘¿Qué milagro producirás para que, al verlo, creamos en ti? ¿Qué harás de extraordinario? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, conforme está escrito: *Les dio de comer el pan del cielo*’.

”Jesús les respondió: ‘En verdad, en verdad os digo: que Moisés no os dio el pan del cielo; mi Padre es quien da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo’.

”Dijeron ellos entonces: ‘Señor, danos siempre de ese pan’.

”Jesús les respondió: ‘*Yo soy el pan de la vida; aquel que viene a mí no tendrá hambre y aquel que en mí cree no tendrá sed*’. Pero ya os lo he dicho: vosotros me habéis visto y no creéis’.

”En verdad, en verdad os digo: aquel que cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Aquí está el pan que descendió del cielo, a fin de que quien coma de él no muera.” (*San Juan*, 6:22 a 36; 47 a 50.)

51. En el primer pasaje, al recordar Jesús el hecho producido anteriormente, da a entender con claridad que no se trataba de panes materiales; de lo contrario, no tendría sentido la comparación que Él establece con la levadura de los fariseos: “¿*Todavía no comprendéis* –dice Él–, y no recordáis que cinco panes alcanzaron para cinco mil hombres, y que siete panes fueron suficientes para cuatro mil? ¿Cómo no comprendisteis que no era de pan que yo os hablaba, cuando os decía que os preservaseis de la levadura de los fariseos?” En la hipótesis de una multiplicación material, esta comparación no tendría ninguna razón de ser. El hecho habría sido muy extraordinario en sí mismo y, como tal, debería haber impresionado la imaginación de los discípulos que, sin embargo, parecían ya no acordarse de él.

Es lo que también resalta con la misma claridad del discurso que Jesús pronunció acerca del pan del cielo, empeñado en hacer que sus oyentes comprendiesen el verdadero sentido del alimento espiritual. “Trabajad –dijo Él–, no para conseguir el alimento que perece, sino por el que se conserva para la vida eterna, el que el Hijo del hombre os dará”. Ese alimento es su palabra, el pan que descendió del cielo para dar vida al mundo. “Yo soy –dijo Él– el pan de vida; *aquel que viene a mí no tendrá hambre*, y aquel que cree en mí jamás tendrá sed”.

Con todo, esas distinciones eran demasiado sutiles para aquellas naturalezas rudas, que sólo comprendían las cosas tangibles. Para ellos, el maná que había alimentado el cuerpo de sus antepasados era el verdadero pan del cielo; allí residía el milagro. Si, por lo tanto, el hecho de la multiplicación de los panes hubiese ocurrido materialmente, ¿por qué habría impresionado tan poco a aquellos mismos hombres, en cuyo provecho se había realizado pocos días antes esa multiplicación, a tal punto que le preguntaran a Jesús: “Qué milagro harás, para que al verlo te creamos? ¿Qué harás de extraordinario?” Sucede

que ellos entendían por milagros los prodigios que los fariseos pedían, es decir, señales que apareciesen en el cielo por orden de Jesús, como por la varita de un mago. Ahora bien, lo que Jesús hacía era muy simple y no se apartaba de las leyes naturales. Las curaciones mismas no tenían un carácter anormal ni demasiado extraordinario. Para ellos los milagros espirituales no representaban un hecho especial.

La tentación de Jesús

52. Jesús, transportado por el diablo al pináculo del Templo, y luego a la cima de una montaña, para ser tentado por él, constituye una de esas parábolas que le eran familiares y que la credulidad del pueblo transformó en hechos materiales.⁹³

53. “Jesús no fue raptado. Él sólo quiso hacer que los hombres comprendiesen que la humanidad se encuentra expuesta a cometer faltas, y que siempre debe mantenerse vigilante contra las malas inspiraciones a las que, por su naturaleza débil, es inducida a rendirse. La tentación de Jesús es, pues, una figura, y sería preciso ser ciego para tomarla al pie de la letra. ¿Cómo podríais admitir que el Mesías, el Verbo de Dios encarnado, haya estado sometido por algún tiempo, por más corto que fuese, a las sugerencias del demonio y que, como dice el Evangelio de Lucas, el demonio lo hubiera soltado *por algún tiempo*, lo que llevaría a suponer que el Cristo continuó sometido al poder de esa entidad? No; comprended mejor las enseñanzas que se os han dado. El Espíritu del mal no tenía ningún poder sobre la esencia del bien. Nadie dijo haber visto a Jesús en la cima de la montaña, ni en el pináculo del Templo. No cabe duda de que un hecho de esa naturaleza se habría difundido por todos los pueblos. La tentación, por lo tanto, no

⁹³ La explicación que sigue es la reproducción textual de la instrucción que un Espíritu dio a ese respecto. (N. de Allan Kardec.)

constituyó un acto material y físico. En cuanto al acto moral, ¿admitiréis que el Espíritu de las tinieblas pudiese decirle a Aquel que conocía su propio origen y su poder: ‘Adórame, que te daré todos los reinos de la Tierra’? ¿Acaso el demonio no conocía a Aquel a quien hacía esas proposiciones? No es probable. Ahora bien, si lo conocía, sus propuestas eran una insensatez, pues él sabía perfectamente que sería rechazado por Aquel que había venido a destruir su imperio sobre los hombres.

”Comprended, por lo tanto, el sentido de esa parábola, pues se trata apenas de una parábola, del mismo modo que en los casos del *Hijo Pródigo* y del *Buen Samaritano*. Aquella muestra los peligros que acechan al hombre si no opone resistencia a la voz interna que le clama sin cesar: ‘Puedes ser más de lo que eres; puedes poseer más de lo que posees; puedes engrandecerte, conseguir mucho; cede a la voz de la ambición y todos tus deseos serán satisfechos’. Ella os muestra el peligro y la forma de evitarlo, diciendo a las malas inspiraciones: *¡Retírate, Satanás!* o en otras palabras: *¡Vete, tentación!*

”Las otras dos parábolas que he mencionado os muestran lo que aún puede esperar aquel que, demasiado débil para ahuyentar al demonio, sucumbió a sus tentaciones. Os muestran la misericordia del padre de familia, que apoya su mano sobre la frente del hijo arrepentido y le concede, con amor, el perdón que este implora. Os muestran que el culpable, el cismático, el hombre rechazado por sus hermanos, vale más a los ojos del Juez Supremo que aquellos que lo desprecian, porque Él practica las virtudes prescriptas por la ley del amor.

”Examinad correctamente las enseñanzas que encierran los Evangelios; sabed distinguir lo que allí consta en sentido textual o en sentido figurado, y los errores que os han cegado durante tantos siglos habrán de extinguirse de a poco, y cederán lugar a la refulgente luz de la verdad”. *Juan Evangelista* (Burdeos, 1862.)

Prodigios en ocasión de la muerte de Jesús

54. “Ahora bien, desde la hora sexta del día hasta la hora novena, toda la Tierra se cubrió de tinieblas.

”Al mismo tiempo, el velo del Templo se rasgó en dos, desde lo alto hacia abajo; la tierra tembló; las piedras se partieron; los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos, que estaban en el sueño de la muerte, resucitaron; y, saliendo de sus tumbas después de la resurrección de Él, entraron en la ciudad santa y fueron vistos por muchas personas.” (*San Mateo*, 27:45, 51 a 53.)

55. Es extraño que esos prodigios, que se produjeron en el momento mismo en que la atención de la ciudad se concentraba en el suplicio de Jesús, que constituía el acontecimiento del día, no hayan sido notados, ya que ningún historiador los menciona. Parece imposible que un temblor de tierra, y el hecho de que *toda la Tierra* quedara envuelta en tinieblas durante tres horas, en un país donde el cielo es siempre de perfecta limpidez, hayan pasado desapercibidos.

La duración de esa oscuridad habría sido aproximadamente la de un eclipse de sol, pero los eclipses de esa especie sólo se producen cuando hay luna nueva, y la muerte de Jesús ocurrió durante la fase de luna llena, el 14 del mes de *nissan*, día de la Pascua de los judíos.

El oscurecimiento del Sol también pudo deberse a las manchas que se observan en su superficie. En ese caso, el brillo de la luz disminuye considerablemente, pero nunca al punto de producir oscuridad y tinieblas. En la suposición de que un fenómeno de ese género hubiese ocurrido en esa época, habría tenido una causa perfectamente natural.⁹⁴

⁹⁴ Hay constantemente, en la superficie del sol, manchas fijas que acompañan su movimiento de rotación y han servido para que se determine la duración de ese movimiento. A veces, sin embargo, esas manchas aumentan en cantidad, en tamaño y en intensidad, y entonces se produce una disminución de la luz y del calor solares. Este aumento del nú-

En cuanto a los muertos que resucitaron, posiblemente *algunas personas* hayan tenido visiones o vieran apariciones, lo que no es excepcional. Sin embargo, como entonces no se conocía la causa de ese fenómeno, supusieron que las figuras vistas salían de los sepulcros.

Conmovidos con la muerte de su Maestro, los discípulos de Jesús sin duda relacionaron con esa muerte ciertos hechos particulares, a los cuales no se les habría prestado ninguna atención en otras circunstancias. Bastó, tal vez, que un fragmento de roca se hubiera desprendido en ese momento para que las personas inclinadas a lo maravilloso hayan visto en ese hecho un prodigio y, exagerándolo, hayan dicho que las rocas se partían.

Jesús es grande por sus obras, y no por las escenas fantásticas en las cuales un entusiasmo desmesurado creyó conveniente incluirlo.

Aparición de Jesús después de su muerte

56. “Pero María (Magdalena) permaneció afuera, cerca del sepulcro, derramando lágrimas. Y mientras lloraba se inclinó para mirar dentro del sepulcro, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno en la cabecera, el otro a los pies. Le dijeron ellos: ‘Mujer, ¿por qué lloras?’ Ella respondió: ‘Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto’.

”Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, *pero no sabía que era Jesús*. Este entonces le dijo: ‘Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?’ Ella, suponiendo que era el jardinero, le dijo: ‘Señor, si has sido tú quien lo sacó, decidme dónde lo pusiste, y yo me lo llevaré’.

”Le dijo Jesús: ‘María’. De inmediato ella se volvió y le dijo: *Rabbuni* —es decir, *Maestro*—. Jesús le respondió: ‘No me toques,

mero de manchas parece coincidir con ciertos fenómenos astronómicos y con la posición relativa de algunos planetas, lo que determina su reaparición periódica. La duración de dicho oscurecimiento es muy variable; en ocasiones no va más allá de dos o tres horas, pero en el año 535 hubo uno que duró catorce meses. (N. de Allan Kardec.)

porque aún no he subido hacia mi Padre; pero ve a reunirse con mis hermanos y diles de mi parte: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios’.

”María Magdalena fue entonces a decirles a los discípulos que había visto al Señor y que este le había dicho aquellas cosas. (*San Juan*, 20:11 a 18.)

57. “Aquel mismo día, iban dos de ellos hacia una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios, y hablaban entre sí de todo lo que había ocurrido. Y sucedió que, mientras conversaban y discutían acerca de eso, Jesús se les acercó y se puso a caminar con ellos; *pero sus ojos estaban retenidos, a fin de que no pudiesen reconocerlo*. Él les dijo: ‘¿De qué vinisteis hablando mientras caminabais y por qué estáis tan tristes?’

”Uno de ellos, llamado Cleofás, tomando la palabra dijo: ‘¿Serás en Jerusalén el único forastero que no sabe lo que ha ocurrido allí en los últimos días?’ Él les preguntó: ‘¿Qué pasó?’. Le respondieron: ‘Lo de Jesús de Nazaret, que fue un poderoso profeta delante de Dios y delante de todo el pueblo, y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros senadores lo entregaron para que fuera condenado a muerte y lo crucificaran. Nosotros esperábamos que fuese Él el que rescatara a Israel, pero ya estamos en el tercer día después de que esas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos sorprendieron, pues habiendo ido al sepulcro antes de que despuntara el día, vinieron a decirnos que se les aparecieron ángeles que les dijeron que Él estaba vivo. Y algunos de los nuestros fueron también al sepulcro, y encontraron las cosas tal como las mujeres habían dicho; pero a Él no lo encontraron’.

”Entonces les dijo Jesús: ‘¡Oh! ¡Insensatos y tardos de corazón para creer en todo lo que los profetas han dicho! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera todas esas cosas y que entrara de esa manera en su gloria?’ Y comenzando desde Moisés,

pasando luego por todos los profetas, les explicaba lo que en las Escrituras se había dicho de Él.

”Al aproximarse al pueblo a donde se dirigían, Él hizo ademán de que iba más lejos. Pero los dos lo obligaron a detenerse, diciéndole: ‘Quédate con nosotros, que ya es tarde y el día está declinando’; Él entró con ellos, y estando con los dos a la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los iba dando. *Entonces se les abrieron los ojos y ambos lo reconocieron; Él entonces desapareció de sus vistas.*

”Entonces se dijeron uno a otro: ‘¿No es verdad que nuestro corazón ardía dentro de nosotros cuando Él nos hablaba en el camino, explicándonos las Escrituras?’ Y, poniéndose de pie en ese mismo instante, volvieron a Jerusalén y vieron que los once apóstoles y los que continuaban con ellos estaban reunidos y decían: ‘¿El Señor en verdad resucitó y se ha *aparecido* a Simón!’ Entonces, también ellos narraron lo que les había sucedido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

”Mientras así conversaban, *Jesús se presentó en medio de ellos*, y les dijo: ‘La paz sea con vosotros; soy yo, no os asustéis’. Pero ellos, con la perturbación y el miedo de que fueron tomados, imaginaron ver *un Espíritu*.

”Y Jesús les dijo: ‘¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se elevan tantos pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, y reconoced que soy yo mismo. Tocadme y considerad que un Espíritu no tiene carne, ni huesos, como veis que yo tengo’. Y, diciendo eso, les mostró las manos y los pies.

”Pero como ellos todavía no creían, tan transportados de júbilo y de sorpresa se encontraban, les dijo: ‘¿Tenéis aquí algo de comer?’ Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado y un panal de miel. Él comió delante de ellos, y tomando los restos, les dio diciendo: ‘Esto es aquello que os dije mientras estaba todavía con vosotros: *Es necesario que se cumpla todo lo que de mí está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos*’.

”Al mismo tiempo les abrió el espíritu a fin de que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: ‘Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitase de entre los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre la contrición y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esas cosas. Y voy a enviaros el don de mi Padre, como os he prometido; pero, mientras tanto, permaneced en la ciudad hasta que yo os haya investido del poder desde lo Alto.’” (*San Lucas*, 24:13 a 49.)

58. “Tomás, uno de los doce apóstoles, llamado Dídimo, no se encontraba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos entonces le dijeron: ‘Vimos al Señor’. Él, con todo, les dijo: ‘Si yo no veo en sus manos las marcas de los clavos que las atravesaron, y no pongo el dedo en el agujero hecho por los clavos y mi mano en la herida de su costado, no creeré’.

”Ocho días después, estaban de nuevo los discípulos en el mismo lugar, y con ellos Tomás. Jesús se presentó, *hallándose las puertas cerradas*, y colocándose en medio de ellos les dijo: ‘La paz sea con vosotros’.

”Dijo luego a Tomás: ‘Pon aquí tu dedo y observa mis manos; extiende también tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel’. Tomás le respondió: ‘¡Señor mío y Dios mío!’ Jesús le dijo: ‘Tú creíste porque has visto; dichosos los que sin haber visto creyeron’.” (*San Juan*, 20:24 a 29.)

59. “Jesús también se mostró después a sus discípulos en la orilla del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta forma:

”Simón Pedro, Tomás, llamado Dídimo, Nataniel, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos estaban juntos. Les dijo Simón Pedro: ‘Voy a pescar’. Los demás dijeron: ‘Nosotros también vamos contigo’. Fueron y entraron en la barca; pero aquella noche no pescaron nada.

”Al amanecer, *Jesús apareció en la orilla sin que sus discípulos supieran que era Él*. Les dijo entonces: ‘Hijos, ¿tenéis algo para

comer?’ Le respondieron: ‘No’. Les dijo Él: ‘Lanzad la red del lado derecho de la barca y hallaréis’. Ellos la lanzaron de inmediato y casi no la pudieron retirar, tan cargada estaba de peces.

”Entonces, el discípulo a quien Jesús amaba le dijo a Pedro: ‘Es el Señor’. Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se vistió –pues estaba desnudo– y se lanzó al mar. Los otros discípulos vinieron con la barca, y como no estaban más que a doscientos codos de distancia, arrastraron desde ahí la red llena de peces. (*San Juan*, 21:1 a 8.)

60. “Después de eso, Él los condujo hasta Betania, y alzando las manos, los bendijo; y mientras los bendecía, *se separó de ellos y fue llevado al cielo*.

”En cuanto a ellos, después de que lo adoraron, regresaron a Jerusalén con gran júbilo. Y estaban constantemente en el Templo, cantando loas y bendiciendo a Dios. Amén.” (*San Lucas*, 24:50 a 53.)

61. Todos los evangelistas narran las apariciones de Jesús después de su muerte, con detalles circunstanciados que no permiten que se dude de su veracidad. Por otra parte, estas se explican perfectamente mediante las leyes fluídicas y las propiedades del periespíritu, y no presentan nada anómalo en relación con los fenómenos del mismo tipo, de los cuales la Historia –antigua y moderna– ofrece numerosos ejemplos, sin omitir siquiera los de tangibilidad. Si observamos las circunstancias en que ocurrieron sus diversas apariciones, en ellas reconoceremos, en tales ocasiones, todas las características de un ser fluídico. Jesús aparece repentinamente y del mismo modo desaparece; unos lo ven, y otros no; lo hace con apariencias que ni aun sus discípulos reconocen; se deja ver en ambientes cerrados, donde un cuerpo carnal no hubiera podido entrar; ni siquiera su lenguaje tiene la vivacidad del de un ser corporal; al hablar, su modo es conciso y sentencioso, característico de los Espíritus que se manifiestan de esa manera; todas sus actitudes, en suma, denotan algo indefinido que no es del mundo

terrenal. Su presencia causa simultáneamente sorpresa y temor; al verlo, sus discípulos no le hablan con la misma libertad de antes; perciben que ya no es un hombre.

Jesús, por lo tanto, se mostró con su cuerpo periespiritual, lo que explica que sólo haya sido visto por los que Él quiso que lo vieran. Si hubiera estado con su cuerpo carnal, todos lo habrían visto, como cuando estaba vivo. Dado que sus discípulos ignoraban la causa primera del fenómeno de las apariciones, no advertían esas particularidades, que probablemente no les merecían ninguna atención. Puesto que veían al Maestro y lo tocaban, para ellos aquel era el cuerpo resucitado de Jesús. (Véase el Capítulo XIV, §§ 14; 35 a 38.)

62. En tanto que la incredulidad rechaza todos los hechos que Jesús produjo, porque tienen apariencia de sobrenaturales, y los considera sin excepción elementos de una leyenda, el espiritismo proporciona una explicación natural a la mayoría de esos hechos. Demuestra que son posibles, no sólo con base en la teoría de las leyes fluídicas, sino por la identidad que presentan con hechos análogos producidos por una gran cantidad de personas, en las condiciones más comunes. Puesto que en cierto modo son de dominio público, en principio esos hechos no prueban nada en lo que respecta a la naturaleza excepcional de Jesús.⁹⁵

63. El más grande de los milagros que Jesús operó, el que realmente da testimonio de su superioridad, ha sido la revolución que sus enseñanzas produjeron en el mundo. a pesar de la exigüidad de sus medios de acción.

⁹⁵ Los numerosos hechos contemporáneos de curaciones, apariciones, posesiones, doble vista y otros, que se encuentran relatados en la *Revista Espirita*, y mencionados en las observaciones hechas más arriba, ofrecen, incluso en cuanto a los pormenores, tan flagrante analogía con los que narra el Evangelio, que resulta evidente la identidad de los efectos y las causas. No se comprende que el mismo hecho tenga hoy una causa natural, y que en el pasado esa causa haya sido sobrenatural: diabólica para unos y divina para otros. Si fuese posible confrontarlos aquí, unos con otros, la comparación se tornaría más fácil. Con todo, es imposible hacerlo dada la gran cantidad de ellos y de los desarrollos que su exposición demandaría. (N. de Allan Kardec.)

En efecto, Jesús, modesto, pobre, nacido en la condición más humilde, en el seno de un pueblo insignificante, casi desconocido y sin ascendiente político, artístico ni literario, predica su doctrina apenas durante tres años. En ese corto lapso recibe el desprecio y la persecución de sus conciudadanos; es calumniado, acusado de impostor, y se ve obligado a huir para que no lo lapiden; sufre la traición de parte de uno de sus apóstoles, otro lo niega, y todos lo abandonan en el momento en que cae en manos de sus enemigos. Sólo hacía el bien, pero eso no impedía que fuera blanco de la malevolencia, que de los propios servicios que Él prestaba extraía motivos para acusarlo. Condenado al suplicio reservado a los criminales, muere ignorado por el mundo, ya que la historia de aquella época nada dice acerca de Él.⁹⁶ No dejó nada escrito; sin embargo, con la ayuda de algunos hombres tan modestos como Él, su palabra fue suficiente para regenerar al mundo. Su doctrina aniquiló al paganismo omnipotente, y se convirtió en el faro de la civilización. Tenía en su contra todo lo que causa el fracaso de las obras de los hombres, razón por la cual decimos que el triunfo que alcanzó su doctrina fue el más importante de sus milagros, al mismo tiempo que demostró el carácter divino de su misión. Si en vez de los principios sociales y regeneradores, basados en el porvenir espiritual del hombre, Él sólo hubiera tenido para ofrecer a la posteridad algunos hechos maravillosos, probablemente en la actualidad su nombre sería muy poco conocido.

Desaparición del cuerpo de Jesús

64. La desaparición del cuerpo de Jesús después de su muerte ha sido objeto de muchos comentarios. Los cuatro evangelistas dan testimonio del hecho, basados en los testimonios de las

⁹⁶ El historiador judío Flavio Josefo es el único que hace mención a Jesús, aunque lo haga en términos muy resumidos. (N. de Allan Kardec.)

mujeres que fueron hasta el sepulcro, al tercer día posterior a la crucifixión, y no lo encontraron. Hubo quienes consideraron que esa desaparición era un hecho milagroso, en tanto que otros la atribuyeron a una sustracción clandestina.

De acuerdo con otra opinión, Jesús nunca habría tenido un cuerpo carnal, sino simplemente un cuerpo fluídico; sólo habría sido, durante toda su vida, una aparición tangible, en una palabra, una especie de *agénere*. Su nacimiento, su muerte y todos los actos materiales de su vida habrían sido apenas una apariencia. A eso se debe –dicen– que su cuerpo, de regreso al estado fluídico, haya desaparecido del sepulcro, y que con ese mismo cuerpo Él se apareciera después de su muerte.

No cabe duda de que un hecho así no es radicalmente imposible, de acuerdo con lo que hoy se sabe sobre las propiedades de los fluidos; pero sería al menos un hecho por completo excepcional y en formal oposición a la característica de los *agénères*. (Véase el Capítulo XIV, § 36.) Se trata, pues, de saber si esa hipótesis es admisible, si está confirmada o refutada por los hechos.

65. La permanencia de Jesús en la Tierra presenta dos períodos: el que precedió y el que siguió a su muerte. En el primero, desde el momento de la concepción hasta el nacimiento, todo transcurre en el seno materno como en las condiciones ordinarias de la vida.⁹⁷ Desde el nacimiento hasta la muerte, en sus actos, en su lenguaje y en las diversas circunstancias de su vida, todo presenta las características inequívocas de la corporeidad. Los fenómenos de orden psíquico que se producen en él son accidentales y nada tienen de anómalos, ya que se explican mediante las propiedades del periespíritu y se encuentran, en diferentes grados, en otros individuos. Después de su muerte, por el contrario, todo en Él pone de manifiesto al ser fluídico. La diferencia entre ambos estados es tan marcada que no se pueden equiparar.

⁹⁷ No nos referimos aquí al misterio de la encarnación, del cual no hemos de ocuparnos porque será examinado más adelante. (N. de Allan Kardec.)

El cuerpo carnal presenta las propiedades inherentes a la materia propiamente dicha, propiedades que difieren esencialmente de las de los fluidos etéreos. En el cuerpo material, la desorganización se produce por la ruptura de la cohesión molecular. Al introducir en él un instrumento cortante, los tejidos se separan, y si son alcanzados los órganos esenciales para la vida, cesa su funcionamiento y sobreviene la muerte, es decir, la muerte del cuerpo. En cambio, como en los cuerpos fluídicos no existe esa cohesión, la vida de estos no depende del funcionamiento de órganos especiales, de modo que no se pueden producir desórdenes análogos a los de aquellos. Un instrumento cortante u otro cualquiera podrá penetrar en un cuerpo fluídico como si lo hiciera en una masa de vapor, y no le ocasionará ninguna lesión. Es por eso que los cuerpos de esa naturaleza *no pueden morir*, como tampoco pueden ser muertos los seres fluídicos designados con el nombre de *agéneres*.

Después del suplicio de Jesús, su cuerpo permaneció allí, inerte y sin vida. Se lo sepultó como se hace comúnmente con los cuerpos, y todos pudieron verlo y tocarlo. Después de su resurrección, cuando Jesús quiso dejar la Tierra, no murió nuevamente: su cuerpo se elevó, se desvaneció y desapareció sin dejar ningún rastro, prueba evidente de que ese cuerpo era de naturaleza distinta de la del que pereció en la cruz. Así pues, de ahí debemos concluir que, si fue posible que Jesús muriese, eso sucedió porque Él tenía un cuerpo carnal.

Debido a sus propiedades materiales, el cuerpo carnal es la sede de las sensaciones y de los dolores físicos que repercuten en el centro sensitivo o Espíritu. El cuerpo no sufre, sino el Espíritu, que recibe la reacción de las lesiones o alteraciones de los tejidos orgánicos. En un cuerpo privado de Espíritu la sensación es absolutamente nula. Por la misma razón, el Espíritu, que no tiene cuerpo material, no puede experimentar los padecimientos que son el

resultado de la alteración de la materia, razón por la cual también debemos concluir que si Jesús sufrió materialmente, lo que nadie puede poner en duda, es porque tenía un cuerpo material de una naturaleza semejante a la de todas las personas.

66. A los hechos materiales vienen a agregarse poderosas consideraciones morales.

Si las condiciones de Jesús durante su vida hubieran sido las de los seres fluídicos, Él no habría experimentado ni el dolor ni ninguna de las necesidades del cuerpo. Suponer que haya sido así sería quitarle el mérito de la vida de privaciones y padecimientos que había elegido como ejemplo de resignación. Si todo en Él no hubiera sido más que aparente, todos los actos de su vida, la reiterada predicción de su muerte, la escena dolorosa en el Jardín de los Olivos, su plegaria a Dios para que le apartara el cáliz de los labios, su pasión, su agonía, todo, hasta su último clamor en el momento de entregar el Espíritu, no habría sido más que un vano simulacro para engañar a los hombres acerca de su naturaleza y hacerles creer en el sacrificio ilusorio de su vida, en una farsa indigna de un hombre simple y honesto, y aún más indigna de un ser de esa superioridad. En una palabra, Jesús habría abusado de la buena fe de sus contemporáneos y de la posteridad. Esas son las consecuencias lógicas de ese sistema, consecuencias inadmisibles, porque lo rebajarían moralmente en vez de elevarlo.

Por consiguiente, como todo hombre, Jesús tuvo un cuerpo carnal y un cuerpo fluídico, lo cual es demostrado por los fenómenos materiales y los fenómenos psíquicos que jalaron su vida.

67. Esa idea sobre la naturaleza del cuerpo de Jesús no es nueva. En el siglo IV, Apolinario de Laodicea, jefe de la secta de los *apolinaristas*, pretendía que Jesús no había tenido un cuerpo como el nuestro, sino un cuerpo *impasible*, que había descendido desde el cielo al seno de la santa Virgen, pero que no había nacido de ella. De ese modo, Jesús había nacido, sufrido y muerto apenas en

apariencia. Los apolinaristas fueron anatematizados en el concilio de Alejandría, en el año 360; en el de Roma, en el año 374; y en el de Constantinopla, en el año 381.

Los *docetas* (del griego *dokein*: aparecer), secta numerosa de los *gnósticos*, que subsistió durante los tres primeros siglos, sostenían la misma creencia.



Las predicciones según el espiritismo



- Capítulo XVI Teoría de la presciencia
- Capítulo XVII Predicciones del Evangelio
- Capítulo XVIII Los tiempos han llegados





Teoría de la presciencia

1. ¿Cómo es posible el conocimiento del futuro? Es lógico que se prevean los acontecimientos que habrán de ser consecuencia del estado presente, pero no los que no tienen con éste relación alguna, y menos aún los que se atribuyen al acaso. Se suele decir que las cosas futuras no existen, que todavía se encuentran en la nada. ¿Cómo, entonces, es posible saber que sucederán? Con todo, son muy numerosos los casos de predicciones que se cumplen, lo que nos lleva a la conclusión de que ahí se da un fenómeno para cuya explicación falta la clave, visto que no hay efecto sin causa. Esa causa es la que intentaremos descubrir, y el espiritismo, que es de por sí la clave de tantos misterios, nos la proveerá, mostrándonos también que el fenómeno de las predicciones no es incompatible con las leyes naturales.

Tomemos, a modo de comparación, un ejemplo de las cosas usuales, que nos ayudará a comprender el principio que nos proponemos dilucidar.

2. Supongamos que un hombre ubicado en lo alto de una montaña contemple la vasta extensión de planicie que se extiende delante de él. En esa situación, la distancia de una legua le resultará poca cosa, y fácilmente podrá captar, con una sola mirada, todos los accidentes del terreno, desde el comienzo hasta el final del camino. Por su parte, un viajero que recorra ese camino por primera vez, sabrá que si avanza llegará a destino, lo que constituye una

simple previsión de la consecuencia que habrá de tener su marcha; pero los accidentes del terreno, las subidas y bajadas, los ríos que deberá cruzar, los bosques que atravesará, los precipicios en que podría caer, los ladrones que lo acecharán para robarle, las casas hospitalarias donde podrá descansar, todo eso es independiente de su persona y constituye para él lo desconocido, el futuro, porque su vista no va más allá de la pequeña zona que lo rodea. En cuanto a la duración, la mide por el tiempo que emplea en recorrer el camino. Si se suprimieran los puntos de referencia, la duración desaparecería. En cambio, para el hombre que está en la cima de la montaña y que sigue al viajero con la mirada, todo aquello está presente. Supongamos que ese hombre vaya al encuentro del viajero y le diga: "En determinado momento encontrarás ladrones, serás atacado, pero recibirás auxilio". Estará prediciendo el futuro, pero el futuro del viajero, puesto que para él, que es el autor de la previsión, ese futuro es el presente.

3. Ahora, si saliéramos del ámbito de las cosas puramente materiales y nos introdujéramos con el pensamiento en el dominio de la vida espiritual, veríamos que ese fenómeno se produce en mayor escala. Los Espíritus desmaterializados son como el hombre de la montaña: el espacio y la duración no existen para ellos. Pero la extensión y la penetración de su vista son proporcionales a la pureza y a la elevación que han alcanzado en la jerarquía espiritual. Ellos son, en relación con los Espíritus inferiores, como hombres provistos de poderosos telescopios al lado de otros que apenas disponen de los ojos. En los Espíritus inferiores la visión está circunscripta, no sólo porque ellos difícilmente pueden alejarse del mundo en el que están cautivos, sino también porque la densidad de sus periespíritus actúa como un velo en relación con las cosas distantes, del mismo modo que la niebla las oculta para los ojos del cuerpo.

Se comprende, por lo tanto, que de conformidad con el grado de perfección, un Espíritu pueda abarcar un período de algunos

años, de algunos siglos e incluso de muchos miles de años. En efecto, ¿qué es un siglo en relación con el infinito? Los acontecimientos no se desarrollan en sucesión delante de él, como las irregularidades del camino delante del viajero: él ve simultáneamente el comienzo y el fin del período. Todos los sucesos que en ese lapso constituyen el porvenir para el hombre de la Tierra, son el presente para él, de modo que podría venir a decirnos con certeza: “determinada cosa ocurrirá en tal momento”, porque él ve esa cosa como el hombre desde la montaña ve lo que le espera al viajero en el transcurso de su viaje. Si así no lo hace, se debe a que el conocimiento del futuro podría resultar perjudicial para el hombre; obstaculizaría su libre albedrío; lo paralizaría en el trabajo que le corresponde cumplir a favor de su progreso. El bien y el mal con que el hombre se enfrentará en el futuro, al mantenerse como una incógnita, constituyen una prueba para él.

Si esa facultad, aunque restringida, puede incluirse entre los atributos de la criatura humana, ¿con qué grado de potencialidad no existirá en el Creador, que abarca el infinito? Para Dios, el tiempo no existe: el comienzo y el fin de los mundos constituyen el presente. Dentro de ese inmenso panorama, ¿qué representa la duración de la vida de un hombre, de una generación, de un pueblo?

4. No obstante, como el hombre debe cooperar al progreso general, pues ciertos acontecimientos tienen que ser el resultado de su colaboración, es conveniente que en casos especiales presente esos acontecimientos, a fin de que haga sus planes y esté listo para actuar cuando llegue el momento propicio. Por eso Dios permite, en ocasiones, que se levante una punta del velo; pero siempre con un fin útil, nunca para satisfacer una curiosidad vana. Esa misión no puede ser confiada a todos los Espíritus, dado que muchos no conocen acerca del futuro más que los hombres, sino a Espíritus suficientemente adelantados para cumplirla. Ahora bien, es oportuno observar que las revelaciones de ese orden siempre se hacen

espontáneamente y nunca, o al menos muy raramente, en respuesta a una pregunta directa.

5. Esa misión puede también ser confiada a determinados hombres, de la siguiente manera:

Aquel a quien se le ha confiado el encargo de revelar algo oculto recibe, sin proponérselo, la inspiración de los Espíritus que saben de qué se trata, y entonces la transmite automáticamente, sin comprender lo que hace. Se sabe además que, tanto durante el sueño como en el estado de vigilia, en los éxtasis de la doble vista, el alma se desprende y adquiere en un grado más o menos elevado las facultades del Espíritu libre. Si se trata de un Espíritu adelantado y, sobre todo, si ha recibido como los profetas una misión especial en ese sentido, gozará en los momentos de emancipación del alma de la facultad de abarcar por sí mismo un período más o menos extenso, y verá como presentes los acontecimientos de ese período. Puede entonces revelarlos en ese mismo instante o conservar el recuerdo de ellos al despertar. Si esos acontecimientos deben permanecer en secreto, él los olvidará o sólo conservará una vaga intuición de lo que se le ha revelado, suficiente para guiarlo instintivamente.

6. Ocurre, de ese modo, que en ciertas ocasiones esa facultad se desarrolla providencialmente, ante la inminencia de situaciones peligrosas, durante los grandes cataclismos, en las revoluciones; y es así también que la mayoría de las sectas perseguidas ha tenido numerosos *videntes*. Incluso a eso se debe que los arrojados capitanes avancen resueltamente contra el enemigo, convencidos de la victoria; que hombres de genio, como Cristóbal Colón por ejemplo, se dirijan hacia una meta prediciendo anticipadamente, por así decirlo, el momento en que habrán de alcanzarla. Eso se debe a que ellos han visto el objetivo, que no era desconocido para sus Espíritus.

Por consiguiente, el don de la predicción no tiene nada que sea más sobrenatural que una infinidad de fenómenos. Se basa

en las propiedades del alma y en la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, a las que el espiritismo ha venido a dar a conocer.

Es probable que esta teoría de la presciencia no resuelva de un modo absoluto todos los casos de revelaciones del porvenir que se puedan presentar, pero no es posible dejar de reconocer que establece el principio fundamental.

7. A menudo, las personas dotadas de la facultad de predecir, sea en el estado de éxtasis o en el de sonambulismo, ven los acontecimientos como si estos estuvieran dibujados en un cuadro, lo que también se podría explicar mediante la fotografía del pensamiento. Sabemos que el pensamiento atraviesa el espacio así como los sonidos atraviesan el aire. Ahora bien, un hecho que esté en el pensamiento de los Espíritus encargados de que ese hecho se realice, o en el de los hombres cuyos actos deben provocarlo, puede atravesar el espacio y formar una imagen para el vidente; no obstante, como existe la posibilidad de que su realización sea anticipada o retrasada por un conjunto de circunstancias, el vidente percibe el hecho sin que por ello pueda determinar el momento en que ocurrirá. A veces, incluso, ese pensamiento es apenas un proyecto, un deseo que tal vez no tenga consecuencias; de ahí los errores frecuentes acerca de los hechos y las fechas en los pronósticos. (Véase el Capítulo XIV, § 13 y siguientes.)

8. Para la comprensión de las cosas espirituales, es decir, para que nos hagamos de ellas una idea tan clara como la que nos formamos de un paisaje que tenemos delante de los ojos, nos falta en realidad un sentido, exactamente como al ciego de nacimiento le falta el sentido necesario que le permita comprender los efectos de la luz, de los colores y de la visión prescindiendo del contacto. A eso se debe que solamente lleguemos a conseguirlo por un esfuerzo de la imaginación y por medio de comparaciones con cosas materiales que nos sean familiares. Las cosas materiales, sin em-

bargo, no nos pueden dar de las cosas espirituales más que ideas muy imperfectas, razón por la cual no se debería tomar al pie de la letra esas comparaciones y creer, por ejemplo, que la amplitud de las facultades perceptivas de los Espíritus depende de la efectiva elevación de ellos, ni que precisen estar sobre una montaña o por encima de las nubes para abarcar el tiempo y el espacio.

Esa facultad es inherente al estado de espiritualización o, si se quiere, de desmaterialización del Espíritu. Esto significa que la espiritualización produce un efecto que se puede comparar, aunque muy imperfectamente, con el de la visión de conjunto que tiene el hombre en lo alto de la montaña. Esta comparación tendía simplemente a mostrar que acontecimientos que para algunos todavía pertenecen al futuro, para otros están en el presente y, por lo tanto, se pueden predecir, lo que no implica que el efecto se produzca de la misma manera.

Por consiguiente, para gozar de esa percepción, el Espíritu no precisa transportarse a un punto cualquiera del espacio. Aquel que se encuentra en la Tierra, a nuestro lado, puede poseerla en toda su plenitud, tanto como si se hallase a mil leguas de distancia, mientras que nosotros no vemos nada más allá de nuestro horizonte visual. Como la visión de los Espíritus no se produce del mismo modo ni con los mismos elementos que la del hombre, el horizonte visual de aquellos es muy distinto. Ahora bien, precisamente ese es el sentido que nos falta para que podamos concebirlo. *El Espíritu, comparado con el encarnado, es como el vidente comparado con el ciego.*

9. Además, debemos considerar que esa percepción no se limita a la dimensión, sino que abarca la penetración de todas las cosas. Es, reiteramos, una facultad inherente y proporcional al estado de desmaterialización. La encarnación la *amortigua*, sin que llegue a anularla por completo, porque el alma no queda encerrada en el cuerpo como en una caja. El encarnado la posee, aunque siempre en

un grado menor que cuando se halla completamente desprendido; eso es lo que confiere a ciertos hombres un poder de penetración que a otros les falta totalmente; una mayor agudeza de la visión moral; una comprensión más fácil de las cosas extramateriales.

El Espíritu encarnado no solamente percibe, sino que también conserva el recuerdo de lo que ha visto en el estado de Espíritu libre, y ese recuerdo es como un cuadro que se proyecta en su mente. Durante la encarnación el Espíritu ve, aunque vagamente, como a través de un velo; en el estado de libertad, ve y comprende claramente. *El principio de la visión no es exterior a él, sino que está en él*; por eso no necesita la luz exterior. Por efecto del desarrollo moral, el círculo de las ideas y las concepciones se amplía; por efecto de la desmaterialización gradual del periespíritu, éste se depura de los elementos densos que alteraban la delicadeza de las percepciones. De ese modo, resulta fácil entender que la ampliación de todas las facultades acompaña el progreso del Espíritu.

10. El grado de extensión de las facultades del Espíritu es el que durante la encarnación determina su mayor o menor aptitud para comprender las cosas espirituales. No obstante, esa aptitud no resulta forzosamente del desarrollo de la inteligencia; no la confiere la ciencia vulgar; y es por eso que se ve a hombres de gran saber tan ciegos para las cosas espirituales como otros lo son para las cosas materiales; son refractarios a ellas porque no las comprenden, lo que significa que *todavía* no han progresado en ese sentido, mientras que otros, de instrucción e inteligencia comunes, las captan con la mayor facilidad, lo que prueba que ya tenían de tales cosas una intuición previa. Para estos, se trata de un recuerdo retrospectivo de lo que han visto y aprendido, ya sea en la erraticidad o en sus existencias anteriores, como otros tienen la intuición de las lenguas y de las ciencias que conocieron.

11. En cuanto al porvenir del espiritismo, como se sabe, los Espíritus son unánimes en afirmar que su triunfo está próximo,

a pesar de los obstáculos que se le oponen. Esta predicción les resulta fácil, en principio, porque su propagación es obra personal de ellos. Como colaboran con el movimiento o lo dirigen, saben lo que deben hacer; en segundo lugar, les basta con vislumbrar un período de corta duración, en el cual ven los poderosos auxiliares que Dios promueve, y que no tardarán en ponerse de manifiesto.

Aunque no sean Espíritus desencarnados, transpórtense los espíritas apenas treinta años hacia delante, al seno de la generación que surge, y consideren desde ahí lo que sucede con el espiritismo en la actualidad; sigan su marcha progresiva y verán consumirse en vanos esfuerzos a quienes se consideran destinados a derribarlo. Verán cómo estos desaparecen poco a poco de la escena, mientras el árbol crece y extiende cada vez más sus raíces.

12. La mayoría de las veces, los acontecimientos comunes de la vida privada son consecuencia de la manera de proceder de cada persona. Algunas, de acuerdo con su capacidad, su habilidad, su perseverancia, su prudencia y su energía, tendrán éxito en aquello en lo que otras fracasarán por efecto de su ineptitud. Podemos decir, pues, que cada uno es el artífice de su propio futuro, un futuro que jamás está sujeto a una ciega fatalidad, independientemente de su persona. Si se conoce el carácter de un individuo, se puede con facilidad predecir la suerte que lo espera en el camino que ha elegido.

13. Los acontecimientos relacionados con los intereses generales de la humanidad son regulados por la Providencia. Cuando algo está en los designios de Dios, se cumple pese a todo, de una manera o de otra. Los hombres contribuyen a que se ejecute, pero ninguno es indispensable, pues de lo contrario Dios estaría a merced de sus criaturas. Si alguien deja de cumplir la misión que le corresponde, otro se encargará de ella. No existe una misión forzosa; el hombre tiene siempre la libertad de cumplir o no la que se le ha confiado y que voluntariamente aceptó. Si no lo hace, pierde los beneficios que de ahí resultarían para él y asume la responsabilidad

de los retrasos que podrían derivar de su negligencia o su mala voluntad. Si se convierte en un obstáculo para que esta se cumpla, Dios podrá apartarlo con un soplo.

14. El resultado final de un acontecimiento puede, por lo tanto, ser seguro, porque se halla en los designios de Dios. No obstante, como la mayoría de las veces los detalles y el modo de ejecución están subordinados a las circunstancias y al libre albedrío de los hombres, los métodos y los recursos pueden ser eventuales. Los Espíritus podrían hacer que presintamos algo en relación con el conjunto, si fuera conveniente que se nos avisara; pero para la determinación del lugar y la fecha, sería preciso que conociesen previamente la decisión que adoptará este o aquel individuo. Ahora bien, si esa decisión todavía no está en su mente, ese individuo podrá anticipar o postergar la realización del hecho, según cuál llegue a ser esa decisión, o bien modificar los medios secundarios de acción, aunque se llegue siempre a producir el mismo resultado. Así, por ejemplo, los Espíritus pueden, en razón de las circunstancias, prever que una guerra está relativamente próxima, que es inevitable, sin que por eso estén en condiciones de predecir el día en que comenzará, ni los incidentes pormenorizados que dependan de la voluntad de los hombres.

15. Para la determinación de la época de los acontecimientos futuros es necesario, además, tomar en cuenta una circunstancia inherente a la naturaleza misma de los Espíritus.

El tiempo, tanto como el espacio, sólo se puede evaluar con el auxilio de puntos de comparación o de referencia que lo dividan en períodos que puedan ser contados. En la Tierra, la división natural del tiempo en días y años está subordinada a la salida y puesta del Sol, así como a la duración del movimiento de traslación de la Tierra. Las unidades para la medición del tiempo deben variar de acuerdo con los planetas, puesto que los períodos astronómicos son diferentes. En Júpiter, por ejemplo, el día equivale a diez de nuestras horas, y los años a más de doce años terrestres.

Hay, por lo tanto, para cada mundo, un modo diferente de computar la duración, de acuerdo con la naturaleza de las revoluciones astrales que en él se efectúan. Eso constituye una dificultad para los Espíritus que, sin conocer nuestro mundo, determinan fechas relacionadas con nosotros. Además, fuera de los mundos no existen esos medios de apreciación. Para un Espíritu en el espacio, no hay nacimiento ni puesta de sol que indique los días, ni revolución periódica que establezca los años. Sólo existe, para él, la duración y el espacio infinitos. (Véase el Capítulo VI, § 1 y siguientes.) Por lo tanto, quien nunca haya venido a la Tierra, no poseerá ningún conocimiento de nuestros cálculos, que por otra parte le resultarían completamente inútiles. Más aún: quien nunca haya encarnado en un mundo, carecerá de todas las nociones relativas a las fracciones de la duración. Cuando un Espíritu extraño a la Tierra viene a manifestarse entre nosotros, no puede precisar las fechas de los acontecimientos de otro modo que identificándose con nuestros hábitos, lo que sin duda le es factible, aunque la mayoría de las veces no le reporte ninguna utilidad.

16. Los Espíritus que componen la población invisible de nuestro globo, que ya han vivido aquí y que continuarán viviendo junto a nosotros, se hallan naturalmente identificados con nuestros hábitos, de los que guardan el recuerdo en la erraticidad. Podrían, por consiguiente, determinar con mayor facilidad las fechas de los acontecimientos futuros, siempre que los conozcan. No obstante, sin contar con que eso no siempre les está permitido, se ven impedidos de hacerlo por el hecho de que, puesto que las circunstancias detalladas están subordinadas al libre albedrío y a la decisión eventual del hombre, la fecha exacta sólo puede conocerse realmente después de que el acontecimiento ha tenido lugar.

Por esa razón, las predicciones circunstanciadas no pueden ofrecer ninguna certeza, y sólo deben ser admitidas como probables, aun cuando no lleven consigo ningún indicio que las haga

legítimamente sospechosas. Por eso, los Espíritus verdaderamente sabios nunca hacen predicciones para fechas determinadas, y se limitan a hacer que presintamos las consecuencias de las cosas cuyo conocimiento nos es útil. Insistir para obtener detalles precisos equivale a exponerse a las mistificaciones de los Espíritus frívolos, que predicen todo lo que se les ocurre sin preocuparse por la verdad, divirtiéndose con los temores y las decepciones que causan.

17. La forma que en general se ha empleado hasta ahora en las predicciones hace que estas sean auténticos enigmas, a menudo indescifrables. Esa forma misteriosa y cabalística, de la que Nostradamus nos ofrece el tipo más completo, les confiere un cierto prestigio ante el vulgo, que tanto más valor les atribuye cuanto más incomprensibles parecen. Por su ambigüedad, las predicciones se prestan a interpretaciones muy diferentes, de tal modo que, según el sentido que se atribuya a ciertas palabras alegóricas o convencionales, conforme con la manera en que se realice el cálculo —singularmente complicado— de las fechas, y con un poco de buena voluntad, se encuentra en ellas casi todo lo que se desea.

Sea como fuere, no se puede dejar de convenir en que algunas predicciones presentan un carácter serio, y sorprenden con su veracidad. Es probable que la forma velada haya tenido, en alguna época, su razón de ser e incluso su necesidad.

Hoy las circunstancias son otras; el positivismo de este siglo no sería compatible con el lenguaje sibilino. Por eso, en la actualidad, las predicciones ya no están revestidas de esas formas extravagantes; las que hacen los Espíritus no tienen nada de místico; emplean el lenguaje común, tal como lo habrían hecho cuando vivían en la Tierra, porque no han dejado de pertenecer a la humanidad. Hacen que presintamos las cosas futuras, sean personales o generales, cuando eso puede ser útil, en la medida de la perspicacia de que están dotados, como lo harían nuestros consejeros y amigos. Por consiguiente, sus previsiones son más bien advertencias que

nada quitan al libre albedrío, antes que predicciones propiamente dichas que implicarían una fatalidad absoluta. Por otra parte, la opinión de los Espíritus está casi siempre fundamentada en que no desean que el hombre anule su razón sometiéndola a una fe ciega, sino que desean que éste aprecie su exactitud.

18. La humanidad contemporánea también tiene sus profetas. Más de un escritor, poeta, literato, historiador o filósofo, ha volcado en sus escritos el presentimiento de la marcha futura de los acontecimientos, de cuyo cumplimiento somos testigos en el presente.

Muchas veces esa aptitud proviene, sin duda, de la rectitud del juicio, que deduce las consecuencias lógicas del presente; pero otras veces también es el resultado de una clarividencia especial inconsciente, o de una inspiración ajena. Lo que esos hombres hicieron cuando estaban vivos, pueden hacerlo con mayor razón y exactitud en el estado de Espíritu, pues su visión espiritual ya no está velada por la materia.

CAPÍTULO XVII



Predicciones del evangelio

Nadie es profeta en su tierra • Muerte y pasión de Jesús
• Persecución de los apóstoles • Ciudades impenitentes
• Ruina del Templo y de Jerusalén • Maldición contra
los fariseos • Mis palabras no pasarán • La piedra
angular • Parábola de los viñadores homicidas • Un
solo rebaño y un solo pastor • Advenimiento de Elías
• Anuncio del Consolador • Segundo advenimiento
de Cristo • Señales precursoras • Vuestros hijos
y vuestras hijas profetizarán • El juicio final.

Nadie es profeta en su tierra

1. “Y habiendo llegado a su tierra, les enseñaba en sus sinagogas, de tal manera que decían maravillados: ‘¿De dónde le viene a este esa sabiduría y esos milagros? ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros?’ Y se escandalizaban a causa de él. Pero Jesús les dijo: *‘Un profeta sólo carece de honor en su tierra y en su casa’*. Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.” (*San Mateo*, 13:54 a 58.)

2. Con estas palabras, Jesús enunció una verdad que se convirtió en proverbial, vigente para todos los tiempos, y a la cual se podría dar mayor alcance diciendo que *nadie es profeta en vida*.

En el lenguaje usual, esta máxima se aplica al crédito de que goza un hombre entre los suyos y entre aquellos en cuyo seno vive, a la confianza que él les inspira por la superioridad de su saber y su inteligencia. Si tiene algunas excepciones, estas son raras y en ningún caso absolutas. El principio de esa verdad proviene de una consecuencia natural de la debilidad humana, y se puede explicar de este modo:

El hábito de encontrarse desde la infancia en las circunstancias ordinarias de la vida, establece entre los hombres una especie de igualdad material, que a menudo lleva a que la mayoría de ellos se niegue a reconocer la superioridad moral de alguien que ha sido su compañero o su comensal, que salió del mismo medio que ellos, y de cuyas debilidades iniciales todos han sido testigos. Se resiente su orgullo porque se ven obligados a reconocer el ascendiente del otro. Quienquiera que se eleve por encima del nivel común siempre es el blanco de los celos y la envidia. Quienes se sienten incapaces de llegar a la altura en que aquel se encuentra, se esfuerzan por rebajarlo mediante la difamación, la maledicencia y la calumnia; tanto más fuerte gritan, cuanto más inferiores son, y suponen que se enaltecen y lo eclipsan con el ruido que promueven. Esa ha sido y será la historia de la humanidad, hasta tanto los hombres no hayan comprendido su naturaleza espiritual, y ampliado su horizonte moral. Semejante prejuicio es, por lo tanto, propio de los espíritus mezquinos y vulgares, que toman a su propia personalidad como modelo.

Por otro lado, las personas que sólo conocen a los hombres por su espíritu, suelen hacer de ellos una idealización, que crece a medida que pasa el tiempo y que sus respectivas posiciones se van distanciando. Se los despoja de todo rasgo de humanidad; pareciera que no deben hablar ni sentir como los demás; que tan-

to sus pensamientos como el lenguaje que emplean deben vibrar constantemente en el tono de la sublimidad, sin tomar en cuenta que el espíritu no podría permanecer constantemente en estado de tensión, de perpetua sobreexcitación. A través del contacto diario de la vida privada, se percibe en todo momento que el hombre material en nada se diferencia del común. El hombre corporal, el que impresiona a los sentidos, casi sofoca al hombre espiritual, que sólo impresiona al espíritu. *A la distancia, sólo se ven los destellos del genio; de cerca, se ven las limitaciones del espíritu.*

Después de la muerte ya no se puede hacer ninguna comparación; sólo subsiste el hombre espiritual, y este parece tanto más grande cuanto más lejano se torna el recuerdo del hombre corporal. A eso se debe que aquellos cuyo paso por la Tierra ha quedado señalado por obras de verdadero valor, sean más apreciados después de la muerte que cuando estaban vivos. Se los juzga con mayor imparcialidad porque, como ya han desaparecido los envidiosos y los celosos, se han acabado los antagonismos personales. La posteridad es un juez desinteresado que aprecia la obra del espíritu y la acepta sin entusiasmo ciego cuando es buena, y la rechaza sin rencor cuando es mala, prescindiendo de la individualidad que la produjo.

Jesús no podía escapar a las consecuencias de este principio, inherente a la naturaleza humana, si se considera que él vivía en un medio de escasa ilustración y entre hombres dedicados por entero a la vida material. Sus compatriotas sólo veían en Él al hijo del carpintero, al hermano de hombres tan ignorantes como ellos mismos, y por eso no percibían aquello que le daba superioridad y lo investía del derecho de censurarlos. Así, cuando Jesús comprobó que su palabra tenía menos autoridad sobre los suyos, porque lo despreciaban, que sobre los extranjeros, prefirió ir a predicar entre quienes lo escuchaban y a quienes inspiraba simpatía.

Es posible hacerse una idea de los sentimientos que alimentaban sus compatriotas, en relación con Él, por el hecho de que

sus propios hermanos, acompañados por su madre, fueron a una reunión donde Él se encontraba, para *prenderlo*, diciendo que había *perdido el juicio*. (Véase *San Marcos*, 3:20 y 21, 31 a 35; y *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XIV.)

De ese modo, por un lado, los sacerdotes y los fariseos acusaban a Jesús de obrar en nombre del demonio; por otro, era tildado de loco por sus parientes más cercanos. ¿No es eso lo que sucede actualmente en relación con los espíritas? ¿Deberán estos quejarse de que sus conciudadanos no los traten mejor que como fue tratado Jesús? Lo que causa extrañeza es que en el siglo diecinueve, y en el seno de naciones civilizadas, ocurra eso mismo que hace dos mil años no tenía nada de sorprendente para un pueblo ignorante.

Muerte y pasión de Jesús

3. (Después de la cura del endemoniado). “Todos quedaron asombrados ante el gran poder de Dios. Y cuando todos estaban maravillados por las cosas que Jesús hacía, él dijo a sus discípulos: ‘Poned en vuestro corazón lo que os voy a decir. El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres’. Pero ellos no entendían esas palabras; les estaban veladas de modo que no las comprendían, y temían preguntarle acerca de ese asunto.” (*San Lucas*, 9:43 a 45.)

4. “Desde entonces, Jesús comenzó a manifestar a sus discípulos que era preciso que él fuera a Jerusalén; que sufriera mucho de parte de los ancianos, los escribas y los principales sacerdotes; que fuera muerto y que resucitara al tercer día.” (*San Mateo*, 16:21.)

5. “Cuando ellos estaban en Galilea, Jesús les dijo: ‘El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; y ellos lo matarán, y al tercer día resucitará’. Y se entristecieron mucho.” (*San Mateo*, 17:22 y 23.)

6. “Cuando iba a Jerusalén, Jesús tomó aparte a los doce discípulos, y les dijo: ‘Mirad que vamos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará.’” (*San Mateo*, 20:17 a 19.)

7. “Tomando aparte a los doce apóstoles, Jesús les dijo: ‘Mirad que vamos a Jerusalén, y todo lo que los profetas escribieron acerca del Hijo del hombre se cumplirá; pues será entregado a los gentiles; se burlarán de él, lo azotarán y escupirán en el rostro. Y después de azotarlo lo matarán, y él resucitará al tercer día’.

”Pero ellos no comprendieron nada de esto; esas palabras les quedaban veladas, y no entendían lo que les decía.” (*San Lucas*, 18:31 a 34.)

8. “Cuando Jesús acabó todos esos discursos, dijo a sus discípulos: ‘Sabéis que la Pascua será dentro de dos días, y que el Hijo del hombre va a ser entregado para que lo crucifiquen.

”En ese momento, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote, llamado Caifás, y formaron consejo para hallar el modo de prender a Jesús con engaño, y darle muerte. Y decían: ‘Que no sea durante la fiesta, para que no haya alboroto en el pueblo’.” (*San Mateo*, 26:1 a 5.)

9. “Ese mismo día, algunos fariseos se acercaron, y le dijeron: ‘Sal y vete de aquí, pues Herodes quiere matarte’. Él les respondió: ‘Id a decir a ese zorro: Yo expulso a los demonios y curo a los enfermos hoy y mañana, y al tercer día seré consumado con mi muerte’.” (*San Lucas*, 13:31 y 32.)

Persecución de los apóstoles

10. “Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis

llevados ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles.” (*San Mateo*, 10:17 y 18.)

11. “Os expulsarán de las sinagogas; y llegará la hora en que todo el que os mate crea que hace algo agradable a Dios. Os tratarán así porque no conocen ni a mi Padre ni a mí. Ahora bien, os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.” (*San Juan*, 16:2 a 4.)

12. “Seréis traicionados y entregados a los jueces por vuestros padres, vuestras madres, vuestros hermanos, parientes y amigos, y matarán a muchos de vosotros; y seréis odiados de todos por causa de mi nombre. Pero no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas.” (*San Lucas*, 21:16 a 19.)

13. (*Martirio de san Pedro*). “En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras’. Esto lo decía para indicar la clase de muerte con que debía glorificar a Dios.” (*San Juan*, 21:18 y 19.)

Ciudades impenitentes

14. “Entonces se puso a criticar a las ciudades en las que había realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían arrepentido.

”¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se hicieron en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido en sayal y en ceniza. Por eso os digo que el día del juicio, Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras.

”Y tú, Cafarnaúm, ¿te encumbrarás siempre hasta el cielo? ¡Te hundirás hasta el fondo del Infierno! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se hicieron en ti, aún subsistiría el

día de hoy. Por eso os digo que el día del juicio, la tierra de Sodoma será tratada con menos rigor que tú.” (*San Mateo*, 11:20 a 24.)

Ruina del Templo y de Jerusalén

15. “Cuando Jesús salió del Templo para irse, sus discípulos se le acercaron para mostrarle la grandeza del edificio. Pero él les dijo: ‘¿Veis todas esas construcciones? En verdad os digo que serán destruidas de tal modo que no quedará piedra sobre piedra’.” (*San Mateo*, 24:1 y 2.)

16. “Al acercarse a Jerusalén y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ‘¡Ah! ¡Si reconocieras al menos este día lo que puede traerte la paz! Pero ahora todo eso ha quedado oculto a tus ojos. Porque vendrán días desgraciados para ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, en que te cercarán y te apretarán por todas partes; y te estrellarán contra el suelo, a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado’.” (*San Lucas*, 19:41 a 44.)

17. “Pero es preciso que yo continúe hoy, mañana y pasado, porque no corresponde que un profeta sufra la muerte fuera de Jerusalén.

”¡Jerusalén, Jerusalén! Que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pequeños bajo las alas, y tú no has querido! Se aproxima el tiempo en que tu casa quedará desierta. En verdad os digo que no me volveréis a ver, hasta que digáis: *Bendito el que viene en nombre del Señor.*” (*San Lucas*, 13:33 a 35.)

18. “Cuando veáis a Jerusalén cercada por un ejército, sabed que se acerca su desolación. Entonces, los que estén en Judea, huyan a las montañas; y los que estén en los alrededores, no entren en ella. Porque esos serán los días de la venganza, a fin de que se cumpla todo lo que está en la Escritura. Desdichadas las que estén

encintas o criando en esos días, porque habrá una gran calamidad en esa tierra, y la cólera del cielo caerá sobre ese pueblo. Pasarán por el filo de la espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las naciones.” (*San Lucas*, 21:20 a 24.)

19. (*Jesús camino del suplicio*) “Lo seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y lloraban por él. Pero Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: ‘Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos; porque llegará el tiempo en que se dirá: ¡Dichosas las estériles y las entrañas que no engendraron y los pechos que no alimentaron! Entonces se pondrán a decir a las montañas: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Cubridnos! Porque si tratan así al leño verde, ¿cómo tratarán al leño seco?’.” (*San Lucas*, 23:27 a 31.)

20. La facultad de presentir los hechos futuros es uno de los atributos del alma que se explica por la teoría de la presciencia. Jesús la poseía, al igual que todas las demás, en un grado sobresaliente. Podía, por lo tanto, prever los acontecimientos que sobrevendrían a su muerte, sin que en ese hecho hubiera nada sobrenatural, pues vemos cómo se repite, delante de nuestros ojos, en las condiciones más comunes. No es raro que las personas anuncien con precisión el instante en que habrán de morir; eso se debe a que sus almas, en estado de desprendimiento, se encuentran como el hombre en la cima de una montaña (Véase el Capítulo XVI, § 1): abarca el camino que habrá de recorrer y ve la meta.

21. Es probable que en Jesús ese hecho se diera en un grado muy superior, si se considera que Él tenía conocimiento de la misión que había venido a cumplir, y sabía que la muerte mediante el suplicio sería necesariamente su consecuencia. La visión espiritual, que en Él era permanente, así como la penetración del pensamiento, debían de mostrarle las circunstancias y el momento fatal. Por la misma razón, podía prever la destrucción del Templo y de Jeru-

salén, al igual que las calamidades que habrían de abatirse sobre sus habitantes y la dispersión de los judíos.

Maldición contra los fariseos

22. (Juan Bautista) “Al ver que muchos de los fariseos y los saduceos acudían para recibir el bautismo, Él les dijo: ‘Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la cólera que habrá de caer sobre vosotros? Producid, entonces, frutos dignos de contrición, y no penséis en decir en vuestro interior: *Tenemos a Abraham como padre*, porque yo os declaro que Dios puede hacer que de estas piedras nazcan hijos de Abraham. El hacha ya está puesta en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buenos frutos será cortado y arrojado al fuego.’” (*San Mateo*, 3:7 a 10.)

23. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que impedís a los hombres el acceso al reino de los Cielos! Allá no entráis, y además os oponéis a que otros entren!

”¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que con el pretexto de extensas oraciones devoráis las casas de las viudas; recibiréis por eso un juicio más riguroso!

”¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y que después de haberlo conseguido lo volvéis dos veces más digno del infierno que vosotros mismos!

”¡Ay de vosotros, guías de ciegos, que decís: ‘Si un hombre jura por el Templo, eso no es nada; pero aquel que jure por el oro del Templo, queda obligado a cumplir su juramento’! ¡Insensatos y ciegos! ¿A qué se debe mayor estima, al oro o al Templo que santifica el oro? También decís: ‘Si un hombre jura por el altar, no es nada; pero aquel que jure por la ofrenda que está sobre el altar, queda obligado a cumplir su juramento’. ¡Ciegos! ¿A qué se debe mayor estima, a la ofrenda o al altar que santifica la ofrenda? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está

sobre él; y aquel que jura por el Templo, jura por él y por Aquel que habita en él; y aquel que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que ahí está sentado.

”¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y que habéis abandonado lo más importante que hay en la ley, a saber: la justicia, la misericordia y la fe! Esas son las cosas que había que practicar, sin omitir las demás. ¡Guías ciegos, que ponéis gran cuidado en colar lo que bebéis por miedo a engullir un mosquito, y que sin embargo engullís un camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, y que por dentro estáis llenos de rapiña e impureza! ¡Fariseos ciegos! Limpiad primero el interior de la copa y del plato, a fin de que también el exterior quede limpio.

”¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen agradables a los ojos de los hombres, pero que por dentro tenéis en abundancia huesos de muertos y toda clase de podredumbre! Así también vosotros, por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

”¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que erigís sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: ‘Si hubiésemos vivido en el tiempo de nuestros padres, no nos hubiéramos asociado con ellos para derramar la sangre de los profetas’! Acabáis, pues, de ese modo, de colmar la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo podréis evitar la condena al infierno? Por eso, he aquí que voy a enviaros profetas, sabios y escribas, y mataréis a algunos, crucificaréis a otros, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, a fin de que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente que ha sido derramada en la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis

entre el templo y el altar. Os digo, en verdad, que todo eso recaerá sobre esta raza que existe hoy.” (*San Mateo*, 23:13 a 36.)

Mis palabras no pasarán

24. “Entonces se aproximaron sus discípulos y le dijeron: ‘¿Sabes que los fariseos, al oír lo que acabaste de decir, se escandalizaron?’ Él respondió: *‘Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada.* Dejados; son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, caerán ambos en el hoyo’.” (*San Mateo*, 15:12 a 14.)

25. “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.” (*San Mateo*, 24: 35.)

26. Las palabras de Jesús no pasarán, porque tendrán vigencia en todas las épocas. Su código moral será eterno, porque consagra las características del bien que conduce al hombre a su destino eterno. No obstante, ¿habrán sus palabras llegado hasta nosotros perfectamente puras y exentas de falsas interpretaciones? ¿Habrán captado su espíritu la totalidad de las sectas cristianas? ¿Habrán alguna de ellas desvirtuado su verdadero sentido a consecuencia de los prejuicios, o de la ignorancia de las leyes de la naturaleza? ¿Se habrá alguna convertido en un instrumento de dominación para servir a sus ambiciones y a sus intereses materiales, de modo de usarlos como trampolín para elevarse en la Tierra, y no para subir en dirección al Cielo? ¿Habrán adoptado, todas ellas, como regla de conducta, la práctica de las virtudes que Jesús presentó como condición expresa para la salvación? ¿Estarán todas exentas de las reprensiones que Él dirigió a los fariseos de su tiempo? Por último, ¿serán todas, tanto en la teoría como en la práctica, la expresión pura de su doctrina?

Por ser única, la verdad no puede estar contenida en manifestaciones contradictorias, y no existe razón para que Jesús haya

querido dar un doble sentido a sus palabras. Si, pues, las diferentes sectas se contradicen; si las hay que consideran verdadero lo que otras condenan como herejías, es imposible que todas estén con la verdad. Si todas hubiesen aprendido el verdadero sentido de la enseñanza evangélica, todas se habrían encontrado en el mismo terreno y no existirían las sectas.

Lo que *no pasará* es el verdadero sentido de las palabras de Jesús; lo que *pasará* es aquello que los hombres construyeron sobre el sentido falso que dieron a esas mismas palabras.

Puesto que la misión de Jesús era transmitir a los hombres el pensamiento de Dios, solamente su doctrina *en toda su pureza* puede expresar ese pensamiento. A eso se debe que Él dijera: *Toda planta que no ha sido plantada por mi Padre celestial será arrancada.*

La piedra angular

27. “Jesús les dijo: ¿No habéis leído nunca en las Escrituras: *La piedra que los constructores desecharon se ha convertido en la piedra angular? Fue lo que el Señor ha hecho y nuestros ojos lo ven con admiración.* Por eso os declaro que el reino de Dios os será quitado, y se le otorgará a un pueblo que de él extraerá frutos. Aquel que se dejare caer sobre esa piedra se despedazará, y esta aplastará a aquel sobre quien caiga.

”Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, al oír esas palabras de Jesús, reconocieron que él hablaba de ellos. Y querían apoderarse de Él, pero tuvieron miedo del pueblo, porque lo consideraba un profeta.” (*San Mateo*, 21:42 a 46.)

28. La palabra de Jesús se convirtió en piedra angular, es decir, en la piedra de la consolidación del nuevo edificio de la fe, erigido sobre las ruinas del antiguo. Puesto que los judíos, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían rechazado esa palabra, ella los destrozó, del mismo modo que destrozará a quienes,

a partir de entonces, la desconocieron o desfiguraron su sentido a favor de sus ambiciones.

Parábola de los viñadores homicidas

29. “Había un padre de familia que plantó una viña, la rodeó con un cerco y cavó la tierra para construir una torre. La arrendó luego a unos viñadores y partió en dirección a un país lejano.

”Cuando se aproximó el tiempo de los frutos, envió sus servidores a los viñadores, para que recogieran los frutos de la viña. Pero los viñadores capturaron a los siervos, golpearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. De nuevo les envió él otros servidores en mayor cantidad que los primeros, pero los trataron de la misma manera. Finalmente, les envió a su propio hijo, diciéndose a sí mismo: ‘A mi hijo le tendrán algún respeto’. Pero los viñadores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: ‘Aquí está el heredero; venid, matémoslo y seremos dueños de su herencia’. Y con ese propósito lo capturaron, lo expulsaron de la viña y lo mataron.

”Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿cómo tratará a esos viñadores? Le respondieron: ‘Hará que esos malvados perezcan miserablemente, y arrendará la viña a otros viñadores, que le entreguen los frutos en la debida época.’ (*San Mateo*, 21:33 a 41.)

30. El padre de familia es Dios; la viña que Él plantó es la ley que ha establecido; los viñadores a quienes arrendó la viña son los hombres que deben enseñar y practicar esa ley; los siervos que envió a los viñadores son los profetas que estos masacraron; su hijo enviado en último término es Jesús, a quien ellos también mataron. Así pues, ¿cómo tratará el Señor a sus mandatarios prevaricadores de la ley? Los tratará como ellos trataron a quienes Él envió, y llamará a otros viñadores que le rindan mejor las cuentas de su propiedad y del comportamiento de su rebaño.

Así ocurrió con los escribas, con los príncipes de los sacerdotes y con los fariseos; así será cuando Él venga para pedir cuentas a cada uno acerca de lo que ha hecho de su doctrina; y quitará autoridad a quien haya abusado de ella, pues Él desea que su campo sea administrado de acuerdo con su voluntad.

Transcurridos dieciocho siglos, llegada a la edad viril, la humanidad está madura para comprender lo que Cristo apenas esbozó, porque en esa época, como Él mismo lo dijo, no lo habrían comprendido. Ahora bien, ¿a qué resultado llegaron quienes, durante este prolongado período, estuvieron a cargo de la educación religiosa de la humanidad? A la constatación de que la indiferencia ha sucedido a la fe, y que la incredulidad se ha erigido en doctrina. En efecto, en ninguna otra época el escepticismo y el espíritu de negación estuvieron tan difundidos, en todas las clases de la sociedad.

No obstante, si bien algunas de las palabras de Cristo se presentan cubiertas por el velo de la alegoría, en lo que respecta a la regla de conducta, a las relaciones entre los individuos, a los principios morales que Él estableció como condición expresa para la salvación, sus enseñanzas son claras, explícitas y sin ambigüedad. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XV.)

¿Qué han hecho de sus máximas de caridad, de amor y de tolerancia, así como de las recomendaciones que hizo a sus apóstoles para que convirtiesen a los hombres mediante *la persuasión y la mansedumbre*? ¿Qué han hecho de la sencillez, de la humildad, del desinterés y de todas las virtudes que Él ejemplificó? En su nombre, los hombres se anatematizaron y se maldijeron recíprocamente; se estrangularon en nombre de Aquel que dijo: *Todos los hombres son hermanos*. Del Dios infinitamente justo, bueno y misericordioso al que Él reveló, hicieron un Dios celoso, cruel, vengativo y parcial; en nombre de aquel Dios de paz y verdad se realizaron sacrificios de miles de víctimas en las hogueras, con torturas y persecuciones en una cantidad mucho mayor a la que

en todas las épocas sacrificaron los paganos a sus falsos dioses; se vendieron las oraciones y las gracias del Cielo en nombre de Aquel que expulsó a los mercaderes del Templo y dijo a sus discípulos: *Dad de gracia lo que de gracia recibisteis.*

¿Qué diría Cristo si viviese actualmente entre nosotros? ¿Si viese a sus representantes ambicionando honores, riquezas, poder, y el fausto de los príncipes del mundo, en tanto que Él, rey más legítimo que todos los reyes de la Tierra, hizo su entrada en Jerusalén montado en un asno? Sin duda tendría derecho a decirles: “¿Qué habéis hecho de mis enseñanzas, vosotros que incensáis al becerro de oro, que pronunciáis la mayor parte de vuestras plegarias a favor de los ricos, y reserváis una parte insignificante para los pobres, a pesar de que yo os he dicho: *Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros en el reino de los Cielos?*” No obstante, si Él no se encuentra entre nosotros carnalmente, está en Espíritu y, como el señor de la parábola, vendrá a pedir cuentas a sus viñadores cuando llegue el momento de la cosecha.

Un solo rebaño y un solo pastor

31. “También tengo otras ovejas, que no son *de este redil*; también a esas las tengo que conducir; ellas escucharán mi voz, y habrá *un solo rebaño y un solo pastor.*” (*San Juan*, 10:16).

32. Con esas palabras, Jesús anuncia claramente que los hombres se unirán un día mediante una única creencia; pero ¿cómo se podrá llevar a cabo esa unión? La tarea parece difícil, si se toman en cuenta las diferencias que existen entre las religiones, los antagonismos que estas alimentan entre sus respectivos adeptos, así como la obstinación que manifiestan en considerarse con la exclusiva posesión de la verdad. Todas aspiran a la unidad, pero cada una se vanagloria de que esa unidad se concretará para su beneficio, y ninguna admite la posibilidad de hacer alguna concesión a sus creencias.

Sin embargo, la unidad en cuanto a la religión se logrará, así como ya tiende a realizarse en lo social, lo político y lo comercial, mediante la desaparición de las barreras que separan a los pueblos, a través de la asimilación de las costumbres, de los hábitos, del lenguaje. Los pueblos del mundo entero confraternizan ahora del mismo modo que los de las provincias de un mismo país. Se presiente esa unidad, y todos la anhelan. Se logrará por la fuerza de las circunstancias, porque llegará a ser una necesidad para que se estrechen los lazos fraternales entre las naciones; se logrará a través del desarrollo de la razón humana, que estará apta para comprender la puerilidad de las disidencias; por el progreso de las ciencias, que demostrará día a día los errores materiales sobre los cuales esas disidencias se apoyan, y que reemplazarán las piedras carcomidas que hay en sus cimientos. Así como es cierto que, en las religiones, la ciencia echa por tierra aquello que es obra de los hombres, y fruto de su ignorancia respecto de las leyes de la naturaleza, también es cierto que, pese a la opinión de algunos, no puede destruir la verdad eterna que es obra de Dios. Al apartar lo secundario, prepara los caminos que conducen a la unidad.

A fin de llegar a la unidad, las religiones tendrán que congregarse en un terreno neutral, aunque común a todas. En ese sentido, todas deberán realizar concesiones y sacrificios, de mayor o menor importancia, de acuerdo con sus múltiples dogmas particulares. No obstante, en virtud del principio de inmutabilidad que todas profesan, la iniciativa de las concesiones no podrá partir del campo oficial; en vez de que el punto de partida se tome desde lo alto, lo tomará desde abajo la iniciativa individual. De un tiempo a esta parte se está gestando un movimiento de descentralización que tiende a adquirir una fuerza irresistible. El principio de la inmutabilidad, que ha servido como escudo a las religiones conservadoras, habrá de transformarse en un elemento destructor, pues si los cultos religiosos permanecen en la inmovilidad, mientras la sociedad avanza, se verán superados y posteriormente absorbidos por la corriente de las ideas progresivas.

La inmovilidad, en vez de ser una fuerza, se convierte en una causa de debilidad y de ruina para quien no acompaña el movimiento general. Además, destruye la unidad, pues quienes desean avanzar se apartan de los que se obstinan en quedarse rezagados.

En el estado actual de la opinión y de los conocimientos, la religión llamada a congregar un día a todos los hombres bajo un mismo estandarte, será la que mejor satisfaga a la razón y a las legítimas aspiraciones del corazón y del espíritu; la que no sea en ningún punto desmentida por la ciencia positiva; la que en vez de inmovilizarse acompañe a la humanidad en su marcha progresiva, sin dejarse aventajar; la que no sea exclusiva ni intolerante, sino emancipadora de la inteligencia, admitiendo sólo la fe racional; aquella cuyo código de moral sea el más puro, el más racional, el que esté más en armonía con las necesidades sociales, el más apropiado, en fin, para fundar en la Tierra el reinado del bien, con la práctica de la caridad y la fraternidad universales.

Lo que alimenta el antagonismo entre las religiones es la idea de que cada una tiene su dios particular, y la pretensión de que ese dios es el único verdadero y el más poderoso, en constante lucha con los dioses de los demás cultos, y ocupado en combatir su influencia. Cuando se hayan convencido de que sólo existe un Dios en el universo y que, en definitiva, Él es el mismo que ellas adoran con los nombres de *Jehová*, *Alá* o *Dios*; cuando se pongan de acuerdo sobre los atributos esenciales de la divinidad, comprenderán que un ser único no puede tener más que una sola voluntad; entonces se tenderán las manos unas con otras, como los servidores de un mismo Maestro y los hijos de un mismo Padre, con lo cual habrán dado un gran paso hacia la unidad.

Advenimiento de Elías

33. “Entonces sus discípulos le preguntaron: ‘¿Por qué, pues, los escribas dicen que es necesario que Elías venga primero?’

Jesús les respondió: ‘Es cierto que Elías ha de venir y que restablecerá todas las cosas.

”Pero yo os digo que Elías ya vino, y ellos no lo conocieron; sino que lo trataron como quisieron. Así también harán morir al Hijo del hombre’.

”Entonces sus discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista.” (*San Mateo*, 17:10 a 13.)

34. Elías ya había vuelto en la persona de Juan el Bautista. Su nueva llegada es anunciada de manera explícita. Ahora bien, como él no puede volver más que tomando un nuevo cuerpo, ahí tenemos la consagración formal del principio de la pluralidad de las existencias. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo IV, § 10.)

Anuncio del Consolador

35. “Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré a mi Padre, y Él os enviará otro Consolador, a fin de que quede eternamente con vosotros; el *Espíritu de Verdad*, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve. Pero vosotros lo conocéis, porque permanecerá con vosotros, y estará en vosotros. Pero el Consolador, que es el Santo Espíritu, al que mi Padre enviará en mi nombre, *os enseñará todas las cosas, y os hará recordar todo lo que yo os he dicho.*” (*San Juan*, 14:15 a 17; 26). – *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo VI.)

36. “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá hasta vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no han creído en mí; en lo referente a la justicia, porque me voy hacia mi Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.

"Tengo aún muchas otras cosas para deciros, pero por el momento no las podéis soportar.

"Cuando venga ese Espíritu de Verdad, él os enseñará toda la verdad, porque no hablará de sí mismo, sino que dirá todo lo que haya escuchado, y os anunciará lo que ha de venir.

"Él me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará." (San Juan, 16:7 a 14.)

37. Esta predicción es, sin discusiones, una de las más importantes desde el punto de vista religioso, porque demuestra sin ningún equívoco que *Jesús no dijo todo lo que tenía para decir*, puesto que no lo habrían comprendido ni siquiera sus apóstoles, ya que era a ellos a quienes Él se dirigía. Si les hubiese dado instrucciones secretas, los Evangelios harían alguna mención al respecto. Ahora bien, dado que Jesús no dijo todo a sus apóstoles, los sucesores de estos no pudieron saber más que ellos en relación con lo que Él dijo. Es posible, pues, que se hayan confundido en cuanto al sentido de sus palabras, o que hayan interpretado falsamente sus pensamientos, en muchas ocasiones velados bajo la forma de parábolas. Por consiguiente, las religiones que se basaron en el Evangelio no pueden considerarse en posesión de toda la verdad, visto que Jesús reservó para sí la tarea de completar posteriormente sus enseñanzas. El principio de la inmutabilidad de esas enseñanzas constituye un desmentido de las palabras mismas de Cristo.

Con el nombre de *Consolador* y de *Espíritu de Verdad*, Jesús anunció la venida de aquel que habría de *enseñar todas las cosas* y de *recordar* lo que Él había dicho. Por consiguiente, su enseñanza no estaba completa. Además prevé que su mensaje sería olvidado, y que sus palabras serían desvirtuadas, ya que el Espíritu de Verdad vendría a *recordar* todo lo que Él dijo y, de común acuerdo con Elías, a *restablecer todas las cosas*, es decir, a ponerlas de acuerdo con el verdadero pensamiento de Jesús.

38. ¿Cuándo vendrá ese nuevo revelador? Es evidente que, si en la época en que Jesús hablaba, los hombres no se encontraban en estado de comprender las cosas que a Él le quedaban por decir, no sería en unos pocos años que podrían adquirir los conocimientos necesarios para ello. A fin de que se comprendieran ciertas partes del Evangelio, con excepción de los preceptos de moral, se necesitaban conocimientos que sólo el progreso de las ciencias podía otorgar, y que debían ser obra del tiempo y de muchas generaciones. Por consiguiente, si el nuevo Mesías hubiese venido poco tiempo después de Cristo, habría encontrado el terreno en las mismas condiciones, es decir, poco propicio, y no hubiera podido hacer más de lo que hizo Jesús. Ahora bien, desde aquella época hasta nuestros días, no se ha producido ninguna revelación importante que haya completado el Evangelio y elucidado sus partes ininteligibles, indicio seguro de que el Enviado aún no ha aparecido.

39. ¿Quién habrá de ser ese enviado? Al decir: “Rogaré a mi Padre y Él os enviará otro Consolador”, Jesús indicó claramente que ese Consolador no sería Él mismo, pues de lo contrario hubiese dicho: “Volveré para completar lo que les he enseñado”. Sólo agrega: *A fin de que permanezca eternamente con vosotros, y él estará en vosotros*. Sería imposible que esta expresión se refiriera a una individualidad encarnada, puesto que no podría permanecer eternamente con nosotros, ni menos aún estar en nosotros; pero se comprende a la perfección si se refiere a una doctrina que, en efecto, cuando la hayamos asimilado podrá estar eternamente en nosotros. El *Consolador* es, pues, según el pensamiento de Jesús, la personificación de una doctrina soberanamente consoladora, inspirada por el *Espíritu de Verdad*.

40. El espiritismo reúne, como ha quedado demostrado (Véase el Capítulo I, § 30), todas las características del *Consolador* que Jesús prometió. No es una doctrina individual, una concepción humana; nadie puede considerarse su creador. Es el

fruto de la enseñanza colectiva de los Espíritus, enseñanza que conduce el Espíritu de Verdad. No suprime nada del Evangelio, sino que lo completa y lo explica. Con la ayuda de las nuevas leyes que revela, conjugadas con las que la ciencia ya ha descubierto, conduce a la comprensión de lo que era ininteligible y hace que se admita la posibilidad de aquello que la incredulidad consideraba inadmisibile. Tuvo sus precursores y profetas, que presagiaron su llegada. Por su poder moralizador, el espiritismo prepara el reinado del bien sobre la Tierra.

La doctrina de Moisés, incompleta, quedó circumscripita al pueblo judío; la de Jesús, más completa, se extendió a toda la Tierra mediante el cristianismo, pero no convirtió a todos; el espiritismo, más completo aún, con raíces en todas las creencias, convertirá a toda la humanidad.⁹⁸

41. Al decir a sus apóstoles: “Otro vendrá más tarde para enseñaros lo que yo ahora no os puedo enseñar”, Jesús proclamaba la necesidad de la reencarnación. ¿Cómo podrían aquellos hombres aprovechar la enseñanza más completa que sería impartida más tarde? ¿Cómo llegarían a ser más aptos para comprenderla si no hubiesen de vivir nuevamente? Jesús habría dicho algo ilógico si, de acuerdo con la doctrina vulgar, los hombres futuros debieran ser hombres nuevos, almas salidas de la nada en la ocasión de su nacimiento. Admítase, por el contrario, que los apóstoles y los hombres de su tiempo vivieron después; *que aún hoy vuelven a vivir*, y entonces la promesa de Jesús estará plenamente justificada. Su inteligencia, desarrollada al contacto con el progreso social, puede admitir ahora lo que antes no podía. Sin la reencarnación, la promesa de Jesús hubiese sido una quimera.

⁹⁸ Todas las doctrinas filosóficas y religiosas llevan el nombre de su fundador. Se dice: el mosaísmo, el cristianismo, el mahometismo, el budismo, el cartesianismo, el furierismo, el sansimonismo, etc. La palabra *espiritismo*, por el contrario, no alude a ninguna personalidad; implica una idea general que al mismo tiempo indica el carácter y la fuente múltiple de la doctrina. (N. de Allan Kardec.)

42. Si se alegrara que esa promesa se cumplió el día de Pentecostés, por medio del descenso del Espíritu Santo, se podrá responder que el Espíritu Santo los inspiró, que abrió sus inteligencias, que desarrolló en ellos las aptitudes mediúmnicas destinadas a facilitarles su misión, pero no les enseñó nada aparte de lo que Jesús ya les había enseñado, porque en lo que dejaron no se encuentra ningún vestigio de una enseñanza especial. El Espíritu Santo, pues, no realizó lo que Jesús había anunciado en relación con el Consolador; de lo contrario, los apóstoles habrían elucidado, mientras todavía estaban vivos, todo lo que quedó ininteligible en el Evangelio hasta el día de hoy, y cuya interpretación contradictoria dio origen a numerosas sectas que dividieron el cristianismo a partir de los primeros siglos.

Segundo advenimiento de Cristo

43. “Entonces, Jesús dijo a sus discípulos: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame; pues el que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda su vida por amor a mí, la encontrará.

”¿De qué le serviría a un hombre ganar el mundo entero, si perdiera su alma? ¿O a qué precio podrá el hombre comprar su alma, después de que la haya perdido? Porque el Hijo del hombre *habrá de venir* en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces le dará a cada uno según sus obras.

”En verdad os digo, que algunos de aquellos que aquí se encuentran no sufrirán la muerte sin que hayan visto venir al Hijo del hombre en su reino.” (*San Mateo*, 16:24 a 28.)

44. “Entonces, el sumo sacerdote se levantó en medio de la asamblea, e interrogó a Jesús: ‘¿No respondes nada a lo que estos denuncian contra ti?’ Pero Jesús se mantenía en silencio y no respondió. El sumo sacerdote le volvió a preguntar: ‘¿Eres tú el Cris-

to, el Hijo de Dios para siempre bendito?’ Jesús le respondió: ‘Sí, yo soy, y veréis un día al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios, viniendo sobre las nubes del cielo’.

”A continuación, el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, le dijo: ‘¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?’” (*San Marcos*, 14:60 a 63.)

45. Jesús anuncia su segundo advenimiento, pero no dice que regresará a la Tierra con un cuerpo carnal, ni que personificará al *Consolador*. Afirmar que habrá de venir en Espíritu, en la gloria de su Padre, para juzgar el mérito y la falta de mérito, así como para dar a cada uno según sus obras, cuando los tiempos hayan llegado.

Estas palabras: “Algunos de aquellos que aquí se encuentran no sufrirán la muerte sin que hayan visto venir al Hijo del hombre en su reino”, aparentemente encierran una contradicción, pues es indudable que Él no vino durante la vida de ninguno de aquellos que estaban presentes. Sin embargo, Jesús no podía engañarse en una previsión de esa naturaleza, principalmente con respecto a algo contemporáneo que le concernía de modo personal. Se debe averiguar, en primer lugar, si sus palabras han sido siempre reproducidas con fidelidad. Es para dudar, si consideramos que Él no escribió nada; que esas palabras recién fueron registradas después de su muerte, y que cada evangelista redactó el mismo discurso casi siempre en términos diferentes, lo que constituye una prueba evidente de que esas no son las expresiones textuales de Jesús. Además, es probable que el sentido haya sufrido alteraciones al pasar por las sucesivas traducciones.

Por otro lado, está fuera de toda duda que, si Jesús hubiese dicho todo lo que tenía para decir, se habría expresado sobre todas las cosas de un modo claro y preciso, como lo hizo en relación con los principios morales, sin que diese lugar a ningún equívoco; mientras que se vio obligado a velar su pensamiento sobre los asuntos que consideró que no era conveniente profun-

dizar. Los apóstoles, convencidos de que la generación de la cual formaban parte debía dar testimonio de lo que Él anunciaba, interpretaron el pensamiento de Jesús de acuerdo con esa suposición. Por consiguiente, redactaron desde el punto de vista del presente lo que el Maestro había dicho, y lo hicieron de una manera más absoluta que aquella en que Él mismo lo hizo. Sea como fuere, el hecho es que los acontecimientos no ocurrieron como ellos supusieron.

46. Un concepto fundamental que Jesús no pudo desarrollar, porque los hombres de su tiempo no estaban suficientemente preparados, tanto para ideas de esa índole como para sus consecuencias, fue la grandiosa ley de la reencarnación. No obstante, asentó el principio de la mencionada ley, así como lo hizo en relación con todo lo demás. Estudiada y puesta en evidencia en nuestros días por el espiritismo, la ley de la reencarnación constituye la clave para la comprensión de muchos de los pasajes del Evangelio, que sin ella parecerían verdaderos despropósitos.

Por medio de esa ley se encuentra la explicación racional de las palabras citadas más arriba, aunque las admitamos como textuales. Dado que esas palabras no pueden aplicarse a la persona de los apóstoles, es evidente que se refieren al futuro reino de Cristo, es decir, a la época en que su doctrina, mejor comprendida, será ley universal. Al expresar que *algunos de los allí presentes* verían su advenimiento, Él se refería a los que volverían a vivir en esa época. No obstante, los judíos imaginaban que verían todo lo que Jesús anunciaba, y tomaban al pie de la letra sus alegorías.

Por otra parte, algunas de sus profecías se cumplieron en el debido tiempo, tales como la ruina de Jerusalén, las calamidades que ocurrieron a continuación, y la dispersión de los judíos. Pero la visión de Jesús se proyectaba mucho más lejos, de modo que, cuando hablaba del presente, en todos los casos aludía al porvenir.

Señales precursoras

47. “También oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras; pero tratad de que no os perturbéis, porque es necesario que esas cosas sucedan; pero todavía no será el fin, pues se verá a un pueblo levantarse contra otro, y un reino contra otro reino; y habrá pestes, hambre y temblores de tierra en diversos lugares, y todas esas cosas serán apenas el comienzo de los dolores.” (*San Mateo*, 24:6 a 8.)

48. “Entonces el hermano entregará a su hermano para que sea muerto, y el padre a los hijos; los hijos se levantarán contra sus padres y sus madres, y los harán morir. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre; pero aquel que persevere hasta el fin será salvo.” (*San Marcos*, 13:12 y 13.)

49. “Cuando veáis que la abominación de la desolación, que fue predicha por el profeta Daniel, *está en el lugar sagrado* (que aquel que lee entienda bien lo que lee); entonces, los que estén en Judea, huyan hacia las montañas⁹⁹; el que esté en el tejado, no descienda para llevar alguna cosa de su casa; y el que esté en el campo no vuelva para tomar sus ropas. ¡Ay de las que estén encintas o amamantando en esos días! Pedid a Dios que vuestra fuga no se dé durante el invierno ni en día sábado, porque la aflicción de ese tiempo será tan grande como no la hubo igual desde el comienzo del mundo hasta el presente, y como nunca más la habrá. Y si esos días no fuesen abreviados, ningún hombre se salvaría; pero esos días serán abreviados en atención a los elegidos.” (*San Mateo*, 24:15 a 22.)

⁹⁹ Esta expresión: *abominación de la desolación*, no sólo carece de sentido, sino que se presta al ridículo. La traducción de Osterwald dice: “La abominación que *causa* la desolación”, lo que es muy diferente. En ese caso, el sentido se vuelve perfectamente claro, porque se comprende que las *abominaciones* habrían de acarrear *desolación* como castigo. Cuando la abominación, dice Jesús, se instale en el lugar sagrado, también la desolación confluirá hacia ahí, y eso constituirá una señal de que los tiempos están próximos. (N. de Allan Kardec.)

50. “Inmediatamente después de esos días de aflicción, el Sol se oscurecerá, y la Luna dejará de dar su luz; las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán sacudidas.

“Entonces, la señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y todos los pueblos de la tierra entrarán en llanto y en gemidos, y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con gran majestuosidad.

“Él enviará a sus ángeles, que harán oír el sonido retumbante de sus trompetas, y reunirán a sus elegidos de las cuatro regiones del mundo, de un extremo al otro del cielo.

“Aprended una comparación tomada de la higuera: Cuando sus ramas ya están tiernas y dan hojas, sabéis que se acerca el verano. Del mismo modo, cuando veáis todas esas cosas, sabed que el Hijo del hombre está cerca, que se encuentra a las puertas.

“Os digo, en verdad, que esta *raza* no pasará sin que todas esas cosas se hayan cumplido.” (*San Mateo*, 24:29 a 34.)

“Y sucederá con el advenimiento del Hijo del hombre lo que sucedió en los tiempos de Noé, porque como en los tiempos que precedieron al diluvio los hombres comían y bebían, se casaban y daban en casamiento a sus hijos, hasta el día en que Noé entró en el arca; y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y arrebató a todos, así también será en el advenimiento del Hijo del hombre.” (*San Mateo*, 24:37 a 39.)

51. “En cuanto a ese día y esa hora, nadie lo sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, *ni el Hijo*, sino solamente el Padre.” (*San Marcos*, 13:32.)

52. “En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y gemiréis, y el mundo se regocijará; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se transformará en dicha. Una mujer, cuando da a luz, tiene dolor porque ha llegado su hora; pero después de que ha dado a luz al hijo, ya no se acuerda de los malestares que sufrió, por la dicha de haber traído un hombre al mundo. Ahora vosotros también estáis

tristes; pero os veré de nuevo y vuestro corazón se regocijará, y nadie os quitará vuestra dicha.” (*San Juan*, 16:20 a 22.)

53. “Se levantarán muchos falsos profetas, que engañarán a muchas personas; y porque abundará la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará; pero el que persevere hasta el fin, ese será salvo. Y este Evangelio del reino se predicará en toda la Tierra, para dar testimonio a todas las naciones. Entonces vendrá el fin.” (*San Mateo*, 24:11 a 14.)

54. No cabe duda de que este panorama del final de los tiempos es alegórico, como la mayoría de los que Jesús componía. Por su fuerza, las imágenes que encierra impresionan a las inteligencias todavía incultas. Para conmover esas imaginaciones de escasa sutileza hacían falta descripciones vigorosas, de tonos contrastantes. Jesús se dirigía especialmente al pueblo, a los hombres menos ilustrados, incapaces de comprender las abstracciones metafísicas y de captar la delicadeza de las formas. Para acceder al corazón, era necesario que hablase a los ojos con la ayuda de signos materiales, y a los oídos a través del vigor del lenguaje.

Como consecuencia natural de esa disposición de espíritu, y según la creencia generalizada, el poder supremo debía manifestarse por medio de hechos extraordinarios, sobrenaturales. Cuanto mayor era la imposibilidad de los hechos, tanto más se aceptaba su probabilidad.

Que el Hijo del hombre viniera sobre las nubes del cielo, con gran majestuosidad, rodeado por sus ángeles y al son de trompetas, les parecía mucho más imponente que la simple llegada de un ser investido solamente de poder moral. Por eso mismo los judíos, que aguardaban como Mesías a un rey terrenal más poderoso que los demás reyes, a fin de que colocara a su nación al frente de todas las otras y volviera a erigir el trono de David y de Salomón, no quisieron reconocerlo en el humilde hijo del carpintero, que carecía de autoridad material.

No obstante, aquel pobre obrero de la Judea se convirtió en el más grande entre los grandes; conquistó para su soberanía mayor cantidad de reinos que los jefes más poderosos; sólo con su palabra y con el concurso de algunos míseros pescadores revolucionó al mundo, y a Él los judíos le deberán su rehabilitación. Entonces, Jesús dijo una gran verdad cuando, en respuesta a esta pregunta de Pilatos: “¿Eres rey?”, respondió: “Tú lo dices”.

55. Es para destacar que, entre los antiguos, los temblores de tierra y el oscurecimiento del sol eran accesorios obligatorios de todos los acontecimientos y presagios siniestros. Los encontramos en ocasión de las muertes de Jesús y de César, y en una infinidad de circunstancias de la historia del paganismo. Si esos fenómenos se hubiesen producido tantas veces como las que se los menciona, sería imposible que los hombres no hubiesen conservado su recuerdo en las tradiciones. En este caso se agrega *la caída de las estrellas del cielo*, como para dar testimonio a las generaciones futuras, más ilustradas, de que sólo se trata de una ficción, puesto que se sabe que las estrellas no pueden caer.

56. No obstante, hay grandes verdades ocultas bajo esas alegorías. Está, en primer término, el anuncio de las calamidades de todo tipo que asolarán y diezmarán a la humanidad, a consecuencia de la lucha suprema entre el bien y el mal, entre la fe y la incredulidad, entre las ideas progresivas y las ideas retrógradas. En segundo lugar, la difusión en toda la Tierra del Evangelio *restaurado en su pureza primitiva*; después, el reino del bien, que será el de la paz y la fraternidad universales, y que será la consecuencia de la puesta en práctica, por parte de todos los pueblos, del código de moral evangélica. Ese será verdaderamente el reino de Jesús, pues Él presidirá su implantación, y porque los hombres vivirán bajo la égida de su ley. Será el reino de la felicidad, dado que Él dice que “después de los días de aflicción vendrán los de dicha”.

57. ¿Cuándo se producirán esos acontecimientos? “Nadie lo sabe –dice Jesús–, *ni siquiera el Hijo*”. No obstante, cuando llegue el momento, los hombres recibirán avisos por medio de señales precursoras. Esos indicios no estarán ni en el sol ni en las estrellas, sino en el estado social y en los fenómenos de orden moral antes que físico, que en parte se pueden deducir de sus alusiones.

Es indudable que ese cambio no podía producirse en vida de los apóstoles, pues de lo contrario Jesús no habría ignorado el momento preciso. Por otra parte, una transformación semejante no podía llevarse a cabo en el lapso de unos pocos años. Sin embargo, Jesús les habla de ella como si fuesen a presenciirla; de hecho, ellos podrán volver a vivir cuando esa transformación tenga lugar, así como trabajar para que se concrete. En cierto momento, Jesús alude a la suerte próxima de Jerusalén; en otro, toma ese hecho como punto de referencia acerca de lo que habría de ocurrir en el porvenir.

58. ¿Será el fin del mundo lo que Jesús anuncia con su segunda venida, así como cuando dice que “el Evangelio será predicado por toda la Tierra, y entonces vendrá el fin”?

No es lógico suponer que Dios habrá de destruir el mundo justamente en el momento en que éste ingrese en el camino del progreso moral a través de la práctica de las enseñanzas evangélicas. Por otra parte, en las palabras de Cristo no hay nada que indique una destrucción universal, que en esas condiciones no se justificaría.

Dado que la práctica generalizada del Evangelio determinará una mejora en el estado moral de los hombres, por eso mismo introducirá el reino del bien y provocará la caída del mal. Se trata, por consiguiente, del fin del *mundo viejo*, del mundo gobernado por los prejuicios, el orgullo, el egoísmo, el fanatismo, la incredulidad, la codicia y todas las malas pasiones, a las que Cristo hacía alusión al decir: “Cuando el Evangelio sea predicado en toda la Tierra, entonces vendrá el fin”. No obstante, para llegar, ese fin ocasionará una lucha, y de esa lucha sobrevendrán los males que Él había previsto.

Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán

59. “En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré de mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán. En esos días, derramaré de mi espíritu sobre mis servidores y mis servidoras, y ellos profetizarán.” (*Hechos de los Apóstoles*, 2:17 y 18; *Joel*, 2:28 y 29.)

60. Si consideramos el estado actual del mundo físico y del mundo moral, las tendencias, las aspiraciones y los presentimientos de las masas, la decadencia de las viejas ideas que se debaten en vano desde hace un siglo contra las ideas nuevas, no podremos dudar de que un nuevo orden de cosas se prepara, y que el viejo mundo llega a su fin.

Ahora bien, si tomamos en cuenta la forma alegórica de algunas escenas y escrutamos el sentido profundo de las palabras de Jesús, al comparar la situación actual con los tiempos que el Maestro describió como indicadores de la era de la renovación, no podremos dejar de estar de acuerdo en que muchas de sus predicciones se están cumpliendo en la actualidad. De ahí es preciso concluir que estamos llegando a los tiempos anunciados, lo cual es confirmado en todos los puntos del globo por los Espíritus que se manifiestan.

61. Como hemos visto (Capítulo I, § 32), en coincidencia con otras circunstancias, el advenimiento del espiritismo constituye la realización de una de las más importantes predicciones de Jesús, por la influencia que esta doctrina debe ejercer forzosamente sobre las ideas. Por otra parte, el espiritismo se encuentra claramente anunciado en los *Hechos de los Apóstoles*: “En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán”.

Se trata del anuncio inequívoco de la vulgarización de la mediumnidad, que se revela actualmente en individuos de todas las

edades, de ambos sexos y de todas las condiciones; se trata, por consiguiente, del anuncio de la manifestación universal de los Espíritus, puesto que sin los Espíritus no habría médiums. Eso, de conformidad con lo dicho, sucederá *en los últimos tiempos*. Ahora bien, visto que no hemos llegado al término del mundo, sino, por el contrario, a la época de su regeneración, debemos entender que esas palabras se refieren a los últimos tiempos del mundo moral que llega a su fin. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XXI.)

El juicio final

62. “Ahora bien, cuando el Hijo del hombre venga en su majestad acompañado de todos los ángeles, se sentará en su trono de gloria; y reunidas delante de él todas las naciones, Él separará a unos de otros, como un pastor separa a las ovejas de los cabritos, y colocará a su derecha las ovejas, y a su izquierda los cabritos. Entonces, dirá el Rey a los que estén a su derecha: ‘Venid a mí, benditos de mi Padre (...)’.” (*San Mateo*, 25:31 a 46. *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XV.)

63. Puesto que el bien habrá de reinar en la Tierra, es preciso que sean excluidos de ella los Espíritus obstinados en el mal, y que podrían ocasionar disturbios. Dios ha permitido que ellos permanecieran aquí el tiempo necesario para que mejoraran; pero visto que ha llegado el momento en que, mediante el progreso moral de sus habitantes, la Tierra debe ascender en la jerarquía de los mundos, ya no podrá ser la morada de los Espíritus, tanto encarnados como desencarnados, que no hayan aprovechado las enseñanzas que estaban en condiciones de recibir en ella. Serán exiliados en mundos inferiores, como antes lo fueron en la Tierra los componentes de la raza adámica, al tiempo que Espíritus mejores vendrán a sustituirlos. Esta separación, que será presidida por Jesús, es la que se encuentra descrita en las siguientes palabras acerca del

juicio final: “Los buenos pasarán a mi derecha, y los malos a mi izquierda”. (Véase el Capítulo XI, § 31 y siguientes.)

64. La doctrina de un juicio final, único y universal, que pone un término definitivo a la humanidad, provoca el rechazo de la razón, porque implica la inactividad de Dios durante la eternidad que precedió a la creación de la Tierra, así como durante la eternidad que seguirá a su destrucción. En ese caso, ¿qué utilidad tendrían el Sol, la Luna y las estrellas, que según el *Génesis* fueron creados para iluminar al mundo? Es motivo de consternación que una obra tan inmensa se haya producido para tan poco tiempo y en beneficio de seres predestinados, en su mayoría, a los suplicios eternos.

65. Materialmente, la idea de un juicio único era hasta cierto punto admisible para quienes no buscaban la razón de las cosas, cuando se creía que toda la humanidad se hallaba concentrada en la Tierra, y que todo en el universo había sido hecho para sus habitantes. Pero es inadmisibles desde que se sabe que hay miles y miles de mundos semejantes, que perpetúan las humanidades durante toda la eternidad, y entre los cuales la Tierra es uno de los menos considerables, un simple punto imperceptible.

Sólo por este hecho se comprende que Jesús tenía razón cuando decía a sus discípulos: “Hay muchas cosas que no os puedo decir, porque no las comprenderíais”, visto que el progreso de las ciencias era indispensable para una interpretación cabal de algunas de sus palabras. Por cierto, los apóstoles, san Pablo y los primeros discípulos, habrían establecido de un modo muy diferente algunos dogmas si hubieran tenido los conocimientos astronómicos, geológicos, físicos, químicos, fisiológicos y psicológicos que poseemos en la actualidad. Por esa razón Jesús postergó el complemento de sus enseñanzas y anunció que todas las cosas habrían de ser restablecidas.

66. Moralmente, un juicio definitivo y sin apelación es inconciliable con la bondad infinita del Creador. Jesús nos lo presenta invariablemente como a un buen Padre, que deja siempre abier-

ta una puerta al arrepentimiento, y que está siempre dispuesto a recibir en sus brazos al hijo pródigo. Si Jesús hubiera entendido el juicio en ese sentido, habría desmentido sus propias palabras.

Además, si el juicio final debiera tomar por sorpresa a los hombres, en medio de sus actividades habituales, así como a las mujeres encintas, cabría preguntarse con qué fin Dios, que no hace nada inútil o injusto, haría que naciesen niños y *crearía almas nuevas* en ese momento supremo, al término fatal de la humanidad. ¿Sería para someterlas al juicio inmediatamente después de que hubieran salido del vientre materno, antes de que tuvieran conciencia de sí mismas, mientras que a otros se les concedieron miles de años para que llegaran a reconocerse? ¿Hacia qué lado, el derecho o el izquierdo, irían esas almas que no pudieron ser ni buenas ni malas, y para las cuales, sin embargo, se encontrarían cerrados todos los caminos para un ulterior progreso, visto que la humanidad dejaría de existir? (Véase el Capítulo II, § 19.)

Que conserven semejantes creencias aquellos cuya razón se conforma con ellas, pues están en su derecho. Nadie tiene por qué criticarlos; pero que no se disgusten si no todo el mundo está de acuerdo con ellos.

67. Por su parte, según ha quedado explicado aquí (véase el § 63), el juicio por la vía de la emigración es racional. Se basa en la más rigurosa justicia, dado que de ese modo el Espíritu conserva por toda la eternidad su libre albedrío; no constituye un privilegio para nadie: Dios concede a todas las criaturas, sin excepciones, la misma libertad de acción para que progresen; e incluso el aniquilamiento de un mundo, que acarrea la destrucción del cuerpo, no ocasionará ninguna interrupción a la marcha progresiva del Espíritu. Tales son las consecuencias de la pluralidad de los mundos y de la pluralidad de las existencias.

De acuerdo con esa interpretación, la calificación de *juicio final* no es exacta, puesto que los Espíritus pasan por un tribunal

cada vez que se renuevan los mundos en que habitan, hasta que alcancen un cierto grado de perfección. No hay, por lo tanto, un *juicio final* propiamente dicho, sino *juicios generales* en todas las épocas de renovación parcial o total de la población de los mundos, a consecuencia de las cuales se producen las grandes emigraciones e inmigraciones de Espíritus.



Los tiempos han llegado

Señales de los tiempos • La nueva generación.

Señales de los tiempos

1. Nos advierten desde todas partes que han llegado los tiempos señalados por Dios, en que habrán de producirse importantes acontecimientos para la regeneración de la humanidad. ¿En qué sentido se deben entender esas palabras proféticas? Para los incrédulos, no tienen la menor importancia; según su punto de vista no son más que la enunciación de una creencia pueril, carente de fundamento. Para la mayoría de los creyentes, sin embargo, indican algo místico y sobrenatural, y las consideran precursoras de la derogación de las leyes de la naturaleza. Ambas interpretaciones son igualmente erróneas: la primera, porque implica la negación de la Providencia; la segunda, porque esas palabras no anuncian un trastorno de las leyes de la naturaleza, sino el cumplimiento de esas leyes.

2. Todo es armonía en la Creación; todo revela una previsión que no se desdice ni en las pequeñas ni en las grandes cosas. Debemos, pues, apartar de inmediato toda idea de arbitrariedad, porque es inconciliable con la sabiduría divina. En segundo lugar, si nuestra época está señalada para la realización de ciertas cosas, es porque estas tienen una razón de ser en la marcha del conjunto.

Sobre esta base, diremos que nuestro planeta, como todo lo que existe, está sujeto a la ley del progreso. Progresiva físicamente por la transformación de los elementos que lo componen, y moralmente por la purificación de los Espíritus encarnados y desencarnados que viven en él. Esos dos progresos se realizan en forma paralela, puesto que el perfeccionamiento de la vivienda está relacionado con el de quien habita en ella. Físicamente, el planeta ha sufrido transformaciones sucesivas, comprobadas por la ciencia, que lo hicieron habitable por seres cada vez más perfeccionados. Moralmente, la humanidad progresa por el desarrollo de la inteligencia, del sentido moral y de la moderación de las costumbres. Al mismo tiempo que el mejoramiento del globo se produce por la actividad de las potencias materiales, los hombres contribuyen a ese fin mediante los esfuerzos que resultan de la aplicación de su inteligencia. Sanean las regiones insalubres, facilitan las comunicaciones y hacen más productiva la tierra.

Ese doble progreso se realiza de dos maneras: una de ellas, lenta, gradual e imperceptible; la otra, mediante cambios bruscos, a cada uno de los cuales corresponde un movimiento ascensional más rápido, que señala con efectos muy notorios los períodos progresivos de la humanidad. Esos movimientos, subordinados *en cuanto a los detalles* al libre albedrío de los hombres, son en cierto modo fatales en su conjunto, porque están sometidos a leyes, como las que actúan en la germinación, el crecimiento y la madurez de las plantas. Es por eso que el movimiento progresivo se cumple en ocasiones de modo parcial, es decir, limitado a una raza o a una nación; en otras ocasiones es general.

El progreso de la humanidad se lleva a cabo, por lo tanto, en virtud de una ley. Ahora bien, como las leyes de la naturaleza son obra de la eterna sabiduría y de la presciencia divina, los efectos de esas leyes derivan de la voluntad de Dios; no

de una voluntad ocasional y caprichosa, sino de una voluntad inmutable. Cuando, por consiguiente, la humanidad está madura para ascender un grado, se puede decir que los tiempos señalados por Dios han llegado, como se puede decir también que una determinada estación es el tiempo para la madurez y la cosecha de los frutos.

3. Por el hecho de que el movimiento progresivo de la humanidad sea inevitable, dado que está en la naturaleza, no se concluye que Dios permanezca indiferente a él y que, después de haber establecido leyes, se haya retirado a la inactividad dejando que las cosas sigan su curso por sí solas. No cabe duda de que sus leyes son eternas e inmutables, pero eso se debe a que su propia voluntad es eterna y constante, y a que su pensamiento anima todas las cosas sin intermitencias. Ese pensamiento, que todo lo penetra, es la fuerza inteligente y permanente que mantiene la armonía en todo. Si dejase de actuar un solo instante, el universo sería como un reloj al que le falta el péndulo regulador. Dios vela, pues, sin cesar por la ejecución de sus leyes, y los Espíritus que pueblan el espacio son sus ministros, encargados de cuidar los detalles de acuerdo con atribuciones que corresponden al grado de adelanto que hayan alcanzado.

4. El universo es, al mismo tiempo, un mecanismo inmensurable, accionado por un número incontable de inteligencias, y un inmenso gobierno en el que cada ser inteligente participa de modo activo bajo la mirada del soberano Señor, cuya voluntad *única* mantiene la *unidad* en todas partes. Bajo el dominio de esa gran potencia reguladora, todo marcha, todo funciona en perfecto orden. Donde nos parece que existen perturbaciones, sólo hay movimientos parciales y aislados, que para nosotros tienen la apariencia de irregulares porque nuestra visión es limitada. Si pudiésemos abarcarlos en conjunto, veríamos que esas irregularidades sólo son aparentes, y que están en armonía con el todo.

5. Hasta el presente, la humanidad ha realizado incuestionables progresos. Los hombres, con su inteligencia, han llegado a resultados que jamás habían alcanzado, desde el punto de vista de las ciencias, las artes y el bienestar material. Aún les queda por realizar un inmenso progreso: *hacer que reinen entre ellos la caridad, la fraternidad y la solidaridad, que habrán de garantizarles el bienestar moral*. No habrían de conseguirlo con sus creencias ni con sus instituciones anticuadas, vestigios de otra etapa y adecuadas para una cierta época, suficientes para un momento de transición; pero que habiendo dado todo lo que tenían, hoy representarían una traba. El hombre no sólo necesita el desarrollo de la inteligencia, sino la elevación de los sentimientos, y para lograrlo es imprescindible que aniquile todo lo que en él sobreexcite el egoísmo y el orgullo.

Ese es el período en el que va a entrar a partir de ahora, y que señalará una de las principales fases de la humanidad. Esa fase, que en este momento se encuentra en elaboración, constituye el complemento indispensable del estado precedente, del mismo modo que la edad viril es el complemento de la juventud. Podía, pues, ser prevista y predicha con anticipación, y a eso se debe que se diga que los tiempos marcados por Dios han llegado.

6. No obstante, en esta oportunidad no se trata de un cambio parcial, de una renovación circumscripta a una determinada región, a un pueblo o a una raza. Se trata de un movimiento universal que se realiza en el sentido del *progreso moral*. Tiende a establecerse un nuevo orden de cosas, y hasta los hombres que más se oponen al cambio, contribuyen a él sin saberlo. La generación futura, desembarazada de las escorias del viejo mundo y formada por elementos más depurados, estará animada por ideas y sentimientos muy diferentes de los de la generación actual, que se retira a pasos agigantados. El viejo mundo habrá muerto, y sólo perdurará en la Historia, del mismo modo que lo está hoy el período de la Edad Media, con sus costumbres bárbaras y sus creencias supersticiosas.

Por otra parte, todos saben cuánto deja que desear el presente orden de cosas. Después de que, en cierto modo, se haya agotado el bienestar material que la inteligencia es capaz de producir, se llegará a comprender que el complemento de ese bienestar sólo puede hallarse en el desarrollo moral. Cuanto más se avanza, más se percibe lo que falta, sin que, no obstante, se pueda aún definirlo claramente: se trata de la consecuencia del trabajo interno con que se elabora la regeneración. Brotan deseos, aspiraciones, que son como el presentimiento de un estado mejor.

7. Con todo, un cambio tan radical como el que se realiza en la actualidad no puede llevarse a cabo sin conmociones. Existe una lucha inevitable de ideas. De ese conflicto forzosamente se originarán perturbaciones temporarias, hasta que el terreno haya sido allanado y el equilibrio restablecido. Así pues, de la confrontación de ideas surgirán los trascendentes acontecimientos anunciados, y no de cataclismos o catástrofes puramente materiales. Los cataclismos generalizados fueron consecuencia del proceso de formación de la Tierra. *Hoy no se agitan las entrañas del planeta, sino las de la humanidad.*

8. Si bien la Tierra ya no debe temer a los cataclismos generales, no por eso deja de estar sometida a revoluciones periódicas, cuyas causas, desde el punto de vista científico, están explicadas en las siguientes instrucciones, dictadas por dos eminentes Espíritus.¹⁰⁰

“Cada cuerpo celeste, más allá de las leyes simples que presiden la división de los días y las noches, de las estaciones, etc., sufre revoluciones que demandan miles de siglos para su completo cumplimiento, pero que, del mismo modo que las revoluciones de menor repercusión, pasan por todos los períodos, desde el nacimiento hasta el apogeo del efecto, después del cual hay un

¹⁰⁰ Extracto de dos comunicaciones dadas en la Sociedad de París y publicadas en la *Revista Espírita* de octubre de 1868. Son corolarios de las de Galileo, reproducidas en el capítulo VI, y complementarias del capítulo IX, que trata acerca de las revoluciones del globo. (N. de Allan Kardec.)

decrecimiento hasta el último límite, y a continuación empieza otra vez a recorrer las mismas fases.

”El hombre sólo abarca las fases de duración relativamente corta, cuya periodicidad puede constatar; no obstante, hay algunas que incluyen a muchas generaciones de seres y hasta sucesiones de razas, cuyos efectos tienen para él, por consiguiente, las apariencias de lo novedoso y lo espontáneo, mientras que si su mirada pudiese englobar algunos miles de siglos hacia atrás vería, entre esos mismos efectos y sus causas, una correlación que ni siquiera sospecha. Esos períodos, que confunden la imaginación de los humanos por su duración relativa, no son sin embargo más que instantes en el lapso de la eternidad.

”En un mismo sistema planetario, todos los cuerpos que dependen de él reaccionan unos sobre otros; todas las influencias físicas son solidarias entre sí, y no hay un solo efecto, de esos que denomináis grandes perturbaciones, que no sea consecuencia del conjunto de las influencias de todo ese sistema.

”Voy más lejos, pues afirmo que los sistemas planetarios reaccionan unos sobre otros en razón de la proximidad o el alejamiento que resulta de sus movimientos de traslación a través de las miradas de sistemas que componen nuestra nebulosa. Voy más lejos aún, pues manifiesto que nuestra nebulosa, que es como un archipiélago en la inmensidad, dado que tiene también su propio movimiento de traslación a través de miradas de nebulosas, sufre la influencia de aquellas a las que se aproxima.

”De ese modo, las nebulosas reaccionan sobre las nebulosas, los sistemas reaccionan sobre los sistemas, como los planetas reaccionan sobre los planetas, los elementos de cada planeta reaccionan unos sobre otros, y así sucesivamente hasta llegar al átomo. De ahí derivan, en cada mundo, las revoluciones locales tanto como las generales, que sólo parecen trastornos porque la brevedad de la vida apenas permite que se vean sus efectos parciales.

”La materia orgánica no podría escapar a esas influencias; los trastornos que esta sufre pueden, por lo tanto, alterar el estado físico de los seres vivos y determinar algunas de esas enfermedades que atacan en general a las plantas, los animales y los hombres. Como todos los flagelos, esas enfermedades son un estímulo para la inteligencia humana, a la que lleva por necesidad a que busque los medios para combatirlas, así como a que descubra las leyes de la naturaleza.

”No obstante, la materia orgánica reacciona, por su parte, sobre el Espíritu; y éste, debido a su contacto y su íntima vinculación con los elementos materiales, sufre también influencias que modifican sus disposiciones —sin que por eso le quiten su libre albedrío—, que sobreexcitan o retardan su actividad y, por eso mismo, contribuyen a su desarrollo. Esa efervescencia, que en ocasiones se manifiesta en toda una población, entre los hombres de una misma raza, no es algo fortuito ni el resultado de una arbitrariedad; su causa reside en las leyes de la naturaleza. Esa efervescencia, al principio inconsciente, que no es más que un deseo vago, una aspiración indefinida hacia algo mejor, una necesidad de cambio, se traduce por una agitación sorda, más tarde por hechos que conducen a las revoluciones sociales, las cuales, creedlo, tienen también su periodicidad, así como ocurre con las revoluciones físicas, puesto que todo está concatenado. Si la visión espiritual no estuviese circunscripta por el velo de la materia, veríais esas corrientes fluídicas que, semejantes a miles de hilos conductores, enlazan las cosas del mundo espiritual con las del mundo material.

”Cuando se os dice que la humanidad ha llegado a un período de transformación, y que la Tierra debe elevarse en la jerarquía de los mundos, no veáis en estas palabras nada místico, sino, por el contrario, el cumplimiento de una de las más importantes leyes fatales del universo, contra las cuales cede la mala voluntad humana”.

ARAGO.

9. “Así es, no cabe duda de que la humanidad se transforma, como ya se transformó en otras épocas, y cada transformación está señalada por una crisis que es, para el género humano, lo que son para los individuos las crisis de crecimiento; crisis que a menudo son penosas, dolorosas, que arrastran consigo a las generaciones y a las instituciones, pero a las que siempre sigue una fase de progreso material y moral.

”La humanidad terrestre, llegada a uno de esos períodos de crecimiento, hace casi un siglo que se encuentra en pleno trabajo de transformación. A eso se debe que por todas partes haya agitaciones, como si estuviera presa de una especie de fiebre y como si la impulsara una fuerza invisible, hasta que recupere el equilibrio sobre nuevas bases. Quien la analice, entonces, la encontrará muy cambiada en sus costumbres, en su carácter, en sus leyes, en sus creencias; en una palabra, en todos sus estamentos sociales.

”Algo que os parecerá extraño, pero que no deja de ser rigurosa verdad, es que el mundo de los Espíritus que os rodea sufre el contragolpe de todas las conmociones que agitan al mundo de los encarnados; digo incluso que aquel participa activamente en ellas. Esto nada tiene de sorprendente para quien sabe que los Espíritus componen un todo con la humanidad; que de ella salen y a ella deben volver. Por consiguiente, es natural que se interesen por los movimientos que se producen entre los hombres. Tened la certeza de que, cuando se lleva a cabo una revolución social en la Tierra, dicha revolución afecta también al mundo invisible; todas las pasiones, buenas y malas, son allí tan sobreexcitadas como entre vosotros; una intraducible efervescencia reina entre los Espíritus que aún forman parte de vuestro mundo y que esperan el momento de regresar a él.

”A la agitación de los encarnados y los desencarnados se suman en ocasiones, e incluso la mayoría de las veces, ya que en la naturaleza todo se complementa, los trastornos de los elementos físicos; es entonces que durante un tiempo se produce una verda-

dera confusión general, pero que pasa como un huracán, después del cual el cielo se despeja, y entonces la humanidad, reconstituida sobre nuevas bases e imbuida de nuevas ideas, transita una nueva etapa de progreso.

”En el período que está comenzando, el espiritismo florecerá y dará frutos. Por lo tanto, vosotros estáis trabajando más para el futuro que para el presente. Pero era necesario que esos trabajos fuesen elaborados previamente, porque preparan los caminos de la regeneración a través de la unificación y la racionalidad de las creencias. Felices los que los aprovechan desde ahora; serán para ellos de gran utilidad y se evitarán muchas penas”.

DR. BARRY.

10. De todo lo expuesto resulta que, a consecuencia del movimiento de traslación que realizan en el espacio, los cuerpos celestes ejercen unos sobre otros una mayor o menor influencia, conforme con la proximidad que guarden entre sí y sus respectivas posiciones; que esa influencia puede ocasionar un trastorno momentáneo en sus elementos constitutivos y modificar las condiciones de vida de sus habitantes; que la regularidad de los movimientos determina el regreso periódico de las mismas causas y los mismos efectos; que así como la duración de ciertos períodos es demasiado corta para que los hombres los aprecien, otros ven pasar generaciones y razas que nada perciben, a las cuales les parece normal el estado de cosas que observan. Por el contrario, las generaciones contemporáneas de la transición sufren el contragolpe, y todo pareciera estar para ellas al margen de las leyes ordinarias. Esas generaciones ven una causa sobrenatural, maravillosa, milagrosa, en lo que en realidad no es más que el cumplimiento de las leyes de la naturaleza.

Si por la concatenación y la solidaridad de las causas y los efectos, los períodos de renovación moral de la humanidad coin-

ciden –como todo lleva a creerlo– con las revoluciones físicas del planeta, los referidos períodos pueden estar acompañados o precedidos por fenómenos naturales, insólitos para quienes no están familiarizados con ellos, por meteoros que parecen extraños, por un recrudescimiento y una intensidad fuera de lo común de los flagelos destructores. Esos flagelos no son la causa ni el presagio de sucesos sobrenaturales, sino una consecuencia del movimiento general que se produce tanto en el mundo físico como en el mundo moral.

Al predecir la era de renovación que habría de iniciarse para la humanidad, y que determinaría el fin del viejo mundo, Jesús manifestó que vendría acompañada por fenómenos extraordinarios, temblores de tierra, flagelos diversos, señales en el cielo, que no son otra cosa que meteoros que no se apartan en absoluto de las leyes naturales. Con todo, el vulgo ignorante halló en esas palabras el anuncio de hechos milagrosos.¹⁰¹

11. La previsión de los movimientos progresivos de la humanidad no tiene nada de sorprendente cuando la realizan seres desmaterializados, que ven el objetivo hacia el cual tienden todas las cosas, y algunos de los cuales poseen, incluso, el conocimiento directo del pensamiento de Dios. Por los movimientos parciales, esos seres vislumbran en qué época se producirá un movimiento general, del mismo modo que el hombre puede calcular con anticipación el tiempo que le tomará a un árbol dar frutos, y como los astrónomos calculan la época de un fenómeno astronómico mediante el tiempo que emplea un astro para efectuar su revolución.

¹⁰¹ La terrible epidemia que entre 1866 y 1868 diezmó a la población de la Isla Mauricio, estuvo precedida por una lluvia tan extraordinaria como abundante de estrellas fugaces, en noviembre de 1866, que aterrorizó a los habitantes de aquella isla. A partir de entonces, la enfermedad que reinaba desde algunos meses antes en forma muy benigna, se transformó en un verdadero flagelo devastador. Aquello bien pudo ser una señal en el cielo, y tal vez en ese sentido se debería interpretar la frase *estrellas que caen del cielo*, que figura en el Evangelio, como una de las señales de los tiempos. (Para mayores datos sobre la epidemia de la Isla Mauricio, véase la *Revista Espírita*, julio de 1867 y noviembre de 1868.) (N. de Allan Kardec.)

12. La humanidad es un ser colectivo en el que se producen revoluciones morales similares a las de todo ser individual, con la diferencia de que las unas se cumplen de año en año y las otras de siglo en siglo. Si se acompañara a la humanidad en sus evoluciones a través de los tiempos, se vería la vida de las diferentes razas marcada por períodos que confieren a cada época una fisonomía especial.

13. Como hemos dicho, la marcha progresiva de la humanidad se opera de dos maneras: una gradual, lenta, imperceptible —si se consideran las épocas consecutivas—, que se nota en las sucesivas mejoras en las costumbres, en las leyes, en los hábitos, mejoras que sólo se perciben con el transcurso del tiempo, como las transformaciones que las corrientes de agua ocasionan en la superficie del globo; la otra, por movimientos relativamente bruscos, rápidos, semejantes a los de un torrente que, al romper los diques que lo contenían, traspone en pocos años el terreno que le hubiese tomado siglos recorrer. Se trata, en ese caso, de un cataclismo moral que devora en algunos instantes las instituciones del pasado, y al que sucede un nuevo orden de cosas que se establece poco a poco, a medida que la calma se restablece y se torna definitiva.

A aquel que viva lo suficiente como para abarcar con la vista ambas vertientes de la nueva fase, le parecerá que un mundo nuevo surgió de las ruinas del antiguo. El carácter, las costumbres, los hábitos, todo ha cambiado. Eso se debe a que, en efecto, han surgido hombres nuevos o, mejor dicho, regenerados. Las ideas que la generación extinguida se llevó consigo, cedieron lugar a las ideas nuevas de la generación naciente.

14. La humanidad, llegada a la adultez, tiene nuevas necesidades, aspiraciones más amplias y más elevadas; comprende el vacío con que la acunaron, las deficiencias de sus instituciones para brindarle felicidad; ya no encuentra, en ese estado de cosas, las satisfacciones legítimas a que se siente con derecho. Por eso se quita los

pañales y se lanza empujada por una fuerza irresistible hacia terrenos desconocidos, en busca de nuevos horizontes menos limitados.

Actualmente, la humanidad accede a uno de esos períodos de transformación o, si se prefiere, de *crecimiento moral*. De la adolescencia pasa a la edad viril. El pasado ya no satisface sus nuevas aspiraciones, sus nuevas necesidades. Ya no puede ser gobernada por los mismos métodos; ya no se deja engañar por las quimeras ni por los sortilegios. Su razón ha madurado y reclama alimentos más sustanciales. Ante un presente demasiado efímero, siente que su destino es más vasto y que la vida corporal es demasiado restringida para abarcarlo por completo. Por eso, sumerge la mirada tanto en el pasado como en el porvenir, a fin de descubrir el misterio de su existencia y adquirir una certeza que le depare consuelo.

¡Y en el preciso momento en que se encuentra excesivamente oprimida por la esfera material, en que se vuelca a la vida intelectual, en que brota el sentimiento de espiritualidad, aparecen hombres que se dicen filósofos con la pretensión de llenar el vacío interior con las doctrinas del nadaísmo¹⁰² y el materialismo! ¡Singular aberración! Esos mismos hombres, que pretenden impulsar hacia adelante a la humanidad, se esfuerzan por ceñirla al estrecho círculo de la materia, del cual ansía escapar. Le ocultan la perspectiva de la vida infinita y le dicen, señalándole la tumba: *¡Nec plus ultra!*¹⁰³

15. La persona que haya reflexionado acerca del espiritismo y sus consecuencias, sin circunscribirlo a la producción de algunos fenómenos, habrá comprendido que esa doctrina abre para la humanidad un nuevo camino, pues le devela los horizontes del infinito. Al iniciarla en los misterios del mundo invisible, el espiritismo le muestra su verdadero rol en la Creación, rol *perpetuamente activo*, tanto en el estado espiritual como en el estado corporal. El

¹⁰² Véase el Capítulo I, § 61. (N. del T.)

¹⁰³ Expresión latina que significa “no más allá” y que se emplea para designar un límite que no puede ser superado. (N. del T.)

hombre ya no camina a ciegas: sabe de dónde viene, hacia dónde va y por qué está en la Tierra. El porvenir se le muestra en su realidad, exento de los prejuicios de la ignorancia y la superstición. Ya no se trata de una vaga esperanza, sino de una verdad palpable, tan cierta para él como la sucesión del día y la noche. Sabe que su ser no se encuentra limitado a los escasos instantes de una existencia efímera; sabe que la vida espiritual no se interrumpe con la muerte; que ya ha vivido, que volverá a vivir, y que nada se pierde de lo que ha conquistado en perfección mediante el trabajo; encuentra en las existencias anteriores la causa de lo que es hoy, y reconoce que, *a partir de lo que es hoy, habrá de deducir lo que llegará a ser un día.*

16. Con la idea de que la actividad y la cooperación individuales, en la obra general de la civilización, están limitadas a la vida presente, que antes no fue nada y que nada será después, ¿qué le interesa al hombre el progreso posterior de la humanidad? ¿Qué le importa que en el futuro los pueblos sean mejor gobernados, más felices, más ilustrados, más buenos los unos para con los otros? Visto que de todo eso no extraerá ningún provecho, ¿no queda invalidado el progreso para él? ¿De qué le vale trabajar para los que vendrán después de él, si nunca los conocerá, si son seres nuevos que gradualmente también habrán de regresar a la nada? Bajo el dominio de la negación del porvenir individual, todo se ve reducido forzosamente a las mezquinas proporciones del ahora y de la personalidad.

Por el contrario, ¿qué amplitud le otorga al pensamiento del hombre la *certeza* de la perpetuidad de su ser espiritual! ¿Qué puede ser más racional, más grandioso y más digno del Creador, que esa ley según la cual la vida espiritual y la vida corporal son apenas dos aspectos de la existencia, que se alternan a fin de que se lleve a cabo el progreso! ¿Qué puede ser más justo y consolador, que la idea de que los mismos seres progresan sin cesar, primero a través de las generaciones de un mismo mundo; y después, de un mundo a otro

hasta la perfección, *sin solución de continuidad*! En ese caso, todas las acciones tienen una finalidad, puesto que al trabajar para todos, cada uno trabaja para sí mismo, y a la recíproca; de ese modo, nunca son estériles el progreso individual ni el general. Se trata de un progreso del que sacarán provecho las generaciones y las individualidades futuras, que no serán otras que las generaciones y las individualidades pasadas, pero con un grado más elevado de adelanto.

17. La fraternidad debe ser la piedra angular del nuevo orden social. No obstante, no existe verdadera fraternidad, sólida y efectiva, si no se apoya en una base inquebrantable. Esa base es la *fe*, pero no la fe en tales o cuales dogmas particulares, que cambian con los tiempos y según los pueblos, y cuyos partidarios se agreden mutuamente, visto que al anatematizarse unos a otros fomentan el antagonismo. Se trata, por el contrario, de la fe en los principios fundamentales que todos pueden aceptar: *Dios, el alma, el porvenir*; EL PROGRESO INDIVIDUAL INDEFINIDO, LA PERPETUIDAD DE LAS RELACIONES ENTRE LOS SERES. Cuando los hombres estén convencidos de que Dios es el mismo para todos; de que ese Dios, soberanamente justo y bueno, no puede querer nada que sea injusto; de que el mal proviene de ellos y no de Él, entonces todos se considerarán hijos del mismo Padre y se tenderán las manos unos a otros.

Esa es la fe que concede el espiritismo, y en lo sucesivo será el eje alrededor del cual se moverá el género humano, sean cuales fueren los cultos y las creencias individuales.

18. El progreso intelectual llevado a cabo hasta el presente en las más vastas proporciones, constituye un gran paso, y señala una primera fase del adelanto de la humanidad; pero por sí solo no tiene posibilidades de regenerarla. Mientras el hombre esté dominado por el orgullo y el egoísmo, se servirá de su inteligencia y de sus conocimientos para satisfacer sus pasiones y sus intereses personales; por ese motivo, los aplica al perfeccionamiento

de los medios que le sirven para perjudicar a sus semejantes, y para destruirlos.

19. Sólo el progreso moral puede garantizar a los hombres la felicidad sobre la Tierra, porque pone un freno a las pasiones malas; solamente él podrá hacer que reinen entre ellos la concordia, la paz y la fraternidad.

El progreso moral derribará las barreras que separan a los pueblos, hará que caigan los prejuicios de castas, y acallará los antagonismos entre las sectas, enseñando a los hombres a considerarse hermanos que han sido llamados a auxiliarse mutuamente, en lugar de vivir los unos a costa de los otros.

El progreso moral, secundado por el progreso de la inteligencia, unirá a los hombres en una misma creencia, fundada en las verdades eternas, que no admiten controversias y por eso mismo son aceptadas por todos.

La unidad de creencia será el lazo más fuerte, el fundamento más firme de la fraternidad universal, quebrantado desde siempre por los antagonismos religiosos, que dividen a los pueblos y a las familias, que hacen que los disidentes sean considerados por los otros como enemigos, a quienes se debe evitar, combatir, exterminar, en vez de hermanos a quienes se debe amar.

20. Semejante estado de cosas supone un cambio radical en el sentimiento de las masas, un progreso general que no podía llevarse a cabo sin que saliera del círculo de las ideas mezquinas y triviales, que fomentan el egoísmo. En diversas épocas, los hombres selectos han intentado impulsar a la humanidad en esa dirección, pero la humanidad, demasiado joven aún, permaneció sorda, y las enseñanzas que ellos suministraron fueron como la buena simiente que cayó sobre el pedregullo.

Ahora la humanidad está madura para dirigir su mirada hacia alturas nunca antes vislumbradas, a fin de nutrirse de ideas más amplias, y comprender lo que no había entendido antes.

La generación que desaparece, se llevará consigo sus prejuicios y sus errores; la generación que está surgiendo, bañada en una fuente más pura, imbuida de ideas más saludables, imprimirá al mundo un movimiento ascendente, en el sentido del progreso moral, que caracterizará la nueva fase de desarrollo de la humanidad.

21. Esa fase ya se revela por signos inequívocos, por tentativas de reformas útiles, por ideas grandes y generosas, que se concretan y comienzan a hallar eco. En ese sentido, vemos que se funda una inmensa cantidad de instituciones protectoras, civilizadoras y emancipadoras, bajo el influjo y por la iniciativa de hombres, evidentemente predestinados a la obra de la regeneración; vemos que las leyes penales se impregnan, día a día, de sentimientos más humanitarios. Los prejuicios de raza se debilitan, los pueblos comienzan a considerarse miembros de una gran familia; a través de la uniformidad, y la facilidad de los medios con que llevan a cabo sus negocios, suprimen las barreras que los separaban; y en todos los puntos del mundo se organizan reuniones universales, para realizar torneos pacíficos de inteligencia.

Sin embargo, a esas reformas les falta una base que les permita desarrollarse, completarse y consolidarse; les falta una predisposición moral más generalizada para que prosperen y sean aceptadas por las masas. Con todo, eso no deja de ser una señal característica de la época; el preludio de lo que se cumplirá en mayor escala a medida que el terreno sea más favorable.

22. Una señal no menos característica del período en que ingresamos es la reacción evidente que se produce en el sentido de las ideas espiritualistas, y en la repulsión instintiva que se pone de manifiesto contra las ideas materialistas. El espíritu de incredulidad que se había apoderado de las masas, fueran estas ignorantes o instruidas, y que las llevaba a rechazar, junto con la forma, la sustancia misma de toda creencia, parece que ha sido un sueño, y al despertar sienten la nece-

sidad de respirar un aire más vivificante. Involuntariamente, donde había un vacío se busca algo, un punto de apoyo, una esperanza.

23. Si suponemos a la mayoría de los hombres imbuida de esos sentimientos, podremos fácilmente imaginar las modificaciones que de ahí resultarán para las relaciones sociales: todos tendrán por divisa la caridad, la fraternidad, la benevolencia para con todos, la tolerancia para todas las creencias. Esa es la meta hacia la cual tiende, evidentemente, la humanidad, y ese es el objeto de sus aspiraciones y deseos, sin que por el momento perciba con claridad cuáles serán los medios para llevarla a cabo. Ensayá, anda a tientas, pero la retienen diversas resistencias activas, o la fuerza inercial de los prejuicios, de las creencias estancadas y refractarias al progreso. Es necesario vencer esas resistencias, y esa será la obra de la nueva generación. Quien acompañe el curso actual de los acontecimientos, reconocerá que todo parece predestinado a abrirle paso. Esa generación será portadora de una fuerza doble, por la cantidad y por las ideas, además de la experiencia del pasado.

24. La nueva generación marchará, pues, hacia la realización de todos los ideales humanitarios, compatibles con el grado de adelanto al que haya llegado. El espiritismo, al avanzar en dirección a los mismos objetivos, y al realizar sus propósitos, se encontrará con ella en el mismo terreno. Los partidarios del progreso descubrirán en las ideas espíritas un poderoso recurso, y el espiritismo hallará, en los hombres nuevos, espíritus plenamente dispuestos a admitirlo. Ante ese estado de cosas, ¿qué podrán hacer aquellos que pretendan oponérsele?

25. El espiritismo no crea la renovación social, pues la madurez de la humanidad hace de esa renovación una necesidad. Por su poder moralizador, por sus tendencias al progreso, por la amplitud de sus miras, por la generalidad de las cuestiones que abarca, el espiritismo, más que ninguna otra doctrina, es apto para secundar al movimiento regenerador. Por eso es contemporáneo de ese mo-

vimiento. Surgió en el momento en que podía ser útil, puesto que también para él los tiempos han llegado. Si hubiese llegado antes, habría encontrado obstáculos insuperables; habría sucumbido inevitablemente, porque los hombres, satisfechos con lo que tenían, aún no sentirían la carencia de lo que él les trae. Hoy, nacido con las ideas que fermentan, encuentra el terreno preparado para recibirlo. Los Espíritus, hastiados de la duda y la incertidumbre, y horrorizados por el vacío que se abre ante ellos, lo reciben como un áncora de salvación, y supremo consuelo.

26. Por cierto, el número de los retardadores es grande aún; pero ¿qué pueden hacer contra la marea que asciende, aparte de arrojarle piedras? Esa marea es la generación que surge, mientras ellos desaparecen junto con la generación que se marcha a grandes pasos cada día. Hasta entonces, sin embargo, defenderán el terreno palmo a palmo. Hay, pues, una lucha inevitable pero desigual, porque se trata de la lucha entre el pasado decrepito, que caduca cubierto de harapos, y el futuro joven. Es la lucha del estancamiento contra el progreso; de la criatura humana contra la voluntad de Dios, pues los tiempos que Él ha señalado ya llegaron.

La nueva generación

27. Para que los hombres sean felices en la Tierra, es preciso que ella esté poblada por Espíritus buenos, tanto encarnados como desencarnados, que sólo quieran el bien. Dado que esos tiempos han llegado, en la actualidad se lleva a cabo una gran emigración entre sus habitantes. Quienes hacen el mal por el mal mismo, y que *no han sido tocados* por el sentimiento del bien, no son dignos de la Tierra transformada, de modo que serán excluidos de ella, pues si así no fuese volverían a causar perturbación y desconcierto, y constituirían un obstáculo para el progreso. Algunos irán a expiar su obstinación en mundos inferiores, otros en las razas terrestres

más atrasadas, equivalentes a las de los mundos inferiores, a donde llevarán los conocimientos que han adquirido, con la misión de contribuir al progreso. Los reemplazarán Espíritus mejores, que harán reinar entre ellos la justicia, la paz y la fraternidad.

Según afirman los Espíritus, la Tierra no será transformada por un cataclismo que aniquile súbitamente a una generación. La generación actual desaparecerá gradualmente, y la nueva la sucederá del mismo modo, sin que haya ninguna modificación en el orden natural de las cosas.

Todo, pues, sucederá exteriormente como de costumbre, pero con esta única y primordial diferencia: una parte de los Espíritus que encarnaban en la Tierra ya no volverán a encarnar en ella. En cada niño que nazca, en vez de un Espíritu atrasado e inclinado al mal, que antes habría encarnado en este planeta, vendrá un Espíritu más adelantado y *propenso al bien*.

No se trata, pues, de una nueva generación corporal, sino de una nueva generación de Espíritus. No cabe duda de que Jesús entendía las cosas en ese sentido cuando manifestaba: “En verdad os digo, que esta generación no pasará sin que estos hechos hayan ocurrido”. Por consiguiente, aquellos que esperan ver que la transformación se produzca a través de efectos sobrenaturales y maravillosos, quedarán decepcionados.

28. La época actual es de transición: los elementos de las dos generaciones se confunden. Ubicados en un punto intermedio, asistimos a la partida de una y a la llegada de la otra, mientras cada una muestra en el mundo sus características peculiares.

Las dos generaciones que se suceden tienen ideas y puntos de vista opuestos. Por la naturaleza de las disposiciones morales, pero sobre todo por las disposiciones *intuitivas e innatas*, resulta fácil determinar a cuál de las dos pertenece cada individuo.

Dado que la nueva generación habrá de fundar la era del progreso moral, se distingue por una comprensión y una intelligen-

cia, que generalmente son precoces, sumadas al sentimiento *innato* del bien y a las creencias espiritualistas, lo que constituye una señal indudable de cierto grado de progreso *anterior*. Dicha generación no se compondrá tan sólo de Espíritus eminentemente superiores, sino también de los que, como ya tienen un cierto grado de progreso, se encuentran predispuestos a asimilar todas las ideas progresivas, y son aptos para secundar el movimiento de regeneración.

Por el contrario, lo que distingue a los Espíritus atrasados es, en primer lugar, su rebeldía contra Dios, pues se niegan a reconocer un poder superior al de la humanidad; también los distingue su propensión *instintiva* a las pasiones degradantes, a los sentimientos antifraternos, como el egoísmo, el orgullo, la envidia y los celos, además de su apego a todo lo material: la sensualidad, la ambición y la avaricia.

Esos son los vicios de los que la Tierra debe ser expurgada, mediante el alejamiento de quienes se obstinan en no enmendarse, porque son incompatibles con el reino de la fraternidad, y porque el contacto con ellos siempre habrá de constituir un sufrimiento para los hombres de bien. Cuando la Tierra se encuentre liberada de ellos, los hombres avanzarán sin obstáculos hacia el porvenir venturoso que les está reservado, incluso en este mundo, como recompensa a sus esfuerzos y a su perseverancia, mientras aguardan que una depuración aún más completa les franquee el acceso a los mundos superiores.

29. No se debe entender que por medio de esa emigración de Espíritus serán expulsados de la Tierra, y relegados a mundos inferiores todos los Espíritus que pongan trabas al progreso. Por el contrario, muchos habrán de volver, pues se quedaron retrasados debido a que se dejaron llevar por las circunstancias y el mal ejemplo. En ellos, es peor la apariencia que la esencia. Una vez libres de la influencia de la materia y de los prejuicios del mundo corporal, la mayor parte de esos Espíritus verán las cosas de

manera por completo diferente a como la veían cuando estaban vivos, de conformidad con los numerosos ejemplos que conocemos. En ese sentido, reciben el auxilio de Espíritus benévolos que se interesan por ellos, y se apresuran a ilustrarlos y a mostrarles el camino equivocado que han elegido. Nosotros mismos, a través de nuestras plegarias y exhortaciones, podemos contribuir a su mejoramiento, dado que existe una solidaridad permanente entre los muertos y los vivos.

La manera por medio de la cual se opera la transformación es muy simple y, como se ve, su carácter es por completo moral, sin que se aparte en lo más mínimo de las leyes de la naturaleza.

30. Ya sea que los Espíritus de la nueva generación sean Espíritus mejores, que llegan por primera vez, o Espíritus que ya estuvieron en la Tierra, y que han mejorado, el resultado es el mismo. Dado que son portadores de mejores disposiciones, siempre existe una renovación. Por consiguiente, los Espíritus encarnados forman dos categorías, según sus disposiciones naturales: por un lado los Espíritus que ponen trabas al progreso, que parten; por el otro los partidarios del progreso, que llegan. Así pues, el estado de las costumbres y de la sociedad, ya sea en el seno de un pueblo, de una raza o en el mundo entero, dependerá de la categoría de Espíritus que prevalezca sobre la otra.

31. Una comparación vulgar permitirá que se comprenda todavía mejor lo que ocurre en esa circunstancia. Supongamos un regimiento compuesto en su mayoría por hombres turbulentos e indisciplinados, los cuales ocasionarán constantes desórdenes, que la severidad de la ley penal muchas veces tendrá dificultad para reprimir. Esos hombres son los más poderosos, porque son mayoría. Se amparan, se dan ánimo y se estimulan mediante el ejemplo. En cambio, los que son buenos carecen de influencia; sus consejos son despreciados; sufren con la compañía de los otros, que los ridiculizan y maltratan. ¿No es esa una imagen de la sociedad actual?

Supongamos que esos hombres sean retirados del regimiento de a uno, de a diez, de a cientos, y que se los sustituya gradualmente por una cantidad similar de soldados buenos, incluso por algunos de los que, después de que fueron expulsados, se enmendaron. Al cabo de un cierto tiempo, el regimiento seguirá existiendo, pero se habrá transformado. El orden basado en el bien ha reemplazado al desorden. Así será también con la humanidad regenerada.

32. Las grandes emigraciones colectivas no tienen como único objetivo activar los traslados; también transforman, con mayor rapidez, el espíritu de las masas, liberándolas de las malas influencias, y conceden más ascendiente a las ideas nuevas.

En virtud de que muchos están maduros para esa transformación, a pesar de todas sus imperfecciones, parten a fortalecerse en una fuente más pura. Si permanecieran en el mismo medio, y bajo las mismas influencias, persistirían en sus opiniones y en su forma de apreciar las cosas. Una estada en el mundo de los Espíritus basta para abrirles los ojos, porque allí ven lo que no podían ver en la Tierra. El incrédulo, el fanático y el autoritario podrán, por consiguiente, volver con ideas *innatas* de fe, tolerancia y libertad. A su regreso encontrarán que las cosas han cambiado, y experimentarán la influencia del nuevo medio en que han nacido. En vez de oponerse a las nuevas ideas, serán sus promotores.

33. La regeneración de la humanidad, por consiguiente, no requiere en absoluto la renovación integral de los Espíritus: basta con una modificación en sus disposiciones morales. Esa modificación se verifica en todos aquellos que están predispuestos, toda vez que sean sustraídos de la influencia perniciosa del mundo. Por lo tanto, no siempre son otros los Espíritus que regresan; a menudo son los mismos Espíritus, pero que piensan y sienten de otra manera.

Cuando ese mejoramiento es aislado e individual, pasa desapercibido, y no ejerce ninguna influencia ostensible para el mundo. Pero el efecto es completamente diferente cuando

el mejoramiento se produce simultáneamente sobre grandes masas, porque entonces, de acuerdo con las proporciones que adopte en una generación, puede modificar profundamente las ideas de un pueblo o de una raza.

Eso es lo que se nota casi siempre, después de las grandes conmociones que diezman a los pueblos. Los flagelos destructores sólo destruyen los cuerpos, pero no alcanzan al Espíritu; activan el movimiento de ingreso y salida entre el mundo corporal y el mundo espiritual y, por consiguiente, el movimiento progresivo de los Espíritus encarnados y desencarnados. Hay que hacer notar que, en todas las épocas de la Historia, a las grandes crisis sociales les siguió una etapa de progreso.

34. En la actualidad, se produce uno de esos movimientos generales, destinados a promover una reorganización de la humanidad. La multiplicidad de las causas de destrucción constituye una señal característica de los tiempos, pues apresura la eclosión de los nuevos gérmenes. Son como las hojas que caen en el otoño, reemplazadas por otras hojas plenas de vida, puesto que la humanidad tiene sus estaciones, al igual que los individuos tienen sus diversas edades. Las hojas muertas de la humanidad caen impulsadas por las ráfagas violentas y por las sacudidas del viento, pero con el fin de que renazcan más vigorosas, por obra del mismo aliento de vida, que no se extingue, sino que se purifica.

35. Para el materialista, los flagelos destructores son calamidades sin compensación, sin resultados útiles, puesto que, según su opinión, esos flagelos *aniquilan a los seres definitivamente*. En cambio, para aquel que sabe que la muerte sólo destruye la envoltura, esos flagelos no tienen las mismas consecuencias, ni le causan el mínimo temor; comprende su objetivo, y sabe también que los hombres no pierden más por el hecho de que mueran en masa que por morir aislados, pues de una manera o de otra todos habrán de llegar a lo mismo.

Los incrédulos se burlarán de estas cosas, y las calificarán de quimeras. No obstante, digan lo que digan, no escaparán a la ley general; en su momento caerán, como los demás, y entonces, ¿qué les sucederá? Ellos dicen: *¡nada!* Pero vivirán, a pesar de sí mismos, y un día se verán obligados a abrir los ojos.



